

Selección RNR

A woman with long, wavy brown hair is shown from the chest up, wearing a black, strapless, floor-length gown. She is looking slightly to the right, with her hand near her face. The background is a warm, golden-brown color.

Dilemma

ELIZABETH URIAN



Romance Histórico

DILEMA

Elizabeth Urian



1.ª edición: marzo, 2016

© 2016 by Elizabeth Urian

© Ediciones B, S. A., 2016

Consell de Cent, 425-427 - 08009 Barcelona (España)

www.edicionesb.com

ISBN DIGITAL: 978-84-9069-397-1k

Maquetación ebook: Caurina.com

Todos los derechos reservados. Bajo las sanciones establecidas en el ordenamiento jurídico, queda rigurosamente prohibida, sin autorización escrita de los titulares del *copyright*, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, comprendidos la reprografía y el tratamiento informático, así como la distribución de ejemplares mediante alquiler o préstamo públicos.

*Para María, por tus ideas y sugerencias,
por ser un hada madrina, pero sobre todo,
gracias por tu sentido del humor.*

*Alba, eres toda alegría y luz.
Te queremos con todo nuestro corazón.*

Inglaterra, 1875.

Estaba cansada y hacía frío, pero no el suficiente como para impedirle un paseo que venía postergando. Habían sido dos días de limpieza exhaustiva y acondicionamiento de la vivienda, sin contar los preparativos previos desde su Londres natal.

No era ni media mañana cuando, sin pensarlo demasiado, había cogido guantes, sombrero y una pieza de abrigo para deslizarse de forma furtiva por la casa con intención de escapar.

Se giró cuando ya se había alejado unos metros y miró lo que a partir de ese momento sería su nuevo hogar. Por supuesto, solo se veían las ventanas de la fachada posterior, todas abiertas para impedir la acumulación del polvo que provocaba el carpintero. Incluso desde allí se podían oír con claridad los rítmicos golpes del martillo con el fin de reparar las viejas contraventanas.

Se sentía un poco culpable por dejar a los demás trabajando, pero necesitaba un respiro y tenía curiosidad por saber a dónde la conduciría el pequeño camino —apenas visible— que se adentraba en el bosque que tenía delante. No es que estuviera viviendo en medio de la nada. Se había trasladado al condado de Buckingham, justo a las afueras de Greenville, una pequeña población muy alejada de la ajetreada y bulliciosa ciudad. Creía haber hecho lo mejor cuando había tomado la decisión de vivir en un lugar rodeado de bosques, campos de cultivo y tranquilidad.

Se alejó camino adentro tomando la precaución de no salirse de él. No conocía esos parajes y no deseaba perderse, si bien sería gratificante encontrar un agradable lugar para poder sentarse y leer. En esta ocasión no traía un libro consigo, pero ya imaginaba un soleado lugar en el que poder dejar correr el tiempo y disfrutar así de un agradable momento de lectura.

El bosque en sí no era frondoso, pero dotaba de intimidad suficiente y no le llegaban otros sonidos que no fueran los pájaros. Esperaba que si tenía dueño no fuera a encontrárselo. No creía estar haciendo nada malo, aunque nunca se sabía. Su pequeñísima propiedad —que solo constaba de una casa de dos plantas, un jardín minúsculo y unos parterres justo detrás— estaba al principio de dicho bosque, justo al lado del camino principal que conducía al pueblo. La propiedad vecina, según le habían informado, pertenecía al duque de Redwolf, pero el terreno era tan grande que la mansión era imposible de divisar, incluso desde las inmensas puertas de hierro que daban al camino y que había divisado el mismo día de su llegada.

«Quizás este bosque también le pertenezca a él», pensó con desánimo. Si le prohibían acceder por allí, no tendría más remedio que limitar sus paseos, lo cual no era lo que ella deseaba.

Se abrochó más el *dolman* cuando una ráfaga inesperada de aire helado la sacudió. Aunque lucía una agradable y despejada mañana, las copas de los árboles impedían que el sol calentara como lo haría si estuviera al descubierto. Por un momento se observó los guantes —de un gris oscuro—, del mismo color que la prenda que la abrigaba. Sabía que no representaba el epítome de la elegancia, pero cuando los compró no pensó en ello. Llevaba demasiado tiempo sin pensar en sus propias necesidades y se recordó que seguía siendo joven y que el periodo de luto ya había pasado, por lo que se había prometido renovar su vestuario en cuanto estuviera instalada.

Pensar en ello le produjo tristeza, como no podía ser de otro modo. Habían transcurrido dos años desde la muerte de su padre y todavía le sobrevenían lágrimas cada vez que pensaba en él. No obstante, como en cada ocasión que experimentaba eso, una primigenia sensación de libertad la recorría haciéndola sentir culpable.

Durante cinco años había cuidado de él y solo ahora era posible poder encaminar su vida hacia un futuro más o menos agradable. A sus veinticuatro años ya podía calificársela como una solterona, pero mantenía la esperanza de encontrar algún viudo con hijos lo suficientemente agradable como para plantearse una vida a su lado. Atrás habían quedado sus sueños y esperanzas. Solo el presente determinaba qué clase de futuro iba a tener.

En su recién estrenada juventud había estado ansiosa porque llegara su presentación; el acontecimiento más esperado por ella y sus amigas. Y un mes antes, cuando ya tenía en casa su precioso vestido de seda, tuvo lugar el terrible suceso: Arthur Blake sufrió un accidente de carruaje mientras volvía a casa de uno de sus viajes de negocios. Al parecer se encontraron con otro vehículo que avanzaba en sentido contrario, a toda velocidad y sin disminuir un ápice. Las autoridades le dijeron que, al pasar uno junto al otro se produjo un choque, con el inmediato vuelco de ambos. El cochero murió en el acto y su padre quedó atrapado dentro durante varias horas, las que tardaron en sacarle. Las semanas siguientes fueron desesperantes. A pesar de no mostrar lesiones visibles como brazos o piernas quebradas, estaba claro que Arthur Blake estaba roto por dentro. Los médicos hicieron cuanto pudieron —que no era mucho— salvo paliar el dolor. Su presencia se demostró como algo irrelevante cuando comprobaron que el accidentado no podía moverse de cuello para abajo. A partir de ahí empezó su calvario; para ambos. Era huérfana de madre y no tenían ningún pariente cercano al que pedirle ayuda. Solo estaban ellos dos. De golpe tuvo que madurar, olvidando todo lo relacionado con bailes, hombres, salidas y demás frivolidades. También dejar en manos del administrador los asuntos financieros. Mientras tanto, ella se dedicó a su padre y olvidó todo lo demás.

Sacudió la cabeza en un intento de desprenderse de tales pensamientos. El pasado comenzaba a quedar en el olvido y trataba de encarar el futuro sin demasiadas expectativas. Por fin era dueña de su propio destino.

Se paró de golpe en cuando se dio cuenta del claro al que había llegado. No debía haber andado mucho, pero de pronto se hallaba ante una casita, si podía calificarse como tal, vieja y nada bonita. Se quedó quieta unos instantes tratando de decidir qué hacer. Por su aspecto parecía abandonada. Solo tenía una planta y estaba hecha de madera. Observaba dos ventanas por las que, desde allí, no se distinguía luz alguna.

Si vivía alguien debía de ser muy pobre, pensó.

Con una curiosidad casi infantil se acercó con precaución para echarle una ojeada.

Rodeó un árbol para tratar de discernir si en verdad el lugar estaba vacío, pero desde allí no se veía nada extraño. Seguían oyéndose los mismos trinos que antes y su respiración un tanto acelerada. Se mantuvo alejada de la puerta y rodeó la casa por detrás del establo, confirmando que no había otra salida ni ventana que las que había visto en la fachada. Cuando estuvo otra vez delante observó que la puerta seguía estando cerrada.

«¿Qué creías?», se amonestó. En su imaginación había conjurado la aparición sorpresa de alguien inesperado.

Con cuidado se acercó a la ventana que estaba más cerca. Parecía algo sucia, pero no creía que le impidiese divisar el interior. Sin apoyar las manos en la pared las utilizó para ponerlas a cada lado de los ojos y así eliminar el resplandor que le impediría ver lo que la oscuridad de dentro escondía. Cuando su nariz estaba a escasos milímetros del cristal, un rostro inesperado surgió del otro lado.

—¡Ah! —gritó por la sorpresa y se echó para atrás con rapidez.

Con bastante torpeza contempló horrorizada la casita mientras su cerebro se movía a toda velocidad. ¡Había alguien! Mortificada y asustada a la vez, se precipitó a la carrera por donde había venido. A su espalda oyó con claridad cómo la puerta se abría y dotó de más potencia a sus piernas entorpecidas.

—¡Espere!

Oyó una voz masculina.

Sabía que la llamaban a ella, pero podían más la vergüenza y el escarnio por haber sido sorprendida figando que el sentido común. Aceleró más, si cabe, el trote.

Por un momento pensó que conseguiría alejarse con la suficiente rapidez para que el desconocido no la atrapara, pero sus piernas se enredaron con el vestido en el momento exacto en que una piedra, en apariencia inofensiva, hacía el resto.

Cayó de bruces cuan larga era y por un instante perdió el conocimiento.

—¿Se encuentra bien? —Acto seguido la misma voz estaba encima de ella.

Ella solo veía estrellas. Desorientada, se dejó incorporar a medias.

—¿Señora? —Una pausa—. ¿Está bien? Respóndame.

Unas manos la sostuvieron y la mantuvieron sentada en el suelo al tiempo que le daban ligeras palmadas en la mejilla. Con los ojos cerrados por el aturdimiento tuvo la asombrosa sensación de estar flotando como una nube, hasta que esos dedos frescos tocaron su frente y entreabrió las pestañas para observar al ser más angelical que había visto nunca.

Su corazón se detuvo. Unos ojos verdes, que la miraban llenos de preocupación, le traspasaron el alma en un lugar que ni sabía que existía. Su cabello claro, similar al color del trigo, enmarcaba una frente ancha y llena de arruguitas que ella desearía poder alisar con besos.

—Mi ángel guardián —susurró, creyéndose en medio de un ensueño.

—Creo que se ha dado un golpe, señora...—. Esta vez, el hombre titubeó al dirigirse a ella cuando observó la ausencia de alianza en su dedo anular—. ¿Cuántos dedos cuenta? — Puso tres de ellos delante de sus ojos para tratar de discernir si sufría una fuerte conmoción.

Mientras, Ayleen solo sonreía medio atontada. No alcanzaba a comprender lo que ese ángel maravilloso trataba de decirle. Envuelto en un halo sobrenatural pensó que era lo más hermoso que había visto jamás, por lo que alzó una mano y la posó en su fresca mejilla. No vio el gesto de sorpresa ni el desconcierto que esa caricia impropia produjo en el desconocido, así que, todavía presa de una extraña confusión, movió la mano hacia esa boca y deslizó uno de sus dedos por el contorno.

El hombre, turbado como nunca y sin pararse a reflexionar, besó ese dedo.

Ella, presa de lo que podía calificarse como un estado de aturdimiento febril, hizo algo absurdo y loco: se estiró para inclinar un poco la cabeza y le besó en los labios.

Él, por su parte, sucumbió a esa inesperada enajenación pasajera y le correspondió, pero lejos de detenerse en un simple roce de labios, entreabrió los suyos y lo convirtió en un apasionado frenesí.

Abrieron sus bocas y se devoraron bajo el manto de la calma de los árboles y arrullados por los rayos de luz que caían sobre sus cabezas, confiriendo al momento una magia visceral imposible de repetir.

Solo cuando una perturbadora lengua pugnaba por invadir los húmedos secretos de su boca, el estupor en la que se hallaba desapareció de golpe. Abrió los ojos cuando se vio aprisionada entre dos fuertes brazos masculinos y soltó un grito que habría podido oírse a varias millas a la redonda si no fuera porque le salió amortiguado. Todavía sentada en el suelo luchó por liberarse e intentó levantarse, pero solo consiguió hacerlo a trompicones. Como pudo se puso de pie y buscó desesperada con qué defenderse. Solo encontró una ridícula ramita que no hubiera asustado ni al más temeroso de los niños.

—¡Largo, bellaco! —amenazó con la rama a modo de espada—. Avisaré a las autoridades si no se aleja.

El extraño se levantó también, se sacudió la tierra de los pantalones y le tendió la mano.

—Deje que le explique...

—¡No! ¡Aléjese, aprovechado! —La voz le salió estrangulada y con claros signos de nerviosismo.

—¿Aprovechado? —Por unos instantes, el hombre pareció olvidar la preocupación que ella le había inspirado momentos antes y se irguió de pura indignación—. Ha sido usted la que me ha besado primero.

Ajena a ese recuerdo abrió los ojos como platos y se sulfuró.

—¿Yo? —Blandió la ramita en gesto amenazante—. Usted es un vil malhechor que ha aprovechado para intentar deshonorarme.

El hombre no pudo creer lo que oía. ¡Pero si había sido ella!

—¡Yo solo pretendía ayudarla! —exclamó.

—¡Pues vaya forma de hacerlo! —Todavía podía notar el sabor salado de sus labios y el cálido aroma de su respiración. Tuvo que hacer un enorme esfuerzo para borrarlo de su mente y centrarse.

—Si no hubiera estado acechando por fuera de la casita... —apuntó él.

—¡Acechando! —se indignó. Que fuera un fiel reflejo de la realidad no lo hacía más soportable. Era mejor escudarse en el enfado—. Yo no tengo la culpa de que esté... —alzó la mano señalándola y sin saber qué decir—, ahí en medio.

—Solo me faltaba eso, echarle la culpa a la casa. —No comprendía la actitud de ella—. Por lo menos admita que se acercó a fisgonear.

Las mejillas le ardieron de pura vergüenza, aunque ni por todo el oro del mundo iba a admitir semejante cosa delante de ese... de ese depravado violador de mujeres.

—Yo no voy a admitir nada, sucio patán.

Lo miró de nuevo. De sucio no tenía nada. No sabía qué atolondramiento se había apoderado de ella para llegar a compararlo con un ángel, pues en esos momentos parecía del todo terrenal con sus pantalones de montar ajustados, sus botas negras y su camisa blanca. No llevaba chaqueta, por lo que debía de tenerla en alguna parte de esa lóbrega morada. Su turbia mirada difería mucho de la que correspondería a un enviado alado, pero el cosquilleo que sentía en el estómago solo con mirarle le advertía que no le era tan indiferente como quería aparentar.

—Y encima me insulta —replicó este adelantándose dos pasos.

—¡Alto! —Su miedo se acentuó y la hizo olvidar sus ensoñaciones, por lo que miró a su espalda, hacia el camino por el que había venido tan tranquila. Con la decisión tomada tiró la ramita al suelo, se recogió las faldas lo máximo que la decencia le permitía y echó a correr.

—¡Espere!

Ella no hizo ni caso y casi voló de lo rápido que iba. El camino le resultaba demasiado arduo y largo. Hubo un momento en que tuvo que detenerse para recuperar el aire. Miró alrededor en busca de su perseguidor, pero solo se oía su agitada respiración y el dulce piar de los pájaros.

¿Estaría al acecho para saltar sobre ella al menor movimiento? Al instante se dijo que eso no tenía sentido, por lo que se permitió relajarse un tanto. De todas formas, tenía que volver. El sol no tardaría en llegar a su cénit, lo que le indicaba que había pasado más de una hora fuera de casa. No se había dado cuenta de lo mucho que se había entretenido, así que se enderezó el sombrero, que colgaba a su espalda sujeto todavía por la cinta color crema, y se lo colocó después de retocarse el cabello. Ignoró por completo la repentina visión que le sobrevino.

Su primer beso... Se tocó sin querer los labios y sacudió la cabeza en cuanto la parte trasera de su casa se vislumbró. Soltó un suspiro de alivio y entró por detrás sin encontrar a nadie a su paso. Pretendía que ese episodio que acababa de vivir quedara en el olvido. Ella se encargaría de eso.

—¡Maldición! —exclamó. Llevaba toda la tarde con esos malditos números que se negaban a cuadrar.

Se pasó la mano por el cabello con gesto de fastidio. Tim, su secretario, había estado toda la semana enfermo y él no era capaz de encontrar los papeles que faltaban. Desde media tarde la frustración se había apoderado de él y no le había abandonado. A pesar de ser un trabajo que le gustaba y que se le daba bien, había veces en las que las cuentas lo superaban. Y precisamente era una de esas veces.

Si no terminaba pronto se volvería loco.

Jason nació como el segundo hijo del duque de Redwolf. Por ello, desde muy temprana edad tuvo muy claro que debía encauzar su vida aprovechando cada una de sus habilidades. Como su facilidad con los números no era su única aptitud, decidió explotar su otro talento, o al menos lo hizo su padre por él. Demostró que era hábil a la hora de intervenir en la resolución de conflictos de toda clase relacionados con las propiedades, los trabajadores... Incluso tenía una cualidad única para prevenir situaciones potencialmente conflictivas, por lo que su padre lo instó a estudiar leyes.

Al final no llegó a ejercer de ello ya que, como buen amante de la vida sencilla, prefería encargarse de la administración de las fincas ducales. Persuadió a su padre, que aceptó no del todo convencido, y lo puso a trabajar junto a su administrador de entonces. Eso supuso un reto, pero demostró con creces su valía. Al morir su progenitor, su hermano Ashton siguió confiando en él para el puesto y ya hacía un año que llevaba todo el peso de su cargo. Desde entonces lo ayudaba a engrosar las arcas de los Morton.

Tenía la cabeza enterrada entre los libros y papeles cuando oyó que llamaban a la puerta.

—¡Adelante!

Una doncella asomó la cabeza.

—Lord Jason, Su Excelencia me manda para decirle que lo esperan para cenar.

—¿Ya es la hora? —murmuró extrañado. Le sorprendía la facilidad con la que se abstraía. La tarde le había pasado volando—. Enseguida voy.

Se levantó de la silla y estiró los músculos de su cuerpo. Hubiera debido refrescarse antes, pero su esposa y Ashton le esperaban, así que tomó la chaqueta del respaldo, se la puso y se dirigió al comedor.

Cuando llegó, los dos estaban tan enfrascados en una conversación que no notaron su presencia. Se los quedó observando durante unos segundos antes de interrumpirles.

—¿Alguien me reclamaba?

Ambos se dieron la vuelta sorprendidos.

—Jason, querido, no te oímos llegar. —Su esposa le sonrió.

Se dirigió hacia los grandes ventanales donde estaban ellos. A su derecha, el fuego ardía en la chimenea. Sabía cuánto odiaba su esposa el frío. El verano era su estación favorita, ya que el calor la hacía florecer.

Se acercó a ella y le dio un suave apretón en el brazo junto con un casto beso en la mejilla.

Johana Morton, su esposa, era una beldad calificada por todos como clásica. Su etérea apariencia y su digna belleza era lo que más llamaba la atención de ella, pero no lo único. Poseía unos profundos ojos azules que destacaban en su piel de porcelana, cuyas imperfecciones eran invisibles al ojo humano. Su cabello dorado, siempre brillante y perfecto, no hacía más que añadirle encanto y finura a su apariencia, complementada, cómo no, por una figura estilizada aderezada por un vestuario muy a la moda, pero decoroso.

Era el sueño de cualquier hombre.

—¿Ha sido productiva la tarde? —indagó Ashton, obligándole a dejar de admirar a Johana.

Jason lo miró y esbozó una sonrisa irónica.

—¿Productiva? Si quieres verlo de ese modo... Lo más que puedo decirte es que doy gracias porque Tim vuelve mañana.

—Eso te pasa por insistir en hacerlo tú solo —le indicó Johana en tono crítico. Acto seguido volvió a dulcificar su expresión.

—Estoy de acuerdo —concedió Ashton—. Eres un cabezota; siempre pretendes cargar con todo el peso del trabajo.

—¡Bueno, bueno, bueno! —Alzó las manos en señal de rendición—. Ni que fuerais un pelotón de fusilamiento.

—Eres un payaso —replicó su hermano mayor—. Pasemos al comedor; estoy hambriento.

—Amén.

Durante la cena los hermanos se pusieron al día mientras Johana comía en silencio, escuchándolos. No le gustaba interrumpirlos cuando hablaban de negocios, lo cual ocurría muy a menudo. Sabía tan poco de inversiones y de dividendos que se sentiría como una estúpida si debiera dar su opinión.

Estaban sirviendo una apetitosa tarta de manzana cuando Jason se dirigió a su esposa.

—¿Has ido al pueblo a encargarte el libro del que me hablaste anoche? —le preguntó, centrando toda su atención en ella.

—Sí. También he aprovechado para hablar con el párroco sobre la recolecta de ropa usada para los pobres. —Tomó una cucharada del delicioso postre y continuó hablando—. La señora Haggens también estaba allí...

—La temible señora Haggens —la interrumpió Jason con un deje de burla.

—No seas tan grosero —lo amonestó ella al instante—. Es una gran dama que...

—«Gran» es la palabra —volvió a interrumpirla, ganándose una mirada de reprobación por parte de ambos comensales.

—Como decía... —continuó esta—. Henrietta es una buena persona y un pilar de la comunidad. —Miró en dirección a su esposo esperando una réplica, pero Jason, prudente, prefirió no hacer comentarios—. Puede que a veces avasalle un poco —dudó al pronunciar esas palabras, ya que no le gustaba hablar mal de nadie—, pero lo hace con la mejor de las intenciones.

—No cabe duda —sentenció Ashton, que hasta entonces no había dicho nada—. Lo que ocurre es que a veces se excede.

Johana recordó de pronto su vuelta a casa y no pudo evitar poner al corriente a los dos hermanos Morton.

—Hoy me detuve en el antiguo hogar de la familia Briston. —Se limpió los labios con delicadeza—. Se estaba instalando la nueva propietaria, así que no pude resistirme y decidí presentar mis respetos —confesó con cierta culpabilidad, puesto que había sido demasiado impetuosa.

—¿Ya han ocupado la casa? —Jason mostró interés. Sin embargo, Ashton pareció confundido. Apoyó la cucharilla sobre el borde del plato y lanzó una solemne mirada.

—¿De qué estáis hablando?

Jason lo observó, perplejo. Era extraño que no se hubiera enterado.

—¿No sabías que habían comprado la propiedad de los Briston?

—No, no tenía ni idea. —Arrugó el entrecejo, pensando.

—¿Cómo puede ser? —quiso saber su cuñada. Era extraño; pocas cosas se le escapaban al duque de Redwolf.

Este adoptó una actitud algo pomposa. Solía hacerlo cuando se sentía incómodo.

—Tengo asuntos más importantes a los que dedicar mi atención.

Después de unos segundos de silencio, Johana siguió hablando.

—Pues bien, para vuestra información, he de deciros que la casita la compró una joven venida de Londres: la señorita Blake. Según tengo entendido, su padre murió hace poco y, como ya era huérfana de madre, se quedó sola en el mundo.

—¿Y ha venido aquí para vivir con sus tutores? —preguntó Ashton.

—¿Tutores? —se extrañó—. No, no. Por lo que he podido comprobar es una señorita de edad avanzada, yo le calculo... hummm, no sé, un poco mayor que yo, aunque no demasiado.

—Deduzco por lo de «señorita» que la joven no está casada. Una solterona, vaya.

—Es cierto. Al parecer se ha pasado muchos años cuidando de su padre. —Se encogió de hombros—. Al menos es lo que se comentó el sábado en la reunión del té.

—¿Cómo es? —preguntó Jason con curiosidad—. De aspecto, me refiero.

Johana procedió a hablarles de su mediana estatura, su cobrizo cabello y su bonita sonrisa. Esa descripción podía corresponder a cualquiera, pero uno de los dos hermanos se tensó ante ella.

—Entonces, ¿vivirá sola? —insistió el Duque con seriedad.

—Eso parece. Su condición de solterona no la obliga a tener acompañante.

—Ni la exime de ello —acotó Ashton.

—No seas anticuado —le reprendió Jason.

—No era mi intención criticarla, pero dadas las convenciones sociales imperantes, no habría estado de más traer una dama de compañía consigo.

—Eso no es tan importante como saber la clase de persona que es —aclaró Johana—. Por eso el club de las damas del té hemos decidido invitarla a una de nuestras reuniones. Así la conoceremos mejor y todos dejaremos de especular.

—Pues me da pena la señorita —terció su esposo al escucharla.

—¡Jason! No deberías mostrarte tan desagradable. ¿Desde cuándo desapuebas a esas damas?

—Desde que las conozco —replicó con socarronería—. No obstante, para tu tranquilidad, te diré que solo me desagradan unas pocas.

A pesar suyo, Ashton esbozó una sonrisa. A veces le gustaba el humor directo e irreverente de su hermano menor.

—Me imagino a lady Strimble mirando a la señorita Blake con desprecio porque carece de título o alguna otra bobada parecida —continuó el menor de los Morton—, pues está claro que

la sentirá inferior. Luego, Henrietta, acribillándola a preguntas y organizando su vida. La señora Smith la considerará una rival en la búsqueda de marido para sus hijas, mientras estas últimas la atosigarán con consejos inútiles sobre el bordado. En cuanto a la esposa del médico...

—Vaya, no sabía que opinabas así de nosotras —le interrumpió ella, algo molesta.

—Tu marido no quiere menospreciarte —intervino Ashton—, pero debes admitir que en vuestras reuniones, esas mujeres pueden llegar a ser tan mortíferas como una avalancha. Eso puede confundir a la muchacha.

—No puedo creer lo que oigo. ¿Acaso estáis allí con nosotras? De ese club y de esas mujeres salen muchas ideas para ayudar a las familias más pobres.

Los hermanos se miraron y asintieron, dándole la razón. Convinieron, sin tan siquiera hablarlo, que era mejor zanzar el tema. A partir de ahí se dedicaron a conversar de banalidades.

Unas horas más tarde, acostado en la cama, el hombre no dejaba de dar vueltas a la descripción de la nueva vecina. No se la había podido sacar de la cabeza en todo el día y se sentía desasosegado.

No sabía cómo la situación se le había escapado de las manos. Él no la había provocado para que lo besase, pero tampoco habría debido responder. Estaba mal y era un comportamiento condenable. No obstante, eso no era lo más preocupante. Por mucho que se esforzara, no conseguía olvidar el estremecimiento que la unión de sus lenguas había producido en el centro de su estómago. Tampoco la excitación que, todavía ahora, lo recorría al recordarlo. Incluso sin intentarlo siquiera, el camino que su dedo había trazado sobre sus labios se había marcado a fuego en su piel. Y nada que decir de su sabor, el cual todavía paladeaba. Inaudito y a la vez tan asombroso. ¿Acaso se había trastocado?

Por primera vez en mucho tiempo rezó para que la señorita Blake no fuera la mujer que había besado en el claro.

En ese caso iba a tener muchos problemas.

—¿A quién nos trae esta tarde, querida? —exclamó la anfitriona acercándose con familiaridad a lady Johana Morton, la cuñada del duque de Redwolf.

Aquella reunión entre las damas más prominentes de la zona era un evento importante para Ayleen: era una oportunidad para comenzar de cero, para relacionarse y para hacer nuevas amistades. Sin embargo, no podía evitar sentir nervios en el estómago; no en vano había estado durante años prácticamente aislada de la sociedad. Temía haber perdido el arte de la conversación.

Por suerte, lady Johana Morton se había ofrecido a llevarla y acompañarla hasta la casa de la señora Haggens, el lugar en donde se celebraría la merienda. Ayleen estaba encantada porque una dama tan hermosa y educada hubiera decidido hacerle las cosas más fáciles.

—Señora Haggens, déjeme presentarle a la señorita Blake, mi nueva vecina. —El tono de la aludida se había vuelto ceremonioso de repente.

—¡Oh! —exclamó la mujer con una inusitada ilusión—. Es un placer tenerla aquí con nosotras. —Apretó su mano en un gesto de entusiasmo—. Mi nombre es Henrietta, querida, y espero que a partir de ahora me llame así.

Ayleen se fijó bien en ella. Ni una hebra blanca poblaba esa espesa cabellera negra que, por alguna razón, se mantenía incólume al paso del tiempo. Aun así, le calculó unos sesenta años. La señora destacaba entre cualquiera por su corta estatura y las grandes dimensiones de su cuerpo. También ayudaba el vestido rojo anaranjado que lucía, de evidente buena calidad, y que complementaba con varios collares negros. La enorme sonrisa, carente de toda artificiosidad, junto con una irradiante vitalidad, logró menguar el nerviosismo que no la había abandonado desde el día anterior.

—Gracias —logró decir Ayleen, no sin cierta timidez, antes de que tirara de ella con fuerza y la acercara a las demás invitadas que poblaban el salón.

—Siempre es maravilloso conocer a alguien nuevo. Deje que le presente a todas y cada una de las damas.

Sin poder abrir la boca ni musitar un mínimo saludo, no tuvo más remedio que dejarse arrastrar por ella y seguirla, pues desbordaba tanto entusiasmo que era imposible hacer otra cosa.

Cuando la sentó a su lado, en el lugar vacío que quedaba en un sofá, lo primero que hizo fue entregarle una taza de té. Sin darle tiempo a musitar unas palabras de agradecimiento, acto seguido pasó a presentar a aquellas desconocidas.

Lady Strimble fue la primera. Una señora de edad indefinida que respondió a su presentación con un seco saludo. Eso no hizo más que reafirmar su agria cara llena de arrugas y exceso de polvos blancos. Además, parecía como si acabara de comer un limón.

De buenas a primeras, no parecía ser una persona demasiado amistosa.

—Lady Strimble es un miembro muy respetable de esta comunidad —explicó la anfitriona—. Es la esposa del vizconde Strimble, un hombre al que vemos poco por lo ocupado que está.

¿Notaba en sus palabras un deje sarcástico? Ayleen no podía estar segura, ya que las demás no reaccionaron. Se limitó a asentir mientras la atención de la señora Haggens se centraba en una joven alta y delgada, con una barriga que indicaba sin género de dudas su avanzado estado de gestación.

—La señora Laurens es la esposa del médico —procedió a explicar.

La dama en cuestión sonrió con timidez. Se la consideraría guapa si no fuera por esa nariz tan alargada y puntiaguda. Mientras la veía tomar el té, no pudo evitar tener la sensación de que el apéndice le dificultaba la tarea, interponiéndose.

—Y aquí tenemos a la señora Smith y sus adorables hijas: Violet y Jazmin. —Las tres se levantaron para obsequiarla con una gran reverencia.

Se veían muy solemnes con su regio y rígido saludo. Ayleen creía que en el campo todo sería menos formal, pero al parecer se equivocaba. Les correspondió como pudo, pero le salió algo torpe y desmañado por la falta de práctica.

La señora Smith era una mujer algo baja y poseía un rostro redondeado. Todavía conservaba en su pelo vestigios del dorado de antaño y sus ojos claros eran tan expresivos como sus grandes manos, todas llenas de anillos que lanzaban destellos cuando se topaban con un halo de luz. En cuanto a las hijas, se podría decir que Jazmin era la versión joven de su progenitora. De corta estatura y expresivos ojos verdes contrastaba con la esbeltez y altura de Violet, una guapa pelirroja de ojos profundos y oscuros. Suponía, aun sin conocer al padre, que esta última se parecía más a él. Era una pena, no obstante, que siendo guapas, las más jóvenes lucieran vestidos en tonos tan claros que lo único que conseguían era acentuar su palidez. Además, los tirabuzones de su pelo habían sido recogidos con lazos del mismo color que su atuendo, lo que les daba un aire demasiado infantil para que nadie, preferiblemente un hombre, las tomara en serio.

Acto seguido se reprochó esa actitud crítica. ¿Qué sabía ella de las preferencias de los hombres, si no tenía tratos con ellos? Por lo menos no con solteros en edad casadera.

Y tras aquel pensamiento no pudo evitar revivir el beso de aquel infame desconocido que había conseguido desbocar su corazón. El muy bribón se colaba en sus sueños y capturaba sus pensamientos con demasiada frecuencia. Debería sentirse furiosa y ultrajada... Y lo estaba. ¿Entonces por qué una parte de ella lo recordaba como parte de una fantasía?

Era una tonta por haberlo confundido con un ángel.

—Queridas amigas —Henrietta se dirigió a la señora Smith y sus hijas, logrando que Ayleen dejara de fantasear—, vuestra reverencia haría palidecer a la de la mismísima reina Victoria.

La señora Smith hinchó el pecho con orgullo.

—Siempre he creído que seguir el protocolo es la mejor forma de educar a las jovencitas —expuso con toda la pompa posible.

—Espero que ese mismo protocolo la ayude a casar a sus hijas —soltó en tono mordaz lady Strimble.

Ayleen se sorprendió por el inadecuado comentario. Ya había supuesto que la dama no tenía en el cuerpo un ápice de sensibilidad, pero si eso les decía a sus supuestas amigas, no quería ni pensar qué podría llegar a decirle a ella.

—No les haga caso, querida, y tomemos el té. —La señora Haggens le dio unos golpecitos en el dorso de la mano. Como pareció una orden, todas se lo tomaron como tal, así que las imitó.

Durante los minutos siguientes no se oyó ni una mosca en la sala, pero poco a poco cada una de ellas pasó a relatar alguna historia o anécdota que a Ayleen le era ajena. Instantes después todas debatían, juzgaban y chismorreaban.

De nuevo se sintió libre para volver a sus pensamientos más íntimos. Mientras charlaban con verdadera animación parecían haberla olvidado. Pudo comprobar que, a pesar de la diferencia de estatus social, con salvedad de las dos más jóvenes, todas se llamaban por el nombre de pila. En general, le complacía ver la familiaridad con la que se trataban, ya que eso hacía posible que, en un futuro no muy lejano, ella pudiera hacer lo mismo. Serían sus amigas.

—¿Se siente más cómoda ya? —le preguntó lady Johana, que parecía intuir su nerviosismo. Había hablado en voz baja para no interrumpir la diatriba de lady Strimble.

De hecho, ahora que lo pensaba bien, sí, se sentía mejor. Empezaba a familiarizarse con las mujeres presentes y con el entorno. Asintió. Parecía ser como si todas hubieran estado esperando ese gesto, porque de golpe callaron, atentas a lo que ella pudiera explicar.

—Parece joven... —La tanda de preguntas se inició con la anfitriona, aunque esta no la había formulado como tal.

Les explicó su edad. Eso era algo sencillo que podía hacer.

—Pues aparenta menos... —Violet intervino, la cual obtuvo como reproche por haber hecho el comentario un pellizco disimulado de su propia madre.

—¿Y por qué ha escogido Greenville? —Lady Strimble lo preguntó como si le molestara su presencia allí.

—Yo solo deseaba abandonar Londres —explicó— en beneficio de un lugar tranquilo en medio de la campiña.

En realidad, Ayleen no había escogido el pueblo, sino que fue su abogado el que lo hizo por ella mientras seguía las pautas y características que le había pedido. La primera vez que vio el pueblo y sus alrededores fue en el mismo instante en que llegó.

Su vecina fue la siguiente. Le preguntó el motivo de ese cambio tan drástico. Todas habían oído los rumores, pero querían certezas. La curiosidad era demasiado grande.

Sin llegar a profundizar demasiado —al fin y al cabo seguían siendo unas desconocidas—, Ayleen les contó del accidente de su padre y cómo acabó muriendo dos años atrás.

—Pobrecita —murmuró la señora Laurens con cara de pena—. Mi más sentido pésame.

Al instante todas se apresuraron a hacer lo mismo. Ayleen les agradeció el gesto.

—¿Así que ahora mismo ya no está de luto? —La señora Smith calibraba cómo afectaría eso al reducido mercado matrimonial de ese pequeño lugar. En un momento, la competencia para sus hijas había aumentado.

Ayleen negó con la cabeza.

—¿Entonces por qué se viste como si lo estuviera? —La impertinente y directa pregunta vino a manos de lady Strimble.

Ayleen enrojeció de vergüenza cuando todas miraron su atuendo, un sencillo vestido a rayas color púrpura decorado con tiras de terciopelo negro en el cuello, en las mangas y en el bajo de la falda. Una hilera de botones recorría el cierre frontal de la parte superior del atuendo. Eras el más elegante que tenía y conservaba todos los elementos del luto que había llevado hasta hacía bien poco. Sin embargo, lo había utilizado en pocas ocasiones; más que nada en sus salidas de visita al abogado, el administrador y algún que otro paseo corto.

—Señoras —intervino lady Johana Morton—, eso no es asunto de nuestra incumbencia. Están haciendo sentir incómoda a nuestra invitada.

Como respuesta, lady Strimble arrugó la nariz en señal de descontento por la reprimenda, pero no dijo nada. Aunque la cuñada del duque de Redwolf no tuviera título y ella sí, seguía estando emparentada con unos de los pares con más rango de Inglaterra, lo que era imposible pasar por alto.

La señora Haggens recuperó las riendas de la conversación.

—Y bien querida, ahora que ya la conocemos más podemos decir que nos resulta usted adorable. —Resultaba gracioso que hablara por boca de todas, pero ninguna la contradijo—. Su historia es muy triste pero, como dice el señor Haggens: «a lo pasado, olvidado».

Era un buen lema, pensó más tranquila. Si lo meditaba con más calma era lógico suponer que la observaran e hicieran preguntas, por lo que tenía que lograr mantenerse más estoica sobre las puntualizaciones más quisquillosas.

—¿Tiene intención de casarse? —barbotó inesperadamente la señora Smith.

—¿Ca-sarme? —balbuceó sorprendida.

—Es una expresión que se aplica al hecho de encontrar marido —apuntilló lady Strimble, no sin un deje de malicia.

—¡Ya está bien! —las regañó la anfitriona—. Si continúan así le darán a nuestra invitada una impresión equivocada. Pensará que somos unas arpías insensibles.

—A veces lo somos —replicó de nuevo la vizcondesa.

—Quizás —Henrietta empezaba a perder la paciencia—, pero será mejor que lo descubra con el tiempo.

Ayleen se sentía desconcertada y un tanto desubicada ante tanto ataque verbal. Parecía ser algo habitual en ellas y eso deshacía la imagen que se había hecho de esas damas.

—Hablemos de cosas más mundanas —intervino lady Johana.

—Pero aún no ha respondido —indicó Rose Smith. Le interesaba muchísimo su respuesta.

Para que dejaran de incordiarla, Ayleen aseguró que en los próximos meses no tenía intención de asegurarse un marido, aunque unos ojos verdes se cruzaron por su mente traicionado su buena intención.

—Excepto que apareciera uno muy rico —terció lady Strimble.

—¡Augusta! —La anfitriona se indignó.

—¿Qué? —preguntó la otra tratando de aparentar inocencia.

—No me haga hablar, no me haga hablar —la amenazó con el dedo.

Estaba claro que se trataba de una advertencia, pero Ayleen no salía de su asombro. No sabía qué secretos se podrían traer una vizcondesa y la esposa de un juez. La primera desafió con la mirada a la anfitriona, pero no dijo nada más.

En la siguiente hora, por un invisible y tácito acuerdo, ninguna de las damas del té planteó otra pregunta comprometedoras ni fuera de lugar. Se comportaron como lo que por regla general eran: unas damas curiosas. Ayleen solo tuvo que responder a cosas como cuál era su color preferido, si la perdía el dulce, si era proclive a los vahídos y muchas más cosas intrascendentes que estuvo encantada de explicar. Así pues, poco a poco la introdujeron en el mundo de las obras de caridad, el ocio y los chismes, lo cual provocó en ella una comprensible saturación.

Dio gracias al cielo cuando decidieron que ya era hora de regresar a sus quehaceres diarios. La reunión podía calificarse de exitosa.

Se despertó de golpe, sudorosa. A pesar del frío externo, Ayleen se sentía acalorada y desorientada.

Mientras intentaba normalizar su respiración y orientar su vista puso su mano en el lugar donde su corazón latía frenético y respiró con bocanadas profundas, tratando de sosegar.

Acababa de despertar de un sueño bochornoso que le producía un malestar indefinido en la parte baja del vientre. Incluso tratar de evocar las imágenes que tanto la habían turbado le provocaba pinchazos en el estómago.

«Otra vez él».

Era indiscutible que daba a ese beso una importancia que no se merecía. Si no hubiera sido el primero que le daban no reaccionaría de ese modo, seguro. Debía reconocer que ser besada no era lo que había imaginado tantas veces. Había previsto suavidad, placer, incluso entusiasmo; jamás en la voracidad que la había asaltado. Dos bocas abiertas, cuerpos muy juntos... No se suponía que tuviera que ser así. Su madre había muerto demasiado pronto para que hubiera podido explicarle qué sucedía entre un hombre y una mujer, y sus amigas habían susurrado cosas de las que no sabían nada. Lo más mortificante de todo era que no sentía repulsión, como tendría que ser, sino curiosidad y vergüenza.

El sueño en sí no era nuevo; se repetía desde la misma noche en la que se produjo el asalto del desconocido. La base era la misma: una representación casi exacta de lo que sucedió. El problema era que su mente enfermiza recreaba continuaciones muy diferentes y propias de una mujer de dudosa reputación.

¡Por Dios! ¿Qué había de malo en ella? ¿Por qué su mente no podía olvidar ese rostro masculino, ni su boca el contacto de esos labios? Si al menos tuviera a alguien a quien preguntar... Sin embargo, temía que al hacerlo pudieran considerarla una descocada.

Pasaron los minutos y consiguió calmarse lo suficiente como para darse cuenta de la tenue luz que se colaba tras la gruesa cortina. Cuando se aventuró a salir de la cama, unos temblores de frío la asaltaron. La chimenea seguía apagada y la temperatura de la habitación era muy baja. La falta de uso había causado alguna obstrucción y provocaba que la habitación se llenara de humo. Angus había prometido solucionarlo, pero el frío de finales de febrero no la dejaba ser paciente. Adele había sugerido dormir en otra habitación mientras tanto, pero ella no quiso. Se estaba arrepintiendo de su precipitada decisión.

Abrió las cortinas en el mismo momento en que oía ruido en la planta inferior. Adele y Margueritte —el ama de llaves y la sirvienta— ya debían haber empezado su jornada. Se apresuró a tirar del cordón instalado en la pared, que hacía sonar una campana en la cocina, para que la joven sirvienta acudiera y la ayudara a vestirse.

El tiempo se mantenía estable a pesar de la estación en la que estaban, por lo que pensó que sería una pena desaprovechar el día sin hacer lo que más le apetecía: salir a pasear. Se había abstenido durante unas semanas, pero las posibilidades de que se repitiera la misma escena de aquel día eran escasas, sino nulas.

Mientras depositaba uno de sus habituales vestidos encima de la cama pensó que una reconfortante lectura al amparo de los árboles resultaría un entretenimiento delicioso. Ese había sido un sueño recurrente en las interminables vigias junto al lecho de su padre. No iba a permitir que un desconocido la atemorizase hasta el punto de recluirse; de eso ya había tenido suficiente por años. Además, estaba un poco cansada de ir casi todas las mañanas al pueblo para elegir su nuevo guardarropa —modesto, eso sí— y verse sometida a la incansable cháchara y determinación de la esposa del juez, la señora Haggens, que se había autoimpuesto como una obligación acompañarla.

Parecía mentira que hubiera aguantado tantos años de cuidados a su progenitor y que en las dos semanas de trato con la esposa del juez ya sintiera unos deseos irrefrenables de tirarse de los pelos o lanzarse al vacío en un profundo hoyo.

Lo único cierto era que sus historias junto a esa mujer hacían que tanto Adele, como Margueritte y Angus rieran hasta la extenuación.

No bien acabó de pensarlo se sintió culpable. La señora Haggens había hecho más por ella en dos semanas que nadie que hubiera conocido. Quizás era algo entrometida y agobiante, pero se veía en ella tanta franqueza y transparencia que resultaba un personaje adorable.

Al día siguiente había sido invitada a la cena que la mujer celebraba en su honor. En un principio, el acontecimiento había sido calificado como «sin importancia», pero tras dos semanas alcanzaba ya la categoría de «trascendente y vital». Como Ayleen no tenía ningún vestido elegante que ponerse trató de excusarse, si bien la señora Haggens llegó a averiguar el motivo de tanta reticencia y terminó buscando una solución adecuada: prestarle un vestido de su hija que la modista trataría de amoldar a su figura.

A esas alturas, decir que se sentía nerviosa era un gran eufemismo. No estaba segura de superar la prueba con la elegancia que desearía.

—¿Puedo pasar? —Margueritte tocó la puerta mientras ya se colaba en el interior.

Esa vivaracha joven era lo que la propia Ayleen hubiera debido ser. Alegre y perspicaz, desprendía un humor irreverente del cual se percató enseguida. No obstante, era trabajadora, sincera y no podía estar más enamorada de Perry Jenkins, su vecino de toda la vida y aspirante a grandes cosas. En el poco tiempo que la conocía había descubierto que ambos jóvenes se querían. Lo malo era que el muchacho no se había decidido a dar el paso definitivo y ella lo trataba desde hacía un tiempo con desdén fingido.

La sirvienta la ayudó a ponerse la ropa interior y el corsé sin parar de moverse. Cuando se sentó en el tocador, sin saber por qué, le pidió algo diferente para el pelo.

Margueritte tenía unos habilidosos dedos y una poderosa imaginación en cuanto a estilos de moda y peinados. A pesar de no ser más que una doncella soñaba con vivir de su talento en un futuro no muy lejano.

—Haremos algo sencillo, pero despejaré su frente —afirmó sin, al parecer, sentirse sorprendida por su petición—. Eso mostrará sus suaves facciones y la hará parecer más bonita.

Con unas tenazas y algún pasador hizo que pareciera mucho más elegante sin desentonar.

—Eres una artista —la alabó mirándose en el espejo con asombro.

Ella sonrió al escuchar el cumplido.

—Pues no se imagina qué le tengo preparado para mañana por la noche. —La miró a través del espejo—. He estado practicando.

Ayleen tembló de expectación. En su fuero interno deseaba dar una impresión favorable a todos los invitados de la cena.

Cuando bajó a desayunar contempló el impecable aspecto de la casa. Por fin habían terminado de acondicionarlo todo y era magnífica. No echaría en falta la casa de Londres; en ella había demasiados recuerdos dolorosos. El administrador y el abogado habían insistido en la importancia de venderla cuanto antes para que no siguiera perdiendo su valor. Como estaba en buen estado, los cambios que hicieron antes de venir a Greenville fueron mínimos. Eso, junto con la ubicación, facilitaría el encontrar un comprador con rapidez.

Charló con Adele y salió al jardín delantero para saludar a Angus, que en esos momentos arrancaba las malas hierbas. Era un hombre maduro con un temple tranquilo que la ayudaba en todo cuanto podía.

Cuando la vio, se sacó el sombrero en señal de respeto y le contó que esperaba la llegada de un hombre que lo ayudaría con la limpieza de la chimenea de su habitación.

—Espero que esta noche la podamos encender —afirmó con voz grave.

Admirando la despejada mañana, respiró profundamente y entró de nuevo para coger su bonete y el libro que estaba leyendo en esos momentos. Salió por la puerta de atrás dispuesta a disfrutar de una mañana tranquila y sin sobresaltos.

No pretendía andar mucho, solo lo suficiente como para encontrar un lugar adecuado para sentarse y disfrutar del maravilloso mundo literario. Se lo había comprado en la ciudad antes de marcharse, cuando encontró el ejemplar en una pequeña librería alejada del centro. El librero le explicó muy por encima su contenido y enseguida la consideró una lectura entretenida. Hasta el momento no le había defraudado.

Cuando quiso darse cuenta se encontró no muy lejos de la casita donde la habían asaltado unas semanas atrás. A pesar del follaje podía visualizar el tono marrón de las tablas de madera.

Por un instante dudó y permaneció en silencio a la espera de oír algo que se saliera de lo normal.

Había casi alcanzado el claro cuando decidió no seguir. Pudo ver con claridad el lugar exacto en donde sucedió todo. Esos segundos fueron decisivos, ya que apenas había volteado el cuerpo para volver sobre sus propios pasos cuando una figura salió de repente de entre los árboles, asustándola.

Con un grito quedo se recompuso lo justo como para correr en dirección contraria.

—¡Espere!

Era la misma voz y eso la llenó de espanto. ¿Estaba esperándola para terminar lo que empezó tres semanas atrás?

El miedo le dio alas, pero no fue tan rápida como deseaba. En un instante, el hombre consiguió cogerla por detrás y la sujetó por la cintura. Ella forcejeó y gritó.

—¡Socorro! —Esta vez el grito salió tal y como esperaba.

—Por favor, cálmese; no le haré daño. Solo quiero hablar con usted. —El tono del hombre parecía ansioso, pero ella ni lo notó—. ¡Quieta! —exclamó él al final.

Ayleen dejó de moverse, pero lanzaba gemidos incontrolados y tenía los ojos cerrados cuando la giró hacia él.

—Señorita —la llamó con suavidad, sin soltarla—, deme una oportunidad para que conversemos y podamos aclarar el malentendido de la última vez.

Ante eso, Ayleen abrió los ojos por completo, escandalizada.

—¡Usted y yo no tenemos nada que hablar, desnaturalizado, atrevido!

Sin embargo, no pudo evitar darse cuenta de lo apuesto que era. Esa mañana lucía una ligera barba que lo hacía parecer más interesante.

Pero ¿en qué estaba pensando?, le reprendió su voz interior. ¡Sería tonta! Ese hombre la tenía a su merced y ella se dedicaba a fantasear con su belleza. Por ello siguió lanzando una serie más de improperios —dignos de un rufián— mientras volvía a intentar librarse de sus poderosos brazos.

El desconocido forcejeó con ella para mantenerla quieta y hacerla razonar, pero tenerla apretada junto a él, con los continuos movimientos de la joven por lograr desasirse, le provocaron otro acceso de locura que no pudo prever ni reprimir: la besó, de nuevo. La aplastó junto a él y quedaron encajados.

El grito de sorpresa de Ayleen quedó sofocado por unos labios exigentes y apremiantes. Esta vez no fue tan frenético, pero consiguió que ella dejara de apretar los labios, haciéndolos vulnerables a su inesperado ataque.

Como mucho duró un minuto, antes de que ella, haciendo acopio de valor, le lanzara un golpe en la espinilla al tiempo que aprovechaba el desconcierto del libertino para soltarse y echar a correr como alma que llevaba el diablo.

Este no la siguió; no tenía caso. Con un suspiro de frustración y de incredulidad hacia sí mismo fue a marcharse, hasta que vio en el suelo el pequeño objeto que había pertenecido a la fugitiva.

—Vaya, vaya. —Quizás ya era hora de tomarse un tiempo para leer.

La señora Haggens volvió a cambiar las tarjetas de la mesa sin estar convencida de la disposición de los comensales. Todo debía ser perfecto.

—Henrietta, ¿va todo bien? Creía que ya lo habías supervisado esta tarde.

Walter, su esposo, se detuvo ante las puertas del comedor mientras ella pululaba alrededor de una larga mesa preparada para la cena.

Al contrario que su esposa, las dimensiones de su cuerpo eran proporcionales a su estatura. Alto y espigado, su aspecto parecía afable lo que, en consonancia con su talante, daba lugar a malas interpretaciones cuando actuaba como juez. A pesar de saberse piadoso cuando la ocasión lo requería, destacaba en el condado como un hombre de férreo carácter, incorrupto y justo.

El matrimonio Haggens era algo dispar, pero a pesar de las apariencias se amaban con la misma intensidad que cuando se conocieron. Walter toleraba las excentricidades de su esposa con buen talante y una buena dosis de resignación.

—Sí, sí —soltó con impaciencia y con el ceño fruncido—. Estoy puliendo los últimos detalles.

—Te veo muy interesada. ¿Qué diantres estás tramando ahora?

Cuando su esposa le anunció la celebración de la cena no le dio mayor importancia. A Henrietta le encantaba hacer el papel de anfitriona y a él no le molestaba tener invitados. Sin embargo, al ver la lista de asistentes no pudo evitar sorprenderse; no tanto por su variedad, sino por la presencia de «él». Eso le hizo preguntarse cómo había logrado que acudiera esa noche. Y lo más importante: ¿por qué había aceptado si se trataba de una simple cena entre amigos?

—Oh, Walter, tienes un alma tan poco romántica que no lo entenderías —se lamentó su esposa sin levantar la mirada de las tarjetas.

—Pruébalo, querida —sugirió.

Con un gesto de frustración, Henrietta dio por finalizado el cambio definitivo de las posiciones de los comensales.

—He pensado que la señorita Blake sería más feliz estando casada. La pobre está tan sola... Su esposo resopló con incredulidad.

—Ha hablado la experta en amor —sentenció.

—Siendo sarcástico no ayudas nada —se quejó y lo miró de reojo.

Siempre estaban así. Ella quería cambiar el mundo —o al menos la vida de aquellos que la rodeaban— y él se limitaba a refrenar su entusiasmo y sus buenas intenciones.

—¿He de entender que esta cena es una encerrona? —De hecho, estaba convencido de que así era.

—No exactamente —le corrigió—. Es una gran oportunidad para acercarla un poco más a su comunidad...

—Toda repleta de hombres —intervino Walter.

—... y así tener más opciones de conocer a un candidato aceptable para considerar un posible matrimonio.

El señor Haggens se acercó a la mesa y observó las tarjetas.

—Y estos son los elementos que has elegido. —Ya sabía quiénes eran, por eso no pudo evitar esbozar una sonrisa de pesar—. Me alegra ver que todavía tienes la sensatez suficiente para incluir al Duque ante tanta...

Henrietta le miró escandalizada y protestó.

—¿Cómo se te ocurre sugerir que haya podido pensar en el duque de Redwolf como posible candidato? —le interrumpió—. Él está muy por encima de nosotros —se sentía convencida de ello—. El día que decida escoger esposa elegirá entre las mejores familias. Será una joven sin mácula, refinada, y su hermosura no tendrá parangón.

—Qué suerte tendrá nuestro Duque —ironizó el señor Haggens después de tan apasionada confesión.

—No te burles. —Se acercó a él para darle un leve golpecito en el brazo como reproche—. Él tiene una obligación con su linaje y debe elegir bien. La señorita Blake no tiene nada que ofrecer. Un matrimonio entre ellos resulta inconcebible.

—Cosas más extremas han sucedido —replicó su esposo. Seguía sintiendo curiosidad sobre el motivo que llevó al duque de Redwolf a aceptar la invitación—. No obstante, si no has pensado en él como posible candidato, ¿por qué está aquí?

Walter lo conocía. Habían coincidido en Londres y en las fiestas que este daba en Carmine's Place. Sin embargo, no era un trato muy estrecho.

—Porque puedo —añadió con petulante satisfacción—. No quiero que pienses que soy presumida o algo por el estilo, pero me ajusto a la realidad. Las otras tres opciones que he escogido son mucho más realistas para la señorita Blake.

Parecía estar muy segura de sí misma y él decidió dejarlo correr.

—Señores Haggens —fueron interrumpidos por el mayordomo—, los invitados han comenzado a llegar.

—Vamos, querida. —Walter le ofreció el brazo, que ella aceptó con una sonrisa—. Empieza el primer acto de la comedia «la señorita Blake y las tres joyas de la corona inglesa».

—¿Cómo has dicho? —Henrietta lo miró con estupor—. Las tres joyas de la corona...

—¿No lo crees apropiado? —Él sabía que la mente de su esposa funcionaba a otro nivel.

—No está bien burlarse de nuestros invitados, pero al menos reconoces que los jóvenes tienen su valía. Hummm —caviló—, las tres joyas de la corona... Vaya tontería; no obstante...

—Vamos, mujer —apremió con picardía—, reconoce que he acertado en llamarlos así.

—No voy a darte la razón; al menos esta noche no —sonrió—. Pero debo reconocer que me gusta. Ahora salgamos a recibir a nuestros invitados.

Con su plan en mente, la señora Haggens tenía una idea muy clara de lo que quería conseguir esa noche: expectación. Y para que la entrada de Ayleen fuera un éxito y ciertos caballeros se fijaran en ella, la avisó de la hora exacta en la que debía hacer su entrada: ni un minuto antes ni uno después.

La pobre no sabía lo que se le venía encima.

Antes de que hiciera su aparición, los invitados fueron haciendo acto de presencia. Los Morton fueron los últimos en llegar, seguidos del Duque.

Jason miró por la ventana del carruaje. Antes de apearse se pasó las manos húmedas por los pantalones, un gesto que denotaba la ansiedad que lo invadía. Podría achacar esos nervios a cualquier tontería relacionada con el trabajo que se acumulaba en el escritorio, pero eso sería engañarse. Conocía demasiado bien el motivo.

Su esposa ni siquiera lo notó.

—Es imposible que nadie note su presencia —musitó Jason intentando distraerse mientras tomaba del brazo a su esposa. Detrás de ellos, el impresionante transporte con el emblema ducal esperaba a ser recibido—. Mañana todos hablarán de la inesperada visita del duque de Redwolf al pueblo. Henrietta será el centro de atención, tal y como a ella le gusta.

—Bueno, que tu hermano Ashton haya decidido aceptar la invitación es todo un logro —replicó Johana.

—El mérito es todo tuyo, querida. Si no hubieras insistido...

Ambos sabían que tanto el uno como el otro tenían razón. Si Ashton hubiera decidido no asistir, ni la más poderosa de las persuasiones lo haría cambiar de parecer. El Duque no era proclive a dejarse ver en reuniones y eventos diversos de la alta nobleza; mucho menos entre los que no pertenecían a ella.

—Henrietta, cada vez que la veo está más radiante —la saludó Jason tan pronto entraron en el vestíbulo.

—¡Qué adulador! —Su sonrisa se ensanchó—. Walter, deberías aprender —sugirió ella dándole un codazo a su esposo.

Este puso los ojos en blanco y estrechó la mano del más joven de los Morton.

—¿Manteniendo los malhechores a raya? —comentó al juez mientras las mujeres hablaban.

—Uno hace lo que puede, pero los años no pasan en balde. Tanto mi paciencia como mi clemencia empiezan a escasear. Antes creía que era deber cristiano confiar en la bondad del hombre y dar segundas oportunidades, pero ahora ya no estoy tan seguro.

—Supongo que debe ver pasar por el juzgado los mismos rostros una y otra vez.

—Si no los mismos, sí por los mismos motivos —asintió con pesar—. No me queda más remedio que dejar caer sobre sus cabezas todo el peso de la ley.

—Admiro su trabajo. —Y era cierto—. Yo no sería capaz.

—Bueno, reconozco que no todo el mundo tiene el carácter necesario para desempeñarlo, pero eso no...

—¡Walter! ¿Quieres dejar de molestar con tus cosas? Este no es el momento ni la ocasión para hablar de criminales. ¡Habrás visto! —los regañó la anfitriona.

El matrimonio Morton se lanzó una mirada de entendimiento mientras el juez lanzaba un leve suspiro y Henrietta seguía con la amonestación.

—¡Hombres! Vais a conseguir dormirme antes de la cena. —Se dirigió a los recién llegados—. ¿Por qué no pasan al salón y hablan de temas más frívolos? El resto de los invitados están tomando una copa. —Ellos se quedaron a recibir y saludar al Duque.

Lo primero que hizo fue examinar la sala con el corazón latiéndole en el pecho con más rapidez de la que desearía. No podía negarse a quién estaba buscando. Quería comprobar con sus propios ojos que estaba equivocado, que no eran la misma persona. Una parte de él deseaba confirmar el error. La otra, mucho más insidiosa y difícil de controlar, quería todo lo contrario.

Sin querer apretó la mano en un esfuerzo por controlarse y Johana, al notarlo, le lanzó una mirada especulativa que una exclamación nada apropiada se encargó de distraer.

—¡Lord Jason! —Desde la otra punta de la habitación, el comodoro Rupert Clarewood saludaba con entusiasmo—. ¡Cuánto tiempo sin verle! —Johana se dirigió a saludar a la señorita Juliet Been mientras Rupert se le acercaba.

—Comodoro Clarewood —dijo Jason con formalidad fingida, aunque resultó ser una distracción—. Hacía tiempo que no nos obsequiaba con una visita.

—He venido para quedarme durante un tiempo. Me he tomado un período de permiso mientras valoro mi futuro —confesó.

—Aun así, creo que se impone una felicitación por su logro. La última vez era Capitán.

—¡Bah! —desechó con soltura—. Para ascender en la Marina basta con ser sagaz y valiente. Cualquiera puede hacerlo.

Pensó que por lo menos en algo no había cambiado: su falsa modestia. También debía reconocer que el mar y los viajes no habían hecho mella en él.

—No lo dudo, pero siempre tuvo talento para dirigir. Lo lleva en la sangre.

Sabía que alabarle era la mejor forma de tratarlo. Con eso no quería decir que el hombre no se mereciera su ascenso; todo lo contrario: era todo un temerario.

La entrada de Ashton consiguió acallar las intrascendentes conversaciones. Su sola presencia, regia y seria, los intimidaba. Vestido de negro y con un pañuelo de seda color marfil atado en el cuello daba la imagen de ser un hombre poderoso e inaccesible.

—¿Qué hace vuestro hermano aquí? —le susurró Rupert por lo bajo—. Creía que no se prodigaba en el trato con la plebe.

Jason no tuvo oportunidad de responder.

—Damas y caballeros... —enfaticó Henrietta, dando unas palmaditas y contenta de contar con toda la atención.

«Ha llegado el momento». La tensión se instaló de nuevo.

—... Quisiera presentarles a una invitada muy especial...

En ese mismo instante, los Haggens entraban en el salón acompañados de la responsable de su actual estado.

—... Una nueva vecina en esta comunidad. La señorita Ayleen Blake.

«Que nuestro señor todopoderoso me ampare. Es ella».

Había mantenido la esperanza; una a todas luces inútil. ¿Cómo iba a enfrentarla? ¿Y por qué le parecía que su sola presencia bastaba para exaltarle? ¿Cómo podía su corazón latir de forma tan acelerada? Si no se controlaba, su reacción suscitaría muchas preguntas curiosas.

Vio cómo la anfitriona arrastraba a la recién llegada hacia el centro, como si estuviera dispuesta a venderla en una subasta. Acto seguido se dispuso a presentarla a cada uno de sus invitados siguiendo la jerarquía social. Todos se acercaron, interesados.

El primero fue Ashton. Ella todavía no se había dado cuenta de la presencia de Jason. Tenía la mirada fija en su hermano y parecía concentrada en el cortés saludo.

Contuvo el aliento, temiendo el momento.

—Su Gracia. —Hizo una reverencia perfecta.

Los siguientes fueron, como era de esperar, los Morton.

—Ya conoce a lady Johana —decía la señora Haggens—; y este es su esposo: lord Jason Morton.

La impresión de verla de cerca fue más desmesurada de lo que habría cabido esperar. Sentía la rigidez en cada músculo de su cuerpo en un esfuerzo supremo por controlarse. Y trató, por lo menos durante la presentación formal, de dejar sus sentimientos a un lado, evitando así que la dama cometiera una indiscreción.

Con renovada voluntad fue el primero en hablar. Ambos tenían mucho que perder si no lo hacía.

—Encantado de conocerla, señorita Blake —declaró con rapidez. Esperaba que ella notara que pretendía hacer ver como si no se hubieran visto nunca. No sabía si era un modo inteligente de actuar, pero sí lo más apropiado. Aun así, tenía el corazón en un puño.

Para Ayleen fue todavía peor: se quedó paralizada debido a la conmoción. Le miró el rostro con intensidad, tratando de discernir si aquello era real y en verdad tenía ante sí al hombre del bosque. Si no hubiera estado rodeada por tanta gente hubiera reído con todas sus fuerzas. ¿Acaso le estaban jugando una mala pasada?

La cabeza empezó a darle vueltas y sintió cómo el corazón iba a estallarle. Por un instante pensó que todo estaba a punto de descubrirse, pero todos tenían una expresión neutra en sus rostros menos él. Todavía se resistía a creerlo.

Jason Morton era el desconocido del bosque.

Se obligó a reunir todo el autocontrol del que fue capaz para no boquear como un estúpido pez. En realidad, no había pensado en ninguna ocasión cuál podía ser la verdadera identidad del hombre que la asaltó. Descubrirlo resultaba una catástrofe. Que fuera el esposo de lady Johana y por ende, su vecino, no lo hacía más digerible, sino todo lo contrario. También parecía tener todo el derecho del mundo a rondar los bosques y la casita, ya que esas tierras pertenecían a su hermano, el Duque. Sin embargo, eso no disculpaba su aborrecible comportamiento.

¿Qué había hecho? ¿En dónde se había metido? Lo que había pasado entre ellos la tenía más turbada que antes. ¿Iba ese hombre besando a las mujeres? Tal vez había visto en ella, una desconocida, la oportunidad de soltar sus más bajos instintos. No parecía la clase de persona que iba traicionando a su esposa, pero ¿qué sabía ella del género masculino?

En esos momentos se sintió muy estúpida y avergonzada. Después llegó la consternación. Estaba dispuesta a conceder lo mucho que había disfrutado de las intimidades entre ambos, pero la burbuja romántica que había empezado a imaginar se había disuelto con la misma rapidez.

No quería pensar en lo apuesto que era, en la intencionalidad de su mirada o en el brazo femenino cogido del de él. Tampoco quería admitir que, en algún momento de las noches pasadas, se había visto avasallada por un sueño en el que él aparecía y le exigía que fuera su mujer. Tacharse de tonta de remate era poco, pero con un reproche hacia sí misma más que justo, se dijo que era lo mínimo que merecía. Suponía que por esa razón él acababa de fingir que ese era su primer encuentro. Si llegara a saberse, su reputación quedaría manchada y no tendría más remedio que marcharse.

«Eso jamás».

Al menos había tenido eso en consideración; o quizás no lo hacía para salvaguardarla a ella de las habladurías, sino por él mismo. Su actitud había sido, cuanto menos, reprochable. Ella intentaría olvidar que ese encuentro la había marcado y que él no era un hombre por el que podría suspirar toda una vida. Si se volvía a dar el caso, en público trataría a ese caballero con el máximo respeto, pero también con la debida frialdad. En privado... ya procuraría ella que eso no volviera a suceder. Tenía que proceder con más cautela que nunca y, si tenía la oportunidad, le explicaría con suma claridad qué pensaba de él y de su actitud. Si se veía obligada, aunque esperaba que no hiciera falta llegar tan lejos, lo amenazaría con contárselo a su mujer. Tal vez con eso bastara.

Con esa falsa creencia se recompuso de prisa, esbozó una sonrisa superficial de cortesía y asintió.

Por suerte, al instante la alejaron de la pareja para ser presentada al señor Plumbert. Era mejor así. No fuera que llegara a actuar como una tonta o hacer el ridículo.

Jason, viendo cómo se alejaba, no pudo sino admirar su compostura. Si hubieran intercambiado los lugares, no sabía si hubiera sido capaz de mostrarse tan imperturbable. Al menos, él había contado con un margen de tiempo para hacerse a la idea de que la mujer con la que se había topado en dos ocasiones era la nueva vecina. Sin contar con una descripción fidedigna —preguntar a Johana hubiera podido levantar preguntas incómodas— tuvo que

arriesgarse a pensar que dada su forma de vestir y la suavidad que notó en sus manos, no podía tratarse de una sirvienta o alguien de una escala social más baja.

Siguió sus movimientos por la sala con atención mientras era dirigida por los Haggens. Ahora, en contra de lo que uno creería como sensato, ya no se sentía dominado por los nervios. Tenso sí, pero eso era otra cuestión que ya dilucidaría más adelante, en soledad.

—Y aquí tenemos al comodoro Clarewood —siguió diciendo la esposa del juez. Rupert ya estaba a primera fila, pero adelantó el paso—. Cuídese de él, es un bribón.

—Señorita Blake, permítame decirle que sus ojos ya me tienen cautivado.

Al oírlo, Jason puso los suyos en blanco, pero la dama pareció turbada ante semejante despliegue de encanto.

No le extrañaba que pudiera sentirse presa de sus bellas y ostentosas palabras. Además de su impecable apariencia, el Comodoro era un hombre muy apuesto. En cierta ocasión escuchó sin querer la discreta conversación entre dos maduras damas, calificándole de adonis. A partir de ahí no le sorprendió saber que su rubio cabello y sus ojos azules hacían florecer pensamientos románticos en cualquier mujer. Además, parecía estar siempre de buen humor y sonriente. Todo eso, unido a su rango en la Royal Navy, hacía de él un partido excepcional. Lástima que esas mismas mujeres que caían rendidas a sus pies no supiesen ver lo pagado de sí mismo que estaba. Al menos, Johana ya se había percatado de ello. Los dos opinaban que Rupert Clarewood era demasiado atrevido, aunque se cuidaba bien de no ir más allá.

Inmediatamente después, Ayleen le fue presentada a la señora Clarewood, una mujer amable y delicada que caía bien a todo el mundo. También era evidente, contra todo pronóstico, lo bien que se llevaban madre e hijo. Rupert parecía quererla mucho, tratándola siempre con respeto y cariño. Eso, por supuesto, enternecía a la más dura de las muchachas y a sus propias madres.

Mientras escuchaba a medias se dio cuenta del avance del señor Been, el hombre más pomposo sobre la faz de la tierra. Se posicionó frente a la joven invitada y trató de interrumpir la conversación que mantenía con la madre del Comodoro.

El caballero era un ingenioso e inteligente empresario que había conseguido crear un vasto imperio de la nada. Era tan rico que lo hacía sospechar que su fortuna superaba con creces la de su propia familia, que ya era decir mucho.

Jason siempre se había considerado un tipo bastante tolerante. Debido a su cargo de administrador de las propiedades del ducado debía tratar con innumerables personajes, pero el señor Been lo sacaba de quicio. Su sola presencia lo alteraba. Cuando, además, abría la boca sentía deseos de correr lo más lejos posible para evitar zarandearlo o algo peor.

—Señor Been, no crea que lo he olvidado. —La voz de Henrietta, no exenta de reproche, resonó por todo el salón al percatarse de los intentos del hombre por ser presentado—. Ya veo que está impaciente por conocer a nuestra invitada.

No oyó lo que este respondió, pues en ese momento uno de los lacayos le distrajo cuando le ofreció algo de beber. Aun así, su mente convergía una y otra vez hacia la misma persona. Miró a la señorita Blake de nuevo. Esta vez estaba muy diferente de esos dos desafortunados encuentros. El vestido fruncido de seda brillante color azulón que lucía le sentaba mucho mejor que los anteriores que recordaba, demasiado anodinos. El escote cuadrado con encaje dejaba entrever su cremosa piel sin ser demasiado evidente. Y el elegante recogido dejaba sus orejas, decoradas con unos pendientes dorados, a la vista, confiriéndole a su rostro alargado una inusitada austeridad.

Pensó que era bonita, para acto seguido reprenderse por permitirse semejantes consideraciones. Él era un hombre casado, hecho que se había repetido más de un centenar de veces en las últimas tres semanas. No podía ir admirando a las demás mujeres, al menos no a

las que producían en él un efecto como el que había sentido con esa joven. Desde su primer encuentro se había reprochado su actuación, la cual ponía en entredicho su cordura y honor. Si alguien se enteraba podía desatar un escándalo. Y él respetaba demasiado a su familia como para ponerlos en semejante tesitura.

Llevaba casado con Johana algo más de dos años y en ese período habían congeniado mejor de lo que él hubiera esperado. Al principio de conocerla quedó deslumbrado, no solo por su belleza y su porte, sino también por su saber estar. Y con el tiempo comprobó que era una mujer de temperamento sosegado. Juiciosa y de buen talante aceptó que su vida podía darse lejos de la ciudad y no parecía preocupada por ello.

Como sus padres ya habían fallecido, sus únicos parientes eran unos tíos que hasta el día de su boda ejercieron de tutores y una hermana mayor que residía en Jamaica.

—No podrías haber elegido mejor —le aseguró Ashton poco después de conocerla.

Tuvo en consideración la opinión de su hermano. No era un hombre acostumbrado a dispensar halagos, si bien su futura esposa y él habían congeniado a la perfección. Así que, con el viento a favor, decidieron darse el sí, pero antes esperaron la llegada de los que serían sus cuñados.

A pesar del corto compromiso, la ceremonia fue grandiosa. Era lo menos que Johana merecía. Ashton no reparó en gastos y todo el mundo fue invitado. Se casaron en Londres y la celebración dio paso a una fiesta multitudinaria en la mansión de la ciudad de la familia Morton.

A lo largo de esos pocos años, su esposa había demostrado ser su pareja perfecta. Entre ellos se había establecido una relación tranquila y satisfactoria. Hasta la actualidad era consciente de que su vida no podía ser mejor. No obstante, el episodio acaecido entre él y la señorita Blake lo había desestabilizado todo. Le había hecho cuestionarse su propia valía como hombre. ¿Qué clase de marido era capaz de besar a otras mujeres? Por supuesto, tampoco era tan ingenuo. De esos los había —y muchos—, pero él no era así. Había pronunciado sus votos con la mayor seriedad y con la intención de cumplirlos. Quería a su esposa y la respetaba. Además, él no era amante de las diversiones mundanas habituales. Le gustaba su trabajo y la tranquilidad del campo. No necesitaba frecuentar clubs de caballeros, antros de prostitutas y fumar y beber hasta perder el conocimiento. Las emociones fuertes no iban con él. Tampoco apostaba ni tenía deudas. Era un hombre sencillo con gustos más sencillos aún. En cuanto a su carácter, se describiría más bien como un hombre normal, algo anodino y carente de una personalidad atractiva. No se consideraba tímido y le gustaba mantener una buena charla interesante con cualquiera presto a ello, ya fuera un noble, un campesino o un burgués. No era dado a arrebatos repentinos ni estallidos violentos. La pasión, ese concepto tan utilizado por poetas, escritores y románticos en general, le era ajeno. En su matrimonio abundaba la ternura, el afecto y el respeto. Ambos se querían y lo demostraban con consideración.

Y eso era lo que le estaba carcomiendo, lo que no entendía.

Primero, el impulso. Bueno, los impulsos. No era hombre dado a ese tipo de cosas. Le gustaba reflexionar y meditar antes de actuar. Sin embargo, algo en ella lo había incitado a actuar en contra de su actitud natural. Y en segundo lugar, el beso. Cuando besó a la señorita Blake sintió que algo se apoderaba de él; algo que no había experimentado nunca. Su sensatez habitual fue reemplazada por un ramalazo tan inesperado como desagradable por el simple hecho de no saber interpretarlo. Recordaba haber sentido una especie de explosión en su interior. Sus nervios se agarraron y su estómago empezó a sacudirse en pequeños espasmos mientras su temperatura corporal ascendía. Se notó la respiración acelerada y deseó eternizar el momento.

¿Fue eso pasión?, se preguntó mientras observaba a la mujer que había provocado ese cúmulo de sensaciones. Eso mismo había intentado averiguar. Cuando ella se marchó se sentía demasiado conmocionado. Más tarde aparecería la conciencia y con ella, la culpa. Aun así debía de admitir lo mucho que había disfrutado. ¿Era así como se sentían los adúlteros? ¿La emoción de un nuevo rostro, unos nuevos labios? No quería comparar; se negaba a ello. Sin embargo, sentir su aliento y unir los labios con ella habían supuesto un brutal choque. Todas sus ideas preconcebidas habían volado por los aires. Ahora quedaba la incertidumbre.

Después del primer beso, las siguientes semanas habían resultado ser atroces para sus nervios, los cuales se había esforzado por disimular. No estaba seguro de la identidad de la joven, pero al mismo tiempo tenía la certeza que era la recién llegada de la que hablaba su esposa.

Johana había achacado su malestar y poco descanso al exceso de trabajo, pero no parecía haber advertido nada más extraño que eso. Ashton, en cambio, mucho más conocedor de su temperamento y más observador, se había limitado a recomendarle que, dado que el administrador ya había vuelto, lo más sensato era tomarse las cosas con calma.

Era un alivio que no supusiera el verdadero motivo.

Los días después al encuentro se había prometido alejarse de la cabaña del guardabosques, la casita que esa joven había estado descubriendo. Había estado habitada mientras su padre vivió, pero como al poco de fallecer él, lo hizo también el hombre que vivía allí, Ashton no consideró necesario ocupar ese puesto vacante y Jason empezó a frecuentarlo bastante antes de casarse. Era una especie de retiro. Allí dormitaba, leía o simplemente descansaba alejado, primero de la casa principal, después de la suya propia. Nadie sabía dónde estaba ni tampoco preguntaban. Confiaban en él y en su buen juicio. En ese momento les podría demostrar lo equivocados que estaban al mostrarse tan confiados. No sabía si estaba siendo más duro de lo normal, pero lo que había hecho no estaba bien.

Una semana después de su encuentro con la señorita Blake, cuando creía que esta no diría nada y que él estaba a salvo, Johana mencionó la reunión de las damas del té de ese día y cómo se había desarrollado. Fue ahí donde se dio cuenta del modo tan pueril con el que se había engañado. No había olvidado el beso —que pesaba sobre su conciencia—, ni el roce de sus manos sobre sus labios, ni la suavidad de su cuerpo. Estaba todo ahí. Al día siguiente, a pesar de sus intentos por evitarlo, volvió a la casita. Al final se convenció de que lo único que deseaba era verla para aclarar cualquier malentendido que pudiera haberse producido. Lleno de indecisión esperó toda la mañana sin éxito. El procedimiento se repitió día tras día durante dos semanas hasta que, cuando sus esperanzas ya flaqueaban, la vio aparecer por el recodo del sendero. Quizás la había asustado de nuevo o tal vez él se estaba volviendo loco, pero lo cierto era que lo había vuelto a hacer. Y esa vez no tenía ni una excusa. Si bien la primera vez —a pesar de la negación de la mujer— fue ella quien lo besó primero, Jason era el responsable de la segunda estupidez. Fue breve, pero tan intenso como el anterior. Cuando el inesperado puntapié en la espinilla lo hizo encogerse de dolor, no pudo sino admitir que estaba ante un grave problema; uno de los gordos. ¿Qué iba a hacer a partir de ahí?

Ayleen trataba de ocultar su inquietud sonriendo más de lo que era habitual en ella. El culpable: Jason Morton. Allá donde mirara, su presencia se hacía ineludible, perturbándola. Saber quién era y qué había sucedido entre ellos la mortificaba y torturaba a partes iguales, acentuando el irrefrenable impulso de salir corriendo de la cena y no volver a cruzarse jamás con ninguno de ellos, aunque lo sabía un imposible. A eso había que sumarle la abrumadora sensación que comportaba ser el centro de atención de tres hombres, presumiblemente solteros.

Recordaba haberse sentido nerviosa durante el corto trayecto hasta el pueblo. El juez Haggens, al que todavía no conocía, la había recibido con cordialidad y una sonrisa afectuosa.

—¡Ánimo! —le susurró poco después, a instancias de su esposa, antes de entrar en la habitación donde conversaban los invitados.

Parecía un buen hombre, pero eso, lejos de hacerla sentir reconfortada, la había puesto más nerviosa aún. A excepción de Henrietta y Johana Morton, no conocía al resto. Mientras se afanaba por memorizar nombres y rostros observó con atención a su alrededor.

El señor Haggens hablaba con lord Jason Morton y el señor Plumbert. Este último parecía un hombre tan retraído como un ratoncillo asustado; tanto que, cuando se lo presentaron, tuvo que aguzar bien el oído para escucharle. Su anfitrión, por el contrario, tenía una grave y bien modulada voz, la cual resonaba por toda la estancia. En cuanto al tercero en discordia...

Lo miró de nuevo con todo el disimulo posible. Sí, era apuesto, aunque no tanto como el comodoro Clarewood, pero había algo en lord Jason Morton, algo que era incapaz de explicar, que le estremecía el alma con su sola presencia. Trató de olvidarlo. Y lo hizo; o lo intentó, al menos durante esa cena. Para conseguirlo dirigió una cuidada mirada a su interlocutor y volvió a prestarle atención, cosa difícil, ya que su interminable cháchara la hacía querer abstraerse por completo.

El señor Been no había cesado de hablar desde el mismo instante en que habían sido presentados. Sin apenas dejarla intervenir, lo cual era de lo más maleducado, se había enzarzado en un interminable monólogo sobre cómo consiguió adquirir semejante riqueza.

—... Y lo cierto es que ganaba más de lo que podía gastar —continuaba diciendo.

—Ah —musitó.

—Pero he de decir que no estaba para nada sorprendido.

—¿No? —No tenía la más mínima ni idea de lo que estaba tratando de explicar.

—En absoluto —confirmó ufano—. Siempre supe apreciar mis múltiples cualidades.

¡Cielo Santo! Ese hombre no necesitaba a nadie que le adulase, con él se bastaba.

Debía rondar la cuarentena y no estaba casado.

«No puedo imaginar el porqué», pensó maliciosa.

De aspecto menudo y un poco dado a los excesos, cabía destacar su atributo más evidente... su gran bigote. Sus constantes mejillas sonrosadas y su alegre papada no lo hacían lucir como un hombre atractivo. Aun así, no creía que su aspecto fuera el problema de ese hombre. El señor Been solo sabía hablar de sí mismo y de su dinero, unas cualidades poco atrayentes para la mayoría de las mujeres.

—Señorita Blake, señor Been —la intervención de la señora Haggens fue recibida como una bendición, al menos por su parte—, me sabe mal interrumpirlos —por su enorme y astuta sonrisa era evidente que no—, pero la cena ya está lista. Nos trasladamos al comedor.

Todos estaban mirándoles, esperando. El brazo de la anfitriona se apoyaba en el codo del hombre con más rango de los presentes: el duque de Redwolf. El resto ya estaba emparejado.

Ayleen se ruborizó. Estaba tan absorta en sus propios pensamientos que no se había dado cuenta. Por supuesto, el señor Been parecía tan complacido de poder hablar de sí mismo que tampoco se había percatado. Como ella era algo así como la invitada de honor, fue el juez el encargado de escoltarla. A pesar de no ser una cena de la nobleza, el protocolo era el protocolo.

—¿Se divierte, señorita Blake? —le preguntó en un susurro como mera cortesía.

—Por supuesto —respondió educada. No era correcto decirle que uno de sus invitados había conseguido impresionarla de un modo negativo.

Quizás vio algo en su expresión que la delató o tal vez era demasiado intuitivo, porque sonrió a medias.

—Creo que ha sido excesivo preguntarle eso —afirmó benévolo—. Dígame al menos si se siente cómoda entre nosotros.

—Puedo asegurarle que así es —concedió con una sonrisa—. Todos ustedes me han acogido con calidez. Su esposa ha hecho más de lo que debería y no sé cómo darles las gracias.

—No tiene porqué. —Le dio unas palmaditas en la mano, satisfecho—. Mi amada Henrietta tiene muchos defectos, ya los iré descubriendo —añadió con un guiño pícaro—, pero posee un gran corazón. Si ha decidido brindarle su apoyo y amistad es porque lo merece.

Ayleen se sentía abrumada ante tanta demostración de afecto y consideración, pero todo eso quedó relegado a un segundo plano cuando entraron en el comedor. De planta rectangular, se podría decir que era tan extravagante como su dueña. Tanto las cortinas como el tapizado de las sillas estaban confeccionadas en un amarillo bastante chillón con dibujos de flores en verde y azul. El color oscuro de la madera de mesa y sillas, juntamente con la del enorme aparador del fondo, hubieran sido un exceso si el tono de la pared, en un verde pálido, no hubiera matizado el efecto dramático de este.

Solo cuando un lacayo retiró la silla para sentarse advirtió la distribución de la mesa. Con apenas once comensales, las conversaciones estarían al alcance de todos. Si se quería privacidad, el susurro era la mejor opción.

—¡Qué maravilla, señorita Blake! —exclamó el señor Been mientras tomaba asiento a su derecha—. Nos han sentado juntos. Así tendremos más tiempo para que le explique con detalle cómo conseguí llegar a ser un hombre tan rico —se carcajeó atusándose el bigote negro.

Procurando no mostrar su desencanto ante tal suceso advirtió que a su izquierda estaba el señor Plumbert. Lástima que no sirviera de nada; uno hablaba demasiado y el otro todo lo contrario.

Las cabeceras de la mesa estaban ocupadas por el señor Haggens y el duque de Redwolf. Este último estaba flanqueado por Juliet Been por un lado y la señora Clarewood en el otro. Lord Jason y lady Johana se encontraban a la derecha y a la izquierda respectivamente del anfitrión, por lo que colocaba a la señora Haggens y al comodoro Clarewood delante de ella.

La cena empezó bien y Ayleen pudo tomarse el primer plato —sopa de zanahorias à la *crécy*— con cierta tranquilidad. Incluso las ostras con vegetales y el rodaballo a la crema. El señor Been hablaba, pero no a ella en especial, así que se dispuso a disfrutar de la deliciosa comida mientras observaba, con cierta reserva, a todos los invitados. No se sentía como una intrusa, pero tampoco encajaba del todo, pues aquellas damas y caballeros se relacionaban bastante entre sí, siendo ella la única que no pertenecía a su círculo.

Poniendo su empeño en parecerles agradable, trató de desempolvar el arte del diálogo con desconocidos, tan poco cultivado en los últimos años, pero el señor Plumbert no se lo pudo

fácil. Solo contestaba con monosílabos y parecía incapaz de entonar una frase larga. Por lo visto, no era por su causa: lady Johana tampoco tuvo mejor suerte. Hubo un instante en que sus miradas se encontraron por encima de la cabeza de este y se sonrieron con complicidad, dándose ánimos.

Acababan de servirle el rollo de ternera regado con salsa de vino de Madeira cuando el señor Been retomó la conversación que habían dejado a medias antes de la cena: su obsesión desmedida por hacer fortuna. Él no lo llamaba así; más bien se refería a sus progresos como una ambición intrínseca que lo empujaba a dar lo mejor de sí. Ayleen tuvo la sensación de que tenía junto a ella un hombre carente de escrúpulos.

Entonces prestó atención al comodoro Clarewood, que parecía contar una historia interesante.

—... De repente me encontré rodeado de mugrientos y sucios piratas. Mis hombres también luchaban por sus vidas, así que me armé de valor y me enfrenté a diez terribles hombres...

—¡Diez! —exclamó horrorizada Juliet, la hermana del señor Been. Todos la miraron y se retrajo, cohibida—. Bueno —intentó excusarse con un tono bajo—, me parece un acto valiente, casi heroico.

—Exacto. —El aludido sonrió con aire de suficiencia. En realidad era un hombre apuesto que sabía sacar partido a sus aventuras—. Gracias a mis habilidades conseguí deshacerme de todos ellos y rescatar a las dos hijas del duque de Pomsworth.

—¿Y dónde fue eso? —preguntó el señor Been, dejando patente sus dudas. A diferencia de su hermana, no parecía admirar el logro en absoluto.

—En las aguas del Caribe, señor. ¿Ha estado usted ahí?

¿Tal vez su tono era malicioso? Ayleen no podía estar segura. Contuvo la respiración a la vez que apartaba el plato con restos de carne.

—Por supuesto que no —contestó con desprecio—. No tengo tiempo de corretear de aquí para allá. Estoy al cargo de un inmenso patrimonio y he de velar para que estos proporcionen altísimos beneficios.

—Mi hijo no corretea de aquí para allá, joven —intervino por primera vez Milicent Clarewood—. Se limita a hacer su trabajo; y muy bien, por cierto.

—No quería insinuar que no hace nada de provecho. —Aunque lo cierto era que esa había sido su intención.

—Por supuesto que no. —El Comodoro lo disculpó, aunque hubiera sido toda una sorpresa si no hubiera replicado a continuación—. Seguro que todos entienden su deseo de enriquecerse sin cesar a pesar de tener en sus bolsillos más de lo que podrá gastar jamás. —Miró a todas las damas, incluida ella—. Estar al servicio de Su Majestad y dar la vida para defender la de toda una nación quizás es demasiado vacuo para usted.

Sin duda alguna, ese último comentario resultaba sarcástico y estaba destinado a menospreciar al señor Been. Por supuesto, toda la mesa lo entendió así. Lo había tildado de egoísta y avaricioso en una sola frase. Era evidente que ambos no se llevaban bien, pues eran diametralmente opuestos, tanto en el físico como en carácter.

—Bueno... —intervino de nuevo Juliet Been con su voz de pajarito— quizás mi hermano se enriquezca mientras usted arriesga la vida, pero gracias a sus negocios muchísimas personas tienen un medio para poder subsistir.

Si esa joven, con anterioridad, se había sentido impresionada por la fuerza y destreza del Comodoro, ahora ponía de su parte para defender a su hermano.

No obstante, tenía razón en hacer hincapié en ello. ¿Qué sería de esos trabajadores sin el dinero que podían conseguir trabajando en las fábricas del señor Been?

—Todo eso está muy bien —Ayleen se sobresaltó cuando oyó la voz del señor Plumbert—, pero quisiera yo saber las condiciones laborales en las que viven esos trabajadores de los que se jacta.

Se sintió impresionada, no tanto porque había hablado, sino por su agudeza. Ella no sabía demasiado sobre ello, pero estaba leyendo una historia que hacía mención a aquel tema en concreto. Si el hombre no fuera tan escaso con sus palabras podría llegar a resultar interesante. Asimismo, los comensales, ya fueran partidarios o detractores de uno u otro, no podían evitar seguir con interés la escaramuza verbal que se estaba desarrollando cada vez de forma menos civilizada. Bueno, todos no. Al mirar hacia la cabecera en dirección al Duque, lo veía inmerso en el maravilloso mundo de la comida, como si esta fuera mucho más interesante que una estúpida disputa entre dos insectos insignificantes. Justo en ese instante levantó la vista y la miró fijamente. No se dio cuenta que ella hacía lo propio. Cuando él levantó la ceja reconociendo su escrutadora mirada, Ayleen enrojeció apartando la cabeza con rapidez. ¿Cómo había sido capaz de sostener la mirada a un hombre como aquél? ¿Qué debía de pensar de ella y de su osadía? Sus pensamientos se vieron interrumpidos por el tono alto de su vecino de mesa.

—... ¡De locos! Cuando tenga mi edad, su cuerpo le pasará factura por haber estado saltando de aquí para allá como un héroe sin sentido. Su Majestad no se lo agradecerá como espera —bufó despreciativo.

Ayleen se había perdido parte de la interesante disputa.

Cuando Clarewood se disponía a replicar, su madre ya había tenido bastante y adujo dolor de cabeza. La anfitriona, por su parte, daba indicios de nerviosismo por temor a que la velada acabara de forma estrepitosa.

—Creo —se disponía a dar punto y final a la conversación— que todos entendemos los pros y los contras de sus respectivos oficios, pero el postre se acerca y recomiendo que dejemos esos temas para otra ocasión —se dirigió al Duque—. ¿No lo cree usted así, Su Gracia?

—Está en lo cierto, señora mía. —Su voz grave resonó por todo el comedor—. Me aburren en extremo las discusiones sin sentido que hacen sentir a todo el mundo incómodo y echan a perder veladas que, de otro modo, serían sumamente agradables.

Esas palabras hicieron reaccionar a todo el mundo, incluidos los lacayos. Estos se movieron con celeridad para retirar los platos semivacíos.

Intentando ser discreta, le echó de nuevo otro vistazo al duque de Redwolf. Su aura de poder se extendía por toda la habitación haciendo empequeñecer a los anfitriones. Nada tenía que ver la estratégica posición en la que estaba situado. Ese hombre estaba habituado a ser obedecido y se manifestaba en cada una de sus palabras y acciones. De aspecto severo, no lo imaginaba como un hombre que se dedicara a la charla ociosa. A esas alturas de la noche podía afirmar que solo había escuchado su voz cuando le fue presentado. Había sido muy educado y formal. Ni una sonrisa, una mueca ni nada que se le pareciera. Era evidente que mantenía un férreo control sobre sí mismo, al contrario que el otro hermano. Eso le hizo darse cuenta de lo diferentes que parecían a simple vista. No se debía a la ropa, ni a su aspecto rígido e inflexible. Mientras el más joven tenía los cabellos claros sin llegar a deslumbrar, el Duque lucía un tono parecido a los de los rayos del sol. Si uno mantenía conversaciones con media sonrisa o lanzaba una contenida carcajada, el otro se mostraba circunspecto en todo momento. ¿De verdad sería feliz ese hombre? Y, ¿le importaba saber la respuesta? Era cierto. Los Morton quedaban fuera de su alcance por diversos motivos y no le interesaba mezclarse con ellos.

Tras las palabras del Duque siguió un tenso silencio que fue dirigido por la señora Haggens con verdadera maestría. A los pocos segundos, las conversaciones se reanudaron, pero como el

señor Plumbert había vuelto a su mutismo inicial y el señor Been se mantenía huraño a su lado, sus posibilidades de mantener una cordial charla escaseaban.

Cuando la cena terminó y el juez sugirió a los hombres ir a tomar una copa, las mujeres siguieron a su anfitriona hacia un saloncito, justo al lado, que ella ya conocía por haber sido utilizado en la reunión de las damas de té.

—¿Cómo ha ido la cena? —preguntó en un aparte lady Johana.

Parecía tan amable e interesada que sintió un ramalazo de culpabilidad. Logró controlarse transmitiendo una falsa sensación de serenidad.

—Muy bien. —No había ido mal, pero sus palabras no eran del todo ciertas. Se podría haber resumido como interesante, cuanto menos.

Al oírla, la otra frunció con gracia el entrecejo, no muy segura de dar crédito a sus palabras.

—Creo que está siendo comedida en sus valoraciones —estimó—. Lo cierto es que la elección que Henrietta ha hecho de los comensales podría calificarse como... —dudó— arriesgada. No me gusta expresarme mal de nadie, pero es bien cierto que el señor Been tiene la mala costumbre de hablar de más, sin importarle si la conversación acaba siendo un discurso sobre sí mismo y sus logros.

—Bueno, no es tan malo, lady Johana. —Esta la tomó del brazo de forma amigable haciéndola sentir incómoda.

—Me gustaría que me llamara por mi nombre —su sonrisa y petición eran sinceras—; el título es demasiado formal.

—Oh, pero no podría...

—Por supuesto que sí —insistió—. Somos vecinas y espero que a la larga podamos considerarnos amigas.

Ayleen no estaba muy convencida. No podía borrar de su mente el beso de su esposo, impidiendo así un acercamiento entre ambas.

—En ese caso, lo correcto sería que me llamara también por mi nombre —añadió al final. Esta no podría comprender por qué se resistía a tanta familiaridad. Iría al infierno por eso.

—Perfecto —convino Johana ajena a sus pensamientos.

Las dos sonrieron, aunque ella con más moderación. La dulzura y honestidad de Johana resultaban maravillosas y le era muy difícil no dejarse llevar por ellas.

—En cuanto al señor Plumbert —Ayleen desvió la conversación hacia otro terreno—, ¿acaso alguien ha conseguido que participe en una conversación?

Johana rio por lo bajo.

—No demasiado. Es un hombre tan tímido que apenas oyes su voz. Si de vez en cuando se atreve a abrir la boca es para hablar de sus flores y plantas.

—O de las condiciones laborales de los trabajadores —señaló citándole.

—Oh, es cierto. Cuando le he oído me he quedado de piedra.

Ayleen no entendía qué se refería.

Esta le contó que se rumoreaba que el hermano pequeño del hombre había fallecido en una fábrica en la que se habían demostrado las precarias condiciones laborales en la que se trabajaba.

—Al parecer —continuó—, el joven Plumbert era capataz de una fábrica y trabajaba muchísimas horas a cambio de un mísero sueldo. Lo peor no fue eso —bajó la voz—; el dueño no se preocupaba por la debida ventilación de las instalaciones. Se rumorea que murió a causa de una sobreexposición a perniciosos humos de calderas y máquinas.

—Pobre hombre —murmuró Ayleen apenada. La industrialización no era tan buena como parecía—. ¿Y no se responsabilizaron por ello?

—No. La familia no consiguió más que una pequeña compensación monetaria.

—¡Eso es terrible!

Johana estuvo de acuerdo. Le aseguró que muchos no conseguían ni eso. Le habló también de las empresas en las que tanto su esposo como su cuñado participaban. Ambos no invertían su dinero si no se les garantizaba unas condiciones mínimas a los trabajadores en cuanto a salarios dignos y condiciones del lugar. Eran muy estrictos en ese aspecto.

—Al fin y al cabo, son los que hacen el trabajo —añadió tras finalizar.

Ayleen sentía un respeto merecido por aquellos que luchaban por los menos desfavorecidos. Los Morton parecían ser de ese tipo.

—No está bien cuchichear. —La voz de Henrietta las sobresaltó—. Si el tema es interesante, hágannos partícipes a todas.

Las otras tres mujeres las miraban interesadas.

—Oh, estábamos hablando sobre flores. —Johana mintió con soltura—. Y del señor Plumbert —añadió en ese momento sin llegar a faltar a la verdad.

Todas asintieron como si hubieran entendido el críptico comentario.

—Un verdadero arte —adujo Milicent Clarewood.

—El señor Plumbert es botánico —reveló Johana comprendiendo su confusión.

—Lamento confesar que no sé qué es lo que hace un botánico.

—No se preocupe —aseguró esta mientras tomaba asiento en una butaca—. Yo tampoco lo sabía antes de conocerle, pero él solucionó el problema una de las poquísimas veces en que me habló. Se pasó tres horas disertando sobre la flora regional —miró a Ayleen a la expectativa.

—¡Tres horas! —exclamó sorprendida.

Henrietta sonrió al oír su exclamación, al igual que la madre del Comodoro.

—Yo también tuve la oportunidad de conversar con él sobre eso. —La señorita Been habló de nuevo—. Lo encontré un tema fascinante.

—Ajá —se limitó a añadir la anfitriona con una de sus múltiples y enigmáticas sonrisas. Al instante propuso volver a reunirse con los hombres mientras sugería jugar a los naipes.

Ayleen, como no sabía, declinó el ofrecimiento. Prefería observar.

Mientras los invitados masculinos iban haciendo su aparición, los sirvientes preparaban los tapetes en las mesas y disponían las sillas.

En ese momento, Ayleen sintió la imperiosa necesidad de estar unos minutos a solas y salió por la puerta adyacente.

Jason, por su parte, no había entrado todavía cuando la vio alejarse pasillo abajo. Dejándose llevar por un impulso, pero asegurándose también de que nadie estaba pendiente de él, la siguió con paso ligero.

Ella estaba tan concentrada que no oyó el repicar de sus zapatos. Apretó la marcha y la alcanzó justo cuando doblaba una esquina. Sin pararse a pensar, la sujetó del codo y tiró de ella, introduciéndolos a ambos en la puerta más cercana.

—No chille. —La advertencia estaba de más, sobre todo cuando Jason había puesto su mano delante de su boca para impedirle un grito delator.

—Pero ¿qué está haciendo? —susurró Ayleen contra su mano, más enfadada que asustada.

Esa misma pregunta se estaba haciendo él. Ambos estaban a oscuras en una fría habitación, o más bien en penumbra, ya que la única ventana no tenía las cortinas corridas y dejaba pasar

un tenue y casi imperceptible resplandor. La verdad fuera dicha, no tenía una intención establecida y soltó lo primero que le vino a la mente.

—¿Disfruta de la velada? —La absurda pregunta, teniendo en cuenta las circunstancias, no merecía respuesta; ni él la esperaba. Lanzó un inaudible suspiro—. Señorita Blake, no quisiera que se formara una opinión equivocada. Si me permitiera aclarar...

Entre dientes, porque no concebía hacerlo de otro modo, lo interpelló.

—¡Ni se le ocurra! Es un completo desvergonzado si se atreve a tratarme con esta falsa familiaridad. Tanto usted como yo sabemos que sus intenciones para conmigo son poco honestas y licenciosas. —Él se acercó un poco más y se sobresaltó. Era muy consciente de la intimidad y precariedad de su situación, pero se negó a dejarse amedrentar—. ¿Cómo se le ha ocurrido secuestrarme de esa forma?

Era una extraña forma de plantearlo, pero no se alejaba demasiado de la realidad.

—No era mi intención...

—¡Nunca parecer serlo! —replicó airada.

Jason, a su pesar, estaba fascinado con ella. Se la imaginaba ruborizada en cuello y mejillas a causa de indignación. Intentaba distinguirla en la penumbra y solo podía pensar en comérsela a besos, lo cual era algo por completo ajeno a su carácter y forma de proceder. Hubiera querido mantener unas palabras civilizadas con ella, lo cual habría sido imposible durante la presentación. Solo unas frases corteses que quitaran hierro a esa absurda situación que los envolvía, para dejarla luego en paz. Al parecer había subestimado el poder de atracción que Ayleen Blake ejercía sobre él. Esa mujer dejaba al descubierto una parte adormecida que ahora respondía a su clara y única llamada. Una completa y manifiesta locura.

—En ese caso, creo que me abstendré de hacer más comentarios —aseguró, no obstante. Lo mejor era dejarlo como estaba; al menos de momento. Estaban en riesgo de ser descubiertos.

Al apartarse, sus manos se rozaron y un estremecimiento los recorrió por igual. Desviaron la mirada y Jason se acercó a la puerta para asegurarse que nadie los viera salir. Ayleen fue la primera. Cuando pasó por su lado, sus ojos no pudieron evitar buscarse, confundidos. La joven se alejó lo más aprisa que pudo, presa de una extraña sensación.

Una vez ya en la sala donde todos se entretenían, Ayleen sintió que podía respirar tranquila. Si era sincera consigo misma, no podía achacar el alivio que sentía a encontrarse rodeada de personas inofensivas. Era ese hombre quien lograba hacerla sentir insegura. Quizás también era más consciente de su feminidad y de ese poder del que algunas mujeres alardeaban, pero que nunca había experimentado en carne propia. No era nada en concreto y todo a la vez. Esa tensión que reconocía como propia, el brillo en los ojos masculinos... Era excitante y terrorífico. Lo que estaba consiguiendo era no lograr entenderse.

Al verla, la señora Clarewood se acercó a ella. De mente rápida y sonrisa afable, Ayleen se sintió a gusto con la mujer desde el mismo instante en que las presentaron. Parecía que el sentimiento era mutuo.

—Es tan agradable encontrar un rostro nuevo y fresco por estos contornos —decía la señora—; y sobre todo uno tan bonito como usted.

Nada acostumbrada a los halagos, se sonrojó.

—No creo que sea así, pero gracias de todos modos.

—Se subestima usted, señorita Blake. Es usted una joya —le dio unos amigables golpecitos en el brazo—; y no crea a nadie que le diga lo contrario.

—Es cierto. —El Comodoro apareció de repente, interrumpiéndolas—. Es como una gema preciosa que encontré en una isla mientras mi barco estaba retenido por el cónsul francés en las costas del continente africano.

—¿De verdad? —preguntó sorprendida. Se había dado cuenta durante la velada que el resto de los invitados no estaban demasiado impresionados por sus valerosas hazañas, lo que la llevó a pensar que este era dado a las exageraciones y todos lo sabían. No obstante, aunque algunas de las cosas que había explicado esa noche pudieran parecer excesivas, no le parecía un mentiroso. Además, el rango que ostentaba no se conseguía quedándose en casa tocando el piano y yendo cada noche a su club—. ¿Qué hizo con ella? —preguntó al fin curiosa por saber la respuesta. Él pareció levemente sorprendido por su pregunta.

—Pues entregársela a Su Majestad, por supuesto.

—¿La ha conocido en persona?

Este pareció algo turbado.

—Ejem, no, pero...

—Los abandono un segundo. —Su madre impidió que este siguiera explicándose—. Quiero hablar con la señora Haggens.

Les dejó solos y ambos se sumieron en un mutismo.

—¿Qué le parece vivir aquí? —preguntó solícito poco después mientras cogía sus manos enguantadas.

—Bi-bien —tartamudeó por lo inesperado del contacto—. Todo esto es muy tranquilo y agradable.

—Me alegro. Encajará muy bien aquí —añadió con una amplia sonrisa.

Por un momento todo se detuvo. ¿Acababa de rozarle el anverso de la mano con un dedo en un gesto sutil? Intentó apartarla sin resultar brusca, pero este las continuó reteniendo y se acercó mucho más de lo que exigían los buenos modales.

«¡Vaya con el señor osado!», pensó algo alterada.

—Quizás usted no lo sepa —continuó susurrando meloso—, pero soy un excelente partido.

—Ah —atinó a decir, alarmada. ¿Por qué no venía alguien en su auxilio?

—Y da la casualidad que he decidido buscar esposa. —Una oleada de temor le sobrevino—. Verá, dado mi maravilloso aspecto, he creído que mi futura esposa debería tener unas medidas perfectas.

—Vaya...

—Sí, sí, ya sé que eso resulta imposible de encontrar —añadió petulante—, pero creo que usted se acerca bastante a las cualidades necesarias que exigiría en mi esposa.

Casi se atragantó. ¿Medidas perfectas? ¿Cualidades necesarias? ¿Esposa? Ese hombre se estaba descubriendo como un gran presuntuoso.

—Y ha decidido que yo...

—¡Exacto! Sí, usted es lo que yo deseo.

Su respiración se detuvo. ¡Cielo Santo! ¿Acababa de acariciar con disimulo su trasero? Contó mentalmente hasta diez para no separarse con brusquedad y darle un tortazo.

—Puede que yo no esté buscando marido. —Al fin logró soltarse.

Él rio como si no la creyera.

—Es usted deliciosa. —El ronroneo que emitió la hizo erguirse más de lo que ya estaba—. Su sentido del humor combinará muy bien conmigo.

—¡Clarewood! —La llamada provino de Jason Morton, ya de vuelta, que los miraba con los ojos entrecerrados.

Gracias a eso, su acompañante se separó de ella lo suficiente como para poder respirar más tranquila. Alzó la vista para toparse con los ojos del esposo de Johana y comprendió que este se había percatado de todo. No le importó que hubiera estado pendiente de ella. Lo único que sabía era que la había salvado de poner en evidencia toda la situación. Le miró con alivio y el casi imperceptible cabeceo le confirmó sus sospechas. Al menos, el Comodoro se alejaba de su lado y tomaba asiento al lado de Lord Jason para jugar a los naipes, ya preparados.

Cuando una hora después, el Duque se levantó y anunció su retirada, ella aprovechó para hacer lo mismo y evitar así el nuevo acercamiento de Rupert Clarewood, que ya se acercaba decidido.

Con eso, se dio por finalizada la velada, etiquetada por su anfitriona como un rotundo éxito.

Jason se asomó a la ventana y echó un vistazo rápido. Hacía dos días que amenazaba con lluvia y parecía que por fin se decidiría a descargar. Tomó el último bocado del desayuno sin ni siquiera sentarse, impaciente por comenzar con sus quehaceres diarios. Antes volvió mirar por la ventana, pero esta vez no se fijó en el estado del cielo, sino que se limitó a contemplar el sereno paisaje que había ante sus ojos. Aunque la vista era preciosa, en primavera y verano se tornaba sublime. La parte de atrás de la casa, en donde estaba situado el comedor de desayunos, daba paso a un jardín bien cuidado y abierto, en dirección a la zona boscosa de la propiedad ducal que ocupaba cerca de mil acres. En realidad, Carmine's Place era una extensa propiedad dedicada al cultivo. De una parte se ocupaban él, contratando a campesinos para que las trabajasen, pero había otras parcelas que se arrendaban. En otros tiempos, la propiedad se prolongaba hasta llegar a Greenville, pero los anteriores duques habían ido vendiendo pequeñas porciones.

La casa que compartía con su esposa no era tan grande como la mansión de su hermano, aunque a Jason le encantaba vivir allí. Disfrutaba de todas las comodidades sin tener que soportar la presión que se le requería al primogénito. Su vida se regía por la paz, la tranquilidad y una rutina perfecta que no cambiaría ni por todo el oro del mundo.

—Me marcho ya, no sea el caso que se ponga a llover. —El comentario iba dirigido a Johana, que acababa de entrar—. Que disfrutes del día. —Se le acercó y le dio un suave beso en la mejilla y la dejó allí plantada sin haber podido pronunciar palabra.

Lo cierto era que Jason se sentía culpable, pero no le apetecía responder las preguntas que de seguro llegarían.

La noche pasada, después de la cena en casa de los Haggens, en lugar de irse a sus respectivas habitaciones, Johana se le acercó con un beso y una insinuación clara en la mirada que no estaba seguro de poder responder.

Por regla general, el matrimonio dormía en habitaciones separadas y sus acercamientos íntimos eran los justos y normales, sin ningún tipo de apasionamiento desbordado: Jason se daba por satisfecho con mantener relaciones dos o tres veces al mes. Ambos disfrutaban de caricias y abrazos y hacían el amor en la oscuridad de su habitación. No obstante, pocas veces conseguía contemplar el cuerpo de Johana en todo su esplendor; tan suave y hermosa que quitaba el aliento, pero a la vez, un tanto recatada. A ella le resultaba difícil y algo bochornoso exponerse de ese modo, aun delante de su esposo.

Él siempre solía tomar la iniciativa. Si se salían de ese parámetro era cuando, como en la noche anterior, las tornas cambiaban. Sin embargo, esa vez no pudo; no se sentía con ganas. Intentaba aferrarse a la idea de que era culpa de la intempestiva hora y no por la constante imagen que se repetía en su cerebro: Ayleen Blake.

Se dijo que no tenía sentido achacarlo a una mujer que apenas conocía y cuyos encuentros habían sido tan abruptos. Ella lo había besado e insultado de todas las formas posibles. Por supuesto, su propio comportamiento dejaba mucho que desear y debía muchas disculpas por ello.

Le irritaba también recordar la escena que tuvo que interrumpir con Rupert. El comodoro Clarewood se estaba sobrepasando, tomándose tales libertades con la joven y con la habitación llena de gente! Había oído rumores sobre las largas manos de ese sujeto, pero nunca había sido testigo de ello. En aquel instante sintió un terrible deseo de levantarse y darle un buen puñetazo en el rostro, pero no quería montar una escena y avergonzar a la señorita Blake. Lo único que se le ocurrió fue llamarlo en un tono que no pudiera dejar de advertir. Cuando le

invitó a jugar a naipes con él como una mera excusa, este no se dio por aludido. El rostro de alivio que mostró Ayleen Blake le hizo ver que había hecho lo correcto y se sintió bien. Por una vez, le podía mostrar su caballerosidad.

¿Por qué volvía a pensar en ella una y otra vez? ¿Qué tenía esa mujer que conseguía que no pudiera evitar prestarle atención? Incluso la había estado observando durante la cena, lanzándole miradas furtivas disimuladas.

Había comprendido casi de inmediato lo que la anfitriona pretendía invitando a esos tres pimpollos solteros. No estaba nada de acuerdo en la elección, pero la mente de Henrietta Haggens era todo un misterio para él. El leve malestar que sintió al verlos desfilarse delante de la joven fue ignorado y descartado de inmediato. Solo Horatio Plumbert se había comportado con distinción; consecuencia de su timidez, lo sabía, pero los otros dos... Tampoco sabía si ella se había sentido atraída por alguno de ellos —y la verdad, no quería saberlo—, ya que se mostró amable y comedida en todo momento, pero si lo que decía Johana era cierto, la joven no tenía muchas opciones y a la larga se vería forzada a escoger.

De todas formas, ¿por qué debería importarle? Era su vida; que hiciera con ella lo que quisiera.

Sin perder más tiempo tomó su caballo y, como casi cada mañana, galopó hacia Carmine's Place, la casa donde había nacido y crecido y que ahora pertenecía a Ashton por derecho propio. Para él era una suerte poder seguir viviendo allí y tener su propio hogar. No obstante, le tenía un gran apego a la enorme mansión, sobre todo por los recuerdos de la niñez.

Cuando se casó, su hermano hizo lo que pudo por convencerlos a ambos de vivir en la casa grande. Aunque se lo agradecía de todo corazón rehusó el ofrecimiento. Jason prefería una casa más pequeña y acogedora, mucho más acorde con sus sencillos gustos; una casa a la que pudiera llamar hogar. Como era difícil llevarle la contraria a su hermano, este sugirió una alternativa: les cedía una porción de terreno más al norte en donde había una pequeña casa en desuso y lista para reformar. Sus dimensiones eran perfectas, pero fue reticente a la hora de aceptar.

—¿Y cuándo te cases? —le preguntó a Ashton en cuanto se lo sugirió—. Quizás a tu esposa no le agrade vernos rondar por aquí.

—La tierra es mía y yo decido lo que me place —respondió sin darse cuenta de lo pomposo que parecía—. Ella aceptará lo que yo decida que es mejor para mí.

Sin más ganas de discutir, y por el simple hecho de que se moría de ganas por aceptar, claudicó.

Aunque podía llegar cruzando el bosque en línea recta, lo cual solía hacer a menudo por ser el trayecto más corto, esa vez enfiló el sendero de entrada de su hogar hasta dar con el principal, dejando la fachada de su casa a sus espaldas. Cuando llegó al cruce torció a la izquierda, pues en caso contrario, el camino de tierra —flanqueado por viejos robles, abedules, hayas, fresnos y demás flora variada que conformaban el bosque— lo llevaría hacia la gran puerta de hierro forjado que daba acceso a la propiedad.

Siguió al trote y la vio aparecer ante sus ojos. Con la fachada principal de ladrillos rojos, Carmine's Place era magnífica. Monstruosamente majestuosa. Elevada sobre un pequeño montículo, se asemejaba a una enorme mole de clase y distinción señorial.

El camino se ensanchó alejando a los árboles y dando paso a arbustos de por lo menos cinco pies de altura recortados con una simetría perfecta. Se acercaba a una grandiosa circunferencia en cuyo centro se alzaba una fuente. Los carruajes solían detenerse a los pies de un gran porche de piedra de cuatro arcos, pero él dirigió al caballo a su derecha, hacia los establos.

—Buenos días, lord Jason. —Clay, el mozo de cuadras, tomó las riendas. Era un poco más joven que él y había pasado toda su vida entre las caballerizas de la casa siguiendo los pasos de su difunto padre. El hombre era sensato y cabal y sus manos hacían maravillas con los caballos.

—Buenos días. —Eché un vistazo a las cuadras llenas—. Veo que ya los tienes cepillados y brillantes —comentó refiriéndose a los caballos.

—Por supuesto —asintió complacido—. Y lo mismo haré con *Pecado*, que hoy parece más nervioso que de costumbre.

—Creo que necesita correr un poco. Tal vez puedas darle una vuelta.

—Sí —afirmó pensativo el mozo—, creo que lo haré.

Se despidió y cruzó el patio en dirección a una de las entradas traseras justo en el mismo instante que empezaba a llover a cántaros. El señor Lonkstow, el mayordomo, le abrió la puerta, aunque no entraba dentro de sus obligaciones el tener que esperarlo.

—No sé cómo lo hace para estar en ambas puertas a la vez —lo saludó Jason.

Siempre regio y solemne, inclinó la cabeza con deferencia, sin permitirse responder. En cierto sentido, era la persona ideal para ejercer de mayordomo de Carmine's Place. Le iba bien a la casa y a su hermano, pues mostraba un celo desmesurado por las formalidades. Además, tenía un gran talante para manejar los asuntos de los sirvientes.

En los últimos tiempos, Jason se había acostumbrado a no oírle hablar más de lo necesario; y en cierta forma era comprensible, pues hacía poco más de un año que su esposa, la antigua ama de llaves, había fallecido. Le había afectado mucho.

—Su Gracia está en la biblioteca —le notificó sin necesidad de que preguntara.

No tenía la intención de hablar con su hermano hasta más tarde, pero si el señor Lonkstow le informaba dónde estaba su hermano era una señal inequívoca de que Ashton quería hablar con él.

Aunque sabía cuánto le disgustaba que entrara sin ser anunciado, Jason lo hizo de igual forma, pues uno debía aprovechar las pocas ocasiones en que podía irritarlo.

—Buenos días. ¿Me llamabas? —preguntó incluso antes de verlo. Dirigió su mirada hacia las estanterías y en efecto, allí estaba, tan impecable como siempre.

—No creo haberlo hecho. —Con paso indolente se sentó en la silla detrás de su escritorio.

—Bueno —adujo imitándole, aunque sentándose enfrente—, es posible, pero aunque esa no haya sido tu intención es lo que ha sucedido. No te lo he comentado en otras ocasiones, pero he formulado una interesante teoría sobre todo este asunto.

—¿De verdad? Estoy impaciente por oírla.

Ignorando el tono sarcástico se puso más cómodo.

—Pues verás, seguro que has bajado temprano por la escalera con ese aire tan divertido que sueles lucir. Sí, ya sabes —indicó cuando vio la incomprensión en los ojos de Ashton—, ese posado arrogante que luces como una segunda piel. —La referencia no hizo ningún efecto, así que siguió—. Habrás preguntado al señor Lonkstow por mí sabiendo que no habría forma de que ya hubiera llegado. Cómo no, él es capaz de leer entre líneas cada uno de tus comentarios de un modo que me da escalofríos —añadió— y ha interpretado correctamente que deseabas hablar conmigo. Así que tan pronto he llegado me ha comunicado que requerías mi presencia.

—Estoy impresionado —expuso Ashton en un tono que indicaba todo lo contrario.

—Lo imagino. —Jason sabía que no lo estaba. Era una de las tonterías que solía lanzarle para ver si era capaz de alterarlo, lo cual no ocurría muy a menudo.

—Claudia ha escrito.

El brusco cambio de tema lo tomó desprevenido, pero le reafirmó la impresión que tenía sobre lo que acababan de hablar.

Le enseñó la carta y Jason se inclinó para verla.

—¿La has leído? —este asintió—. ¿Qué dice? ¿Cómo está?

—Léela tú mismo.

—No, hazlo tú; tienes un don para la oratoria. —No pudo evitar pincharle un poco y se arrellanó en la silla.

Claudia, la buena y dulce de su hermana Claudia. Pese a la diferencia de edad, once años en su caso y poco más de doce con Ashton, los tres formaban una familia muy unida. Como la benjamina había sido también la más consentida, si bien podían dar gracias porque no llegara a convertirse en una joven descerebrada que solo pensaba en gastar toda su asignación. Con diecisiete años y a punto de convertirse en toda una mujer había emprendido, con el beneplácito de su hermano mayor y tutor, un largo viaje con su tía Mildred, la cuñada viuda de su difunto padre. Esta y el tío Richard habían tenido cinco hijos entre los que se encontraban Marianne, la mayor; luego la seguían Ryan, Juliet, Helen y la pequeña Angy, de la misma edad que su hermana.

El Marqués de Hansberg, casado con su prima Helen, debía realizar un viaje al continente en el que también los acompañaría su suegra y su joven cuñada y, en vistas del aburrimiento de Claudia en casa, la invitaron a ir con ellos. Las dos primas se mostraron entusiastas. Ambas eran las mejores amigas y pronto volverían a Londres para hacer su presentación en sociedad. Antes, no obstante, tenían mucho que ver y disfrutar.

Hacía más de tres meses que se habían marchado y esa era su sexta o séptima carta —quizás más—; ya no llevaba la cuenta. Esa hermana suya era una prolífica escritora epistolar.

Se dispuso a escuchar el relato.

Queridos hermanos:

¡Seguimos en París!

Estoy muy contenta porque al fin estoy aprovechando todos esos elegantes y deliciosos vestidos por los que Ash pagó tanto dinero, aunque he de decir que mi falta de escote deja mucho que desear. Por supuesto, todos creen que es así como debo llevarlos; incluso Helen. Hace unos días tuve que recordarle que solo hace un año y medio que está casada y ya habla como las viejas matronas —por lo que soltó una palabrota que ni siquiera yo me atrevo a poner por escrito—. ¿La habrá aprendido de su esposo? Lo ignoro. También hice hincapié en el hecho de que antes de casarse se quejaba de lo mismo, pero justo en ese instante tuvo un ataque de amnesia. Qué oportuno.

¿Os dije en mi última carta que estamos alojados en un gigantesco y opulento palacio del siglo XVIII que pertenece a algún conocido de Hansberg? Carmine's Place palidece en comparación.

Sí, sí, ya sé lo que pensáis, ellos también se ríen cuando lo llamo así, pero es imposible llamarlo por su nombre cuando es tan serio —sí, tan serio como tú, Ash—. Además, antes de enamorarse de Helen tenía una reputación tan terrible... Es muy bochornoso no poder cambiar esa maldita costumbre, pero ¿qué le vamos a hacer? Al marqués no parece importarle.

Antes de que se me olvide: Jason, estabas equivocado; París me está decepcionando. Hemos ido a varias fiestas —diurnas, por supuesto— y comprobé con desagrado que las francesas son demasiado estiradas y —no puedo creer que esté a punto de escribir esto— descocadas.

Tía Mildred me está obligando en este instante a decirlos —en contra de mi voluntad— lo traviesa que fui con esas parisinas cuando por casualidad tropecé con una piedrecita y lancé todo el pastel encima de sus vestidos nuevos. No podríais ni imaginaros lo que son capaces de chillar. Al parecer, nadie me creyó cuando pedí disculpas por ser tan torpe — es verdad, lo soy—. ¿Qué culpa tenía yo de que la joven en cuestión fuera la que dijera que las inglesas somos feas, sosas y vulgares? Siempre he dicho que todo el mundo es libre de dar su opinión.

Aunque París no es una ciudad tan maravillosa como me habían contado —mi objetividad parece haberse evaporado tras ese incidente—, Angy está encantada y la encuentra muy romántica. Aunque en el caso de nuestra prima se debe más a la presencia de Robert, el cuñado de Helen. Esos dos tortolitos no paran de lanzarse miradas ardientes. ¡Ay, qué envidia! Creo que está esperando un poco a pedirle la mano, más que nada para que ella disfrute de su presentación.

Mientras nosotras nos estamos divirtiendo, Hansberg debe asistir a esas tediosas reuniones diplomáticas que solo vosotros dos entenderéis. Todavía no sabemos cuál será nuestro próximo destino, pero tía Mildred cree que será Italia.

Pero bueno, basta de hablar de mí. ¿Cómo están mis dos hermanos favoritos? Espero que no trabajéis demasiado. Echo de menos a Johana. Decidle que encontré un regalo que le encantará. Estoy impaciente porque lo abra.

En fin, creo que he de terminar ya, porque Angy acaba de salir del salón con Robert y nuestra tía está poniéndose nerviosa. Creo que voy a seguirles para impedir que hagan algo que provoque otro ataque a tía Mildred.

*Os quiere,
Claudia.*

Su hermano volvió a doblar el papel devolviéndolo al interior del sobre.

—Vaya con nuestra hermanita —sonreía solo de imaginarlo—. Lo está disfrutando

—Es verdad. Pensé que el viaje le vendría bien. La tía Mildred y nuestras primas son muy buena influencia para ella.

—Dios es testigo de que nosotros hemos hecho lo que hemos podido —indicó Jason.

Claudia, como pequeña de la familia, era la que había sufrido más la ausencia de sus padres. En Carmine's Place no tenía amigos y ellos no podían afincarse en Londres de forma definitiva, por lo que su familia paterna era de una ayuda inestimable. Además, nada de lo que la joven relataba en su carta le parecía extraño. Claudia era así, tan diferente de ellos como la noche y el día. Ella era alegre y vital donde Ashton permanecía inmutable, así como tenía la necesidad de estar rodeada de gente y bullicio cuando Jason prefería la tranquilidad del campo. En el físico tampoco se parecían. Su melena negra y rizada la diferenciaba del pelo claro de Jason y el rubio de Ashton; al igual que los hoyuelos, de los que ellos carecían, que la hacían parecer adorable. Solo sus ojos, de un verde intenso, y su altura, se equiparaban a las de ellos.

—Incluso fuera de casa —añadió Ashton tras unos instantes de reflexión— sigue mostrándose impetuosa. Espero que eso no se convierta en una costumbre.

—Son cosas propias de la edad —la defendió.

—Una pequeña indiscreción puede convertirse en un verdadero escándalo, no lo olvides. No obstante, creo que tienes razón en advertir que son cosas de jovencitas. Espero y deseo que cuando se case madure. Acabará siendo una mujer más maravillosa de lo que ya es —añadió con afecto.

Jason asintió, mostrando su acuerdo.

—¿Y tú? —le preguntó de repente, malicioso—. ¿Cuándo piensas casarte y concebir al preciado heredero?

—Lo que yo hago con mi vida no es asunto tuyo —replicó el otro desabrido.

—¡Oye! —exclamó fingiéndose ofendido—. Solo me preocupo por tu bienestar. Sé de buena tinta que la reina Victoria te ha hecho insinuaciones sobre ese tema. —Como su hermano no se dignó a contestarle, siguió pinchándole—. No puedes evitar ser su Duque favorito y sabes lo mucho que le agradan las bodas. No me extrañaría que te obligara a casarte con una mujer de noble abolengo. —Aunque era cierto lo que decía, no lo pensaba en serio. Solo era una excusa más para mortificarle.

—No puede obligarme a casarme —soltó con desprecio—. Nadie puede.

—Venga Ash, no seas tan quisquilloso. Sabes que eres dueño de tu vida y que nadie puede decirte qué hacer con ella —su tono se había vuelto grave—, pero sí es cierto que no comprendo por qué tardas tanto en decidirte a buscar esposa —reflexionó unos instantes—. ¿Es que esperas casarte por amor? —Nunca se le hubiera ocurrido, pero a lo mejor su hermano escondía una vena romántica.

Su bufido despreciativo contradijo ese pensamiento.

—Te creía más inteligente, Jason. Me sorprende constatar tales pensamientos en ti. ¿Amor? ¿Qué es el amor? Sexo rodeado de ideales tontos y romanticismo absurdo.

—Así pues, ¿no crees en él? —No pensaba que fuera tan frío al respecto.

—¿Tú sí? —contraatacó este.

—Yo quiero a Johana —adujo con calma, ya que el inocuo tema que había sacado a relucir se había convertido en algo más serio.

—Lo sé, pero no es de eso de lo que hablo. Cuando la gente habla de amor, se refieren a ese sentimiento escrito en los libros que te coge por el pescuezo y te arrastra hacia límites insospechados...

—Eres todo un poeta —se burló, interrumpiéndolo.

—... Y eso no existe —continuó él—. Lo que es real es lo que hay en tu matrimonio: dos personas con intereses comunes que se quieren y respetan siendo capaces de permanecer juntos sin llegar a odiarse.

En alguna otra ocasión, él mismo había hecho una definición parecida de su matrimonio, pero en esos momentos un extraño malestar anidó en su pecho. Lo que antes le había parecido perfecto había sonado demasiado vacío y aburrido. Lo ignoró.

—Entonces, ¿no te casarás nunca? —preguntó. Estaba muy interesado en su respuesta.

—Nunca es mucho tiempo, pero si te digo la verdad, siendo quien soy y ostentando esta posición —se señaló refiriéndose al título de duque y demás tratamientos a menor escala—, ¿de qué me sirve estar casado?

—Vaya —silbó en señal de respeto—. Nunca pensé que lo tuvieras tan claro. —de repente se le ocurrió una pregunta—. ¿Y el sexo?

Ashton alzó las cejas con altanería.

—¿Qué pasa con él? Puedo pasarme la vida siendo tan discreto como lo soy en la actualidad.

—Pero tener esposa tiene ventajas; como hacerte compañía...

—En ese caso, me presento a una fiesta para que todas las mujeres revoloteen a mi alrededor —lo interrumpió con una confianza en sí mismo aplastante.

—... Hacen de anfitrionas en tus fiestas... —Jason no desistía.

—Con tu esposa me basta.

Jason ignoró ese comentario sonriendo y alzando una ceja a su vez.

—... Y te dan descendencia —finalizó—. Y no te atrevas a decirme que no te gustan los niños, porque sé que es mentira. Te encantan —afirmó. Ashton escondía esa faceta a los ojos de los extraños. Solo los más allegados sabían cómo adoraba a los críos.

—Puede —se encogió de hombros como si la cuestión no fuera con él o careciera de importancia—, pero no son indispensables. —Al parecer se había convencido.

—¿Y el heredero? —insistió.

—Tú eres mi heredero —afirmó queriendo zanjar la cuestión.

Lo miró con tal cara de horror que Ashton se echó a reír. No obstante, Jason tenía eso muy presente y no quería ni plantárselo.

—No si puedo evitarlo —aseguró.

—También tus hijos podrían serlo —sostuvo Ashton.

—Imagina que Johana y yo no tenemos —apuntó con naturalidad. Era una posibilidad tan real como cualquier otra.

Su hermano le lanzó una extraña mirada que lo hizo sentir incómodo, pero no dijo nada.

—En ese caso, siempre queda nuestro primo.

—¿Ryan? —preguntó boquiabierto.

—¿Tienes otro? —replicó el mayor de los Morton—. No sé por qué te extrañas tanto. De hecho, es lo que ocurriría llegado al punto.

—Pero... —no pudo evitar que se le dibujara una sonrisa al imaginarlo—, ¿te lo imaginas?

Ambos se echaron a reír sin poder evitarlo.

—Si eso sucediera —dijo Ashton entre carcajadas—, nos mataría.

—No podría, ya estaríamos muertos —se rieron más fuerte aún.

Después de varios minutos de hilaridad descontrolada consiguieron tranquilizarse.

—Para que él lo fuera —su hermano retomó el hilo de la conversación—, nosotros tendríamos que haber muerto sin descendencia. Francamente, es poco probable.

—Sí, casi imposible. Pero creo que ostentar el título y el peso que eso conlleva acabaría con él. ¡Con cualquiera aparte de ti! —añadió al final—. No sabes cómo me alivia que tú seas el mayor. —Se levantó y su hermano le imitó—. Bueno, después de esta instructiva charla dejaré que atiendas tus asuntos ducales mientras yo voy a hacer el trabajo de verdad —bromeó.

—¿Tomarás conmigo el almuerzo? —preguntó el mayor. Había recuperado la seriedad típica en él—. Hay algunos asuntos de negocios sobre los que deberíamos discutir.

—Es una posibilidad nada remota.

—Pues le diré al señor Lonkstow que avise a la cocinera —declaró dándolo por hecho.

—¿Seguro? Ya sabes cómo se llevan esos dos. Son la comidilla del servicio. —Jason esbozó una sonrisa mitad divertida mitad preocupada.

—Lo sé. Mi ayuda de cámara me insinuó algo.

—¿Intervendrás? —preguntó curioso.

—Mientras no influya en la calidad de su trabajo, no. Más adelante, ya veremos.

—Bien, me marcho. El despacho y sus papeles me esperan.

Y lo dejó allí solo mientras su mente ya estaba en todas las tareas que tenía por delante.

Sus quehaceres abarcaban amplias y diversas actividades. No solo era el administrador de las tierras y de la casa —cuyos trabajos, en realidad, solían hacerse por separado y por dos personas distintas—, sino que a veces ejercía un poco de la abogacía que su padre tanto se

había preocupado que aprendiese. No obstante, tenían un abogado en Londres que se encargaba de todo en general. Él solo utilizaba sus habilidades de tanto en tanto.

Su trabajo no consistía solo en llevar las cuentas. Era el responsable de la gestión de fincas: se ocupaba de las explotaciones, sacando el mejor provecho de los cultivos; atendía las quejas de los inquilinos; cobraba rentas; y además rentabilizaba el patrimonio con inversiones, en las que, por cierto, tenía buena mano. En cuanto a la casa, era él quien se encargaba de todas las compras, contrataciones, despidos y pago del personal al servicio de Carmine's Place. Por supuesto, recibía un salario; o mejor dicho, dos. Ashton no permitía que desempeñara dos ocupaciones y no se le correspondiera a cambio. Si a todo eso sumabas la herencia que le correspondía como un Morton, se podía decir que vivía mejor que muchísimos nobles de alta alcurnia.

En realidad no tenía que trabajar. Su padre, en su día, se había encargado de dejar intacta la dote de su madre para repartirla entre los hijos menores —en este caso Claudia y él mismo—, ya que el primogénito heredaría todo lo vinculado al título. La cantidad aportada era descomunal incluso dividida, pero Jason no se imaginaba yendo ocioso por la vida. Era verdad que el trabajo le ocupaba gran parte del tiempo del que disponía, pero él disfrutaba de ello. Además, no lo hacía todo solo. Para ello contaba con la inestimable y eficaz ayuda de Tim, el segundo hijo de una familia de los alrededores venida a menos desde una generación atrás. Tenía estudios, contaba con una buena cabeza y era astuto, por lo que lo hacía ideal como ayudante. A la larga, Jason planeaba dejarlo a cargo de la administración de la casa, ya que lo consideraba preparado para ello. Por el momento, trabajaba mucho, viajaba otro tanto por el mismo motivo y se limitaba a descansar el resto del tiempo.

A última hora de la mañana tuvo que desplazarse al pueblo. Como había dejado de llover dejó a Tim y a un nuevo ayudante en otros asuntos y cogió una de las calesas para desplazarse con más comodidad, ya que seguía nublado. No encontró a su hermano e informó al señor Lonkstow de que al final no le daría tiempo para que desayunaran juntos.

En Greenville visitó a unos arrendatarios que estaban sufriendo unas graves desavenencias. Habló con ellos y trató de suavizar las cosas. Después utilizó el servicio postal para enviar cartas a Londres y charló con algunos de los vecinos del pueblo. Solo le quedaba por ver si el juez Haggens estaba en casa, así que dirigió sus pasos a la calle principal con rapidez mientras saludaba con la mano a un transeúnte al que conocía. Fue un error no mirar hacia delante y no tuvo tiempo de echarse para atrás cuando tropezó con otra persona. Cuando se dio cuenta ya la tenía encima. Ayleen Blake chocó contra él y todos los paquetes que esta llevaba en los brazos cayeron desparramados al suelo.

—¡Oh! —exclamó ella.

—Déjeme ayudarla. —Jason se apresuró a recogerlo todo intentando impedir que se estropearan en el suelo todavía mojado, pero ella tuvo la misma intención y sus manos, cubiertas por guantes, se tocaron. Ella saltó hacia atrás como si se hubiera quemado. Sus ojos quedaron suspendidos unos segundos hasta que Ayleen apartó la vista con rapidez. No obstante, el daño estaba hecho. Jason notó que algo lo atravesaba. El repentino nudo en su estómago volvió a parecer, pero fingió que no lo sentía. Cuando tuvo en sus manos todos los paquetes, los sujetó impidiendo que ella los cogiera—. Lamento mi torpeza —se excusó.

Levantó la mirada para observarla con atención. Esa vez lucía un primoroso vestido ajustado en tonos tierra y ocre con una hilera de botones abrochados desde el cuello hasta más abajo de su cintura. Un sombrero, los guantes y un pequeño bolsito marrón colgado de su muñeca completaban el atuendo. El paraguas que ella llevaba todavía estaba en el suelo.

La veía más bella de lo que estuvo en la fiesta de la noche pasada, aunque no sonriera. El rubor de sus mejillas y el rápido movimiento de sus manos dejaban patente su incomodidad. Jason aseguró su propio sombrero y miró a ambos lados de la calle. Nadie les hacía el más mínimo caso. A su vez, ella recogió su paraguas y extendió los brazos para tratar que le devolviera los bultos.

—Démelos —exigió sin llegar a acercarse—. Mi transporte está cerca.

Jason no iba a dejar pasar esa oportunidad. Lo mínimo que podía hacer era disculparse por su reacción en casa de los Haggens y por otras cosas.

—No, permítame acompañarla. Yo se los llevaré.

Sabía que, en otras circunstancias, ella hubiera aceptado, pero tratándose de él...

—No, no. —Ayleen trató con todas sus fuerzas de no cruzarse con su mirada.

—Por favor, señorita Blake —suplicó—. No quiero avergonzarla más, pero necesito disculparme.

«Y así poder quedarme unos minutos más junto a usted».

El pensamiento fue tan repentino que se quedó momentáneamente aturdido.

Comenzó a andar para evitar esa línea de pensamientos y así obligarla a seguirle. Ella, reticente, no tuvo más remedio que hacerlo. Mantuvo el paso a su lado pero no lo miró en ningún momento. Cualquiera que se hubiera fijado en ellos solo vería a alguien tratando de ayudarla mientras iban en busca de la calesa.

—Lo siento si anoche se sorprendió cuando fingí no conocerla —continuó tratando de escoger las palabras y no terminar por ahuyentarla.

Por un segundo, el paso de Ayleen se detuvo, pero lo renovó con más vigor.

—No deseo hablar de eso —musitó colorada.

—Pero es necesario. No quisiera que unos malentendidos...

—¡Malentendidos! —Sulfurada, se detuvo y lo miró. Acto seguido pareció arrepentirse de hacerlo y siguió caminando.

—Lo que trato de decirle —siguió en tono conciliador—, es que lo mejor era fingir que esa era la primera vez que nos veíamos.

—¡Mejor para usted!

—Para los dos —afirmó contundente. Se detuvo de golpe, obligándola así a mirarlo—. Otra actitud hubiera suscitado comentarios que podrían haberla puesto en una situación vulnerable. No deseo que eso suceda.

—Resulta conmovedora su preocupación por mí, una total y absoluta desconocida —agregó mordaz—, pero hubiera tenido que pensarlo antes de, antes de... —no pudo ni pronunciarlo por las imágenes que su mente conjuraba—, ya sabe.

Jason suspiró. No sería fácil obtener su perdón, pero la mujer resultaba obtusa a más no poder.

—Señorita Blake. —Puso una mano en su brazo.

—¡No me toque! —Ella saltó como un conejo asustado.

—Pues logre dominarse. No queremos montar un espectáculo en plena calle. ¿Cierto?

A escasos metros de la calesa, Ayleen se detuvo y lo miró a los ojos. No mostraba la vergüenza y el desespero de hasta ese momento. Vio decisión en ellos, pero él lo tomó como un desafío.

—Espero con todo mi corazón que no vaya por ahí haciendo lo mismo a cada mujer que ve.

—Fue un desafortunado incidente —murmuró avergonzado. Nunca había actuado de aquella misma forma.

—Pues no lo parece —indicó Ayleen—. Ni su esposa ni yo nos merecemos esto. Así que, por favor, a partir de ahora, le pido que no me dirija la palabra a menos que sea estrictamente necesario.

Jason asintió. Había requerido mucho valor para decírselo, estaba seguro. La mujer le parecía más interesante a cada segundo que pasaba; y misteriosa también. No obstante, se esforzó por conservar el buen juicio que le quedaba y asintió conforme. Había sido un episodio aislado, una enajenación momentánea. A partir de ese momento, no volvería a pensar en la señorita Blake. Con total determinación dejó los paquetes en el vehículo y se despidió con un gesto de cabeza.

No vio cómo ella lo siguió con la mirada hasta que desapareció antes de azuzar al caballo y alejarse de allí lo más rápido posible.

6

Ayleen Blake había confirmado, con cierto azoramiento, que la señora Haggens pretendía buscarle esposo. Ella misma se lo había confesado sin ningún tipo de tapujos solo unos días después de la cena organizada en su casa.

Esos, según ella, «convenientes solteros» representaban un buen partido y eran adecuados a su posición social. Además, los tres contaban con numerosas cualidades que encandilarían a cualquier mujer.

Pero a esas alturas y observando al caballero que se acercaba, Ayleen no podía estar más en desacuerdo.

El primero fue el señor Plumbert. Educado, sencillo y modesto, el hombre apareció a la hora del té con un encantador ramo de hortensias, que crecían bajo las cálidas temperaturas de su invernadero.

Hasta ahí todo fue bien. Sin embargo, de nuevo se dio cuenta de que él tenía dificultades en mantener una conversación y se limitaba a responder solo con monosílabos. Además, era incapaz de levantar la mirada hacia su rostro.

Así que su estancia fue de lo más incómoda.

Pero a pesar de su mutismo consiguió formular una invitación para visitar su invernadero.

Ayleen no lo había previsto. Durante una hora había sentido la necesidad de esforzarse con tal de llenar el incómodo silencio que reinaba en el salón. ¿Y ahora salía con aquello? La cogió tan desprevenida que consiguió arrancarle una promesa, aunque no dijo cuándo iría.

El segundo en obsequiarla con una visita con flores fue el señor Been.

Solo podía describirse como un tipo desagradable en todas sus formas: altanero insufrible, indolente, insultante, pomposo, molesto, orgulloso, desdeñoso y mil cosas más. Con su falsa sonrisa se atrevió a decirle a Ayleen que el regalo con la que le había agasajado era un gasto superfluo. Declaró también que la capacidad intelectual de las mujeres era muy inferior a la de los hombres; criticó a su propia hermana de un modo espeluznante, asegurando que su presencia solo podía agriarles el momento y, lo peor de todo, menospreció de forma clara y contundente al servicio y la comodidad de su hogar.

Con ello logró que Ayleen se atragantara con las palabras y apretara los puños con un rencor que no había sentido antes.

Y, aunque no pudo encontrar un detalle en su persona que lo hiciera mínimamente simpático, permaneció rígida soportando su minuciosa inspección. Todo porque era una dama educada. Si bien sentía un enorme deseo de echarlo a patadas.

Al parecer no había dos sin tres, porque un día después de la visita del señor Been, mientras Ayleen inspeccionaba el jardín con ojo crítico en compañía de Angus y Adele, apareció el único soltero que faltaba por visitarla.

Iba a darle una orden al hombre cuando escuchó unos cascos de caballo acercándose a la casa. Delante de la puerta, en la entrada a la propiedad, se hallaba el comodoro Clarewood a lomos de un corcel blanco. A su espalda, una carreta llena de flores: lirios del río en un tono rojo intenso, ciclámenes, pensamientos o rosas de Navidad.

El hombre saltó con agilidad y gracia cuando vio el público que tenía.

—Buenas tardes —saludó con una gran sonrisa de triunfo. No había cosa que le gustara más que tener una gran audiencia que presenciara sus logros.

Ayleen, con la boca todavía abierta por el estupor, ni siquiera reaccionó. Tuvo que ser Adele la que se afanara por quitarle el delantal que protegía su vestido y la empujara hacia delante.

—Comodoro Clarewood —saludó ella a su vez con precaución.

Él se acercó con la gracia de un felino y tomó su mano para besar su dorso desnudo.

Tuvo un pequeño sobresalto cuando lo hizo. En la cena en casa de los Haggens llevaba guantes, pero ahora no. La sensación de unos labios extraños en contacto con su mano no resultó nada agradable. Además, el Comodoro hizo durar el saludo más de lo necesario.

—¿Qué lo trae por aquí? —Retiró la mano y se la limpió en la falda con disimulo.

—He venido a traer una flor para la más bella flor —expuso con una galantería ostentosa que empalagaba.

Debía tratarse de un gran eufemismo, ya que lo que lo acompañaba no era un simple ramo, sino un carro repleto de ellos.

Recuperando sus buenos modales y evitando una mueca de disgusto, le invitó a pasar al interior de la vivienda mientras Adele se le adelantaba. El Comodoro, al cruzar el pequeño jardín, saludó con una inclinación de cabeza a Angus.

—Es muy amable por pasar a visitarme. —Decidió no hacer referencia a las flores. Tal vez solo se encargaba de repartirlas, aunque era poco probable.

—Lo sé —afirmó sin pudor y muy seguro de sí mismo.

Ayleen lo contempló con más detenimiento que la noche de la cena. Alto y con algo de músculo era una visión espectacular con su elegante uniforme, cabello dorado resplandeciente, su sonrisa y dientes blancos; amén del tierno hoyuelo en la barbilla. Podría llegar a ser el sueño de toda mujer.

Una vez solos en el salón, Ayleen no supo qué decir. Todavía tenía muy presente el manoseo al que se vio sometida y no quería que volviera a ocurrir. Se sentó lo más lejos que pudo.

—¿Cómo está su madre? —fue lo único que se le ocurrió preguntar, puesto que no sentía ninguna afinidad con aquel hombre, por muy gallardo que pareciera. Su opinión sobre él no era muy favorable.

—Le duele la espalda. Anoche, antes de acostarse, tropezó con una silla y se cayó.

—¡Válgame Dios! —Se puso derecha al instante, preocupada—. ¿Cómo está? ¿En qué puedo ayudar?

Rupert Clarewood se levantó para sentarse justo a su lado y le dio unos golpecitos suaves en el dorso de la mano en señal tranquilizadora.

—Su muestra de preocupación es muy loable, pero no se aflija. Gracias a Dios estaba en casa y conseguí inmovilizarla antes de ir a buscar al médico.

—¿Acaso sabe cómo proceder en estos casos? —preguntó confusa, muy consciente de que no había retirado su mano.

—Por supuesto —se ufano—. En mis viajes tuve que aprender de todo. En alta mar los peligros siempre están a la orden del día y se debe saber cómo actuar.

—Tendré que ir a visitarla. —No la conocía mucho, pero se había mostrado amable con ella. Era lo menos que podía hacer.

—Mi madre se lo agradecerá —asintió benévolo—, pero no vaya hoy, pues guardará cama todo el día. Mañana sería más adecuado.

—Así será. —Su preocupación por el bienestar materno la enterneció. No podía ser de otro modo. No obstante, no podía tolerar su atrevimiento. Ahora había empezado a masajear su mano con total impunidad. Se levantó con brusquedad rompiendo el contacto—. Creo que será mejor que...

—Anoche la soñé —interrumpió lo que quería decirle.

—¿Perdón? —Se quedó de pie, mirándole.

—Que anoche la soñé —repitió. Parecía estar sumido en una especie de trance—. Aquí mismo, debajo de este mismo cuadro.

El cuadro en cuestión se hallaba colgado de la pared, justo encima de su cabeza.

—No creo entenderle —afirmó confundida.

¿Se hallaba ante un demente y no se habría dado cuenta? Se preguntó. Porque era así como sonaba.

Trató de sentarse bien lejos.

—Pues eso —aseguró él acercándose sin ni siquiera disimular—. Desde que la vi en la fiesta no puedo sacarla de mi pensamiento. En ese instante comprendí que nuestros caminos estaban destinados a cruzarse —declaró con fervor—. Sé que usted me ama con la misma pasión arrolladora que siento por usted. Por eso me he decidido a cortejarla. Todas esas flores son un regalo para demostrarle mi devoción por su cuerpo, por usted.

Ayleen jamás había tenido el placer de ser el objeto de una declaración amorosa, pero eso no era lo que había imaginado. Ese hombre había conseguido que sintiera una repulsión inmediata por tan extremos sentimientos.

—Esto... yo... —No sabía cómo decirle que ella no sentía nada de lo que este le achacaba. Sí, era apuesto, pero eso era lo máximo que estaba dispuesta a sentir por ese majadero.

—Sí, lo sé, lo sé —asintió con la cabeza como si supiera cada uno de sus pensamientos—. Sé que me desea y quiere tenerme. —Sonrió con algo parecido a la lascivia sin darse cuenta del jadeo de horror de su interlocutora—. Pero como caballero que soy entiendo que una mujer necesita ser cortejada de la forma adecuada. —Le besó los nudillos antes de que Ayleen se diera cuenta de cuál era su intención—. Cuando anunciemos nuestro compromiso podremos tomarnos ciertas licencias, pero mientras tanto desplegaré mis numerosas armas... para conquistarla. —Se lanzó encima de Ayleen con la clara intención de besarla, pero justo en ese momento, Adele entraba con la bandeja de té.

Aprovechó esa distracción para liberarse de sus indeseables intenciones y se puso de pie.

—¡Adele, gracias por el té! —exclamó con excesiva gratitud.

El ama de llaves, que había visto todo, puso mala cara arrugando el entrecejo a la par que dirigía al invitado una mirada de censura. Al parecer, el comodoro Clarewood era inmune a eso, ya que se levantó del sofá con gracia y ajustándose la chaqueta sin el menor sentimiento de culpa.

—¿Le sirvo, señorita Blake? —preguntó esta con formalidad. La mujer tenía pensado dejar la bandeja y marcharse, pero la escena que había interrumpido le aseguró la utilización de una estrategia diferente.

—Sí, gracias. —Ayleen suspiró con alivio. Necesitaba recuperar la compostura—. ¿Azúcar? —tuvo que decir, a pesar de tener ganas de echarle a patadas, al igual que le había sucedido con el señor Been.

—Si es tan amable, me gusta con limón y leche, si es posible. —Mientras Ayleen se sentía agitada, el hombre actuaba como si no sucediera nada trascendente.

Como Adele no tenía ninguna excusa más para permanecer allí, dijo en voz alta:

—Estaré limpiando el polvo aquí mismo. Si me necesita...

Ayleen entendió que lo hacía para estar más cerca de ella en caso de necesidad. No sabía si el Comodoro se había sentido aludido.

—Un té delicioso —aseguró tan pronto quedaron a solas y mientras cogía un emparedado—. Su ama de llaves tiene buena mano con la comida. Transmítale mi enhorabuena.

—Se lo haré saber, comodoro Clarewood —aseguró—. Seguro que se sentirá muy complacida. —Aunque en realidad lo dudaba. Era una pena que un hombre tan apuesto, con modales exquisitos y con una evidente devoción por su madre tuviera las manos tan largas.

—Llámemme Rupert —pidió con tranquilidad.

—No creo que deba; apenas nos conocemos. —Si lo hacía, lo induciría a tomarse más libertades.

—Ah, señorita Blake, eso va a cambiar muy pronto. Cuando acepte que estamos hechos el uno para el otro no podrá evitar llamarme por mi nombre... —hizo una pausa significativa y la miró a los ojos—, Ayleen.

El hombre era ciego y solo veía lo que le interesaba. ¿Cómo podía imaginarse semejante despropósito?

—Olvida un pequeño detalle. Tal vez no quiera casarme.

Al principio la miró la miró con sorpresa, luego sonrió mostrando sus blancos y alineados dientes y finalmente lanzó una sonora carcajada.

Ayleen, en cambio, no le veía la gracia por ninguna parte.

—Es usted deliciosamente divertida. He de confesar que antes, esa cualidad no era importante para mí, pero ahora la considero esencial. Usted y yo nos vamos a llevar de maravilla. ¡Cómo me alegro de haberla conocido! Además —continuó la perorata—, será la envidia de todas las mujeres del país.

—¿Y cómo es eso? —no pudo evitar preguntar. Ese hombre tenía una imaginación desbordante.

—Pues es evidente. Va a convertirse en la esposa del primer, segundo y tercer hombre más apuesto de Inglaterra.

Ayleen por poco se atraganta con el té tras escuchar esa increíble declaración. ¿Primer, segundo y tercero? ¡Vaya con el comodoro Clarewood! En lo referente a su belleza era tan presuntuoso como el señor Been con su fortuna.

—Pues yo creo que lo mejor sería buscarse a la primera, segunda y tercera mujer más bella del país en lugar de conformarse con alguien como yo —argumentó.

—No, no. La elegida es usted. Estará perfecta a mi lado.

Ayleen entendió el mensaje. Por ninguna razón él podía llevar del brazo una mujer que le igualara en belleza, ya que podía terminar eclipsándolo. Sin la paciencia necesaria para seguir soportando otra tanda de tonterías, se levantó. Él hizo lo propio.

—Tendrá que disculparme, pero he de acudir a una visita y es impostergable. —Se mantuvo de pie esperando que su invitado asimilara lo que acababa de decirle.

—Oh, por supuesto. —Por un momento pareció confundido, pero después, con una elegancia que no pudo dejar de admirar, aceptó el desaire. Se acercó a ella y antes de que tuviera tiempo de reaccionar le dio un rápido beso en la boca y la soltó.

—*Adieu, ma petite mademoiselle.* —Sonrió satisfecho—. Disfrute de las flores. *Au revoir.* —Y salió de la casa dejándola pasmada en medio de la estancia.

—¿Se encuentra bien?

La voz de Adele la volvió a la realidad. Asintió y buscó un pañuelo para limpiarse la boca. La sensación de húmedo desagrado persistía y quería eliminar todo rastro.

«Qué diferente de los otros besos», no pudo evitar recordar. Los dos anteriores que había recibido no se parecían en nada; no por su duración o intensidad, sino por la suavidad de su tacto y las sensaciones desbordantes que aquellos provocaron.

Resultaba irónico y desconcertante que acabara de instalarse y ya la hubieran besado más veces que en el resto de su vida. Aunque los tres besos fueron robados —no se permitía pensar en cómo sucedió el primero—, este último carecía de la pasión y el sentimiento incontrolado que la sofocó en las ocasiones anteriores. No creía que la sensación fuera la misma en caso de que el Comodoro la hubiera abrazado y estrechado entre sus brazos.

—¿Va a permitir que ese hombre o los demás vuelvan a visitarla?

De nuevo, la señora Fraser la devolvió al presente y la obligó a olvidar las tontas ensoñaciones.

—Con franqueza, no creo que pudiera impedirlo.

—¿Por qué no? —Arrugó el entrecejo con la bandeja del té en las manos mientras miraba por la ventana.

—Sospecho que han decidido que me quieren por esposa —afirmó con algo de timidez, poco habituada a ello—. Mucho me temo que alguno de ellos haga lo que sea para conseguirlo.

—¿Esposa? —Adele se dio la vuelta para acto seguido sentarse—. ¿Tan pronto? —Ayleen le había explicado cómo se había desarrollado la cena en casa de los Haggens sin profundizar demasiado, pero después de las visitas y del empeño de la esposa del juez, no era descabellado pensar que interesaba a los tres caballeros—. Si todos ellos decidieran cortejarla sería algo extremo. —Se alejó unos pasos en dirección a la puerta semiabierta y se detuvo.

Ayleen se permitió pensar, durante unos segundos, en el encuentro con lord Jason Morton. Otro más que se había comportado con atrevimiento.

¿Acaso había algo en ella que los atraía? Quizás imaginaran que una mujer de su edad y sin estar casada estaba dispuesta a retozar con cualquiera. Tampoco pudo dejar de pensar en lo sincero que el marido de Johana pareció —por alguna razón, tenía que recordarse una y otra vez ese dato—, pero ella no podía flaquear y mostrarse amable con alguien así. No estaba bien aprovecharse de la vulnerabilidad de las mujeres, pero al menos el Comodoro era un hombre libre y no dañaba a nadie con su atrevimiento. Aun así, el único que poblaba sus pensamientos era el hombre que jamás podría llegar a ser para ella. Su rostro, su boca, el tacto de su mano... Todo ello la hacía estremecer. Por eso, la mañana anterior le había exigido que se mantuviera apartado de ella. Solo más tarde reconoció haberlo hecho tanto por él como por su propia tranquilidad. No sabía si era lo bastante fuerte como para olvidar lo que él le provocó.

—Espero estar equivocada.

Y dicho eso ambas dieron la conversación por finalizada.

Jason examinó con ojo crítico los excesivos gastos que suponían la reparación del tejado del pabellón de caza. Para tratarse de un edificio en desuso, le estaba costando a su hermano más libras de lo estimado. Ashton tenía una puntería excelente, pero que él recordara, no se organizaba ninguna cacería desde por lo menos hacía ocho años. Sin embargo, se había empeñado en arreglarlo y no era un hombre que dejara nada a medias.

Después de terminar el balance puso su atención en el libro de cuentas. Fue entonces cuando recordó el rumor que había escuchado en la mañana y que relacionaba a la señorita Blake con tres hombres que conocía bien: el comodoro Clarewood, el señor Been y Horatio Plumbert. ¿Sería cierto que la habían agasajado con docenas y docenas de flores en un intento de llamar su atención? Era una conclusión lógica, dado el comportamiento que mostraron en la

cena ofrecida por los Haggens, en especial el Comodoro. Al parecer, la dama acababa de llegar y ya era capaz de acaparar todas las miradas.

Frunció el ceño mientras trataba de restarle importancia al repentino malestar que le invadió, aunque la verdad fuera dicha, era curioso que el gesto le fastidiara tanto. Que él la hubiera descubierto primero no le otorgaba ningún derecho. Es más, su comportamiento había sido del todo reprochable.

Cerró el libro de golpe y se levantó, rodeando el macizo escritorio de madera, mientras seguía dándole vueltas a los inadecuados sentimientos que le despertaba la señorita Blake. Se dio cuenta de que pensar demasiado en ella suponía una amenaza real, un verdadero peligro, puesto que su figura le atraía tanto como la luz a las polillas. Podía resultar incluso una idea ridícula para un hombre de su edad, maduro y controlado. ¿Él, dominado por esa joven nerviosa e inexperta? Pero por mucho que le doliera admitirlo, tanto sus besos como sus actos así lo atestiguaban. Si por lo menos sus labios no supieran tan dulces... También admitió estar bastante confundido. Con toda probabilidad su buen juicio se había evaporado, o eso temía. ¿Qué otra explicación podía haber para justificar su comportamiento?

Experimentó una intensa punzada de culpa. Debería estar haciendo esfuerzos por mostrar más sangre fría. Ella no parecía dispuesta a ahondar en lo sucedido, si bien no había llegado a perdonarle. Entonces, ¿por qué insistía en mantenerla en sus pensamientos? No solía ser un hombre tan obstinado. ¿Le estaría dando la vida una lección? ¿Se trataba de eso? No podía sucumbir bajo sus influjos y todavía tenía la oportunidad de resarcirse. La señorita Blake le había pedido que se alejara de ella. Jason debía guiarse por la prudencia y hacer lo mismo. Por el bien de todos debía catalogar sus besos como un desafortunado desliz.

Dejó de pensar en ello sin llegar a valorar cuál sería su próximo movimiento. Por aquella tarde ya estaba bien de distraerse y abandonar sus deberes. Jason volvió a sentarse tras el escritorio y abrió el libro de cuentas.

No iba permitir que la señorita Blake dominara su vida.

Ayleen se encontraba en una especie de encrucijada: no quería mostrarse descortés con lady Johana Morton —pues le había tendido la mano desde un principio—, pero tampoco podían ser amigas. Las razones eran obvias, aunque una de ellas las ignorase. Por eso, a menudo, debía poner excusas para no pasar más tiempo del necesario en su compañía. Y eso era duro. Johana había sido muy amable; la que más, y le estaba ofreciendo su amistad. Sin embargo, ¿cómo podía sonreír, escuchar sus consejos o tomar el té con ella cuando la había traicionado?

Lo peor de todo era no tener a nadie con quien hablarlo, ni siquiera con la fiel Adele —su ya queridísima ama de llaves—, que desde su llegada la había tratado como a una hija y la había escuchado y aconsejado. Lo sucedido en el bosque había sido demasiado íntimo y vergonzoso como para confiar su secreto. Si alguien llegaba a enterarse, su reputación quedaría por los suelos y se vería obligada a marcharse de Greenville para siempre. Ahora que se había establecido y que estaba empezando de nuevo debía proteger su honor por encima de todo.

¿Por qué de entre todos los hombres se había cruzado con el esposo de Johana?

Por supuesto, la culpa había sido de él. Ayleen era del todo inocente, pero esos episodios seguían dejándola en una situación poco halagüeña. La pobre Johana desconocía que su esposo fuera tan ruin y que tomara por costumbre asaltar a castas doncellas. El pueblo entero parecía desconocerlo. Se había dado cuenta, desde el día de la cena en casa de los señores Haggens, que todos le tenían en gran estima y consideración, sobre todo el magistrado. Solo el señor Been era la nota discordante.

Eso significaba que lord Jason Morton tenía dos caras bien distintas. ¿Sería eso cierto o todo era fruto de una confusión? Pero, ¿cómo podía serlo cuando sus labios se habían rozado ya dos veces distintas? No obstante, el beneficio de la duda estaba ahí: él había tratado de disculparse. Podía considerarse un gesto noble, si bien a Ayleen no le había quedado más remedio que dejarle claro al señor Morton que debía alejarse de ella.

Su cabeza era un mar de confusión y su corazón objeto de una lucha interna. Si no hubiera disfrutado tanto del primer beso... Si este no se hubiera quedado grabado en su memoria... Había algo en ese hombre que lograba confundirla: lo despreciaba a la vez que se sentía atraída.

Un condenado lío que no beneficiaba a nadie, en especial a ella.

Así que decidió salir a visitar a Milicent Clarewood con tal de distraerse de todos aquellos quebraderos de cabeza. Pasar la tarde tomando té en la vivienda familiar de los Clarewood y en compañía de varias mujeres del pueblo era lo que necesitaba, pero la repentina aparición del único hijo la tensó un poco.

Por suerte, Rupert Clarewood no dijo ni hizo nada que pudiera avergonzarla delante de las demás y ella se retiró antes de que las cosas cambiaran.

Habían pasado varios días desde la visita de los tres hombres, tiempo en el que había tratado de olvidarlos. Tampoco tuvo noticias de ellos hasta entonces, lo que supuso una fuente de tranquilidad. Mientras tanto, se había dedicado al bordado, que había abandonado desde la muerte de su padre, y a la lectura.

En su afán por encontrar el libro perdido reemprendió sus paseos por el bosque cuando las temperaturas lo permitieron. Cuando se arriesgó a llegar a la casita y no vio a nadie, se calmó lo suficiente como para atreverse a hacerlo de nuevo. Los días pasaron y ella se sintió más confiada. Esperaba que la ausencia fuera una muestra de celo y discreción por parte lord Jason Morton. Se sentía un poco culpable por alejarlo de un territorio que le pertenecía a él más que

a ella, pero no lo suficiente como para renunciar a ese apacible y misterioso paisaje que la tenía subyugada. En ningún momento se permitió plantearse por qué, con toda esa campiña tan cerca, se empeñaba en pasear por ese bosque una y otra vez.

—Señorita Blake, qué gracioso haber coincidido.

Fueron la señora Smith y sus hijas las que llamaron su atención en plena calle. Ayleen ni siquiera habían reparado en ellas.

—Es toda una coincidencia —afirmó Ayleen, prestando atención a los tres rostros familiares. Solo así pudo fijarse en la elegancia de sus ropas, más propias de una fiesta que de un paseo diurno. Le sorprendió, pero no lo dejó entrever.

—Nosotras pensamos lo mismo —se atrevió a decir Violet.

—Vamos a la modista —añadió Jazmin, como si no quisiera quedarse sin decir algo.

—Espero que esté cómoda aquí —preguntó Rose Smith de repente mientras la tomaba del brazo—. Porque sería una lástima que no le gustara el lugar una vez instalada.

Lo comentó para llenar el vacío en la conversación, pero Ayleen se apresuró en responder.

—Lo estoy. Greenville y sus alrededores son espléndidos. Incluso en invierno.

En respuesta, las dos hermanas soltaron una risita propia de niñas.

—En los próximos días organizaremos otra reunión. —Aludía a las damas del té—. Por supuesto, está invitada —lo expuso como si le estuviera haciendo un enorme favor.

—Muchas gracias. Asistiré encantada.

—Aunque tal vez lady Johana ya se lo haya comentado.

Ayleen volvió a pensar que ella misma había interpuesto una barrera que la separaba de lady Johana.

Mostró una sonrisa comedida.

—No ha surgido la oportunidad.

—Hay que estar pendiente de todo. —El tono que utilizó era tan sufrido que Ayleen estuvo a punto de esbozar una mueca, pero se contuvo—. Ya verá cómo la haremos sentir de maravilla. —Sus hijas volvieron a soltar una risita. Empezaban a parecerle un poco ridículas—. El nuestro es un grupo muy selecto. Tengo entendido que ha sido presentada a otros de nuestros vecinos.

El cambio de tercio las sorprendió a todas.

—¿Cómo?

—¿No la invitó la señora Haggens a una cena en su casa? —La pregunta no estaba exenta de cierta acritud.

—Bueno... —Tuvo dificultades en responder, porque de repente se sentía incómoda—. La señora Haggens quería ayudarme a integrarme mejor en la comunidad.

—Solo hubiera debido decirlo y yo la hubiera ayudado. En ese caso solo hacía falta decirlo. Como ya debió de percibir, a nosotras no nos invitaron, no, pero no se lo tengo en cuenta. Henrietta se está haciendo un poco mayor y la pobre ya no presta tanta atención al protocolo como debería. Por supuesto, tengo el deber de recordárselo, pues no debe repetirse el fallo. Nuestra presencia esa noche hubiera mejorado el ambiente. —La señora Smith también tenía la costumbre de hablar y hablar sin cesar, algo que empezaba a detestar. Las hijas, en cambio, solo abrían la boca para corroborar a la madre—. ¿Es cierto que asistió el Duque?

—Así es. —Ayleen se sentía incómoda con ese interrogatorio.

—¡Oh! —exclamaron sus tres interlocutoras a la vez, pero fue su madre quien retomó la palabra.

—¡El Duque! Qué suerte tiene de haberlo conocido. Apenas nos regala con su presencia. Dígame, ¿cómo fue?

—Eh... apenas crucé un saludo con él.

—¡Qué decepcionante! —opinó Jazmin.

—Sí, una lástima —corroboró Violet.

—Es cierto, pero era de esperar. —Parecía que Rose Smith se alegrara de ello—. El duque de Redwolf es muy parco en palabras. Bueno, Violet tuvo una larga conversación con él el año pasado en una fiesta —declaró orgullosa—. ¿Verdad, hija?

—Cierto, mamá.

No sabía por qué pero ponía en duda la veracidad de esas palabras. Por lo que había podido observar esa noche, Ashton Morton, duque de Redwolf, miraba a todos los presentes con aire de superioridad, así que no se lo imaginaba manteniendo una charla, y además larga, con una joven que no tenía nada que decir salvo soltar risitas.

—¡Está tan ocupado! Por eso es un honor tenerlo entre nosotros.

—Sí, lo imagino.

—Es tan guapo y apuesto... —suspiró Jazmin.

—Sí, guapo y apuesto —repitió su hermana.

Las tres parecían un coro suspirando por el Duque. Ella no podía entender tal adoración. Resultaba un tanto bochornoso. También era curioso comprobar las extremas pasiones que este desataba. Unos lo adoraban y le admiraban mientras que otros lo desdeñaban con una superioridad rencorosa.

—¿No cree usted, señorita Blake? —la interpeló Rose Smith.

—Pues... no me di cuenta. —No era una completa verdad. Se había fijado en él, pero quedaba descartado alabar su hermosura o la falta de ella delante de nadie.

La incredulidad de las Smith fue patente. No obstante, la mayor de las tres volvió a la carga.

—Es comprensible que no haya reparado en él. Habrá estado bastante ocupada con otros... menesteres.

La declaración la puso en alerta.

—No creo entenderla.

—No se haga la discreta conmigo, lo sé todo.

—Mamá está hablando del señor Horatio Plumbert —intervino Jazmin en cuanto se percató de su confusión.

—Y del señor Been —continuó la otra.

—Sin olvidar al comodoro Clarewood. —El rencor de Rose Smith era algo a tener en cuenta.

¿Cómo se habían enterado? ¿Es que en ese pueblo nada pasaba desapercibido?

—Yo no...

—No se haga la inocente con nosotras, somos de confianza. Sabemos que los tres fueron a visitarla a su casa. Cuéntenos, cuéntenos...

—¿Dónde han escuchado eso?

—¡Uf! Sería difícil de decir. Ya sabe, un vecino le cuenta a otro y así sigue. —Se encogió de hombros—. Alguien vio al señor Plumbert salir de su casa. Otro al Sr. Been. Ni qué decir que cuando apareció el comodoro Clarewood la noticia ya se había extendido. Cuando se supo lo de las flores, no cupo la menor duda de sus intenciones.

—La señorita Blake es muy afortunada —murmuró una de las chicas.

Esa afirmación no la ayudó a desembarazarse de un pesado malestar. Ella no había alentado nada ni dado muestras de interés. Ellos solitos habían decidido embarcarse en esa aventura.

—Debe sentirse dichosa —afirmó Violet con cierta admiración y envidia.

—No creo que sea para tanto —repuso ella a su vez.

—No sea modesta, mujer. —La señora Smith retomó de nuevo la palabra—. Es usted muy afortunada por contar con la admiración del señor Horatio Plumbert. Harán muy buena pareja.

Hablaba como si ya estuvieran prometidos. En cierto sentido, si se le hubiera ocurrido planteárselo, este hubiera sido el escogido, pero lo que más la molestaba era que ya había rechazado a los otros dos, casi como si no los mereciera.

—¿Y el señor Been? —preguntó más por curiosidad que por interés. Y añadió—. ¿Y el comodoro Clarewood?

—En cuanto al primero, creo que es normal estar interesada en él. ¡Es tan rico! Pero trate de no desilusionarse cuando descubra que es simple cortesía.

Ayleen meneó la cabeza en señal de incredulidad. Era como si considerara ridículo que un hombre rico la hubiera tenido en cuenta. En realidad, esperaba que fuera tal y como decía la mujer, pero la señora Smith no sabía que este había hablado de un futuro en común sin ningún género de dudas. Solo por la forma de mencionarlo interpretaba que era un candidato a tener en cuenta. ¿Quizás para una de sus hijas? Así pues, la consideraban competencia. El descubrimiento la asombró, aunque a Ayleen le interesaba bien poco. No pretendía rivalizar por sus atenciones y mucho menos por semejante personaje.

—Y el gentil Comodoro —continuó ajena a los pensamientos de su interlocutora—, adora la belleza femenina por encima de todo, ya sea de mayor o menor calidad.

A esas alturas de la conversación, Ayleen ya empezaba a vislumbrar el carácter de su interlocutora, por lo que la sutil pulla no la cogió desprevenida. Se estaba refiriendo a ella como perteneciente a una clase inferior. No lo había dicho con esas palabras, pero se intuía en el mensaje. Como no iba a permitir que la pisoteasen, no pudo evitar una réplica. No tenía ningún talento dramático ni ganas de enemistarse con nadie, pero una debía defenderse ante ataques malintencionados.

—¿Está diciendo que va por ahí cortejando a cualquier dama que se le cruza en el camino, que les regala obsequios florales y les declara su devoción eterna? ¿A todas? —preguntó con algo parecido al sarcasmo—. Debe estar muy ocupado.

Por el bochorno que mostró su rostro dedujo que ninguna de las jóvenes Smith había llamado su atención. Como no estaba en su carácter ser tan maliciosa supuso que debía disculpar su torpeza.

—Por supuesto que no —aseguró la feroz progenitora—. Algunas de ellas son gente respetable y viven con unos padres dispuestos a todo para defender su honor. No se atrevería a demostrar una conducta tan licenciosa.

¿Acababa de declarar que ella era una inmoral por vivir sola y que eso era el motivo de la conducta del Comodoro? ¡Menuda bruja!

Antes de que la sangre llegara al río, Ayleen trató de serenarse respirando profundamente.

—¿Quién sabe lo que mueve a esos inconstantes? —preguntó, guardándose el comentario mordaz que tenía en la punta de la lengua.

—Ha de saber que mis niñas han sido educadas con una distinción poco usual entre la burguesía.

—Se nota que lo ha hecho bien. —Lo dijo con desgana, para sacársela de encima, pero esta asintió como si ello fuera una gran verdad.

—Eso pensamos su padre y yo. —Echó un vistazo a sus hijas—. Son unas perlas entre tanto cardo borriquero —sentenció orgullosa.

La comparación la hizo sonreír.

—Entonces no les será difícil encontrar un pretendiente.

—En absoluto. Entre sus muchos admiradores abundan los de buena presencia y acaudalados.

—Me sorprende que no estén casadas ya —murmuró.

Ayleen solía ser cauta. Lo había sido desde siempre; era parte de su naturaleza. Le gustaba observar a la gente con detenimiento y tener trato antes de juzgar, pero la señora Smith estaba haciéndole perder toda la paciencia.

—Sencillamente no saben cuál escoger. —La mujer lanzó un suspiro final algo trágico.

—Pues espero que termine decidiéndose antes de que los caballeros se cansen de tanto esperar —apuntó con tono mordaz.

Y dicho aquello, se despidió de las tres, asegurando que tenía prisa.

En el trayecto de regreso trató de disculpar el comportamiento de la señora Smith. Al parecer, en aquel ambiente rural escaseaban los buenos partidos, por eso una cara joven y nueva, como la de ella, se convertía en el centro de todas las miradas. En su celo por ver casadas a Jazmin y Violet quizás había olvidado los buenos modales.

¿Quizás? Era mucho más que eso, se dijo, contradiciéndose. Ayleen ni siquiera estaba interesada en esos hombres, así que Rose Smith podía quedárselos a todos. Comenzaba a pensar que asistir a la cena de los Haggens no había sido un acierto, después de todo.

Al llegar a casa seguía teniendo presente las palabras de la señora Smith. Por mucho que tratara de olvidarlo, la enfurecía lo que esa mujer había tratado de insinuar. Ella tenía muy poca experiencia tejiendo relaciones sociales. Había estado demasiado aislada en Londres por la enfermedad de su padre y sentía que no se había defendido de forma adecuada. Hubiera podido contraatacar con alguna respuesta más mordaz.

Adele vio su gesto compungido y se preocupó, pero en ese momento quería estar sola y aclarar su mente. Por eso salió a pasear sin considerar siquiera que era una mala idea. Más tarde, cuando lo hizo, ya era un poco tarde.

Ayleen se acercó a la casita casi sin darse cuenta. Estaba tan absorta en sus propios pensamientos que no se percató del peligro que suponía adentrarse tan en el bosque. El crepitar de una rama seca la hizo volver a la realidad y por un momento titubeó. Solo cuando vio alzar el vuelo de un pájaro respiró tranquila. Se había encontrado dos veces con lord Jason Morton —una casualidad—. Tres veces sería excesivo. Por lo que sabía, él tenía un sinfín de obligaciones y tareas que atender y no podía hacerlo desde aquella casita abandonada en la profundidad del bosque. Con convicción, se dijo que no pasaba nada porque anduviera por ahí; no tenía por qué encontrárselo. Cuán equivocada estaba. Lord Jason estaba justo en el borde del camino, tan atento como podría estarlo un gato a punto de saltar sobre su presa. Y por supuesto, la presa era ella. No supo cómo reaccionar y solo logró balbucear unas cuantas incoherencias.

—Buenas tardes, señorita Blake —la saludó él, que en contraposición a Ayleen, parecía tranquilo y sereno.

Esa postura la enojó.

—¿Lo encuentra divertido o es que ha tomado por costumbre asaltarme en el camino, como si de un pasatiempo se tratara?

—Creo que está exagerando. Solo pretendía ser educado y comportarme con un mínimo de civismo.

—¡Educado! ¡Civismo! —exclamó repitiendo sus palabras—. ¿Qué sabrá de eso? Lo único que ha hecho desde que lo conocí es faltar al decoro. Y eso me hace llegar a la conclusión, lord Jason Morton, de que es usted un bárbaro.

Él se permitió una sonrisa.

—¿En qué sentido?

—Pues... —dudó— en el sentido que son todos los bárbaros. No sabe respetar a una dama —le aclaró para despejar sus dudas—. Le dejé muy clara mi postura el otro día. Este tipo de encuentros no son de mi agrado y añadiré, además, que son muy poco adecuados.

—No me ha dejado usted más remedio.

—¿Yo?

—Sí, usted. Yo pretendía disculparme por mi vergonzoso comportamiento aquí en el bosque y mi posterior modo de actuar en casa de los Haggens. Dadas las circunstancias, asumo que nuestra relación no puede ser amistosa, pero usted, señorita, no me lo permitió.

—¡Por Dios, estábamos en mitad de la calle! Y no se preocupe, recibí sus disculpas. Y ahora, si eso es todo... —Giró sobre sus talones dispuesta a marcharse, pero en aquel instante le oyó decir:

—Eso, huya, como hace siempre.

Esas palabras tuvieron un efecto paralizante y consiguieron detenerla. ¿Qué derecho tenía a juzgarla? No tenía por qué darle explicaciones a un adúltero cuyo comportamiento dejaba mucho que desear. Cada vez más molesta consigo misma por permitir que le afectara todo cuanto dijese, se dio la vuelta y lo encaró.

Jason permanecía en el mismo sitio, con los brazos cruzados sobre el pecho y una mirada intensa. Estaba tan apuesto con su abrigo oscuro, que por un momento olvidó sus diferencias. Era un hombre atractivo de ojos embriagadores. Todo un seductor, al parecer, porque estaba consiguiendo hacerla infringir sus propias convicciones. Si lo hubiera conocido bajo otras circunstancias se habría permitido fantasear y tal vez las cosas serían distintas, pero él era el hermano de un Duque, un hombre muy poderoso. Además, estaba casado. ¿Cuántas veces debía recordárselo?

—Que le quede claro que no estoy huyendo —aseveró en un intento por recobrar la compostura—. Simplemente me marchó.

Él no pareció entender la diferencia.

—Y eso es por...

—¿No ve lo inadecuada que es la situación? —lo atajó dejándolo con la palabra en la boca—. Su comportamiento es impropio.

—Y usted es una señorita que siempre hace lo que debe.

Sí, Ayleen era así. O por lo menos lo intentaba. Era lo que le habían enseñado. Su institutriz había insistido en que los hombres eran como Satanás y que debía cuidarse mucho de estar a solas con ellos, puesto que solo pretendían hacer pecar a las mujeres.

Jason Morton no se parecía en nada al demonio. Por lo menos en la forma, pero conseguía hacerla temblar, y no de miedo precisamente. Desde que lo conoció notaba un cosquilleo en el estómago que se volvía más o menos intenso dependiendo de la situación. Ella era una mujer inocente e inexperta que apenas sabía de las intrincadas relaciones entre hombres y mujeres, aunque en el pasado había escuchado las historias de sus amigas y podía reconocer los síntomas.

En su corta estancia en Greenville le habían sido presentados unos cuantos hombres que habían mostrado un interés nada halagador. Si en ningún caso los sentimientos eran recíprocos y ni tan siquiera habían conseguido despertarle ni el más mínimo interés, ¿por qué sí lo hacía

Jason Morton? ¿Qué tenía él que les faltaba a los demás? Y lo más preocupante de todo. ¿Sería a eso a lo que se refería su institutriz? ¿Eran esos los peligros de la pasión?

Se vio asaltada por una terrible angustia.

—¿Usted no? —le preguntó—. Pensaba que era un caballero.

—Yo también —lo oyó mascullar por lo bajo—. No me siento orgulloso de comprobar que nos hemos equivocado los dos. —Se pasó una mano por el cabello en un gesto de exasperación—. Señorita Blake, discúlpeme por todo el mal que he podido causarle.

Ayleen valoró su arrepentimiento como sincero, logrando conmovérlo. A pesar de todo, no podía ver a ese hombre como un rufián aprovechado, aunque a veces no podía evitar decírselo a modo de protección. ¿Cómo podía no creerle cuando la miraba con esos ojos que conseguían traspasar su alma?

—Aun así... —Quiso poner cierta distancia. Lo mejor era verse solo en los momentos en los que fuera estrictamente necesario.

—¿Qué más quiere que haga? ¿Pretende que se lo cuente a mi esposa?

Ayleen se asustó. Parecía dispuesto a hacerlo.

—¡No! —exclamó en una especie de súplica.

—Porque si usted me lo pide...

—¡Por Dios, no! ¿Es que se ha vuelto loco?

Aquella era una pésima idea. La peor. No podía permitir que lo sucedido llegara a oídos de Johana. Jamás. Con eso solo conseguirían herir a una mujer buena y su conciencia no se lo permitía. Si por el contrario, ambos callaban, el daño no iría a más y el matrimonio podría seguir como hasta entonces. En aquel momento se preguntó si de verdad le importaba tanto Johana o lo estaba haciendo por él, porque no quería ponerlo en un aprieto. ¿Sería eso? ¿Su fuero interno se empeñaba en defenderlo? Si era sincera consigo misma admitiría que era un poco de cada. Era mejor para los tres implicados que el asunto quedara enterrado para siempre. Sobre todo para su tranquilidad.

Jason la observó durante unos segundos en silencio. Lo que acababa de decir era cierto. Estaba dispuesto a confesar la verdad a su esposa si ella se lo pedía. Con ello pondría en riesgo su matrimonio, pero al menos los remordimientos desaparecerían. Aunque, ¿qué iba a contarle, que una desconocida lo había besado en el bosque? Porque esa era la pura verdad. En su delirio por la caída ella se había lanzado a sus brazos, apremiante. Aun así, Jason no la había detenido como debería hacer un caballero, más bien se había aprovechado de ello... y había deseado más. Por eso era difícil explicar el segundo beso. Eso lo hacía parecer infiel, aunque no había sido su intención. Había actuado por instinto y aquello era un error. Él era un hombre racional y cabal; siempre lo había sido. Lo era manejando el patrimonio de su hermano, lo fue al elegir una esposa y trataba de serlo día a día. Si pudiera volver a ese mismo punto esperaba asegurar que actuaría de otra forma. Ahora estaba en una posición difícil y la culpa lo carcomía. No era un desliz fácil de subsanar y las complicaciones iban mucho más allá. Lo que realmente le preocupaba eran los sentimientos que la señorita Blake empezaba a despertar en él, cada vez más intensos.

Siempre había considerado aquella casita como su refugio. Servía para encontrar paz y tranquilidad, para alejarse de todo, mas ahora iba por ella; para verla. Su mente divagaba hacia ahí con demasiada regularidad y no podía evitar dirigirse al mismo lugar donde la conoció. Sabía que no era correcto, que no debía pensar tanto en ella, pero escapaba a su dominio. No conseguía sacársela de la cabeza. Antes solía pasarse horas y horas encerrado en su despacho, aislado de todo sin inmutarse, pero ahora se sentía enclaustrado, inquieto. Los días sin verla le parecían eternos y estaba siendo más infiel en su imaginación de lo que realmente había sido. Y

eso era lo más difícil de asumir, que los sentimientos fueran a más. La desesperación estaba pudiendo con él. No sabía qué hacer para ser el mismo Jason de antes, el devoto esposo. Era como si lentamente se desvaneciese. Lo que más temía era que no llegara a quedar nada.

¿Por qué actuaba con tanta insensatez? ¿Por qué era tan inconsciente? Él no era un hombre de grandes pasiones y, aunque Ayleen era muy bonita, su belleza no era comparable a la de Johana. ¿Qué le ocurría? Porque no era de esos hombres que buscan una aventura o una amante por placer. Antes de tomar la determinación de casarse había estado con muy pocas mujeres y era todo lo contrario a un libertino. Nunca se había dejado dominar por su libido, puesto que sus instintos primarios eran escasos en lo referente al sexo. Él prefería compartir con su esposa una relación basada en el amor en lugar de una gran pasión. Se sentía muy afortunado por lo que tenía. Además, creía en la fidelidad y el respeto. Entonces, ¿por qué de repente sentía esa urgente necesidad de verla, de hablar con ella? Incluso de tocarla. Había algo en esa mujer, en su ingenuidad, que le despertaba una necesidad de protegerla y cuidarla. Sabía que estaba sola, que no tenía familiares que velasen por ella —Johana se lo había contado en algún momento—. Ni siquiera estaba casada, puesto que había dedicado los últimos años de su vida al cuidado de su padre enfermo. ¿Venía de ahí su preocupación o había más y se engañaba? A pesar que Ayleen Blake no era una niña, y su cuerpo así lo atestiguaba, sabía por su modo de besar que ella no tenía experiencia en esos menesteres, que era bastante inocente. En definitiva, que era virgen. Ni siquiera le hacía falta comprobarlo, estaba seguro.

De repente, un espantoso pensamiento lo hizo flaquear. Santo Cielo, ¿desde cuándo le importaba que otra mujer que no fuera su esposa hubiera yacido o no con otros hombres? Aquello no era de su incumbencia y ella le había dejado claro que lo quería lejos de su vida. Aun así, por alguna inexplicable y angustiada razón, no podía hacerlo.

Si en ese instante la señorita Blake tuviera una ligera idea de lo que poblaba su mente, echaría a correr hasta Londres como alma que lleva el diablo.

—Tengo una cosa para usted; algo que le pertenece —declaró de repente y con más brusquedad de la que pretendía. Ella no tenía la culpa de esos pensamientos indignos, propios de hombres miserables, pero así se sentía él, como un miserable.

Ella debió notar el cambio porque parpadeó confusa. Incluso se mordió el labio, aumentando la incomodidad que Jason sentía.

¿Entonces, por qué no era capaz de dar media vuelta y terminar con aquello de una vez? Se había disculpado con ella, que era lo único que podía hacer, pero en vez de eso se empeñaba en esperarla cada día durante horas en el camino ideando cualquier excusa para retenerla a su lado. ¿Con qué fin? ¿Dónde había quedado la honorabilidad del que tan orgulloso se sentía? Carecía de las respuestas satisfactorias.

—¿Para mí? —preguntó Ayleen con desconfianza.

Jason asintió.

—Sí, aunque lo tengo en la casita. Buscaba el momento idóneo para devolvérselo. ¿Me esperará? Será un momento.

—No creo que eso sea muy conveniente —opinó ella.

—Por favor. Por favor —repitió.

A ella le costó aceptar.

—Está bien.

Jason regresó y dejó ir un suspiro de alivio cuando vio que Ayleen seguía en el mismo sitio donde la había dejado. No había estado seguro de que ella cumpliera su palabra, temiendo que aprovechara la oportunidad para marcharse.

—Mi libro. No sabía dónde lo había perdido.

—Se le cayó hace unos días en su... humm... en su huida.

Jason se aclaró la garganta, mortificado por tener que volver a explicitar lo ocurrido en su segundo encuentro. Su intención había sido buena, solo quiso hablar con ella, hacerla comprender que no era ni un desalmado ni un bribón, que aquel primer beso había sido fruto de una confusión y que en algún momento las cosas se torcieron. No estaba preparado para lo que sucedió después. Tenerla sujeta entre sus brazos debió haberle trastornado, porque la besó y, aunque esta vez había comenzado él, el beso le supo tan dulce y breve como el primero.

—Y lo tomó usted.

—No podía dejarlo en el camino. Así que se lo guardaba, por si acaso.

Le alargó el libro para que Ayleen lo cogiera, pero no terminó de soltarlo, como si una parte de él se mostrara reticente a perder aquel objeto, en apariencia sin valor. Ambos se encontraron unidos por aquel libro y sus dedos se rozaban. Jason lo tenía sujeto por un extremo y ella por el otro.

—¿Lord Jason? —Ayleen parecía confundida.

—*Norte y sur* —leyó en la tapa—, de Elizabeth Gaskell. Parece una novela. ¿Es buena?

En ningún momento Jason se había atrevido a abrir el libro, como si el hecho de hacerlo significara perder su confianza. Eso sí, lo había sostenido docena de veces.

—No puedo juzgarlo. Todavía tengo que terminarla.

—Pero tendrá alguna opinión, ¿no?

—Bueno —balbuceó—, supongo que sí, pero no creí que a usted fuera a interesarle. Tengo entendido que los hombres no pierden su tiempo leyendo historias que consideran propias de la sensiblería femenina. Ustedes prefieren dedicar todos sus esfuerzos a nutrir su intelecto y para ello eligen libros de economía, agricultura o incluso tratados políticos. No obstante, si el hombre tiene una sensibilidad especial, se le es permitido profundizar en el mundo de la poesía.

Jason sonrió ante aquel argumento tan extendido. Sí, lo había escuchado infinidad de veces, pero se daba cuenta de que el intelecto no distinguía en género y su propia esposa era un ejemplo de ello. Johana era capaz de razonar con una irrefutable lógica y manejaba los presupuestos de la casa con una soltura envidiable. Si el cargo de administrador recayera en ella, estaba convencido de que su labor sería mejor que la suya propia.

Aunque sabía que la señorita Blake no tenía ningún tipo de experiencia respecto a los hombres y que esa opinión podía venir influenciada por su padre, no pudo evitar ponerla en un pequeño aprieto.

—¿Entiende mucho de gustos masculinos?

Ella casi pareció atragantarse y Jason vio confirmadas sus sospechas.

—No, yo... Eso decía mi padre siempre que me veía con un libro en la mano, que no podía perder el tiempo en pasatiempos femeninos.

—Déjeme decirle, señorita, que no soy su padre y que estaría encantado de dar un paseo con usted mientras me relata todos los pormenores de *Norte y Sur*.

Su propuesta no le sentó tan bien como esperaba. Entornó los ojos y lo miró un frío desdén que le congeló la sangre.

—Disculpe mi atrevimiento, pero necesito hablar con franqueza. ¿Cuál es su intención?

Él trató, en vano, de calmar sus temores.

—Nada malo, se lo aseguro. Solo pretendo dar un agradable e inocente paseo con usted. Solo eso. —Se resistió a pensar en las implicaciones que sus actos comportaban, pero ella se lo recordó.

—Entonces es usted más necio de lo que parece —le espetó—. Un hombre y una mujer no pueden pasear solos sin supervisión. Y además, usted está casado —remarcó con énfasis esta última palabra— con la mujer más buena y atenta que he conocido. Debería darle vergüenza siquiera proponérmelo. ¡Un paseo! Eso es impensable, lord Jason. Me ha costado años retomar mi vida. Por una vez voy a ser egoísta y pensaré en mí misma. Si eso significa alejarme de los escándalos así lo haré. ¿Acaso cree que soy estúpida o imprudente?

Jason se dio cuenta de lo que quería decir. No iba a arriesgar su reputación por un paseo, no valía la pena. Él no valía la pena. Se entristeció más de lo que quiso admitir.

—¿Entonces es todo, su última palabra? ¿No va a cambiar de opinión?

Observó cómo Ayleen se exasperaba y cómo sus ojos adquirían un brillo lleno de determinación.

Le pareció una mujer bella y arrebatadora, capaz de robarle todos los sentidos. Por alguna extraña razón, en el interior de Jason brotó un ímpetu que solo con ella conocía, un ansia que hasta las últimas semanas había estado oculta en el fondo de su ser. Se sentía más vivo que nunca y reaccionó dominado por los impulsos. Se acercó de nuevo a ella, tomó su rostro entre las manos y la besó queriendo absorber esa parte vitalista que lo enardecía. Tampoco se limitó a cubrir sus labios con los suyos. Esta vez se volvió más exigente, puesto que deseaba más. Tomándola de la cintura la levantó apenas del suelo y la apoyó contra el tronco del árbol más cercano aprovechando su desconcierto para tomar ventaja. Deslizó las manos hasta la altura de sus pechos y trató de capturarlos por encima del vestido.

Ayleen no forcejeó. Emitió un grito de sorpresa al tiempo que se apoyaba en sus hombros. Nunca en su vida había experimentado una fuerza tan intensa y embriagadora, que la dejaba sin aliento. Placentera y destructiva a la vez, pero que se negaba a que terminara. Por eso dejó que Jason ahogara sus protestas profundizando el beso y trazando eróticos senderos que la dejaban mareada.

Jason apenas podía controlarse. Lo único que pensaba era en levantarle la falda, pero ella era una dama inexperta y él, un hombre casado. No había nada, salvo la pasión, que le permitiera hacerle el amor. Era lo más lejos que podía llegar. Por eso, aunque con esfuerzo, separó los labios de los suyos mientras la sostenía y reclinó su cabeza contra la de ella, absorbiendo el aroma de sus cabellos.

Claramente, ambos estaban aturdidos por la fuerza avasalladora, pero Ayleen fue la primera en separarse y hablar.

Lanzó una especie de graznido.

—¿Por qué insiste? —preguntó un tanto temblorosa mientras posaba la yema de los dedos en los labios. Un gesto esclarecedor del que no se percató mientras realizaba un supremo esfuerzo por contener la emoción y concentrarse en lo importante. En ese momento no quería pensar en las sensaciones que el beso le había provocado. Tendría tiempo para arrepentirse después—. ¿Por qué no puede dejarme en paz y cumplir lo que le estoy pidiendo? Le estoy dando la oportunidad de despedirnos en buenos términos y usted lo desaprovecha lanzando

insinuaciones y propuestas sin sentido. ¡Por no hablar de lo que acaba de ocurrir! ¿Por qué lo hace?

Jason pestañeó un par de veces mientras trataba de buscar un poco de cordura. Esa pregunta se la hacía él cada día. Se ponía límites que no se permitía rebasar y aun así, la fuerza de la pasión caía sobre él con todo su peso.

—Creo, señorita Blake, que es mi turno de sincerarme, admitiendo sin rodeos que estoy tan confundido como usted. —La vio alzar la mirada y sonrojarse. Estaba tan encantadora que volvió a sentir deseos de besarla, tambaleando de ese modo su determinación. Aun así, ella tenía razón. Las cosas no podían continuar de la misma forma y besarla cada vez que se encontraran a solas, por lo que era de imperiosa necesidad ponerle un fin—. Mi comportamiento de estas últimas semanas apenas se asemeja al Jason Morton que todo el mundo conoce. Pero no la afligiré con mis penas, ni la desasosegaré más, ni la importunaré con mi indeseable presencia. Usted gana. De ahora en adelante solo nos veremos cuando sea necesario, supongo que en alguna cena o gala. Espero y deseo que todo le vaya bien en la vida. Adiós.

Jason no pudo continuar ni un instante más en su presencia. Aun sabiendo que era lo mejor para ambos, aquella despedida le dolía lo inimaginable, como si le hubieran clavado un puñal en el pecho. Se marchó sin mirar atrás, sintiéndose hundido y vulnerable. Todo por una mujer que apenas conocía. Tomó el caballo que lo había llevado hasta la casita y cabalgó veloz entre las tierras de su hermano, sin rumbo fijo, como si quisiera quitarse de encima esa sensación de desamparo que lo estaba invadiendo. Estaba teniendo sentimientos que no debía tener por Ayleen Blake y era muy difícil deshacerse de ellos. Se repitió una y mil veces que en aquella situación lo más sabio era poner distancia entre ambos y no dejar vencer a la tentación. Su vida volvería a la normalidad y lo sucedido entre ellos quedaría como un secreto. Había sido un incidente aislado en un momento de vulnerabilidad, nada más. O tres, pero el resultado seguía siendo el mismo: había traicionado a su esposa.

¡Dios! Daría lo que fuera porque esos pensamientos impuros se marcharan; porque Johana fuera la luz que iluminaba su corazón.

—¿Se encuentra bien, lord Jason?

Levantó el rostro y se dio cuenta que estaba frente a los establos. La inercia lo había llevado hasta allí. Miró al mozo de cuadra que le había formulado la pregunta durante un instante, sin verlo. Asintió.

Después de eso, y con desazón, regresó a su hogar aun siendo temprano. No estaba de ánimos para volver a encerrarse en su despacho o para atender visitas en Carmine's Place. Johana debería estar en alguna de sus muy diversas actividades, así que ni siquiera preguntó por ella. Solo informó al ama de llaves de que se retiraba a su aposentos y que no lo molestasen. No dejó opción de réplica a la mujer. A grandes zancadas subió hasta su habitación y empezó a quitarse la chaqueta, la corbata de seda, el chaleco y las botas, quedándose solo con los pantalones y la camisa blanca. Luego se estiró sobre la cama y trató de relajarse. No pasó ni un minuto cuando sintió llamar a la puerta y menos aún cuando Johana se adentró en la estancia. Se sentó a su lado y le acarició el brazo con una suavidad muy característica en ella.

—Jason, querido, te he visto pasar por el vestíbulo como una exhalación. ¿Te encuentras bien? ¿Estás enfermo?

Este sintió un terrible fastidio por verse importunado de esa forma. Quería paz y tranquilidad. ¿Es que su esposa no podía comprenderlo? Pero al instante se arrepintió por pensar así. Su comportamiento venía siendo más errático de lo habitual y ella no tenía la culpa de encontrarlo extraño.

—Estoy tratando de deshacerme de un maldito dolor de cabeza —dijo más cortante de lo que acostumbraba.

—Puedo llamar al doctor...

—¡No! —Su exabrupto la pilló desprevenida y la vio dar un ligero respingo. Su relación siempre había sido de lo más armoniosa y pocas veces subía el tono. Desde luego, nunca debido a ella. Por eso la sorprendió tanto. Entonces, Jason se dio cuenta de que con su reacción solo conseguiría aumentar su preocupación—. Lo siento, no es necesario hacerlo.

—Yo...

Culpable como nunca, cubrió una mano con la suya y la miró a los ojos. No era su intención hacerla sentir mal. Ella venía siendo la víctima de aquel endiablado comportamiento. Por eso no debía descargar la rabia sobre ella.

—Estaré bien para la cena. Lo prometo.

Jason esperó que fuera una promesa que pudiera cumplir, así como los votos matrimoniales. Él se había comprometido a hacerla feliz, a quererla, a construir una vida juntos, pero solo con pensar en otra ya los estaba rompiendo. Se sintió más vil y miserable que nunca. Johana era una mujer extraordinaria y no se merecía eso. Él era todo un caballero. Su padre fue un hombre intachable y su hermano también. Eran hombres de bien que siempre hacían lo correcto; y lo correcto era desterrar a Ayleen de sus pensamientos. Para siempre.

Juró por su honor que pensaba cumplirlo.

Ashton se sirvió una copa de licor y se pasó la mano por el cabello en un gesto indicativo de cansancio. Como siempre a esas horas, la biblioteca le parecía enorme y solitaria. Era un sentimiento que lo asaltaba con frecuencia y para el que no tenía explicación. El fuego ardía en la chimenea y el silencio inundaba cada rincón de la enorme estancia. El exterior, repleto de sirvientes que pululaban por los pasillos, parecía ajeno a él. Tenía un gran poder de abstracción.

Sentía como si le faltara algo, una culminación que nunca llegaba. Y eso que tenía mucho en la vida. Cualquiera vendería su alma para estar en su misma posición: contaba con uno de los títulos más antiguos y respetados del reino, tenía en sus manos un legado que ascendía a miles de libras, una familia a la que amaba y que le correspondía, una reputación intachable... Entonces, ¿por qué en el fondo de su ser notaba un gran vacío? Ciertos amigos, al igual que su hermano, habían insinuado que era hora de buscar esposa y, aunque no creía necesitarla, se preguntó, no por primera vez, si no sería el momento, la solución.

Dejó de prestar atención a sus cavilaciones ante el repentino golpe en la puerta.

—Adelante.

Su cuñada, tan perfecta como siempre, hizo acto de presencia. Era la combinación perfecta entre belleza, buen gusto y saber hacer.

—¿Molesto?

—En absoluto.

A esas horas de la tarde se la veía fresca y serena. Incluso con todo el trabajo, la sonrisa no se borraba del rostro. Siempre tenía una palabra amable o un gesto de aliento para todos.

La preparación de la fiesta de primavera, un acontecimiento que se celebraba cada año desde que su padre adquirió el título, y al que asistía gente prominente de todo el condado, no

había menguado un ápice su hermosura. A esas alturas del día ya debería presentar un aspecto cansado, pero parecía que nada podía con ella. Ashton debería sentir vergüenza por cargarla con la preparación de la celebración, sobre todo porque cada una de las personas que sabían de la existencia de dicha fiesta mataría por recibir una invitación. No obstante, reconocía carecer de las ganas y el entusiasmo necesario para llevar a buen puerto un evento así. Además, nadie manejaba con más soltura a los sirvientes que Johana. Aceptaba el exceso de trabajo sin pestañear y manejaba las crisis con aplomo y entereza. Era toda una dama.

Se acercó para plantarle un beso fraternal en la mejilla.

—Permite que me sienta, estoy agotada. —Buscó la confortable suavidad de una butaca tapizada en tonos rojizos.

—Pues lo disimulas muy bien; pareces la vitalidad personificada. —Ella esbozó algo semejante a una sonrisa y no contestó—. Ya sabes que si necesitas más ayuda solo tienes que pedirla.

—Lo sé. A veces parece que quiero complicarme la vida. No sé qué deseo demostrar.

Ashton se sorprendió al saber que pensaba así. ¿Acaso no era consciente de lo bien que lo hacía todo? Nadie le reprocharía nada. Johana era una mujer admirable en todos los sentidos. Si su opinión valía para algo afirmaría sin pestañear que ella era la clase de mujer por la que un hombre desafiaría al mundo; justo la clase que él elegiría para compartir su vida: hermosa, contenida, afable, consciente de su papel en esta vida, respetuosa y fiel. Cualquier otro tipo de mujer ocasionaba demasiados quebraderos de cabeza a un hombre. Se preguntaba si habría alguna parecida a ella en el mercado matrimonial.

—Eres demasiado dura contigo misma —replicó—. No te exijas tanto. Te recuerdo el rotundo éxito del año pasado.

—Por eso mismo es por lo que me preocupo. —Arrugó el entrecejo, lo cual la hizo más adorable—. Las expectativas van a estar más elevadas. Es todo un reto intentar superar semejante éxito.

—¿Expectativas? —bufó con algo parecido al desprecio—. Si te limitaras a poner una mesa con chucherías, unas cuantas sillas en el jardín y todo amenizado con un poco de música, el efecto sería el mismo.

Johana lo miró incrédula. Su cuñado parecía creerlo en serio.

—No te das cuenta de que alguno de los pares más ilustres del reino...

—Yo —matizó—, soy el par más ilustre. —La pomposidad de tal afirmación quedaba atenuada por la ausencia total de soberbia—. Soy duque y amigo personal de nuestra soberana. No importa si no sale perfecto, la gente seguirá queriendo asistir.

—No quisiera decepcionaros. —Se refería a los miembros de la familia Morton.

—Nunca lo harías —le apretó la mano en señal de respeto—, así que no quiero que te aflijas más por este asunto. Achacaré esta absurda conversación a los naturales nervios —pero como no estaba exento de sabiduría intentó tranquilizarla—. No obstante, me han informado que en las caballerizas está todo controlado. El material que necesitabas para la decoración del salón de baile también ha llegado hace poco más de una hora y todos están listos para recibir tus órdenes.

—Es un alivio. —Sus ojos parecieron brillar de alegría—. Por suerte, en la cocina todo va como la seda. Solo falta que antes de caer la noche lleguen las verduras. —Suspiró con placer—. Adoro a la señora Potts. Lleva la cocina con mano de hierro, pero sus ideas y su arte son maravillosos.

—Creía que tú confeccionaste el menú que me enseñaste.

—Por supuesto que no. —Se rio de lo absurda que resultaba la idea—. Tu cocinera tiene un concepto de la cocina revolucionario. El año pasado, siendo reciente su nombramiento, me dio unas ideas de lo más originales y deliciosas, por lo que este año he acudido directamente a ella. —Volvió a reír—. Para mi sorpresa, ya tenía el menú confeccionado; solo hemos tenido que dar unos pocos retoques. Me he pasado hace unas horas por ahí y puedo asegurarte que es una maestra del control y que mañana todos nos lameremos los dedos.

—¡Espero que no! —exclamó con horror. Solo de imaginar a los comensales haciendo un gesto tan vulgar le entraban escalofríos—. No obstante, confío en tu buen juicio.

—Me alegro de escucharte decir eso, ya que así aprovecharé para comentarte cierto pequeño detalle.

En otra mujer hubiera sospechado de inmediato. Había aprendido que cuando una mujer mencionaba pequeños detalles, no lo eran en absoluto. Por suerte, Johana no era como todas las otras.

—Adelante.

—Dado la posibilidad nada remota de que llueva ese día, me he permitido abrir el salón dorado. —No dijo nada más y esperó la reacción de Ashton.

—Pero si es enorme —objetó—. Solo sería necesario si... —Se detuvo, comprendiendo. Al parecer, Johana tal vez era más parecida al resto del género femenino de lo que él creía—. Por curiosidad, ¿cuántos invitados han confirmado su asistencia?

—Quinientos setenta y cinco —reveló con una lentitud deliberada para que su cuñado tuviera tiempo de digerir la información.

—¿Pero qué has hecho, mujer? —La miró con incredulidad—. Es el doble del año pasado.

Carmine's Place constaba de tres grandes salones en la parte posterior de la casa. Cada uno de ellos tenía diferentes dimensiones para acoplarse al evento más idóneo. Con ese elevado número de personas paseando por la mansión era de máxima prioridad tener los tres habilitados. Entendía lo de la lluvia como una excusa. No le extrañaba que se sintiera frenética.

—No tanto, pero casi —replicó ella sin alterarse un ápice—. No obstante, era imprescindible aumentar el número. No te imaginas cuánta gente no fue invitada el año pasado y las habladurías que provocaron.

—No tienen otra cosa que hacer. —No soportaba los chismorreos—. Además, te he dicho que no me importa.

—Pero a mí sí —le interrumpió con dulzura—. Como anfitriona detesto estar en boca de todos excepto que el motivo sea para alabar mi esfuerzo.

Ashton estuvo a un tris de decirle que era imposible tener contentos a todos. Entendía el peso que llevaba en los hombros. En otras circunstancias sería un trabajo que recaería en su esposa, pero como la cuñada generosa que era conseguía que su nombre resonara con mayor orgullo del que ya tenía. Por lo tanto, si tenerla contenta suponía tener que invitar a tantísima gente, eso haría. El afecto que sentía por Johana no era solo por ser la esposa de su hermano, sino por ella misma. Era trabajo de Jason hacer todo lo demás.

—Bien, dado que me has informado en el último minuto me es imposible impedir la avalancha que prevés. Espero que se ajuste a las expectativas que tienes —se levantó y ella le imitó—. Ya sabes que si necesitas cualquier cosa solo tienes que pedírmelo.

Era una despedida y Johana lo entendió como tal. Aceptó el beso en el dorso de la mano y lo dejó solo, una vez más.

Mientras Glinnis, su doncella personal, daba los últimos retoques al peinado, Johana sentía que los nervios la abandonaban.

Cuando se casó con Jason pensó que tantos años en escuelas de señoritas no iban a servir para nada. Había sido educada para ejercer de digna esposa, madre ejemplar y perfecta anfitriona, pero como segundo hijo, Jason no tenía la obligación de celebrar fiestas ni hacerla destacar en la buena sociedad. Aunque lo había asumido, para ella fue una bendición que su cuñado no estuviese casado y necesitase de sus muchos talentos. Le gustaba que todo quedara perfecto; no por los halagos, sino por ella misma. Se exigía mucho, más que a los demás, pero los resultados eran buenos.

En cierta forma, su cuñado y ella se parecían bastante. Ashton era mucho más distante, prácticamente inalcanzable para la mayoría de los mortales, pero sus caracteres se acoplaban con naturalidad. En alguna ocasión se había planteado qué hubiera ocurrido si hubiera sido el primogénito el que pidiera su mano. Reconocía que físicamente harían una estupenda pareja y que, con toda probabilidad, nunca se pelearían o alzarían la voz. Cada uno sabía el papel que representaba en su matrimonio y en la sociedad inglesa al tiempo que gozarían de una enorme popularidad sin pretenderlo. Tendrían un matrimonio cordial, amable y tolerante, mientras que sus hijos serían un modelo de decoro. No obstante, no se amarían. Sabía que Ashton la quería a su manera. Ella le correspondía en su afecto, pero no iba más allá de una bonita relación entre cuñados. Para ella, el único hombre en su corazón era Jason. Era quien solía hacerla reír y lograba que no se tomara la vida tan en serio.

—Ya está, lady Johana.

La doncella cerró un pasador azul con brillantes.

—Gracias, Glinnis.

Se tocó un rizo que caía al descuido. Justo en ese instante, la puerta que comunicaba las dos habitaciones se abrió para dar paso a su esposo.

La doncella desapareció en silencio.

Esa noche estaban en Carmine's Place. Por razones de comodidad habían decidido pasar la noche en la casa grande, así Johana podía controlarlo todo hasta el último minuto y, una vez finalizada la fiesta, solo habría que subir las escaleras.

—Buenas noches, querida. —Jason se acercó y la besó en la frente—. Como siempre, estás preciosa.

El vestido, confeccionado con brocado de oro y volantes en la falda, hacía destacar su palidez natural y le daba un aspecto majestuoso, a la vez que encantador.

—Tú también lo estás —concedió admirativa.

—¿Precioso? —Alzó las cejas con fingida ofensa.

—No, tonto. Ya sabes a qué me refiero. —Le devolvió el beso en la mejilla con un suave contacto—. ¿Estás listo? —Su esposo asintió y le ofreció el brazo—. Hacemos una bonita pareja —repuso Johana cogiéndose a él con la mano derecha mientras que con la izquierda apartaba el mechón de pelo rebelde que le caía por la frente.

—Por supuesto —estuvo conforme—. El dorado de tu vestido realza el negro de mi traje.

—O la tuya hace resaltar el mío —contraatacó esta con picardía.

—Lo dejaremos en empate.

Bajaron las escaleras charlando con animación. En el rellano del vestíbulo, Ashton ya les estaba esperando. Se le veía relajado y en absoluto preocupado por la cantidad de gente que

estaba por llegar. Johana sabía que se trataba de solo una apariencia, ya que los bailes eran lo que este denominada «un mal necesario». En este tipo de acontecimientos, Ashton tenía que poner en práctica todas sus habilidades para evitar a las madres casamenteras, las posibles disputas habituales entre invitados y los escándalos. Sabía que agradecía su presencia y ayuda, puesto que Jason no servía debido a su talante sincero. No es que su cuñado Ashton y ella no lo fueran, pero en el mundillo de la aristocracia y las relaciones sociales se requería cierto grado de fingimiento que, en su esposo, brillaba por su ausencia.

Esa noche, los hermanos Morton habían decidido vestir de negro. Sus trajes eran muy parecidos en estilo, pues los vestía el mismo sastre. Las pequeñas diferencias estribaban en el nudo del lazo y en el color de los chalecos. No obstante, el efecto que producía Jason no era el mismo que el que lograba su hermano. Johana amaba a su marido y lo consideraba apuesto, pero era indiscutible que el duque de Redwolf tenía una apostura mucho más espectacular. El primogénito era un poco más alto y poseía una espalda más ancha. Su pelo dorado conseguía fascinar a cualquier mujer, ya fuera joven o entrada en años. Los ojos verde claros, no obstante, eran idénticos a los que veía cada día al levantarse. Era pues, un aspecto característico en esa familia y todos los miembros los poseían. Su posado serio y adusto también ayudaba a darle ese aire regio e intimidante que lo hacía parecer inalcanzable y misterioso; una cualidad que las mujeres adoraban.

No pudo evitar sonreír al pensar en la cantidad de ellas que estaban por acudir. Algunas, las más osadas, revolotearían a su alrededor con la esperanza de conseguir que él les dirigiera la palabra; otras agitarían sus pestañas y abanicos para tratar de conseguir un baile. Solo las más tímidas se limitarían a adorarlo desde lejos y en silencio; eso si las madres metomentodo no las arrastraban y humillaban para presentarlas.

Johana sentía curiosidad por saber qué clase de mujer conseguiría atraparlo. Sin duda, una con suficiente determinación e intuición para saber atisbar al hombre oculto tras la multitud de títulos y responsabilidades.

—No puedo evitar sospechar de la sonrisa de tu mujer —comentó Ashton a Jason—. Parece ser poseedora de un secreto interesante y divertido, pero dudo que nos lo explique.

—No te agobies, hermano —repuso jovial—, a veces es mejor mantenerse al margen de tales pensamientos. Si los hombres supiéramos la mitad de ellos huiríamos en dirección opuesta.

—En ese caso, no lo haré. —Entonces besó su mano enguantada—. Perfecta, como siempre —dijo, antes de desviar la vista hacia la puerta principal—. Creo que ya oigo las ruedas de un carruaje, así que más vale que vayamos a dar la bienvenida a los invitados, no sea que demos una mala impresión.

Johana miró de reojo a su marido y correspondió a la sonrisa que este esbozaba; se colocó en posición y aguardó junto a ellos la entrada de los invitados.

La fiesta era multitudinaria. Ayleen nunca había visto un baile con tanta aglomeración de personas. No es que hubiera estado en muchos. A decir verdad, en ninguno. Lo máximo que había presenciado eran las *soirées* a las que asistían sus padres —y valga decir que desde lejos—, y alguna fiesta campestre. Pero esto... era impresionante.

Tres salas enormes que comunicaban entre sí repletas de gente de distinta procedencia que comía, bailaba y charlaba. Las tres estaban decoradas con un gusto exquisito. Había flores de toda clase repartidas en lugares estratégicos y las cortinas tenían tonos color verde, rojo y amarillo, tan característicos de la primavera. El salón del medio había sido destinado como el de baile, donde un cuarteto enlazaba una pieza tras otra. Al fondo se encontraba la más pequeña y era en donde se habían destinado las mesas tipo buffet repletas de comida variada y bebida para los sedientos. En la que estaba ella se concentraba un gran número de invitados que se saludaban o se limitaban a chismorrear en voz baja sobre los que estaban a su alrededor.

Se abanicó en busca de un poco de aire, pues no estaba acostumbrada a tales multitudes. No era culpa de nadie, pues todas las puertas que daban a los jardines permanecían abiertas y con los cortinajes suaves y ondulantes moviéndose al compás del aire fresco que traspasaba por ellos. A su parecer eso no era suficiente, pero no podía hacer nada por evitarlo. Miró de nuevo al techo para admirar los frescos que representaban, con mucho acierto, las cuatro estaciones. Si no se lo hubiera hecho notar una dama cuyo nombre ya no recordaba, tal vez lo habría pasado por alto. En realidad, todo el recinto era muy hermoso, elegante y sobrio. Carmine's Place daba la sensación de lujo y riqueza sin llegar a resultar ostentoso. Le resultaba difícil creer que estaba allí. Aun en ese momento recordaba lo sorprendida que se había quedado al recibir la invitación. Más tarde, la misma Henrietta le explicó lo especial de esa fiesta en concreto, ya que reunía a lo más granado de la alta sociedad junto a la pequeña burguesía que carecía de título.

—Pero yo no pertenezco ni a lo uno ni lo otro —adujo.

—Quizás no, pero te codeas con la cuñada del Duque. Es un honor que muchas matarían por poseer.

Así que allí estaba, vestida con un elegante y discreto traje de noche en color marfil con un escote bajo al que no estaba acostumbrada y puntillas de encaje que había mandado hacer a la modista de Henrietta. El satén de la falda era fresco y liviano, al igual que las zapatillas de baile, un lujo que nunca se había permitido porque no lo habría podido aprovechar.

—¡Oh, oh! —canturreó Henrietta a su lado—. Mire quién está ahí.

Esa noche había acudido con los Haggens cuando, en una muestra de generosidad, se habían ofrecido a acompañarla en su carruaje. En esos momentos permanecían en una esquina del salón mientras charlaban con un matrimonio, amigos de la pareja. Cuando miró en la dirección que le indicaba divisó al señor Been. Lucía muy elegante con su traje satinado, pero Ayleen dudaba que eso le ayudara a parecer agradable. No quería pensar mal de él, pero con su última visita tuvo más que suficiente.

—¿Con quién habla? —El interés que sentía por ello era mínimo, pero se creía en la obligación de preguntar.

—¡Ah! —sonrió—. ¿Celosa?

Ayleen sintió que se ponía blanca como el papel debido al horror. En absoluto quería dar semejante impresión.

—Querida —el juez salió en su defensa—, estás deduciendo demasiado por una simple pregunta y estás poniendo a la señorita Blake en un aprieto.

—¡Bah! —desechó el comentario de su marido con un gesto de la mano—. Seguro que Ayleen no se ha sentido mortificada. Además, ya imagino que no le interesa. —Con ese comentario demostró ser más perceptiva de lo que imaginaba—. No obstante, tenerlo en cuenta supondría dejar de pensar en el dinero.

Ayleen no lo creía así. Era cierto que tal vez gozara de una estabilidad económica muy por encima de la que tenía ahora, pero estaba segura de que ese hombre se pasaría hablando del dinero que ganaba y del que le debían a cada oportunidad que se le presentara. De todas

formas, se alegraba de que estuviera charlando con otra mujer. No quería tener que aguantarlo. Aun así, la fortuna no estaba de su parte. El comodoro Clarewood apareció de la nada con la solemne intención de asegurarse un baile con ella. A regañadientes apuntó su nombre en el carnet de baile que creía permanecería vacío. Al poco apareció la madre de este y Ayleen se alegró de verla recuperada.

Una a una, las damas del té fueron añadiéndose al pequeño grupo. El Comodoro no vio nada de malo es desplegar sus encantos delante de ese público, pero lo que más la mortificaba era que centraba todas sus atenciones en ella, como si las demás no existieran. Era un completo y absoluto maleducado. Cuando creía que la situación no podía empeorar, Henrietta se encargó de desilusionarla.

—Lord Jason Morton y lady Johana se dirigen hacia aquí.

El corazón le dio un pequeño brinco sin que pudiera evitarlo. Lo había saludado en la entrada en el momento de llegar, cuando hacía casi un mes que no le había visto. Ayleen se sintió orgullosa de parecer serena e indiferente cuando, durante ese tiempo, sus pensamientos habían ido hacia él demasiado a menudo. Estaba mal, lo sabía, pero apenas podía controlarlo. Recordaba cómo había hecho hincapié en que este olvidara lo que había sucedido entre ellos, pero Ayleen se había visto incapaz de seguir su propio consejo. La escena del primer beso se sucedía en el momento más inoportuno y sin motivo alguno. Seguir contando con la compañía de Johana no ayudaba. Ella era un constante recordatorio de su paso en falso pero, lejos de hacer que su convicción de olvidarle fuera más fuerte, aumentaba un molesto anhelo que no se atrevía a clasificar por temor a ver en él algo de lo que tuviera que avergonzarse más todavía.

Cuando llegaron a su lado se mostró más fría de lo habitual para evitar evidenciar lo nerviosa que se sentía. Podía admitir que verlos de nuevo como pareja no le era indiferente, pero se negaba a analizar ese malestar. Ambos parecían contentos y relajados. Además, se notaba que Johana disfrutaba de ser la anfitriona.

Cuando sintió la penetrante mirada de él apartó la vista temerosa de lo que pudiera leer en sus ojos y se apresuró a hablar.

—La fiesta es preciosa, la felicito.

—Gracias. —Johana pareció satisfecha por el cumplido—. Espero que cada uno de ustedes —miró a todos los presentes— disfruten del entretenimiento que les hemos preparado.

—Lo cierto, querida —intervino la señora Haggens— es que tiene una habilidad especial para organizar este tipo de eventos. Todo lo que toca se convierte en un éxito rotundo.

Todos sonrieron ante su vehemencia en el mismo instante en que el señor Been hizo su aparición.

Ayleen suspiró con desasosiego y pensó que esa noche no tendría suerte. Y tuvo razón al pensarlo, ya que este se apresuró a pedirle un baile. No le gustó nada ser el segundo en hacerlo y no tuvo reparos ni vergüenza en manifestarlo. Mientras estaba apuntando su nombre en el carnet de baile sentía las mejillas coloradas. No estaba acostumbrada a ser el centro de atención y maldijo, no por primera vez, la repentina fijación por ella que se había apoderado de esos hombres.

Poco después, ambos caballeros se enzarzaron en una estúpida discusión sobre qué bailes eran más elegantes, por lo que Ayleen no pudo evitar sentir vergüenza ajena. La señora Clarewood se alejó y las jóvenes Smith se apresuraron a lanzarse a la pista de baile mientras su madre las vigilaba con atención. Por su parte, Lady Strimble no dejaba de farfullar en voz no muy baja acerca de la estupidez masculina y el juez Haggens miraba con anhelo mal disimulado la habitación más alejada en donde se jugaban algunas partidas de naipes.

Jason no había abierto la boca más que para intercambiar saludos, pero consideraba bochornosa la actitud de esos dos bufones, que parecían competir por las atenciones de

Ayleen, dejando tristemente olvidada a la señorita Juliet Been. Haciendo honor a su promesa había ignorado a Ayleen con toda deliberación tratando de no ponerla en un apuro. Había puesto también todo su empeño en olvidarla. En esa ocasión ella se había limitado a ignorarle y, aunque ya sabía que podía pasar, le dolía. No tendría por qué, pero era así y punto. Muy a su pesar, no la había borrado de su mente. Tampoco le gustaba pensar en los sentimientos que le provocaba saber que esos lechuguinos competían por las atenciones de Ayleen. Y no era tanto por quiénes eran. A esas alturas dudaba que le gustara cualquier hombre que se interesaba por ella. Era un pensamiento aterrador.

Para rizar el rizo, el señor Plumbert, acicalado y nervioso, se acercó.

—Buenas noches a todos.

Al menos tenía la decencia y la buena educación de saludar a los presentes y no fijarse solo en Ayleen.

Johana tomó la palabra.

—Me alegra verlo, señor Plumbert.

Este hizo una torpe reverencia cuando no hacía ninguna falta.

—He-he venido a pedirle... un baile... a la señorita Blake.

—Pues tendrá que esperar —respondió el Comodoro altivo—. He reservado el primero.

Parecía como si el pobre no hubiera pensado en esa posibilidad y se azoró.

—No obstante —Henrietta lo salvó de un momento incómodo que el pobre hombre no sabía cómo arreglar—, la señorita Blake aceptará con gusto la invitación y le reservará el... —pensó— tercero. ¿No es así, querida? —se dirigió a ella.

—Por supuesto.

Jason, incapaz de aguantar un minuto más, consciente de que Johana abandonaría el grupo en breve y que pedirle un baile a Ayleen por iniciativa propia quedaba descartado, hizo lo único que se le ocurrió.

—Mientras espera su turno, la señorita Been estaría encantada de bailar. —Esperaba que entendiera la indirecta.

Por supuesto que la entendió, ya que enrojeció al instante y se ofreció como pareja.

El comodoro Clarewood reclamó su tan deseado baile y el señor Been se alejó refunfuñando.

—Juro que no entiendo a qué vienen tales aspavientos por conseguir atraer la atención de esa joven. —Lady Strimble hizo un mohín desagradable con su boca de piñón—. No es nada del otro mundo.

«Usted tampoco lo era y consiguió engatusar a un vizconde».

Jason tuvo que poner todo su empeño en no replicarle eso mismo, tal y como se merecía. A veces no sabía cómo Johana podía considerar a esa mujer su amiga. Él se limitaría a saludarla con sequedad y a olvidar que había coincidido con ella. Esa era una de las grandes diferencias entre él y su esposa.

Como sabía que defender a Ayleen no era lo más indicado esperó que alguien pusiera en su sitio a esa mujer.

—Por suerte para ella, Augusta —Henrietta, bendita fuera su noble alma, salió en su auxilio—, hay hombres que saben apreciar a una joya en cuanto la tienen delante.

Que la tratara por su nombre de pila en público, lejos de enfatizar su relación, pretendía ofenderla. Henrietta no se achicaba ante nadie.

La vizcondesa arrugó la frente, ya de por sí llena de surcos, y se marchó alegando haber visto a una conocida.

Johana hizo lo propio. Como anfitriona no podía mostrar preferencias por un grupo determinado. Sería visto como una ofensa.

Jason la vio alejarse con una sensación de malhumor. No ayudó el suspiro con tintes románticos que lanzó la señora Haggens.

—Hacen tan bonita pareja...

—¿Quién? —Por un momento se había desorientado.

—La señorita Blake y el comodoro Clarewood, por supuesto.

—No sé si estoy de acuerdo. —Se atrevió a decir la señora Smith, que no soportaba que otras mujeres eclipsaran a sus hijas, aunque fuera de forma involuntaria.

—Es un hombre muy apuesto —replicó la señora Haggens como si este hecho fuera condición obligatoria—. Además, es un buen hombre y adora a su madre.

—No soy el más indicado para opinar sobre su aspecto —aunque en su fuero interno pensaba que era demasiado atractivo para su propio bien—, pero tal vez la señorita Blake considere estas opciones demasiado endebles para ser un candidato idóneo. No olvidemos que es pretencioso y con una imaginación febril.

—¿Lo dice por su tendencia a exagerar? —preguntó el juez.

—Por eso y tantas otras cosas. —No quería decir nada más. Quizás se había excedido en sus críticas y solo él sabía el motivo oculto.

—Bueno —Rose Smith intervino—, no es perfecto, pero ¿quién lo es?

—Tiene razón, señora Smith —acordó Henrietta; luego se dirigió a él—. Está siendo demasiado duro —le reprochó esta con algo de aspereza.

—Quizás —concedió de cara a la galería. En su fuero interno no creía ir tan desencaminado—. Solo quería dejar claro que el hombre también tiene defectos. No es tan perfecto como lo quieren pintar.

—Todos somos conscientes de ello —convino la señora Haggens—. La verdadera cuestión es si la señorita Blake podrá soportarlos. Bueno, a él y a los otros dos. —Sonrió con algo parecido a la picardía—. ¿No les parece divertido que los tres caballeros que invité a mi fiesta como posibles candidatos se hayan enamorado de ella?

—No creo que haya pasado eso —replicó indignada Rose Smith—. Solo se trata del interés fugaz que da la aparición de un rostro nuevo mientras tratan de ver qué puede dar de sí.

Jason la aplaudió mentalmente. Por fin alguien con un poco de sentido común; aunque viniera de la mano de esa mujer en concreto.

—Qué más da el motivo que les impulsa. Lo importante es que esos tres se disputan sus atenciones. —Bajó la voz en señal de conspiración—. Y les aseguro que no se detendrán ante nada.

Jason se sentía molesto por el cariz de la conversación. Parecía más un juego en el que solo el mejor, más listo y rápido, se llevaría el premio a casa.

—A mi parecer —el juez se aclaró la garganta—, como esto tiene tintes de competición, los candidatos al afecto de la señorita Blake podrían mejorar. Y ahora, si me disculpan —parecía haberlo dicho todo ya—, tengo que atender unos asuntos —dio un beso al dorso de la mano de su esposa, inclinó a la cabeza y desapareció entre la multitud.

—Un hombre de pocas palabras —musitó su esposa—, aunque yo no estoy del todo de acuerdo. Son caballeros muy válidos. —Hizo una minúscula pausa—. ¿No creen?

Los tres que quedaban pudieron ver la finalización de la pieza que había estado sonando y cómo el señor Been ni siquiera esperó a que el Comodoro sacara a su pareja de la pista de baile antes de reclamar su turno. Era evidente el antagonismo que se había creado entre esos dos hombres, pero sus enfrentamientos, disimulados o no, afectaban a Ayleen.

—Es bochornoso verlos actuar como críos —declaró con aspereza la señora Smith.

—Yo, en cambio, creo que son de lo más divertido que ha pasado en mucho tiempo por Greenville y sus alrededores. Esos tres van a darnos entretenimiento para rato, aunque me temo que va a ser a costa de la tranquilidad mental de esa joven.

Jason echó de nuevo una ojeada hacia la pista mientras pensaba en las palabras que acababa de pronunciar Henrietta. Era indiscutible que esos tres se disputaban las atenciones de Ayleen. Ese hecho, sumado a lo que sentía él mismo y los locos impulsos que se veía en la obligación de refrenar, le hacían pensar que Ayleen se había metido de lleno en la boca del lobo.

Ayleen notó unos molestos pinchazos en los pies y un ligero mareo debido al interés asfixiante que le dispensaban esos tres caballeros y a sus continuas peticiones para bailar. Exceptuando al señor Plumbert, el Comodoro y el señor Been parecían competir, de una forma poco decorosa, por lograr su total y absoluta atención. Había dejado de disfrutar y no podía evitar deprimirse al pensarlo. En algún momento, durante el transcurso de la noche, había oído comentarios maliciosos respecto al acoso al que estaba siendo sometida y se había ido alterando por momentos. Solo había estado a punto de perder la compostura cuando no pudo evitar escuchar el mote con el que esos tres pesados habían sido bautizados.

«Las tres joyas de la corona».

Se sulfuraba solo de pensarlo. No era por ellos. Su reputación y las burlas dirigidas a esos mequetrefes le traían sin cuidado, pero todo lo que hacían repercutía en ella y no quería que su nombre fuera sinónimo de mofa. En otras circunstancias y si la perjudicada no fuera la propia Ayleen, encontraría toda la situación entretenida cuanto menos. Y el apodo estaba incluso bien ideado. Sospechaba que la autora de ello sería la señora Haggens, así que resolvió preguntárselo en cuanto tuviera oportunidad; más que nada para no alentar la invención de más motes.

Poco después tuvo la oportunidad de hacerlo cuando la mujer se acercó para regañarlos. Según ella estaban dando de qué hablar y su comportamiento infantil se estaba volviendo intolerable. Solo el señor Plumbert se mostró avergonzado y desapareció entre la multitud. Ayleen no lo echó de menos. De hecho, deseaba que los otros dos hubieran mostrado el mismo sentido común.

—¿Le traigo otro platito con deliciosos bocados?

En esos momentos, su única compañía era el señor Been, que se empeñaba en querer ponerle comida en el estómago a todas horas. Con eso de que se conseguía antes el corazón de una dama con el estómago lleno... Además, en el transcurso de los últimos quince minutos le había explicado cómo había convertido una vieja y abandonada fábrica del norte en un próspero y lucrativo negocio. Su cháchara constante la estaba desquiciando, al igual que harta estaba de pasear por el perímetro del salón del brazo del Comodoro mientras tenía la imperante sensación de estar siendo exhibida en una subasta.

Le hubiera gustado no estar sometida a la presión que requería caer bien a esas personas; a la vez que no tuviese que medir cada una de sus palabras para evitar desairar a esos hombres tan molestos. No obstante, como miembros prominentes de esa comunidad tenía que tolerarlos y conseguir no ofenderlos. Hubiera sido bonito poder comportarse como una joven atolondrada cualquiera, tal y como hacía las hermanas Smith. En lugar de eso se veía acosada, consiguiendo que las únicas posibilidades de bailar fueran con ellos o con el anfitrión.

En cuanto a eso, se había quedado de una pieza cuando el mismísimo duque de Redwolf se había acercado para preguntarle si tenía la amabilidad de concederle un baile. Pese a las palabras educadas que pronunció, el tono que confirió a su pregunta había sido clara: una orden en toda regla. Nadie se atrevería a negar al anfitrión un baile, y menos a un hombre como aquel.

No le había gustado la experiencia. Ashton Morton se había mostrado inquisitivo en sus preguntas, a veces condescendiente y no había sonreído ni una sola vez. Se había sentido observada, analizada y, por alguna razón, se sabía sentenciada; y no de forma positiva. Quizás era un tanto exagerada en sus conclusiones y veía en un baile más de lo que había, pero un sexto sentido la advertía de los hombres como él: aquellos que se formaban su propia opinión

sin que les importase estar o no equivocados y que juzgaban a los demás por la primera impresión.

Incluso ahora no podía evitar compararlo con su hermano menor a pesar de saber que no debería hacerlo por varias razones. Ella tampoco tendría que dejarse llevar por la primera impresión ni estar pensando en Jason Morton, pero justo como si acabara de conjurarlo, él y su esposa, junto con un hombre que le era desconocido, se dirigieron hacia ella.

El señor Been, al divisarlos, puso mala cara y se acercó más a ella, como si quisiera protegerla. Tuvo que hacer un esfuerzo por aparentar indiferencia y aquietar los latidos del corazón. Era una absurdidad pensar que podían oírlos.

—Señorita Blake. —Johana tomó la palabra mientras su esposo, fiel a su palabra, no abrió la boca. ¿Por qué le molestaba eso si era justo lo que le había pedido?—. Permítame presentarle al vizconde Strimble.

Por fin lo conocía y se quedó impresionada por la afabilidad que ese hombre transmitía. Sus ojos eran tranquilos y su media sonrisa un pozo de calma. En su rostro ajado no había una pizca de belleza, pero la serenidad que desprendía el vizconde la maravilló. ¿Cómo podía ese hombre haber escogido a la agria de Augusta como esposa? Eran tan distintos como la noche y el día.

—Encantado de conocerla. —Sus palabras parecían recitadas y su voz tenía un timbre musical—. No acostumbro a frecuentar estos eventos, pero he hecho acto de presencia y ya me voy. He oído hablar tanto de usted que me apetecía conocerla.

Ayleen enrojeció a causa de la vergüenza. Ya se imaginaba el motivo por el que hubiera oído hablar de ella.

—Espero que no se sienta defraudado, milord —se atrevió a decir. No quería parecer más tonta de lo que ya era.

—En absoluto, joven —sonrió—. Es usted una alegría para mis ojos cansados.

Charlaron unos minutos más y por primera vez en mucho tiempo le apenó tener tan poco tiempo para conocer mejor al vizconde. Por su parte, el señor Been no se había apartado de su lado y aprovechó el momento exacto en que Robert Strimble se alejó para reclamar sus derechos antes de que lo hiciera algún otro.

—Es nuestra oportunidad para pasear —anunció bien alto para que tanto Johana como Jason lo entendieran.

La mortificación hizo su aparición de nuevo aun habiendo estado presente durante todo el baile. Sin embargo, justo en ese instante revelador en que se disponía a intervenir —pudiendo provocar un escándalo aún mayor—, visualizó una fugaz mirada entre el matrimonio. Cuando este asintió y abrió la boca, ya sabía lo que se disponía a decir.

—Creo que me corresponde esta pieza. —Los ojos intensos de Jason la turbaron y temió echarse a temblar de la emoción.

Sin esperar su respuesta ofreció el brazo mientras el señor Been se disponía a protestar. El veloz y satisfactorio apoyo de Johana, que se llevó al furibundo pretendiente en un aparte, la obligó a aceptar.

Ninguno de los dos pronunció palabra mientras tomaban posiciones. Cada uno intentaba no manifestar el sentimiento anhelante que lo invadía al tiempo que trataba de ver en el otro un signo de la misma emoción. Aunque ambos sabían que estaba mal tener una percepción tan aguda de su pareja de baile, era imposible no notar el roce del guante en la chaqueta, el frufú de la falda rozando el pantalón o la tenue pero significativa presión del inevitable contacto.

Nadie se percató, salvo ellos, del inequívoco peso que tenían sus miradas. Más que un choque, un intercambio entre la inocencia del castaño y el desafío del verde. Ni una sola de las personas allí congregadas vio la tensión en los brazos masculinos cuando la agitada palma se

posó en la doblez del codo, ni el estremecimiento que ella sintió cuando la gran mano se posó en la suave curva de la espalda femenina, ni la tensión feroz que este sintió al poder tocarla. Solo él se fijó en la repentina dilatación de las pupilas, en la sutil obertura de los pálidos labios y en la trémula exhalación de un significativo suspiro. Ninguna otra mujer advirtió la férrea concentración, las mandíbulas apretadas o la avidez con que esos ojos registraban cada detalle del rostro femenino. El mundo los ignoraba y ellos olvidaron, con unos cuantos compases, que no se pertenecían, que no codiciaban la presencia del otro... Que no estaban solos. Lo que ellos representaban era mucho más que un baile, era un acercamiento.

Si alguien hubiera tenido una mínima idea de lo que sucedía hubiera puesto el grito en el cielo y se hubiera apresurado a separarlos. Para desgracia de muchos, nada de eso sucedió.

Ayleen trataba de entender qué le sucedía mientras la vorágine del momento amenazaba con engullirla.

Mientras tanto, Jason recordaba todos y cada uno de los miles de motivos que los separaban, a la vez que luchaba por no estrecharla entre sus brazos.

¿Podía ser el momento más perfecto? ¿Podían luchar contra ello?

—Ven conmigo. —Fueron las primeras palabras que Jason le dirigió en toda la noche, pero no por ello fueron menos contundentes.

Ayleen se sobresaltó y por poco perdió el paso. Gracias a la pericia de Jason, se salvaron de quedar en evidencia; al menos en lo que a bailar se refería.

—¿Perdón? —Pedía una explicación, tanto del inapropiado tuteo como por las implicaciones que sugería.

—El baile ha terminado —informó a modo de respuesta—. Caminemos.

Ayleen ni se había dado cuenta de ello. Además, estaba saturada de tanto paseo. Se reveló.

—No lo creo, lord Jason.

Hizo un intento por zafarse, pero él la sujetó con firmeza del codo y esbozó una falsa sonrisa para quien pudiera estar observándolos.

—Necesitamos aire fresco. —No era una sugerencia—. Es hora de hablar.

Ayleen se debatía en su fuero interno. No quería hablar. De repente notaba frío y un amenazador pánico como consecuencia de lo que había sentido cuando Jason la había tocado. No obstante, no era lo único por lo que debía preocuparse. A pesar de no ser experta en el complejo arte de interpretar las emociones humanas, Ayleen había sabido descifrar la agitación que dominaba a su compañero de baile. Ella no quería ser la causante de tal turbación y no quería estar ligada a él de ninguna forma expresa. Al menos, eso es lo que se repetía una y otra vez.

¿Por qué la vida le dificultaba cada paso que daba? Recordaba bien haber suplicado por ayuda para desembarazarse de sus tres pretendientes, pero en ese caso, lo prefería. Jason Morton era más peligroso que tres docenas de pelmazos juntos.

—Esto es de lo más indecoroso —farfulló cuando traspasaron las puertas abiertas y abandonaron la seguridad de la casa. Vio a varias parejas hacer lo mismo y se preguntó el motivo para tal salida pues, aunque primavera, la noche era tan fresca como un postre helado—. No podemos estar aquí solos —señaló de nuevo con la esperanza de que nadie reparara en ellos.

—Un minuto más —se limitó a contestar.

Ayleen, frustrada por la incapacidad de este para escucharla y presa de la desesperación, intentó clavar los pies en el suelo. Lo único que consiguió fue tropezar.

—Gritaré —alzó la voz. Eso lo hizo detenerse.

¿Había sido la amenaza o el tono?

—No es necesario.

Sus ojos la perforaban hasta el punto de erizarle el vello de los brazos. Podía engañarse pensando que era a causa del frío, pero ella sabía la verdadera razón.

Situados detrás de unos setos podía ver, gracias a la ausencia de nubes y a las enormes antorchas dispersadas por las proximidades, que discurría un camino que desaparecía detrás de los árboles. La casa se alejaba de su vista y Jason —ya era imposible pensar en él de otro modo—, tenía su mano cogida. No se lo hizo notar, pero jamás admitiría ante nadie el agradable y a la vez inquietante cosquilleo que sentía por ello a través de los guantes. Nunca nadie, a parte de sus padres, le había cogido la mano. Para ella, nada resultaba tan tierno y esclarecedor.

Torcieron a la derecha en dirección a una glorieta. Como Jason debía suponer, estaba vacía. Conforme se fueron alejando, la música y las voces se fueron atenuando hasta casi dejarlas en el olvido.

—Cuando era pequeño —relató este—, mis amigos intentaban vislumbrar las fiestas. Mi hermano y yo, en cambio, aprovechábamos las que se celebraban para corretear por los jardines y descubrir así a las parejas que se besaban a escondidas. Era de lejos mucho más emocionante —su mirada estaba perdida en el vacío, recordando—. Este era nuestro lugar favorito —señaló la pequeña glorieta, blanca y luminosa a la luz de la luna—. Todavía lo es —la miró y volvieron a sentir ese lazo invisible que los arrastraba—. En cada fiesta que se celebra no dejo de venir por aquí. —Ayleen no tenía por qué saber que había intentado arrastrar a Johana a ese mismo sitio en más ocasiones de las que podía recordar, pero ella se sentía muy a gusto en el confort y la calidez de la casa. En cuanto quedó claro que no le gustaba, dejó de invitarla.

—Es un bonito lugar —aseguró a su pesar—. Me gusta.

La sencillez de la afirmación caló hondo en Jason. Presentía en ella un alma afín, alguien con el que compartir, no solo gustos, sino también percepciones. No le era posible ser más preciso, pero toda ella era una luz que le atraía a pesar de que su intención fuera ir en dirección opuesta.

—Ayleen... —No sabía muy bien qué decirle y ella lo miraba con esos pequeños ojos almendrados que inflamaban su alma y aquietaban su espíritu—. No, esto es un error. —Se pasó la mano por la frente tratando de controlarse y sabiendo que eso no era posible. Solo se contendría si ella se echaba a correr.

—Es lo que yo decía. —Pero por dentro sentía que algo parecido a la decepción se instalaba en su corazón. Cuán necia podía llegar a ser.

Como las palabras le habían parecido tan inequívocas, tal vez fuera la inmovilidad contenida de su cuerpo lo que la alertó. Se sentía un cervatillo siendo cazado. Su mirada parecía advertirle que corriera; y una parte de ella quería hacerlo. En ese mismo momento.

No fue lo bastante rápida.

Jason tiró de ella y cogió su nuca para impedir que se marchara. Ya era demasiado tarde para lamentaciones. Su boca ávida se posó en la suya, abriendo, asaltando. Con brusquedad, la obligó a abrir los labios mientras su lengua impetuosa toqueteaba la suya. Botó de la sorpresa pero no se apartó.

Cerró los ojos y permitió el asalto mientras temblaba de expectación. Una parte de ella había deseado que eso sucediera de nuevo desde el principio. Con torpeza intentó imitarle y acogió el profundo gemido masculino con honda satisfacción. Con los sentidos inflamados posó sus tremulosas manos en el pecho de Jason y notó el calor que se filtraba a través del chaleco de seda. Jamás alcanzó a imaginar la profunda satisfacción que sintió al advertir el acelerado ritmo del corazón. De forma involuntaria se apretó más contra él y dejó de razonar. Se unieron bocas y labios ardientes en un vano intento de apresar la dulzura del otro.

En la relativa oscuridad de la glorieta eran dos figuras presas del primer y verdadero deseo. Suspirar, exhalar, besar, acariciar... Todo estaba permitido y nada más podía hacerse.

Solo cuando Ayleen sintió que la frustración se adueñaba de ella y que deseaba más intimidad, salió del dulce trance del deseo en el mismo instante en que la vergüenza y la humillación se apoderaron de ella. Fue tan fácil quedar libre que disparó un bofetón que resonó en mitad de la noche.

—¡Canalla! —gritó—. ¡Aprovechado! ¡Adúltero! —Su respiración agitada no lograba mitigar la dureza de las palabras que acababa de lanzar.

No obstante, ninguno de los dos hizo nada por ocultar la turbación mientras intentaban recomponer los jirones de su dignidad.

Ayleen lo había atacado verbalmente sin que él respondiera a ello. Más bien permanecía inmóvil, mirándola con fijeza hasta el punto de ponerla nerviosa, como si ella hubiera sido la instigadora y él una simple víctima. ¡Ella era la inocente!

—No voy a pedir perdón por esto. —Sus palabras, tan certeras como inadecuadas, estrecharon el nudo que la consumía—. Podría mentirme a mí mismo, incluso a usted, pero permítame concederle algo de inteligencia. Lo que hemos hecho es algo reprochable desde todos los puntos de vista —afirmó— y me merezco cada uno de los calificativos tan poco agradables que ha lanzado sobre mí.

—Así es —aseguró con voz trémula.

—Pero a pesar de todo —su voz había bajado unas octavas y parecía triste—, no podemos evitar que, cada vez que nos encontramos a solas, la magia se apodere de nosotros.

—¿La magia? ¡Pero si ha sido usted el que ha provocado esta situación! Recuerde que yo no quería venir. —Lágrimas de frustración inundaron sus ojos, pero Ayleen se negó a derramarlas. Él no merecía presenciar su debilidad—. Esto —les señaló a ambos— no debe volver a suceder.

Jason la miró y se sintió avergonzada. Se estaba comportando como una mezquina al culparle de todo. Ella no era tan inocente como para comprender qué podía suceder si volvían estar a solas. Por eso se había resistido, aunque no pensaba admitir en voz alta que el verdadero motivo era porque ya no confiaba en sí misma. ¿Qué tenía ese hombre que con su sola presencia conseguía que se olvidara de su dignidad? Como había admitido, no era tan apuesto como su hermano mayor, pero una mirada suya conseguía provocar cosquillas en su estómago y un aleteo indeseado en su corazón. Quizás, después de todo, él tuviera razón y lo que ocurría entre ellos era simple y pura magia.

—Si esa es su opinión deberé respetarla. —Parecía cansado, pero alisó la ropa y se recompuso el pelo, listo para marcharse. Dio dos pasos en dirección a la casa sin ni siquiera tocarla, pero justo en el último minuto se giró—. No obstante, es una ingenua si cree que esto desaparecerá así como así.

Cuando se atrevió a darse la vuelta, ya no estaba allí.

Sus últimas palabras resonaban en su cerebro. Había sonado casi como una maldición y, teniendo en cuenta lo que ella misma sentía, no podía estar más de acuerdo. Era hora de ser firme y dejar de actuar como una tonta. Las consecuencias que se derivarían de todo ello salpicarían a personas inocentes y Ayleen no quería ser la culpable de tanto pesar.

Jason Morton tenía que quedar desterrado de su mente desde ese mismo instante... y para siempre.

Con el corazón encogido por el deseo y la culpa, Jason entró de nuevo en el salón un poco desorientado. No quería hablar con nadie mientras ordenaba sus pensamientos. Encontrarse a Johana en estos momentos no era lo más conveniente; ni para ella, ni para él. No podía marcharse o le pedirían unas explicaciones que era incapaz de dar. Le atormentaba la sensación de haberse equivocado al besarla, pero no se arrepentía. Y eso era mucho peor.

La sorpresa lo inundó al darse cuenta de con cuántas ansias había deseado besarla de nuevo, posar su boca en esos suaves, deliciosos e inocentes labios que no conseguía sacarse de la cabeza. Nunca había deseado algo con tanta intensidad. Incluso sabiendo que estaba mal había dado un paso adelante en lo que fuera que se estaba adentrando. El honor del que tanto cacareaba se estaba diluyendo como el hielo en primavera. Tenerla entre sus brazos y besarla, esta vez a conciencia y con cierta premeditación, había sido como tocar el cielo. Se acoplaba tan bien a su cuerpo... Pero por supuesto, ella no veía las cosas del mismo modo; o quizás sí. El ultraje que sintió cuando se apartó era comprensible, así como también lo habían sido sus insultos e improperios. No cabía duda de la exaltación de Ayleen, que dicho sea de paso, jamás volvería a ser la señorita Blake, al menos para sus adentros. De todas formas, Jason se sentía un poco masoquista, pues la furia y la vergüenza que había visto en su rostro la hacía parecer más hermosa que cuando se mantenía serena y compuesta. Las chispas de sus ojos, las mejillas encendidas y arboladas —que incluso en la penumbra de la noche eran visibles—, su turbación y puños cerrados... Un ser hermoso que lograba conmovier su corazón. ¿Le había sucedido alguna vez? La respuesta era tan obvia como triste. Ni siquiera el amor que le inspiraba Johana había logrado tal grado de pasión, tal frenesí y necesidad de tocar, acariciar, ver. ¿Era eso la pasión? ¿Se trataba de algo más? Tuvo ganas de gritar por la frustración. Eso no debía haber sucedido, pero ya estaba hecho. Y estaba lejos de sentir la culpa que sería normal en este caso. Era un sentimiento que había anidado en su pecho y que se estaba ensanchando a marchas forzadas amenazando con consumirlo.

No, este no era el momento ni el lugar para pensar y analizar. Lo que necesitaba era una distracción, algo que no lo hiciese desear cruzar las salas e ir en su busca.

Cuando oteó el horizonte y divisó la figura de Ashton en compañía de una resplandeciente dama supo que había encontrado justo lo que andaba buscando.

—Buenas noches. —Se acercó al rincón en donde lady Clarence parecía tener acorralado a su hermano mayor—. Espero no molestar. —Simuló inocencia al mismo tiempo que fingía no ver cómo la mujer apretaba la boca en señal de disgusto. Se divirtió al notarlo y eso atemperó la multitud de sensaciones y sentimientos que se habían acumulado desde la escena del jardín.

La había visto acosándolo parte de la noche. Incluso en algún momento había contemplado atónito cómo se aferraba a su brazo señalándolo como su posesión mientras lanzaba dardos envenenados a las demás mujeres que lograban acercarse. Lo único intrigante del asunto era por qué Ashton no la había desairado ya. Ni se le pasaba por la imaginación que la estuviera considerando en serio como posible candidata a esposa. Como amante tal vez, pero dudaba que lady Clarence aceptara eso de buen grado.

—No, por supuesto que no, lord Jason —contestó ella con una dulzura empalagosa y una falsa sonrisa pintada en los labios. Sabía ocultar perfectamente sus intenciones tras una fachada de buenos modales, pero su tono no lo engañaba. Hacía ya demasiados años que se conocían y sus intenciones no engañaban a nadie, ni siquiera a su hermano. O al menos eso pensaba—. Su Gracia y yo solo estábamos conversando.

—Es una excelente noticia —asintió como si en verdad lo fuera—. La buena conversación estimula la mente y el espíritu —fingió no ver el alzamiento de cejas de Ashton ante semejante mamarrachada—. Aun así, la música de esta noche es tan hermosa que me es difícil imaginar el motivo de no haberla visto bailar.

—No me apetecía demasiado —afirmó ella con un ademán despectivo—. No disfruto de la sensación de mezclarme con gente de lo más... corriente. —Arrugó su naricilla respingona ante tan desagradable pensamiento.

Por supuesto, no se había percatado de la habilidad malsana con la que Jason había llevado la conversación hasta ese punto.

—No sé si he entendido bien. —Ashton habló con una suave entonación, casi perezosa, que no dejaba lugar a dudas del paso en falso que ella acababa de dar—. ¿Acaso está sugiriendo que mi cuñada —remarcó esa palabra sin ni siquiera esforzarse— ha invitado a gente que no está a su altura?

Jason estuvo a punto de lanzar una risotada al ver la alarma reflejada en el rostro de la pretenciosa dama.

—Ah, no-no —tartamudeó—. No pretendía decir eso. —Su mirada frenética barría todos los rincones de la sala buscando una posible y milagrosa salida—. Yo... —se soltó del brazo del Duque, ese que se había negado a dejar como un perro se niega a prestar su hueso favorito—. Yo... creo que... he divisado a lady Childrith y me está llamando. —Esbozó una sonrisa auténtica; podría decirse que de alivio—. Debe ser urgente, por lo que me acercaré a ver en qué puedo ayudarla. Si me disculpan.

Hizo una torpe reverencia y se marchó.

Jason casi sintió pena por ella. Casi.

—Creo que tardará en darse cuenta de que pretendías deshacerte de ella. La has puesto nerviosa. —Ashton no se dignó a responder—. De todas formas es una lástima que la trates así. Con lo que se esmera en complacerte... —se burló.

—¿Querías algo en concreto o solo molestarme?

—Lo último, por supuesto. —Su tono helado no lo afectó—. Creo que eres un desagradecido. Siempre que lleva demasiado tiempo revoloteando a tu alrededor actúo como un buen hermano y me ocupo de espantarla.

—¿Acaso te lo he pedido? —hablaba con él mientras su mirada abarcaba la extensión de la primera sala.

—Noooo. Pero piensa que si no lo hiciera, al final sucedería irremediabilmente una de las dos catástrofes más plausibles.

—¿Que son? —preguntó sin verdadero interés.

—Uno: te enredaría lo suficiente como para conseguir que le propusieras matrimonio —pasó por alto el casi imperceptible tic de su ceja—; o dos: que en algún momento estarías tan harto de ella que dejarías de contenerte y te mostrarías tan grosero que la ofenderías sin remedio.

—¿Y? —Era evidente que se estaba planteando la segunda posibilidad.

—Pues que ella se vería en la obligación de vengarse.

—¿Ignorando mi presencia a perpetuidad? —preguntó con un deje de esperanza que no pudo llegar a ocultar.

—En absoluto —sonrió disfrutando de cada segundo—. Parece como si no conocieras a las mujeres; son mucho más sutiles y malvadas que nosotros. De una forma u otra conseguiría amargarte la vida de la forma que tú más odias: atrayendo la atención sobre ti y tu vida privada. No sé, tal vez filtraría un falso rumor sobre que buscas esposa... con todas sus consecuencias. Ya sabes, las mujeres creen lo que quieren creer.

Ashton pareció meditarlo en serio.

—Teniendo en cuenta eso, es posible, y recuerda, es posible, que deba darte las gracias por las innumerables veces que la has apartado de mi lado.

—Nunca cedes, ¿eh? —Su hermano tenía un orgullo tan grande como Creso, pero no se lo tenía en cuenta porque no lo hacía con mala fe; al menos, no con él. Cambió de tema—. ¿Disfrutas de la fiesta?

—Tu mujer ha hecho un trabajo magnífico —decidió salirse por la tangente antes de admitir que se aburría como una ostra—. Por cierto, ¿dónde está?

—No lo sé —confesó—. Hace rato que le he perdido la pista. —Ni loco pensaba revelar qué había estado haciendo mientras tanto.

—Espero que la hayas sacado a bailar.

—Pareces nuestro padre —le reprochó—. No hace falta que controles mis movimientos. —De todos modos decidió contestar—. Hemos bailado dos veces y me reservo el baile de clausura. Y hablando de bailes... —Estaba entrando en terreno resbaladizo, ya que Ashton era un hombre muy intuitivo, pero un demonio interno le obligaba a preguntar, a saber—. Antes te he visto bailando con la señorita Blake. —No era una pregunta propiamente dicha, pero su hermano lo entendería como tal. La curiosidad lo estaba matando y se moría por saber qué opinión le merecía Ayleen. No debería ser tan importante, pero dada su última actuación, no tenía sentido engañarse.

—Ah, sí, la señorita Blake —pareció adentrarse en profundas reflexiones—. El nombre de esa mujer —dijo por fin— ha sido uno de los que más he oído pronunciar en esta velada. Supongo que estarás enterado de la sensación que ha causado entre tres ciertos caballeros.

—Sí. —Aunque no sabía que ese asunto estuviera en boca de todos. De repente se instaló cierto sabor amargo en el estómago.

—No parecía haber una conversación en la que no se haya nombrado la feroz competición que las tres joyas de la corona han establecido por ganarse la atención y el afecto de esa mujer.

¿Las tres joyas de la corona? ¿De qué demonios estaba hablando?

Su cara debió darle una pista de su confusión.

—¿No lo sabes? —pareció congratulado de darle él mismo la noticia, aunque como siempre, esbozó una sonrisa contenida—. Al parecer, hermano mío, se ha establecido que ese trío es lo mejorcito de los alrededores. Vete tú a saber por qué —acotó extrañado—. Alguien con un extraño sentido del humor les ha bautizado como «las tres joyas de la corona».

—Pues no le encuentro la gracia. —Jason volvía a su anterior estado de malhumor.

—Ya somos dos —apuntó el primogénito—. No obstante, a lo que iba, no he dejado de escuchar las alabanzas que esos hombres lanzaban sobre las múltiples virtudes de la dama.

¿Qué sabían esos lechuguinos de las virtudes o las carencias de Ayleen?

—No logro imaginar al señor Plumbert lanzando alabanzas sobre nadie.

—Sí, bueno, este parece tener algo de sentido común gracias a su timidez. No obstante, parece que tampoco se ha quedado atrás en su empeño.

¿Pero qué les pasaba a esos tres? ¿Acaso creían que podían avasallar a las mujeres solo porque eran apuestos o ricos?

—Entonces, lo que te ha llevado a pedirle un baile ha sido...

—La curiosidad; la simple y pura curiosidad. —Esta vez dejó de contemplar la multitud y le miró con fijeza—. Quería saber si era tan maravillosa como se decía. Si se ajustaba a las expectativas que tenía sobre ella.

Por primera vez en mucho tiempo esa directa mirada lo puso nervioso. ¿Sospechaba algo? ¿Era todo una actuación para hacerle confesar? Intentó no revolverse en su propio sitio.

—¿Y...? —preguntó. No sabía qué más hacer.

—Una decepción, la verdad.

Esa afirmación le afectó tanto que tuvo que distender los puños para no dejar patente así su malestar. Apretó la mandíbula y contó hasta veinte para no hacer algo que lo pusiera en evidencia y que lamentaría después, como por ejemplo darle un puñetazo delante de toda la sociedad.

—No creo que con un baile puedas...

—Hay algo en ella que no me convence —lo cortó Ashton—. Y no, no fue desagradable. Se mantuvo correcta y estuvo educada en todo momento. Es una sensación más... visceral. No sé cómo explicarlo.

—No te doró la píldora, querrás decir.

Una expresión de disgusto cruzó por su cara.

—Si no te conociera —dijo con lentitud observando, evaluando— diría que te molesta la opinión que me he formado de ella.

—No digas tonterías. —La sonrisa le sonó forzada incluso a él—. Pero piensa que algo bueno ha de tener si ha simpatizado con Johana.

—Tu querida esposa muestra afinidad con demasiada frecuencia —recalcó—. Piensa en las damas del té, por ejemplo. ¿Son todas agradables? —Alzó una ceja con escepticismo—. No, no creo. Así que uno no tiene que ver con lo otro. —Entonces se quitó una inexistente pelusa de la manga—. Y si he de serte sincero, este tema empieza a aburrirme. Solo digo que esa mujer es capaz de dar más quebraderos con su sola presencia que un ejército experimentado.

—¿Una mujer? ¿Cuál de ellas? Parece interesante.

Ryan Morton, vestido de impecable etiqueta, apareció justo detrás de ellos.

—¡Estás aquí! —Jason palmeó su hombro con alegría.

—Todo un detalle de tu parte pasarte a saludarnos. —El sarcasmo de Ashton era imposible de pasar por alto.

—Siempre ofrecéis buena comida. La mejor, diría yo. Además, Londres está muy aburrido estos días —dijo a modo de explicación—. Siempre los mismos rostros en los mismos lugares. —Paseó la mirada por el atestado y bullicioso salón—. Al menos cuento con amigos con la suficiente sensibilidad como para hacer que la fiesta no decaiga. Han organizado una pequeña diversión privada y, como me venía de paso...

—Tú siempre tan atento.

Jason esbozó una media sonrisa.

Su primo era igual que la mitad de aristócratas de su edad. Solo vivía a expensas de los beneficios del apellido en una vida de ociosidad y despilfarro. De estatura similar a la suya y con ojos idénticos era, sin embargo, un joven alegre y sin falsas pretensiones.

—Por supuesto. Y bueno, ¿dónde está esa joven de la que hablabais hace un momento?

—Por ahí. —Ashton hizo un ademán señalando la multitud—. Pero no te preocupes, no es importante.

Jason se molestó al oírlo, pero no dijo nada.

—Es una pena. Sería agradable encontrar una bonita mujer con algo de temperamento a la que no le importara alegrarme las horas.

—¿No estabas de paso?

—Y lo estoy —sonrió con picardía—, pero no he precisado por cuántas horas.

—Eres incorregible. —Jason no podía evitar corresponder a su buen humor.

—Lo sé. Quisiera saludar a Johana, pero primero, si no os importa, indicadme dónde se encuentra la succulenta comida. Ya sabéis... primero el placer, después la diversión.

—Te acompaño. —Ashton se situó a su lado—. Creo que es hora de que vaya a relevarla para que este tenga, de nuevo, el placer de su compañía.

Seguido de Ryan y sin ni siquiera un adiós, le despachó mientras iba a poner todo su empeño en ser el anfitrión perfecto.

Jason suspiró. A estas alturas de la noche ya se moría de ganas porque todo acabara y le dejaran analizar con tranquilidad lo que le acababa de suceder y cómo podía volver a la pacífica y aburrida vida de antes.

Estaba decidido a ignorar a Ayleen y olvidar que se habían conocido. Sí, pero antes, debía verla una vez más.

Llevaba lloviendo doce interminables días. Lo sabía porque los había contado. Doce días en los que apenas había podido salir de la casa, pues el tiempo no lo había permitido. Sus paseos se habían visto drásticamente reducidos y ahora Ayleen se sentía enclaustrada. No era una sensación nueva; cinco años cuidando a su padre le habían producido el mismo efecto, pero creyó haberlo dejado atrás cuando se marchó de Londres. Antes se pasaba horas y horas pendiente de él; tanto que a veces perdía la noción del tiempo. Todos los días le parecían iguales y ya no sabía si se encontraba a lunes o martes. Aunque contrató una enfermera para que se ocupase de él, sentía que era su deber de hija estar a su lado, ayudándole a soportar sus dolores, dándole de comer, leyéndole o simplemente viéndole dormir. También lo hacía porque lo quería, pero había terminado por quitarle toda la vitalidad y perdiendo su juventud.

¿Pero quién no hubiera hecho lo mismo? Antes del accidente, Arthur Blake había sido un padre maravilloso, un referente para ella, cariñoso y comprensivo. Le dolía en el alma ver en lo que se había convertido: un ser incapaz de valerse por sí mismo. No solo fue menguando físicamente, sino también de espíritu. Y cuando él se fue y empezó a echarlo de menos, su abogado le aconsejó que esperara un tiempo para hacer cambios drásticos, el tiempo que se consideraba prudente para el duelo. Esa había sido la peor época. Sus amistades y las de su padre habían desaparecido, por eso nunca tenía visitas ni nadie con quien hablar y ella permaneció en el olvido, encerrada en aquella enorme casa que casi llegó a asfixiarla. Por eso ahora necesitaba grandes espacios abiertos y largas caminatas. En definitiva, quería gozar del sentimiento de libertad.

Mirando con nostalgia por la ventana del salón, Ayleen se dio cuenta que había dejado de llover y entonces vio su oportunidad. Rogando porque la lluvia no empezara de nuevo subió hasta su habitación y llamó a Margueritte para que le ayudara a ponerse uno de sus vestidos viejos, uno que soportara su paso por unos caminos llenos de barro y agua. No obstante, la criada trató de hacerla cambiar de opinión. No creía que fuera muy adecuado, pues el cielo todavía estaba cubierto por unas espesas y amenazantes nubes negras. Esta no contó con la determinación de Ayleen, que desestimó cada uno de sus argumentos. Por suerte para ella Adele, mucho más persuasiva, tenía la tarde libre y había aprovechado para ir a ver a su hermana. Se puso una gruesa capa y los guantes y corrió sorteando los charcos hasta perderse en las profundidades del bosque. Tan enorme eran sus ansias de libertad que caminó como nunca, sin temor alguno, dejando por primera vez atrás la casita del guardabosques y yendo más allá de lo que nunca se había permitido.

La lluvia no había sido la única razón de haber interrumpido

sus paseos por aquella zona. Jason Morton y sus embriagadores besos tenían la culpa. Había pasado un mes desde el baile de primavera, tiempo suficiente para pensar largo y tendido, si bien su resolución venía siendo la misma: tenía que alejarse de él; aunque por supuesto, era más fácil decirlo que hacerlo. Evitarlo se le había dado relativamente bien. No había habido ningún otro baile o cena en la que pudieran coincidir. Sin embargo, ¿cómo podía olvidar su cálido rostro o su reconfortante abrazo? Había dejado de ser la dueña de sus pensamientos. Por mucho empeño que pusiera, le resultaba casi imposible borrar su rostro de sus pensamientos o dejar de sentir algo, y eso la sacaba de quicio.

Su comportamiento era del todo censurable, no estaba a la altura de las circunstancias y creía que en parte era su culpa por no haber puesto el suficiente ímpetu en alejar a Jason de ella. Por supuesto, Ayleen no tenía práctica en esos menesteres. Nunca había rechazado a un hombre, y menos a uno que le atrajera tanto. Hacerlo desistir estaba resultando un desafío.

No quería ser tan vulnerable. Lo odiaba, porque no podía permitírselo.

Ayleen exhaló un largo suspiro. Su vida en Greenville se estaba volviendo más complicada de lo que imaginó cuando decidió instalarse a vivir cerca del pueblo y a veces sentía que su situación era un tanto precaria: cualquier desliz por su parte terminaría por hundirla. No se trataba solo de Jason, sino de los pretendientes que se habían postulado. Para lo que Henrietta y las demás damas del té debería ser un motivo de orgullo y satisfacción, para ella se estaba volviendo una pesadilla, llegando a pensar que el único modo de zanjar el asunto de una vez por todas era siendo brusca y nada delicada: le diría al señor Been y al comodoro Clarewood que nunca jamás se casaría con ellos. Tampoco había tomado en consideración a Horatio Plumbert, ni se imaginaba siendo la esposa de este, un hombre mucho más tolerable que los otros. Los tres quedaban descartados.

¿Qué pensarían todos de ella si les rechazaba? Aparte de ser la comidilla del pueblo, la señora Smith sentiría una honda satisfacción, mientras que los demás la tacharían de ser una estúpida con aires de grandeza. Como si pretendiera alcanzar un mejor partido. Ciertamente, el señor Been y el Comodoro podían ofrecerle una seguridad económica envidiable y, aunque a estas alturas Ayleen había dejado de soñar con su príncipe azul, tampoco estaba tan desesperada. Por ahí debía haber algún hombre mejor.

Entonces notó las primeras gotas de lluvia que resbalaron por su frente y nariz. Alarmada miró hacia el cielo, que no presagiaba nada bueno. Como no se diera prisa, no llegaría a tiempo a casa. Echó a correr a trompicones mientras trataba de fijarse en dónde pisaba. La lluvia comenzó a intensificarse por momentos y sus esperanzas de salvación se quedaron en el lodo. Con su capa empapándose a una velocidad pasmosa, a Ayleen le costaba ver lo que había frente a ella. Se detuvo un segundo y se limpió la cara con la manga, pero fue un esfuerzo inútil, porque caía agua y más agua.

No supo en qué momento tomó conciencia de que cerca de ahí se encontraba la casita del guardabosques. Si tenía suerte y la puerta no estaba cerrada con llave podría guarecerse hasta que el chaparrón menguara. O en el establo, si era preciso. No era la mejor idea, dado los precedentes, pero sí la más efectiva, pues le iba a resultar imposible llegar hasta su hogar. Se afanó todo lo que pudo, pero tanto era su empeño que terminó resbalando y cayendo sentada frente a la puerta de madera. A rastras buscó la pared de la fachada y se apoyó en ella para levantarse, un movimiento fácil en apariencia, pero ahora sus ropas debían pesar el doble y le costaba moverse con soltura. Empujó la puerta con ímpetu hasta que esta cedió y la cerró tras de sí farfullando incoherencias. No quería seguir mojándose.

En ningún momento se había dado cuenta del humo que salía por la chimenea, ni del resplandor que el fuego producía.

Pestañeó. Había algo extraño en... Dio un brinco por el susto. ¡Santo Cielo! Jason Morton se encontraba en medio de la estancia desnudo de torso para arriba.

Durante unos segundos imperó el silencio, solo roto por el sonido amortiguado de la lluvia. Era imposible distinguir quién de los dos estaba más sorprendido.

—Señorita Blake —murmuró él después de recuperarse de la impresión.

—Yo... —balbuceó petrificada como una estatua—. Afuera llueve —trató de excusarse. Se había colado en una propiedad del duque de Redwolf como si se tratara de un vulgar ladrón.

—Ya lo veo. Supongo que buscaba cobijo.

Ayleen asintió sin poder apartar la vista de su vigoroso cuerpo. Lo examinó con una fría calma que debería avergonzar a cualquier dama con una mínima decencia. Era la primera vez que se encontraba en semejante situación, pero no sintió pudor ni bochorno.

—Usted también se ha mojado. —Más que una pregunta era una observación. Sus pantalones estaban húmedos.

Él sonrió.

—Somos unos insensatos por haber salido con este tiempo. —Entonces su sonrisa se transformó en un rictus severo—. Va a coger una pulmonía si no se quita todo eso —señaló la capa mojada—. Necesita secarse.

Titubeó. Una cosa era verlo a él con poca ropa y otra muy distinta era hacerlo ella.

—Solo la capa —accedió. Se convenció de que no había nada malo en hacerlo. Serviría para prevenir un mal mayor. No pensó en su cabello mojado ni en el resto de la ropa, sino que se limitó a forcejear con las cintas de la prenda atadas al cuello.

Como le costaba deshacerlas sin verse al espejo, Jason, dándose cuenta de su apuro, se acercó a ayudarla.

No pudo evitar dar un respingo cuando la tocó y empezó a invadirle un extraño nerviosismo. Hasta ese momento había permanecido serena, sin angustias ni sofocos. No era la situación más conveniente. Sin embargo, afuera diluviaba y no sacaba nada con lanzarle una sarta de reproches. Entonces recordó el baile, el beso en el jardín y las maravillosas sensaciones que él le producía. Cerró los ojos y esperó que él terminara.

—No será suficiente.

Ayleen levantó las pestañas y entornó los ojos. Jason llevaba la capa en la mano, aunque una parte de la prenda arrastraba por el suelo. Podía notar su cálido aliento sobre sus mejillas.

—¿Perdón?

—Su vestido también está mojado —anunció con una expresión críptica—. Y no digamos su pelo. No es nada bueno.

Aunque no era su intención, Ayleen estornudó, ilustrando su argumento. Si no hacía algo rápido terminaría por enfermar.

—No se preocupe, me secaré.

Se acercó a la chimenea y notó el calorcito de las llamas. Era una sensación agradable, aunque seguía estando mojada. La ropa empapaba se le adhería a la piel.

Lo vio tender la capa sobre el respaldo de una vieja silla y la arrimó a la chimenea, al igual que había hecho con sus ropas. Después se acercó al camastro y tomó una colcha de lana que había encima.

Se la tendió.

—Debe sacarse el vestido.

Ante tal petición, Ayleen reaccionó con calma y serenidad. Había escuchado mal. Él no le estaba pidiendo que se desnudase en su presencia. No, lord Jason no podía ser tan atrevido. Incluso a punto estuvo de soltar una risotada por su propia estupidez.

Ante su silencio, él volvió a repetir la misma frase y esta vez se dio cuenta de que sus oídos estaban perfectamente bien.

Sintió un miedo atroz. No porque fuera a hacerle un daño físico, sino porque se sentía vulnerable y no tenía ni idea de lo lejos que podría llegar si él se lo pedía. Su voluntad ya no era tan férrea como creía.

—¿Bromea?

—¿Cree que lo haría con algo así? —pareció ofendido—. No sea absurda. Lo digo por su propio bien. ¿Acaso quiere pasarse dos semanas en la cama enferma? Porque eso es lo que sucederá si no consigue secarse ya.

Ella titubeó. No sabía si obedecer sus órdenes o no hacerlo para sentirse más segura. ¿Estaba dispuesta a correr el riesgo?

—No voy a quitarme nada —aseveró tozuda. Era lo más conveniente.

Él no debió pensar lo mismo, porque soltó varios improperios.

—Le doy dos opciones: o lo hace usted o lo hago yo.

Su tono no parecía admitir réplica, pero ella estaba demasiado abochornada como para ceder.

—¡No se atreverá! ¡Canalla!

Ayleen se puso en un modo defensivo. Si hacía falta estaba dispuesta a pelear.

—Es por su propio bien, pero es demasiado necia para darse cuenta.

—No deja de repetir lo mismo. ¿Espera que me lo crea? Es usted un...

La palabra se le quedó atorada en la garganta. Con una rapidez que la dejó perpleja, Jason extendió los brazos y tiró de ella. Vio y notó su pecho duro, apenas salpicado de vello. La dejó fascinada. ¿Quién quería luchar ahora? Aun en la posición tan débil en la que se encontraba tuvo que hacer un esfuerzo considerable para no tocarlo. Después, él la giró sobre sí, dejándola de espaldas y forcejeó con su vestido hasta desabrocharlo.

—Ya está. —Lo escuchó murmurar, satisfecho. Ayleen creía que iba a tomarla allí mismo y no sabía si sentir miedo o excitación, pero de un modo abrupto, la soltó. Evitó pensar que aquello que sentía era decepción—. Ahora puede quitarse el vestido usted misma. ¿Quiere que me dé la vuelta? ¿Se sentirá así más segura?

Jason no se había aprovechado, pero seguía siendo muy autoritario.

—¡Por supuesto que lo quiero! —gritó aceptando al fin lo inevitable y con un deje de desesperación. Aquello no podía estar ocurriendo de verdad. Santo Cielo, ¿por qué habría decidido salir a pasear? ¿Por qué no había podido contenerse? Había sido una decisión errónea, como todas las que estaba tomando en lo referente a él. Le había pedido que se alejase de ella y al parecer, ninguno de los dos lo estaba cumpliendo.

Ella siempre había sido muy juiciosa y nada atrevida; incluso recibió halagos por ello. Actuaba según se esperaba que lo hiciera una dama, pero ahora estaba metida hasta el fondo en una situación demasiado vergonzosa. Se dio cuenta que a estas alturas era tan culpable como lord Jason, porque quizás en el fondo deseaba recibir sus atenciones.

Cuando consiguió deshacerse de su penetrante mirada, Ayleen se afanó en quitarse el vestido y el polisón, también mojado, para envolverse en la tela seca. Todavía sentía arder la espalda, justo en el lugar donde él la había tocado. Contó hasta diez antes de decirle que ya estaba lista. Sentía un potente desasosiego en su interior y le era imposible normalizar su respiración. Tenía los nervios de punta. Mucho se temía que no saldría indemne de aquella situación y que su corazón estaba demasiado involucrado.

Jason se dio la vuelta con una pasmosa lentitud. Empezaba a dolerle todo el cuerpo, incluso en los lugares más insospechados. Saber que la tenía frente a él cubierta con tan poca ropa estaba consumiendo toda su capacidad de controlarse. Ayleen se aferraba a la colcha a modo de escudo. Se había desecho del recogido y había tratado de secarse el cabello —que caía sobre sus hombros y su espalda con la gracia de una cascada—, lo mejor que había podido. Sus ojos, enmarcados por unas largas pestañas que brillaban húmedas, lo tenían cautivo y ya no pudo esperar más. Demasiados días de agonía y desesperación. La deseaba; simple y llanamente. No había modo de buscar subterfugios o de engañarse más. En algún momento, la atracción del principio se había transformado en un sentimiento mucho más poderoso. No solo quería reclamarla como suya, sino que también deseaba apartarla de la mirada libidinosa de otros hombres. Para siempre. En ese instante determinante, su mente se negó a pensar en su esposa, en la traición y el honor. Solo había dos cosas que le importaban: Ayleen y él.

Se acercó con lentitud, mirándola a los ojos y esperando un movimiento que demostrara que ella no sentía lo mismo, pero se mantuvo inmóvil, a la espera. Con suavidad, le pasó el pulgar por los expectantes labios, acariciándolos. Era extraño que los encontrara tan

fascinantes y seductores. Besarlos debería ser pecado y en verdad lo era, aunque se trataba de una tentación demasiado fuerte como para resistirse. Dios era testigo de lo mucho que se había resistido. Sin embargo, él no era ningún santo y no sentía la necesidad de serlo. Su conciencia ya se había debatido suficiente. Entonces Ayleen entreabrió los labios en un tácito consentimiento. Eso fue todo lo que necesitó para proseguir su avance y capturar su delicada boca. Aunque ya la había probado, esta vez fue diferente a las demás y se lo tomó con calma. No había prisa y ella no parecía dispuesta a salir corriendo; por lo menos esta vez. No obstante, la boca de Jason se movía sobre la de ella con cautela. La poca experiencia de la joven podía resultar un obstáculo y lo que menos le apetecía era que terminara por echarse atrás.

Jason no era tan egoísta como para pensar solo en el placer propio. Deseaba que Ayleen lo apreciara y disfrutara, que terminara compartiendo el mismo ardor de él. Por eso se tomaba tantas molestias y trataba de aplacar un tanto su excitación, aunque esto último le estaba resultando sumamente difícil. Cuando lo juzgó oportuno estiró el borde de la colcha con cautela y dejó que resbalara al suelo. Sin reacción aparente ni quejas por su parte, la tomó en brazos y la depositó en el camastro, uno de los pocos muebles que quedaban en la casita del guardabosques. Sus bocas seguían tan unidas como antes y ella parecía tan relajada que incluso se permitía corresponderle con cierta timidez.

Ayleen era liviana como una pluma y tan bella que arrebatava el aliento. Ahora que la tenía entre sus brazos se permitió admirarla con detenimiento, tal como había querido hacer desde hacía tiempo. Lo que vio de ella le dejó sin respiración: su piel era tan fina y cálida que iba a saborearla toda. Iba a quitarle el corsé, la camisola y los calzones y una vez estuviera desnuda besaría cada rincón de su perfecto cuerpo. Dios, ¿desde cuándo la simple vista de un cuerpo conseguía excitarle de un modo tan irracional? Jason estaba a punto de estallar y, aunque se había propuesto actuar con paciencia, sentía unas inmensas ganas de hacerla suya y sentirse en su interior.

Hizo el primer movimiento. Le acarició un brazo y descendió hasta su muslo, pero para Ayleen eso debió ser demasiado puesto que saltó de la cama tan rápido como una gacela. Se detuvo en medio de la habitación con el corazón desbocado y vestida solo con su ropa íntima. Su cabello estaba revuelto y su pecho subía y bajaba por la agitada respiración.

Le pareció más arrebatadora que nunca y él más frustrado de lo que jamás se había sentido porque sabía que ahí había acabado todo. Ahora debía discernir qué hacer con toda esa excitación.

—¡No voy a convertirme en tu amante! —exclamó ella con una furia latente.

La vio temblar, pero no era de frío. Jason lo sabía, porque él se encontraba en el mismo estado.

—No te lo he pedido —argumentó un poco más calmado que ella. Sin embargo, su interior bullía.

—¡Serás osado, aprovechado! Niega que ibas a... a... Ya sabes —se interrumpió, roja como la grana. Para ella, tan inexperta en temas sexuales, debía ser difícil explicitarlo en palabras. Difícil y vergonzoso.

Jason se dio cuenta de que no podía dar más rodeos. Con su comportamiento había traspasado la línea de la moral y la decencia. Ya no había excusas que valieran: aquello no se trataba de un accidente. Si Ayleen no lo hubiera detenido, en estos momentos estaría muy dentro de ella, poseyendo su cuerpo y su alma. Así de bajos y primitivos eran sus instintos. Era como si la lógica y el razonamiento ya no formaran parte de su ser.

—Quería hacerte mía. Juro por Dios que lo sigo queriendo —confesó al fin. Ella tenía que escucharlo, aunque hiriera su sensibilidad—. Sé que estás muy confundida. ¿Crees que yo no,

que no tengo sentimientos? Hasta que apareciste tenía una vida muy tranquila y agradable. Mi matrimonio iba bien, era perfecto. Quizás no conociera lo que es la pasión, pero me gustaba.

—¿Estás diciendo que esto es mi culpa?

Se levantó despacio para no asustarla más y fue acercándose con lentitud, deteniéndose a una distancia prudencial. Estaba tan desesperada por alejarse de él que creía que saldría corriendo bajo la lluvia vestida así.

—¿No lo ves? No tienes que hacer nada. Tu presencia es suficiente para turbarme, para enloquecerme y no sé qué hacer. He tratado por todos los medios de olvidarte y no ha funcionado. Seguía cerrando los ojos y viéndote, aunque no estuvieras de verdad; todo el tiempo.

—¿Pero y Johana? Tú has dicho que la amas.

Tardó un tiempo en responder, puesto que no había un modo sencillo de hacerlo.

—Quiero a mi esposa. Sí. Pero querer y lo que siento por ti son dos cosas distintas.

Ayleen pareció un tanto sorprendida porque él hiciese esa diferenciación. A lo mejor quería seguir creyendo que era un mujeriego sin escrúpulos pero, ¿cómo podía amar a su esposa si su cuerpo reaccionaba así ante otra?

—¿Y ahora, qué? —Lo miró con ojos suplicantes, tratando de hallar una respuesta. Parecía tan perdida como él.

—No lo sé.

—No puedes decirme todas estas cosas tan íntimas y esperar que me ablande. ¿Qué quieres que haga ahora, confesarte que no puedo dormir por las noches porque estoy pensando en ti? Eso sería más que inapropiado. Estaría clavando un puñal en el corazón de tu esposa.

—Entonces admites que sientes lo mismo.

—¡No! —lanzó un gemido lleno de angustia y se tapó la cara con las manos—. No voy a admitir nada porque no puedo entregarme a ti.

Jason la tomó de la cintura y la sostuvo sobre su pecho, en una especie de consuelo. Cerró los ojos y aspiró su aroma, perdiéndose en ella. Parecía tan natural tenerla así, como si se pertenecieran. Sin embargo, no había ninguna probabilidad de que lo suyo saliera bien. Como Ayleen había dicho, la traición hacia Johana tenía un peso demasiado grande. Mientras tanto, ella seguía con el rostro oculto, pero poco a poco fue relajándose y terminó enredándose en su cuello. Jason no pudo evitar tensarse. Su contacto y sus caricias hacían estragos en una parte muy concreta de su anatomía.

—Ayleen, si tú...

—¿Si yo qué? —le presionó ella.

Jason sacudió la cabeza, turbado.

—Dios, no puedo pensar con lógica y ya no sé si fiarme de mi cabeza o mis instintos. —Aun a riesgo de escandalizarla confesó que esperaba ser el hombre que tomara su virginidad, pero eso significaría romper todos los principios que él tanto amaba y dejarla a ella en la estacada, porque le resultaría casi imposible encontrar esposo y podría condenarla al ostracismo—. Te mereces algo mejor.

Necesitó de un minuto para serenarse y tomar una decisión que podría salvarla, aunque el dolor no remitió. Las ropas de ella seguían mojadas, así que lo mejor que podía hacer era vestirse y retirarse para que ella pudiera secarse con tranquilidad. El fuego de la chimenea se consumiría solo y la puerta podía dejarse sin llave.

Decidió no despedirse. Hacerlo escocía demasiado.

Afuera seguía lloviendo con la misma intensidad que antes, pero no le importó. Fue hasta el pequeño establo que había justo detrás de la casita y tomó el caballo que había traído consigo.

Cuando entró a su hogar se formó un verdadero revuelo. De su cuerpo resbalaba agua de la lluvia y allá por donde andaba dejaba huella. Incluso la alfombra se había humedecido. Una de las doncellas llamó al ayuda de cámara y este le quitó las botas de montar, ahora mucho más pesadas por el exceso de agua.

Entonces apareció Johana, tan bella y delicada como siempre, con el bordado en la mano.

—Jason, estás empapado. ¿Acaso has venido cabalgando? ¿Por qué no has tomado el carruaje?

Johana estaba preocupada por la falta de lógica de su esposo. Cuando quería era muy testarudo, pero debería cuidarse más de las inclemencias del tiempo. No solo estaba mojado, sino que también se había ensuciado con el barro y su aspecto era poco halagüeño.

—No me importa mojarme un poco.

—Aun así. Yo...

Él la interrumpió.

—Disculpa si no me entretengo dándote explicaciones —masculló con evidente disgusto—. No deseo coger una pulmonía.

Ella debió sentirse mal porque empalideció. Había sido una forma bastante grosera de hablarle, y además frente al servicio, mas Jason no se dio cuenta. Pasó junto a ella como una exhalación y fue a ponerse ropa limpia y seca.

Johana no quiso dejar las cosas como estaban. No era propio de su esposo actuar sin consideración alguna, y menos con ella. Recobró la compostura y se atrevió a seguirlo hasta su habitación, donde se lo encontró desnudo.

Se ruborizó un poco y apartó la vista. No debería tener tanto pudor. Había visto a Jason así muchas de veces, pero siempre en la cama, casi a oscuras y compartiendo la intimidad conyugal.

—Deberías ser más consciente de los riesgos que conlleva exponerse a una tormenta
No pretendía sermonearle, pero alguien tenía que hacerle ver los riesgos.

—¿Quieres dejar de atosigarme? —protestó alzando la voz.

Le lanzó una mirada furiosa.

—Estoy preocupada. Trato de adivinar qué te sucede y no me lo estás poniendo fácil. Últimamente has cambiado tus hábitos. No estás en el despacho cuando deberías, estás más irascible, sales a cabalgar con más frecuencia que antes; incluso con lluvia.

—Dime, ¿mi hermano se ha quejado o es que no confías en mí? —La pregunta fue formulada en un tono hosco que no le gustó nada.

—No seas absurdo. Por supuesto que lo hago.

Y no sabía por qué se lo echaba en cara. Siempre habían sido un matrimonio muy bien avenido, se tenían franqueza y se eran leales. Pero Jason estaba diferente. Sospechaba que había algún problema grave con la finca o con un arrendatario y no quería decírselo para no preocuparla. Era muy del estilo de su esposo tratar de ahorrarle un disgusto y arreglarlo solo. Ashton no debía de saberlo tampoco, porque hubiera intervenido.

—Pero aun así vigilas mis movimientos.

—Yo no hago tal cosa. —Johana se indignó, pero un momento después volvía a ser tan paciente y calmada como siempre—. Era una simple observación. —Y no entendía por qué lo ponía de tan mal humor. Entonces, un pensamiento cruzó por su mente. Fue un pensamiento angustioso—. Necesito que me confirmes algo, aunque no entres en detalles si no quieres. —Su esposo asintió—. Estás cambiado: distante e irritable.

—Yo no...

—No quiero insistir ni pelearme contigo. No me gusta nada hacerlo, pero necesito saber el motivo. ¿Se trata de un tema relacionado con el trabajo o es porque no logro quedarme embarazada?

Pudo ver como su esposo se quedó helado.

—¿De qué diantres estás hablando?

Ella trató de explicarse lo mejor que pudo.

—Llevamos casi tres años casados y todavía no he concebido. Alguna cosa debe estar mal en mí.

Johana pensaba a menudo en ello, pero nunca se había atrevido a verbalizado. Era un sentimiento hostil que iba menguando su confianza. Cuando se casó, creía que a estas alturas habrían tenido por lo menos un hijo y, aunque las cosas entre el matrimonio parecían ir bien, se preguntó si Jason no la estaría culpando por ello. Y Cielos, para Johana también era importante. Y si su desazón no fuera suficiente, hacía semanas que él no la visitaba a su alcoba. ¿Sería eso? ¿Se había hartado de ella porque no podía darle hijos?

La miró con intensidad, escrutándola y vio dolor reflejado en el rostro de su esposa. Solo él era causante. Se sintió miserable. Era un completo fraude.

En otra época hubiera hecho todo lo posible por desterrar sus temores y confusiones, pero no podía puesto que había dejado de ser el esposo que ella merecía.

—No sabía que pensaras eso —admitió—. Que no hayas concebido no significa nada. Muchas veces ocurre —dijo para aligerar su carga.

Un hijo. Ella deseaba un hijo. Debería habérselo esperado, aunque había estado tan abstraído en sus propios problemas que ni siquiera había contemplado la posibilidad. Siempre pensó que los niños llegarían. —Era una de las razones de buscar esposa—, pero no se había dado ningún plazo. Ahora le parecía prácticamente imposible.

—¿Entonces no crees que sea culpa mía?

—¡Por supuesto que no!

—Está bien, te creo. Podemos intentarlo de nuevo. ¿No te gustaría tener un bebé para la próxima primavera? —preguntó con un reflejo de esperanza.

Johana se acercó a él y le tomó de la mano. Jason sabía lo que le pedía. El significado de sus palabras era muy claro y sin embargo, irracionalmente, aquel roce y la propuesta le crisparon. Justo en ese momento no podía lidiar con ello.

—No entiendes por lo que estoy pasando. —Su constante lucha por hacer lo correcto, el no dejarse vencer por la pasión, tratar de que su matrimonio no se viera afectado... Era agotador y desquiciante—. Es mucha presión —se excusó mientras se apartaba.

—Si lo compartieras conmigo te sentirías más aliviado.

Aspiró hondo y se recordó una y otra vez que ella no tenía la culpa de lo que estaba sintiendo por Ayleen. Simplemente las cosas ya no eran igual. Y aunque tenía el deber de ocuparse de su esposa, de velar por ella, ya no la veía del mismo modo, ni tenía los mismos sentimientos. Por Dios, no quería acostarse con ella, quería hacerlo con Ayleen.

Su vida era un condenado lío y apestaba, por lo que tener un hijo juntos quedaba descartado. Sabía también que Johana no se tomaría bien un rechazo indefinido. En esos momentos lo toleraba y lo achacaba al exceso de trabajo, pero si Jason no conseguía quitarse de la cabeza a Ayleen y retomar sus obligaciones conyugales, ella terminaría por descubrir la verdad.

—Déjalo —murmuró al fin, agotado—. Esta conversación no tiene caso. Voy a terminar mis tareas. Nos vemos para la cena. —Jason zanjó el asunto y se despidió de su esposa. No podía evitar enfadarse ni ser un desconsiderado, porque una parte de él estaba sumamente frustrada

por desear más de lo que tenía. Aquella vida junto a Johana, antes tan idílica, ahora era le resultaba aburrida y vacía. Era como si sus sueños y anhelos hubieran muerto, o por lo menos cambiado, ya que deseaba una nueva vida al lado de otra mujer.

¿En qué lío se había metido?

El tintineo de las cucharitas y el parloteo incesante eran una de las características de las reuniones de las damas del té. Las mujeres hablaban de todo a la vez mientras engullían deliciosos bocados de comida. A veces se contentaban con disfrutar de su mutua compañía y otras criticaban casi cada cosa que las demás decían.

Desde el mismo instante en que acudió a la casa de la señora Haggens, Ayleen parecía haber sido aceptada sin reservas. En algún momento recibía pullas de lady Strimble —lo cual le hacía recordar la amabilidad de su esposo— y de la señora Smith —quien no parecía contenta con el éxito social que cultivaba entre tres caballeros en particular—, pero Ayleen se limitaba a no darles importancia, tal y como le había aconsejado la esposa del juez. Las otras componentes del club eran amables y educadas, por lo que Ayleen se sentía bastante a gusto entre ellas.

Por regla general se reunían en la casa de alguna de las integrantes y en esa ocasión se hallaban sentadas en el salón de los Morton.

Era una habitación tan acogedora como sencilla, lejos de la excentricidad que se apreciaba en casa de Henrietta y de la ostentosa de los vizcondes Strimble. El verde de paredes y techo se combinaba con la pureza del blanco para crear un efecto luminoso y de serenidad. Los cojines con borlas y los complementos oscilaban entre el amarillo limón y el chocolate, mientras que la enorme alfombra de lana era de un único tono beige. Los cálidos rayos del sol de la tarde traspasaban los cristales de las ventanas a través de las cortinas recogidas. Después de la tormenta de la noche anterior había dejado de llover y todas podían disfrutar de una relativa calma.

Ataviada con un vestido de muselina a cuadros violeta y púrpura ya se sentía como si fuera una de ellas. El único sentimiento encontrado que sentía era debido a Johana... y su esposo.

El recuerdo de lo sucedido en la casita del guardabosques todavía ardía en su interior y conseguía ponerla colorada. Procuraba no pensar demasiado en ello, pero lo conseguía a duras penas; no así durante la noche pasada, que le había resultado eterna. Revivió una y otra vez el calor de sus manos y la voracidad de sus besos. Para su eterna vergüenza y consternación también había sentido en sus huesos el filo del deseo y la necesidad de sucumbir a él. Se había despertado en más de una ocasión bañada en sudor mientras notaba una líquida ansiedad entre sus muslos y unas palpitaciones en el centro de su ser que no acababa de comprender. Una parte de ella anhelaba volver a verlo para experimentar de nuevo esas sensaciones sublimes, pero el decoro y la ignominia que suponían sentir eso por el esposo de otra mujer le impedían actuar de otra forma que no fuera intentando evitarlo.

Ese día estaba logrando una precaria calma. Admitía que Jason Morton tenía razón cuando afirmó que esos sentimientos no desaparecerían porque sí. En su interior temía estar logrando justo lo contrario. Se maldecía por haber permitido que todo sucediera, a la vez que se preguntaba si hubiera podido actuar de una forma diferente evitando esa inmoralidad. Había sido educada en el respeto por el prójimo y había faltado a ese precepto a la primera oportunidad. Estaba segura de lo decepcionada que se sentiría su madre de saberlo si siguiera viva.

En cuanto a él... no ayudaba. Según sus palabras entendía menos que ella, pero que no pudiera controlarse ni evitar tener sus manos alejadas de ella resultaba descorazonador... y excitante. Tal vez había pensado que buscaba en ella la forma de acceder a nuevos placeres, pero cuando él le aseguró no querer hacerla su amante, le creyó. Su sinceridad era imposible de fingir. Ayleen no concebía imaginar estar tan equivocada respecto a la calidad moral de otro ser

humano. Aunque no sabía mucho del tema estaba segura de que la pasión no hacía diferencias de estatus social o entre hombres y mujeres. Era lógico pensar que podía sorprender tanto a una persona soltera como casada, por lo que había llegado a la conclusión de que no era culpa de nadie. La diferencia radicaba en cómo se actuaba; y ellos no lo habían hecho nada bien.

En ese caso y debido al respeto que profesaba a Johana, se sentía la peor de las mentirosas. Ella le abría las puertas de su vida y de la comunidad y Ayleen se lo pagaba disfrutando de besos y toqueteos con su marido; porque no podía negar que lo había disfrutado. Si aún le quedaban dudas solo tenía que contar las innumerables veces que esa mañana se había refrenado para no volver a la casita del guardabosques. Quizás había hecho trizas su honor, pero luchaba con todas sus fuerzas para conservar su dignidad. Por eso había dudado tanto a la hora de aceptar la invitación de esta para reunirse en su casa. Había tratado de buscar excusas plausibles de última hora. ¿Y si lo encontraba en casa? Era de lo más probable y algo a tener en cuenta. Alguno de los dos podría traicionarse y levantar sospechas. No obstante, debía reconocer que no era solo por eso. Temía volver a verlo y sonrojarse como una inocente doncella. Descubrir que lo que había sentido entre sus brazos no había desaparecido. Temía desear más. También podía darse el caso que, una vez conseguido lo que deseaba, Jason Morton se atemperara y desapareciese lo que decía sentir por ella. Su vanidad femenina, maldita fuera su estampa, no lo soportaría. Sin embargo, la aterraba más el hecho de comprobar que nada en él había cambiado y que, si le diera una oportunidad le pediría, esta vez sí, que fuera amantes.

¿La mantendría como se decía que hacían los hombres así? ¿Le regalaría chucherías de vez en cuando? ¿La usaría como a una vulgar prostituta?

La posibilidad de aceptar cualquier posibilidad deshonrosa le hacía perder el sueño. ¿Estaba tan necesitada de afecto que era una presa fácil? Porque no se trataba solo de sexo —seguía sonrojándose cada vez que pensaba en ello—. Le gustaba estar con él y creía que el sentimiento era mutuo, pero la incertidumbre la invadía. Si no se hubiera sentido tan asustada cuando él la rozó, quizás a estas horas sabría lo que se sentía al estar en brazos de un hombre y gozar con él. Jason la había deseado, estaba segura, pero también la consolaba si era necesario.

En algún momento de las últimas veinticuatro horas había imaginado lo que él podría haber hecho en la cama con Johana, su mujer y legítima compañera. No le había gustado su propia respuesta ante ello. Una bilis amarga se había instalado en su estómago eliminando cualquier posibilidad de disfrutar de la comida. Era una reacción impropia que la advertía de la importancia que Jason Morton estaba adquiriendo en su vida. Se recordaba que este había afirmado la gran diferencia que había entre querer y lo que sentía por ella. Ahora se preguntaba si eso quería decir que había una posibilidad de que llegara a amarla. Se estremeció solo de pensarlo, aunque no sabía si era debido a la esperanza o al pánico.

—¿Se encuentra mal? —La pregunta vino de la muy observadora Johana.

—No, gracias, solo ha sido un inesperado escalofrío.

Era demasiada presión estar allí, en aquella casa y en compañía de la propia esposa de Jason. Además, el grupo de mujeres era lo suficientemente influyente como para convertir su vida en un infierno. Solo estaba ausente Clarisse Laurens que, a pocos días de dar a luz, permanecía recluida en su casa.

Una de las cosas que tenían como orden del día era establecer los detalles que pensaban regalarle con motivo de tan feliz acontecimiento. Durante ese último mes, cada una de las presentes se había ido turnando para acercarse a la casa de la familia para hacerle compañía. Ayleen la consideraba una mujer dulce y juiciosa que deseaba tener a su hija o hijo en brazos. Consideraba que sería una buena madre, lo que la hizo pensar si su inicial planteamiento de vivir su vida sola era, no la más correcta, sino la que deseaba de verdad.

En esos momentos, lady Strimble estaba al cargo de todo el dinero que habían recaudado con la ayuda de todas y cuya beneficiaria sería la parroquia del pueblo.

—Este año hemos conseguido una cuarta parte más que el año pasado —declaró la vizcondesa satisfecha.

Aunque solía ser bastante desagradable en general, se la veía feliz por poder ayudar. Incluso esbozó lo que le pareció una sonrisa que, lejos de agraciarse su apariencia, la empeoró.

—Sí —afirmó Juliet Been—. Nuestros vecinos se han mostrado muy generosos.

Todas asintieron, sabiendo que era la que había conseguido más fondos. Ayleen pensaba que, en cierta forma, tenía el mismo talento que su hermano para hacer dinero. Si fuera más arrojada y quizás hubiera nacido hombre, no habría tanta diferencia entre ella y el señor Been.

—Es agradable saber que nuestra comunidad cuenta con numerosos cristianos piadosos y temerosos de Dios.

La señora Smith lo soltó como si fuera ella la que estuviera en un púlpito y hablara a sus feligreses. Hasta sus hijas, por lo habitual comedidas, la miraron con absoluta incredulidad y lanzaron algunas risitas.

Lady Strimble alzó los ojos al cielo como pidiendo paciencia por tanta estupidez ajena.

Johana Morton no se inmutó en absoluto.

Como siempre, fue la señora Haggens quien terminó hablando por todas las demás.

—Sí, querida, es una suerte. —Su tono evidenciaba lo contrario—. Quién sabe qué sería de nosotras si viviéramos en la ciudad —hizo una pausa—. Estaríamos rodeadas de delincuentes, prostitutas, ladrones y eternos bebedores de cerveza que se gastarían hasta el último chelín si sus esposas no controlaran cada penique.

Ayleen nunca había visto enrojarse de esa forma a Rose Smith mientras abría y cerraba la boca sin llegar a pronunciar palabra. Por una vez creía que Henrietta se había extralimitado.

Ella ya había presenciado lo contrario que era la mujer respecto a vivir en las ciudades, donde aseguraba se hallaban el pecado y la perversión. Era una opinión como tantas otras y no hacía falta generalizar. Ayleen había vivido toda su vida en Londres sin creer que todo fuera tan malo. No obstante, su parecer era tan respetable como el de cualquiera. Lo desafortunado del comentario —aunque había sido formulado con total deliberación—, era que la referencia a los bebedores podía aplicarse a George Smith, el marido de Rose. Si no fuera porque ella vigilaba las monedas que ese hombre gastaba, los Smith podrían llegar a vivir en la miseria. Según había sabido, el cabeza de familia era un pecador nato. Jamás hubiera dado su dinero para una causa tan noble como era arreglar la iglesia, preferiría gastarlo en cerveza y licor.

—Pero como vivimos en Greenville —intervino con presteza la anfitriona—, no tendremos que preocuparnos por eso, ¿verdad, Henrietta?

Lanzó una mirada a la aludida cargada de significado.

—Por supuesto, por supuesto. —Ella se refrescó con un abanico de plumas de lo más ostentoso—. Solo hablaba por hablar.

—Pues bien, si estamos de acuerdo, es el momento de ponernos a comentar el libro que todas hemos leído.

Johana se levantó para coger un volumen que tenía en una mesita cercana y todas la imitaron aliviadas.

El libro en cuestión era *Norte y Sur*, de Elizabeth Gaskell. Ayleen estaba un poco emocionada de poder comentar con alguien algunas de sus lecturas. Se aficionó a ello al pasar infinidad de horas sentada al lado de su padre tras el terrible accidente. A veces leía libros que sabía que le gustaban y otras recitaba poemas, pero la mayor parte eran obras de su predilección. Su biblioteca era bastante extensa y abarcaba multitud de temas.

Todavía ahora le dedicaba unas horas al día a tan agradable pasatiempo.

En cuanto a las damas del té, todo había comenzado de la forma más simple. Se había lamentado al perder el libro que después Jason Morton le devolvería. Había hablado de esa afición por leer y la mayor parte de ellas se mostraron interesadas, no tanto por la lectura en sí, sino por el argumento de ese último libro. Todas se habían apresurado a pedirlo al librero con la intención de utilizar una de sus reuniones quincenales para comentarlo. Ahora estaban allí para tal fin.

—Ha sido una lectura interesante cuanto menos.

Henrietta fue la primera en hablar.

—Estoy de acuerdo. —Johana sonrió por primera vez en toda la tarde—. He disfrutado mucho con él.

Hasta las jóvenes Smith se habían apresurado a leerlo también.

—Es una historia taaaan romántica —profirió Violet en tono melodramático poniéndose las manos al corazón. Su hermana meneó la cabeza asintiendo.

A Ayleen también se lo había parecido, pero prefirió reservarse su opinión sobre aquello.

El libro que las ocupaba narraba la historia de Margaret y John. Ella, proveniente del sur de Inglaterra, debía trasladarse a una ciudad industrial del norte del país, donde vivía él. Las formas de pensar y vivir de cada lugar del país se hacían eco en los dos personajes principales mientras reflejaban una sociedad diferente y cambiante. Lo bonito de todo el asunto era que, sin ni siquiera un beso, la autora conseguía crear un clima romántico que arrastraba hasta el final de las páginas. Era imposible no suspirar de emoción.

Como siempre, solía haber discrepancias y puntos de vista distintos.

—Solo alguien con una alma sensible vería algo de romántico en el libro —replicó lady Strimble.

—Eso no es del todo cierto. —Henrietta lucía una sonrisa cómplice y le guiñó el ojo—. Yo misma... ¡lord Jason! —anunció de repente interrumpiendo lo que había estado a punto de decir.

La silla de la esposa del juez estaba encarada hacia la ventana mientras que Ayleen y Johana, una al lado de la otra, le daban la espalda.

Ambas se giraron deprisa como movidas por un resorte.

De repente, Ayleen sintió que el aire de la habitación parecía haber disminuido. Esto y un furioso golpeteo en el estómago eran los únicos síntomas que podían evidenciar la repentina agitación de la que era presa.

Por un momento captó cierta tensión en el rostro de Johana que la inquietó, pero al instante desapareció y el rostro de porcelana de esta reflejó la serenidad habitual en ella. Había sido tan fugaz que pensó que tal vez lo había imaginado.

Se oyó el sonido de la puerta principal y una voz que le fue imposible de identificar. Después otra, que sí reconoció y que no era capaz de olvidar.

Las pesadas y rápidas pisadas de unas botas se acercaron hacia la salita en la que estaban todas, expectantes. Cuando Johana hizo el intento de levantarse, la puerta se abrió y Ayleen pensó que jamás un hombre podía resultar tan apuesto a sus ojos.

—Buenas tardes, señoras —inclinó la cabeza para saludar al tiempo que sus ojos escrutaron cada rostro hasta dar con el de ella.

Fue solo un instante; tan corto que podría haberlo soñado, pero no, no había sido así. Entre los dos se había establecido una comunicación sin necesidad de palabras.

Todas respondieron al saludo con educación y este se acercó a su esposa.

—Has regresado pronto —indicó Johana.

—Poco trabajo, así que pensé en terminar antes. —Las miró a todas, sonriente—. No sabía que contabas con la compañía de estas hermosas damas.

El halago no impresionó a ninguna de las presentes, pero todas lo aceptaron con gracia.

—Es nuestra reunión habitual, joven. —Fue Henrietta la que, sin perder un ápice de compostura, manifestó un hecho evidente mientras seguía bebiendo de su taza de té.

Ayleen seguía sin mucho interés el diálogo, pues estaba más concentrada en no demostrar ningún tipo de sentimiento que en parecer cortés. Temía quedarse mirándolo embobada o cometer algún desliz. Cuando se atrevió a mirar en su dirección, le pareció que estaba concentrado por completo en Henrietta, por lo que se atrevió a mirarlo.

Lucía unos pantalones en gris que delineaban sus firmes piernas, al igual que las oscuras botas de montar. Una fugaz visión de él con unos parecidos la tarde anterior la sonrojaron. La chaqueta rayada en un tono similar no lograba ocultar su poderoso cuerpo. El chaleco negro escondía una camisa blanca que a su vez protegía un torso poco velludo y delineado —supuso fruto de las cabalgatas diarias—. Por supuesto era imposible verlo, pero Ayleen era incapaz de olvidar la estampa que ofrecía en la cabaña del guardabosques: todo masculinidad y fuego. Tampoco veía sus manos, protegidas de la intemperie por guantes de cuero. Aun así el recuerdo de ellas, mostrando fortaleza y suavidad mientras acariciaban sus labios, era tan intenso como si estuviera sucediendo en ese mismo instante. Su cabello trigueño estaba revuelto y le daba un encantador aspecto de pilluelo. La barba que punteaba en su mentón reforzaba esa idea. Sus ojos verdes parecían brillar y una díscola y perezosa sonrisa bailaba entre sus labios.

Estaba en un buen problema. Tras observarlo en profundidad, no le encontraba ninguna imperfección. Mirando al vacío pensó si las cosas siempre serían así, ella codiciando algo que jamás sería suyo. Empezaba a verse incapaz de manejar el doloroso anhelo que sentía al verle o cuando pensaba en él. ¿En qué momento se puso en una situación tan complicada? ¿De verdad Jason sufría la misma incertidumbre y desespero? Era fácil decirse que no, viéndolo tan relajado en su propia casa, junto a su hermosa y perfecta esposa y gozando de una vida placentera. No obstante, le había dado tantas vueltas a esas preguntas sin respuesta, que no lograba decidir cuál era la correcta. Si se llegara a saber perdería tanto... Aunque bien pensado, él podría perder tanto o más que ella. Un inconveniente importante era que en la sociedad en la que vivían, hombres y mujeres no tenían los mismos derechos. Ayleen sería repudiada por la buena sociedad y a él se limitarían a regañarlo. ¿Acaso era justo perder tanto solo por sentir que un hombre la deseaba?

Lo miró de nuevo cuando le ofrecieron una taza de té y empezaron a coserle a preguntas. En cierto momento de descuido, sus miradas volvieron a encontrarse y Ayleen vio en sus ojos la misma contención, ansia y frustración que la invadían.

Su parte sensible de mujer se sintió halagada y reconfortada. Era una tontería sentirse así, pero no podía evitarlo. Con el corazón palpitante de algo parecido al afecto decidió olvidarse un instante de sus propias necesidades y concentró toda su atención a la conversación que se estaba desarrollando en esa misma sala.

—Hace mucho que no vemos a lady Claudia. —La señora Smith aleteaba las pestañas como si estuviera coqueteando con él.

A Jason le costaba aceptar la curiosidad —no sabía si normal o no— que la familia Morton despertaba en los habitantes de Greenville. Algunos de ellos seguían sus pasos con verdadero interés y nunca faltaban las bienintencionadas muestras de preocupación en caso de algún percance.

Ashton, tan altanero y lejano, era el que provocaba envidias masculinas o recibía suspiros melancólicos de las mujeres. Su título de duque y su relación con la reina Victoria arrancaban admiración o animadversión allí por donde iba. Su hermana pequeña, accesible, alegre y alborotadora era buscada como amiga —aunque realmente no tuviera ninguna— y aceptada allá donde fuere. Sus continuas ausencias de Carmine's Place ayudaban a mitificarla.

—Continúa de viaje por Europa con mi tía y mis primas —informó.

—Se la echa de menos —arguyó esta.

Jason no sabía muy bien cómo tomarse ese interés. Sí era cierto que todo el mundo la conocía y ella correspondía a su vez aprendiendo el nombre de todos ellos. Durante su infancia lo seguía con su poni a todas partes, ya fuera al pueblo o a los campos. Ya de mayor, cuando estaba en casa, procuraba seguirle en sus múltiples quehaceres. También hacía el papel de señora de la casa visitando a las mujeres y a sus hijos. Claudia tenía un corazón muy bondadoso.

—Pronto deberá presentarse en sociedad. —Lady Strimble hizo esa afirmación como si estuviera al tanto de lo poco que faltaba para eso.

—Es cierto —intervino Johana—. Mi cuñada aprovecha ese tiempo para disfrutar antes de encontrar a un buen hombre.

Preguntaron también por Ashton y Jason tuvo que saciar su curiosidad por su ausencia. De todas formas, aunque estuviera en Carmine's Place preguntarían igual. Incluso se atrevieron a exponer sus impresiones por su cercanía con cierta dama en la fiesta de primavera.

—No —respondió a una pregunta indirecta por parte de la señora Smith—. No tengo conocimiento alguno de sus planes para casarse —y un poco harto añadió—, pero puedo hacerle llegar sus preocupaciones sobre ello y esperaré a que él les dé las explicaciones pertinentes en una ocasión más propicia.

Tal y como imaginaba, eso cortó de raíz las preguntas cotillas. Tratando de encontrar un tema más inocuo que las alejara de las preguntas sobre su familia se interesó por el motivo de la reunión.

—¡Bah! —respondió Henrietta—, un poco de esto, un poco de aquello —parecía como si disfrutase de la vaguedad de sus palabras—. Ya sabe, cosas de mujeres.

—¿Hoy toca una sesión de lectura? —preguntó este sin inmutarse. Jason también sabía atosigar—. Lo digo por los libros que tienen a su lado —explicó cuando vio la confusión de sus rostros.

—Es más bien un debate o charla informal sobre un libro en concreto.

Johana lo miraba extrañada, preguntándose el porqué de tanto interés.

—¡Oh! ¿Y de qué libro se trata?

—No lo conocerá usted, lord Jason. —Juliet se atrevió a dirigirse a él.

—No, si no me dicen el título —empezaba a divertirse.

—Es *Norte y Sur*. —La voz de Ayleen salió aflautada a causa de la impetuosidad con la que había respondido.

Jason se sorprendió de oírla. Pensaba que no abriría la boca. Al menos, no mientras él estuviera allí. Ahora tenía un motivo para mirarla sin que nadie sospechara algo oculto por su parte.

Unos suaves bucles ondulados se soltaban del recogido al que había sometido su cabellera castaña. Los reflejos del sol que todavía entraban por la ventana se reflejaban en él confiriéndole el aspecto tibio y rojizo del color del otoño que había precedido a ese invierno. El modesto vestido a cuadros que la cubría no ocultaba un ápice del encanto que descubrió la

tarde anterior. No le costaba nada concebir la desaparición de esa prenda para imaginarla en ropa interior; sonrojada, vulnerable y absoluta y deliciosamente apetitosa.

Tragó saliva.

—Buena novela —declaró en un intento por no dejarse llevar por sus pensamientos.

—¿La has leído? —El estupor, ahora proveniente de su esposa, le molestó.

—Sí, por supuesto. La tenías entre tus cosas. Ahora mismo no recuerdo cuándo la leí, pero...

—Jason no sabía si Ayleen sospecharía de lo que acababa de decir, pero la verdad era que al perder el libro llegó a tomar en él un interés muy particular y eso le llevó a leer el que tenía su esposa. Lo había devorado como nunca había hecho esperando encontrar entre sus páginas un indicativo que le acercara al pensamiento de ella—. Si no les importa mi presencia, me gustaría quedarme y dar mi opinión sobre una novela tan interesante.

Las exclamaciones de extrañeza, sorpresa y placer no se hicieron de esperar.

Johana lo miraba anonadada, se daba cuenta, pero evitó su mirada para no tener que dar innecesarias y complicadas explicaciones.

Todas sacaron sus libros, algunos de los cuales tenían puntos marcadores en determinadas páginas. Él no contaba con eso para refrescar su memoria, pero no dudaba en acordarse de cada una de los temas que se planteasen. El primer punto, como era de esperar, fue el polémico y prolífico tema de las diferencias entre el norte y el sur de ese país.

—La escritora hace un retrato bastante desmoralizador de la parte más industrializada —empezó la señora Smith—. Doy por hecho que se trata de exageraciones para incrementar así el interés novelesco.

—Pues se equivocará por completo. —Jason tenía el deber de abrir los ojos a las más escépticas—. El ambiente de Manchester o Liverpool es tal y como lo describen.

Jason, como administrador de la finca y los intereses comerciales del ducado, viajaba con frecuencia y desde hacía años, no solo a Londres, sino a cualquier ciudad del país. Tenía invertido su dinero y el de su hermano en variados negocios de toda Inglaterra y se codeaba con todo tipo de personajes; desde hombres como el señor Been —que habían amasado una enorme fortuna con su inteligencia y saber hacer—, comerciantes de todo tipo y nobles que no le hacían ascos a amasar una fortuna alternativa a la que hubiera vinculado al título que poseían. Estos últimos eran pocos, pero a medida que la nación se industrializaba por completo, los aristócratas perdían los escrúpulos.

—Yo he estado en Londres —afirmó lady Strimble—. De hecho tengo casa allí y en breve me trasladaré para la temporada social. No he visto lo que esa Gaskell describe.

—Quizás porque frecuenta los lugares equivocados —respondió Jason con seriedad—. Puedo asegurarle que hay barrios de gente humilde y trabajadora que lucha cada día por sobrevivir. En todas las ciudades importantes —recalcó.

—A nosotras, lo que nos emocionó —intervino con prudencia Jazmin— fue el momento de la revuelta en la que ella se pone enfrente para salvarle. —Su hermana asentía entusiasmada—. ¡Qué valentía!

—Una estupidez, diría yo. —Henrietta no se cortó a la hora de dar su opinión—. Podría haber salido herida de gravedad.

—Eso es porque son unos bárbaros sin educación. —Rose Smith sacudió la cabeza indignada—. Fíjese en nosotros; aquí, en Buckinghamshire, no hay revueltas ni esa desmedida violencia.

—Algo tendrán que hacer para reclamar sus derechos —replicó Jason. Por un lado encontraba normal las opiniones de esas mujeres de buenas familias que vivían protegidas en el campo. No obstante, se sentía algo decepcionado por no oír lo que Ayleen tenía que decir.

Tanto ella como su esposa parecían haberse quedado mudas. En su esposa era algo normal, ya que odiaba las confrontaciones. Esa tarde ejercía de anfitriona y, como tal, sentía como su deber el moderar, no alborotar. Esperaba de Ayleen algo más que un silencio expectante. Tal vez deseaba ver la garra que esgrimía ante él cuando se sentía atacada.

—Bfff. —El bufido despectivo de Augusta expresaba la opinión que le merecían los derechos de esa gente.

—También deploro —continuó Jason sin inmutarse— la altanería y el exceso de esa supuesta educación en Margaret. Uno tampoco puede presentarse sin más donde no ha sido invitado.

—¡Eso es un insulto a las buenas maneras de la gente como nosotros! —La señora Smith estaba escandalizada—. Las habituales visitas a vecinos y amigos son el sùmmum de la civilización. ¡Ignorarlo sería el fin de la humanidad!

—Quizás no tanto, señora Smith. —La señorita Been intentó ser conciliadora—. Quizás sus prioridades sean diferentes.

—Diferentes y equivocadas. —Lady Strimble deseaba poner énfasis en quienes tenían la razón—. ¡Si hasta para despedirse se dan la mano como vulgares rateros!

—Pero, ¿acaso imaginan lo que John debió sentir al tocar la mano desnuda de la mujer que amaba?

Las sentidas palabras salieron de Ayleen, que al sentirse el centro de las miradas, enmudeció de golpe.

Jason percibió una emoción contenida en sus ojos y no pudo evitar desear hacer eso mismo y probar la suavidad de esas manos de alabastro.

—Solo de pensarlo tengo ganas de desvanecerme aquí mismo —musitó con fervor Violet.

—Si te desvaneces será a causa del tortazo que recibirás por decir semejante sinsentido —replicó con acritud su madre.

—Pues estoy de acuerdo con Ayleen. —Cómo no. A la señora Haggens le gustaba desafiar un poco las convenciones sociales—. Si una mujer no se estremece ante ese gesto, es que el hombre no está destinado a ser suyo.

—¡Bobadas! —Augusta se indignó—. Un hombre jamás debería tocar la mano desnuda de una mujer hasta que no fuera su marido. No debería decir eso delante de estas impresionables jóvenes. —Se refería a las Smith.

Mientras estas discutían y Johana trataba de reestablecer el orden, Jason la miró y esbozó una pequeña sonrisa de complicidad, pero ella giró la cabeza avergonzada. Sin embargo, tenía allí mismo la prueba de lo romántica y soñadora que esta podía llegar a ser. Para que ella amase, uno tendría que actuar, no solo con gentileza y devoción, sino con algo de arrojo y desvergüenza para así descubrirle el maravilloso mundo del amor compartido. En un momento de total certidumbre deseó ser él quien pudiera lograrlo.

Fue Henrietta quién carraspeó sin delicadeza para aligerar el ambiente y evitar más discusiones. Se dirigió a la anfitriona, pero para preguntar algo diferente.

—Querida, quizá pueda decirnos qué opina del libro. Es la única que no ha dado su parecer.

—Esto, yo... —parecía atribulada.

Jason sospechaba el motivo. Las cosas entre ellos, debido a su salida de tono de la noche anterior, habían hecho merma en su matrimonio.

—Quizás un pasaje del libro que le haya enternecido —insistió esta.

—Lo que podía decir es la impresión que me causó la última despedida de Nicholas a su hija Bess. Debo reconocer que me hizo llorar.

No bien lo dijo, todos, menos Ayleen, que no sabía de la historia, levantaron la cabeza y miraron a Augusta, que había palidecido de golpe.

Jason también había sentido el conmovedor dolor de un padre al perder a su hija al leer ese pasaje. En el pasado, los Strimble habían perdido a una hija cuando contaba doce años de edad. Cuando murió, él no había nacido todavía, pero era sabido cómo la joven falleció a causa de un golpe en la cabeza cuando la caída de un caballo la precipitó a una zanja.

Ayleen no acertaba a entender el repentino e incómodo silencio, pero permaneció sin decir nada, atenta.

Para no profundizar en el dolor de la mujer, Jason retomó el asunto anterior y lanzó una aseveración que logró calmar los ánimos, ya que todas le prestaron una total atención.

—Quisiera matizar —empezó para darle tiempo a Augusta para recuperarse— que darse la mano es secundario ante la injusticia que ella comete con Thorton cuando este le declara su amor. —El silencio de la salita era espeso y todas esperaban que pronunciara las siguientes palabras—. Margaret se siente ofendida por un amor desinteresado y noble —ahora, las palabras ya no estaban destinadas a las damas del club, sino a una sola mujer en concreto—, cuando esos sentimientos solo pueden ensalzarla. La joven no entiende que cuando un hombre ama, lo hace con toda la devoción de su corazón. Tanto si ella lo acepta como si no, no puede obligarlo a cambiar el poderoso anhelo del que es preso. Ella enciende una llama que, por mucho que sople, jamás se desvanecerá. Si no llegan estar juntos, el hombre perecerá con el último aliento en sus labios pronunciando su nombre, reverente.

Salido de algo similar al trance, Jason pensó que había metido la pata. Una vez empezado el discurso, las imágenes imaginarias de los dos protagonistas habían desaparecido para dar paso a la de Ayleen y la suya. Las palabras, que una vez dichas eran imposibles de retirar, habían sido tan sinceras que se preguntaba hasta dónde llegaba el interés por su vecina. Las expresiones de las damas del té oscilaban entre la incredulidad y la emoción contenida, así que tal vez no había pronunciado el nombre equivocado.

Todas miraron a Johana con algo parecido a la alegría y la envidia sana, dando por hecho que era la destinataria de tan conmovedoras palabras. No obstante, supo sin mirarla al frente, que la verdadera receptora de tal declaración no se había equivocado al pensar lo erradas que estaban las demás. La vio apretar los puños, fruncir el entrecejo y esbozar un encantador mohín de confusión. Se negaba a mirarlo y Jason entendía la razón. ¿Había confesado amarla? No, pero quizás había dado esa impresión. Sentía un fuerte sentimiento por ella pero, ¿amor? Era imposible, demencial.

Quizás quedarse no había sido tan buena idea, después de todo.

Queridos Ashton y Jason,

Si dijera que no os echo de menos mentiría. Estoy disfrutando de este emocionante viaje, de los paisajes y los monumentos, pero un pedacito de mi corazón se ha quedado en Carmine's Place.

No obstante, ¿quién puede aburrirse en Venecia o Roma? Hay mucho que ver y algunas cosas en especial me han llamado la atención, como las iglesias. ¿Sabéis cuántas hay en Roma? ¡Miles! Creo que incluso más que en toda Inglaterra. Ni estando un año en la ciudad podríamos conocerlas todas. Entonces, ¿por qué Helen y tía Mildred parecen querer hacerlo? Hoy mismo hemos ido a la basílica de Santa Maria in Aracoeli. ¿La conocéis? Tiene una enorme escalinata de mármol y llegado a los sesenta peldaños he dejado de contar. ¡Una auténtica tortura! Sospecho que mis pies han quedado afectados y nunca volverán a ser los mismos.

Sé que los dos os reiréis al leer estas líneas, pero no es debilidad, no. Si vosotros llevarais puesto un vestido de mujer os encontraríais en las mismas dificultades.

Y luego está el Coliseum. ¿Qué decir de él? Solo con cruzar el Arco de Constantino y vislumbrar aquella mole de piedra con tanta historia hace que se me detenga el corazón.

No me importa que esté medio en ruinas. En Inglaterra no tenemos nada parecido.

También hemos disfrutado de varias meriendas al aire libre. La más memorable fue la que dio el cónsul. El tiempo era magnífico y la gente parecía querer agradarnos, no como esas francesas. He comprobado con auténtico estupor que mi italiano es mejor de lo que creía. Gracias Ash por haberme obligado a seguir con las lecciones. Por una vez —sin que sirva de precedente—, te voy a dar la razón.

La única nota discordante es tía Mildred, que no deja que me acerque a los bailes. Es más, me manda a dormir temprano, como si fuese una niña. Por suerte, el año que viene será el de mi presentación y nadie —incluidos vosotros— podrá impedir que baile toda la noche.

Recordadlo para el futuro.

Nuestra prima Angy ya no debe preocuparse de ello. Las campanas de boda suenan cada vez más cerca. No sé muy bien lo que significa, pero Robert le confesó a su hermano que le es difícil controlarse y que la espera se le hace cada vez más dolorosa. ¿Será que la ama profundamente y sufre por ello?

Si os preguntáis cómo me he enterado, os diré que no tengo la culpa de escuchar conversaciones privadas. Yo solo pasaba por ahí y al oír el nombre de Angy...

Supongo que habréis notado una madurez en mí que antes no tenía. Me estoy comportando mucho mejor y casi nunca protesto. Y en menos de dos semanas volvemos a partir. Esta vez iremos a Madrid y Sevilla.

Bueno, es el momento de las despedidas. Esperad mi próxima carta. Y Jason, da un beso y un fuerte abrazo a Johana de mi parte.

Os quiere,

Claudia.

Jason dejó la carta de su hermana, que llegó el día anterior, sobre la mesa de desayunos y esperó la respuesta de su esposa. Hacía días que la sonrisa se le había borrado del rostro y la tensión era más que palpable. El matrimonio Morton ya no era esa pareja que despertaba admiración, incluso envidia. Más bien se mostraban fríos y distantes el uno con el otro. No es que hubieran dejado de hablarse. Johana seguía contándole cómo le había ido el día o sus

planes de media tarde. Sin embargo, era muy escueta y apenas adornaba sus relatos. Era como si no hiciese el menor esfuerzo por normalizar la situación.

Para Jason, lo sucedido el día de la tormenta no había sido ninguna discusión, o por lo menos no una al uso, pero los efectos habían sido los mismos. Sabía que su esposa estaba molesta y se sentía herida, tanto por sus palabras como por no confiar en ella. Por suerte, Ashton estaba en Londres y no tenían que aparentar. Así que su marcha era una bendición. Un descuido, un desliz y su hermano se percataría de la tirantez que había entre ellos, y por supuesto no habría podido resistir la tentación de intervenir, como venía haciendo siempre. Como duque y cabeza de familia creería ser su obligación.

Su tía Mildred le permitía que actuara de ese modo. Es más, se apoyaba mucho en él. Aunque tenía un hijo varón y tres yernos con una buena posición social, siempre buscaba sus consejos, ya fuera en asuntos financieros, opiniones sobre los demás o relacionados con algún tipo de actividad social. Para eso Ashton era su preferido. Ella adoraba esa soberbia rigidez de la que tanto hacía gala, sus impecables modales o su intuición. Y por supuesto, su amistad con la reina Victoria. En cambio, Jason prefería su versión más discreta y no quería que metiera la nariz en sus asuntos. De toda su familia, Ashton era el más frío y el que menos lo entendería.

Cuánta falta le hacía Claudia, menos comedida que su hermano, pero más cercana. Era un apoyo muy importante en su vida, aunque fuera tan joven. Entendía de errores, sabía escuchar y sobre todo, perdonar, porque tenía un corazón muy grande. ¿Entendería lo de Ayleen o también se lo hubiera ocultado? Con seguridad. Si bien podía llegar a ser muy comprensiva, quería mucho a Johana y no hubiera aceptado ni tolerado el engaño.

—Si no te importa, después la leeré con calma —murmuró Johana tan bajo que tuvo que hacer un esfuerzo para entenderla.

No había sido la reacción que esperaba de ella. Jason había supuesto que mostraría más interés y se inclinaría por comentar la carta con él.

No fue así.

—Lo que desees.

Cabizbajo siguió tomando el desayuno en el más absoluto silencio mientras meditaba qué hacer con su esposa. Tenía claro que se había vuelto un cobarde, porque tras la riña no buscó el mínimo acercamiento. Por un lado le incomodaba verse en esa situación tan poco agradable, pero por el otro se convencía de no tener que dar explicaciones de sus actos. Eso le hizo recapacitar bastante. ¿Desde cuándo se había vuelto un ser tan deshonesto, insensible y cruel? ¿Acaso carecía de sentimientos? Era cierto que no veía a su esposa del mismo modo, pero aun así, ella seguía siendo la misma con quien se casó: una mujer buena, afectuosa, que lo amaba. No era ella quien había cambiado.

Sus demonios interiores lo carcomieron. Se sintió peor que una mísera cucaracha, rastrero, ruin. Estaba cometiendo una injusticia con Johana y debería arrepentirse de cada uno de sus actos y pensamientos. Entonces, ¿por qué no podía hacerlo? Por lo menos no en lo que a Ayleen se refería —su deseo era demasiado fuerte—, pero sí sobre la aflicción que caía sobre su esposa. Eso podía remediarlo. Se preguntó si una reconciliación podría resultar sencilla, aunque claro, al menos debería intentarlo las veces que hicieran falta. No soportaba estar así.

Carraspeó.

—Johana... —murmuró en un tímido intento.

Aunque era un hombre sensato y decidido, no le resultaba sencillo dar el primer paso, pues no sabía qué reacción iba a encontrarse. Tampoco había descubierto cómo le sentó su intervención en la reunión de las damas del té. ¿Pensaría acaso que se trataba de una intromisión? ¿Que había ido demasiado lejos? Era difícil encontrar una respuesta puesto que no

había demostrado ninguna emoción, ni en sentido negativo ni positivo. Es más, no había hecho ni la más mínima referencia a esa tarde.

Ella levantó la vista de su plato y arrugó la frente.

—¿Sí?

La conversación entre ambos venía siendo tan escasa, que se alegró de escuchar su voz por segunda vez en aquel desayuno.

No era una situación nada agradable para ninguno de los implicados.

—Me satisfaría que pudiéramos mantener una conversación completamente normal. ¿No tienes nada que decir sobre el viaje de Claudia?

Ella alzó sus pestañas.

—¿Qué es lo que quieras que diga? No hay nada por qué preocuparse. Pese a sus quejas, mi cuñada parece estar pasándoselo bien. ¿Tienes otra impresión?

—No.

—Bien.

—¿Ya está? ¿Solo vas a decir eso? ¿No deberías, al menos, alarmarte por la situación de Angeline y Robert Fillon?

—Con tu tía presente, no. Ella no va a dejar que pase nada comprometedor. Además, no quisiera que pensaras que te estoy atosigando o que me meto demasiado en tu vida —apuntó con un deje de ironía, nada propio en ella.

—Eso no es... —Jason se detuvo al reconocer sus propias palabras, de lo cual se avergonzó—. Esto es absurdo, ¿no crees? Tuve un mal momento, lo admito, pero no fue mi intención hablarte de un modo tan grosero. ¿Qué quieres que haga para que me perdones?

Johana lo rumió durante unos segundos. Se trataba de una mujer bondadosa a la que le costaba poco perdonar.

—Me debes una disculpa sincera —anunció sin demasiada dureza—. Y lo que en verdad importa: una explicación.

Se dio cuenta de que lo primero era más fácil que lo segundo.

—Lo siento, Johana —comenzó diciendo mientras su mente se esforzaba en buscar una excusa plausible para su reprobable comportamiento. No podía admitir lo que sentía por Ayleen. Eso la destrozaría—. Estoy teniendo ciertas dificultades.

—¿De qué tipo? —lo presionó. Porque Jason hablaba a medias.

—Financieras.

La vio contener la respiración. Johana estaba relacionando el extraño comportamiento de su esposo con lo que acababa de oír y pensó en la peor de las situaciones.

—Dios Santo. ¿Se trata de la fortuna de la familia? Creí que tu hermano era rico. ¿Qué ha sucedido? ¿Y cuándo? —Parecía querer averiguar cómo había tenido lugar aquella catástrofe y si en parte ella tenía algo que ver—. ¿Me excedí con la fiesta de primavera? ¿Se trata de eso? No debí invitar a tanta gente.

Jason movió la cabeza. No quería que pensara que estaban al borde de la bancarrota.

—La fortuna de mi hermano es más que excelente —afirmó con contundencia en una enrevesada explicación—. Yo diría que magnífica. Gracias a Dios, no es tan grave. Así que puedes estar tranquila.

Lo miró con sorpresa.

—¿Entonces?

—Solo estoy teniendo unos pequeños problemas para recuperar el dinero de una inversión. Se está dilatando más de lo que debería.

—Una inversión —repitió ella—. ¿Todo esto por una inversión?

Johana no aceptó la explicación con sencillez. Estaba disgustada y su rostro lo translucía. Se preguntaba si todo el malhumor que había soportado de Jason habría valido la pena por unas miserables libras. Ni aunque fueran miles. Pero luego terminó de escuchar su relato y de pronto todo cobró sentido.

—Convencí a mi hermano para que se involucrase en un negocio que creí lucrativo. Él era reacio porque había escuchado ciertos rumores. Así que si el dinero se pierde habrá sido culpa mía.

—Te sientes responsable.

—Sí.

Jason reparó en lo bien que se le daba mentir y lo mucho que estaba llegando a acostumbrarse. Esa habilidad no debería ser motivo de orgullo. Era una conducta reprobable que lo volvía más y más hipócrita.

—Ashton no lo sabe, ¿verdad?

—No, y te pido que no se lo digas. Puedo solucionarlo. Lo único que necesito es tiempo.

—Está bien —aceptó tras unos segundos—. Puedo justificar tu comportamiento, pero desearía que me lo hubieras contado antes. —Johana esbozó una sonrisa de comprensión y apoyo. No pensaba insistir más. Tenía suficiente confianza en su esposo para saber que podría solucionarlo.

—Gracias.

Podía prometerse poner todo el empeño en hacer a su esposa feliz. Sería más que justo. Sin embargo, no estaba seguro de poder cumplirlo, no cuando Ayleen significaba tanto para él y sus sentimientos crecían día a día.

—Hace una mañana demasiado hermosa como para quedarse encerrado —comentó Johana después de terminarse el desayuno—. ¿Por qué no te permites un descanso y me acompañas a dar un paseo en calesa?

Johana se levantó de su asiento y se situó a la espalda de su esposo, con el respaldo de la silla entre ambos. Luego le dio un pequeño masaje en los hombros y depositó un beso en la sien.

Él no se sintió nada complacido con ese gesto tan cariñoso y tuvo que recordarse que se trataba de su esposa. Tenía todo el derecho.

—Los caminos seguirán embarrados.

Solo hacía unos días que había dejado de llover.

—¿Y no crees que ya nos hemos acostumbrado?

—Tengo trabajo.

Ella suspiró.

—Sí, lo sé. ¿Pero no puedes permitirte un pequeño descanso?

—Si mi jornada no ha empezado, no puede decirse que sea un descanso.

—Jason...

Este sospesó la idea y al final decidió complacerla. No pasaba nada porque descuidara un poco sus obligaciones. Venía haciéndolo desde hacía tiempo y Tim, su ayudante, era muy competente. Por un par de horas o tres que duraría aquel paseo se las arreglaría solo y así haría feliz a su esposa.

Trató de esbozar una sonrisa, aunque tuvo que forzarla.

—Está bien.

Iba a tener que esforzarse mucho en adelante por volver a recuperar esa cotidianidad que acostumbraban. Si no quería acabar convertido un ser amargado cuya existencia parecía carecer de importancia debía sacarse ya de la mente a Ayleen Blake. No podía vivir eternamente en ese estado de desasosiego y aturdimiento, como si su vida pendiera de un hilo. Sí, tenía un dilema que implicaba a dos mujeres y era urgente desvincularse de una de ellas, porque solo había una solución posible, y estaba frente a sus ojos: lo suyo con Johana era un matrimonio legítimo, consagrado por la iglesia. Serían marido y mujer hasta la muerte de uno de ellos. No había más. Quizás sus principios habían quedado por los suelos —robarle besos a Ayleen lo confirmaba—, pero sabía cuál era su deber y tener a Ayleen como su amante no entraba en sus planes... por mucho que lo deseara. Estaba absolutamente convencido. Debía tratar de recomponer la relación con su esposa.

Media hora después el matrimonio se subió a la calesa y partió hacia Greenville. Johana eligió cederle las riendas del caballo a su esposo, aunque ella estaba mucho más acostumbrada a llevarlas.

El trayecto resultó ser tan complicado como preveía, o por lo menos en el primer tramo. Los habituales surcos del camino se habían llenado de agua tras doce largos días lloviendo y el barro salpicaba a un lado y otro. Por suerte, ellos estaba demasiado en alto como para ensuciarse. Además, la capota también les ofrecía protección. Jason iba más despacio de lo habitual y con cautela, disminuyendo la velocidad o incluso deteniéndose si era necesario. No quería que una de las dos ruedas encallara en el fango e hiciera volcar el vehículo.

A pocas millas del pueblo, cuando estaba dirigiendo la calesa hacia un lado del camino para evitar precisamente un gran charco, mientras su esposa se aferraba a un extremo de la portezuela, alzó la vista y se dio cuenta de que un poco más allá había dos personas detenidas. Podía apreciarse, por el contorno de los cuerpos, que se trataba de dos mujeres. Una de ellas estaba sentada sobre una tapia de piedra que rodeaba la propiedad de la familia Spencer y la otra, que permanecía de pie, le llamó poderosamente la atención. Le resultaba familiar. Solo al acercarse más supo que se trataba de Ayleen. Aunque estaba de espaldas, tenía la seguridad de no equivocarse.

En algún momento estas oyeron el sonido de los cascos del caballo y voltearon las cabezas. Ayleen agrandó los ojos, su corazón empezó a latir más deprisa y notó una sequedad en la comisura de los labios. Jason. Se trataba de Jason... y Johana.

Hacía tiempo que había reconocido que ambos hacían una magnífica pareja, pero reconocerlo no significaba que le gustase. Acababa de darse cuenta de que estaba celosa de verlos pasear con toda la tranquilidad del mundo mientras ella se moría por dentro y se preguntó cómo iba a hacer para saludarlos con naturalidad cuando sentía un intenso dolor en las entrañas.

Le lanzó un reproche silencioso a Jason mientras se restregaba las palmas de las manos sobre la falda de color azulón.

—¡Buenos días! —saludó Johana, ajena a sus sentimientos.

La cuñada del duque era un claro ejemplo de la perfección femenina: su gracia, sus excelentes modales y su hermoso rostro así lo atestiguaban. Iba vestida con un elegante traje y un sombrero marrón adornado con plumas. En comparación se sintió fea y sucia. Su falda era algo vieja y con el dobladillo subido, pero adecuada para aquel paseo.

—Lord Jason. Lady Johana. —La respuesta de Ayleen fue más seca y formal de lo que hubiera preferido.

El matrimonio lo notó.

—Ayleen, ¿va todo bien?

—Mucho me temo que no. —El enojo por verlos juntos se transformó en preocupación—. Veníamos del mercado cuando la señora Fraser metió la pierna en un hoyo y se ha lastimado. No creo que podamos llegar a casa.

—Déjeme ver. —Jason le entregó las riendas a su esposa, saltó a al suelo de un salto y se acercó a Adele—. ¿Puede andar?

—Sí, pero me duele.

Se agachó frente a ella y le pidió permiso para comprobar el estado del pie y del tobillo. Con su esposa presente y ante tal percance, ninguna de las tres mujeres puso objeción.

Apretó con suavidad por encima de la piel del botín y lo inspeccionó lo mejor que pudo. No era un experto, pero había sufrido unas cuantas lesiones en su vida y sabía ver que la zona estaba levemente hinchada.

—No creo que se trate de nada serio, aunque le vendría bien poner el pie en reposo. Si por la mañana le sigue doliendo harían bien en avisar al doctor.

—No será necesario molestarle —replicó Adele haciendo caso omiso de los consejos de Jason—. No me dirá nada que yo no sepa. Voy a usar un remedio que aprendí de mi madre, sencillo y económico: envolverlo en piel de patata.

Ambas mujeres se dieron cuenta de que Jason alzaba las cejas con incredulidad, como si no hubiera escuchado bien. En cambio, Ayleen había aprendido a no cuestionar los recursos de Adele.

—Ayuda a bajar la hinchazón —aclaró atropelladamente, consiguiendo arrancar una sonrisa en su señora.

Esta volteó el rostro con rapidez. Le atemorizaba la idea de cruzar su mirada con la de Jason. La emocionaba y la irritaba al mismo tiempo.

—No se preocupe. Yo me encargaré de su recuperación. Si es preciso llamar al doctor, lo haré.

Jason asintió, conforme.

—Está bien —dijo mientras se ponía de pie—. Y ahora, déjeme ayudarla. La llevaré a casa. Le tendió una mano a Adele y tiró con suavidad para ayudarla a levantarse.

—¿Y cómo pretende hacerlo, lord Jason? La calesa es de dos plazas. No veo cómo pueda caber ahí.

Jason barajó diversas posibilidades, pero sabía que la mujer tenía razón.

—Johana —se giró hacia ella—, ¿podrías quedarte haciendo compañía a la señorita Blake?

Él acercaría a Adele hasta la casa y luego las recogería. O mandaría a alguien para hacerlo, puesto que tampoco había sitio para ella en la calesa.

—Por supuesto.

Su esposa entendió a la perfección lo que quería decir. Lo primero era lo primero. Y se trataba de una emergencia. Fue el ama de llaves de Ayleen quien no estuvo para nada de acuerdo.

—No quiero apartarlos de sus tareas. Sigán su camino. De un modo u otro llegaré a casa. Seguía sosteniéndose en Jason, pero trataba de no apoyar el pie en el suelo.

—No es una opción. Son más de tres millas.

Había hecho un cálculo aproximado y, aunque no eran demasiadas en condiciones normales, podía resultar un infierno para una mujer lesionada.

—No puedo permitir que dos jóvenes damas sean abandonadas en medio del camino. Si algún rufián las atacase, ¿quién las defendería?

Desde lo alto de la calesa, Johana puso los brazos en jarra y arrugó la frente.

—Señora Fraser está siendo muy testaruda. Por aquí no hay bandidos, rufianes o como usted quiera llamarles.

—Que nosotros sepamos —apuntó la otra.

—¿Pero no se da cuenta de la insensatez de su idea? Además, usted y Ayleen también han estado solas.

—Pero yo soy una mujer fuerte, mientras que ustedes son tan menudas como un pajarillo. Johana suspiró pesadamente y tomó una decisión.

—Está bien, yo la llevaré y esperaré junto a usted hasta que mi esposo y Ayleen regresen. No les costará demasiado cubrir el tramo.

—¡Imposible! —exclamó Ayleen en un arrebató. Trató, por todos los medios, de no sonrojarse y quedar en evidencia ante los presentes. Se dio prisa por añadir—. Sería demasiada molestia.

—Estoy de acuerdo —corroboró la más afectada.

—No creo que sea buena idea —terció Jason dejándose oír por encima de sus voces.

Era imposible ponerse de acuerdo, así que voz una voz de mando que no admitía réplica atajó el asunto.

—Está decidido y así se hará.

De repente Ayleen se había puesto nerviosa, porque quedarse a solas con él era justo lo que trataba de evitar. ¿Iba a acompañarla como haría cualquier vecino o trataría de sacar ventaja de la situación? ¿Qué haría ella si eso sucedía? ¿Qué iba a decirle? Jason era su mayor peligro, no esos rufianes a los que la señora Fraser se refería.

Definitivamente, no se sentía a salvo.

Jason ayudó primero a la señora Fraser a subir a la calesa y a acomodarse en el asiento. Luego se despidió de su esposa. Su expresión se había vuelto confusa y Ayleen no supo en qué estaría pensando, pero seguro que se sentía tan incómodo como ella.

El silencio cayó entre ambos como una pesada losa. A ninguno de los dos le resultaba fácil dialogar. Era embarazoso recordar el ardiente episodio que habían compartido el día de la tormenta. Cielo Santo, hasta entonces no había sabido lo que era la verdadera pasión. El incesante anhelo, el deseo de ser tocada y amada. Sus anteriores besos solo habían sido una lejana aproximación, nada que ver con lo que despertó aquella tarde en ella: fuego. Se sintió en llamas y era muy difícil extinguirlas.

Se dijo que no podía dar la excusa de estar bajo los efectos del alcohol. Sería mucho más sencillo si hubiera tomado unos tragos. Por lo menos tendría una excusa aceptable y no sentiría tanta vergüenza. Lo escudriñó con la cautela de un gato. Después se puso frenética y finalmente terminó por enfadarse. Fue un sentimiento que ya había experimentado antes, pero resurgió con más virulencia. ¿A qué estaba jugando Jason Morton? ¿Cómo se atrevía a hacerle aquello? Él la acosaba, trataba de besarla, le decía palabras bonitas y verdades que se clavaban en su corazón, como esa tarde en su casa, delante de todas las damas del té. ¿Qué derecho tenía a expresarse así? Un amor desinteresado y noble. Esas fueron sus palabras exactas, pero él no era Thornton ni ella Margaret, ni estaban en un maldito libro. Jason estaba casado, ahí radicaba la principal diferencia. Si en verdad era dueño de esos sentimientos, hubiera sido mucho mejor que se los callase. Era lo que debía hacer un caballero. ¡Por supuesto que se sentía ofendida! Apretó los dientes y empezó a andar con paso firme y decidido. Unas veces mirando al frente y otras al suelo para no tropezar.

—Veo que te preocupa mucho el hecho de que pueda abalanzarme sobre ti.

Habían recorrido casi una milla antes de que empezaran a hablar. Ayleen tuvo algunas dificultades y Jason la sujetó del brazo para ayudarla. Sin embargo, se deshizo de él con rapidez y le recordó que era muy capaz de cuidarse sola.

—No necesito de un ángel protector.

Él alzó los brazos en señal de rendición. Empezaba a darse cuenta de que estaba enfadada.

—Está bien. Estás en todo tu derecho de sentirte ofendida. No era mi intención y no volveré a suceder.

—¡Qué palabras más vacías! —exclamó airada y dando gritos—. Las pronuncias con demasiada frecuencia y luego las desechas con la soltura propia del rey de los mentirosos. Tú no quieres... Es una fuerza superior... ¡Paparruchas!

—¿Crees que para mí es un juego?

Iba a decir que sí, pero cambió de estrategia.

—Me da igual, porque soy inmune a ti.

El alzó una ceja con soberbia.

—¿Qué quieres decir?

Ayleen sintió deseos de borrarle aquella expresión de un puñetazo.

—Ya te he olvidado. No me afectas en absoluto.

Jason se detuvo inmóvil en mitad del camino y examinó su rostro con intensidad. No había ningún rastro de rubor o vergüenza, todo lo contrario, parecía más fuerte y decidida que nunca. Tuvo un momento de duda. Vaciló. No podía ser cierto. Apenas unos días antes habían compartido un ardoroso encuentro. ¿Cómo iba a olvidarse de él en un abrir y cerrar de ojos? Era imposible.

—¿Ah, sí?

Ayleen vio un peligroso brillo en sus ojos. Lejos de la que había sido su intención, lo estaba desafiado y él parecía muy dispuesto a demostrarle cuán equivocada estaba.

Con un movimiento audaz, Jason se le acercó y sus cuerpos quedaron pegados. Se puso rígida mientras luchaba contra su voluntad. Apenas la tenía sujeta. Su brazo rodeaba, flojo, su espalda. Podía liberarse cuando quisiera, pero le era imposible escapar. Sentía su aliento acariciar mansamente su cabello y su lengua comenzó a recorrer un sendero marcado por fuego.

Contuvo el aliento. Su voluntad apenas era nada y el enfado, pura fachada. Le urgía sentir su contacto y abandonarse en sus brazos, rodearle el cuello y mordisquear cada pedacito de piel. Desde aquel día de tormenta, Ayleen tenía una imagen bastante clara de cómo era su cuerpo. Por supuesto, excepto por una pequeña porción que no había sido expuesta. Tan masculino y terso que cortaba la respiración. Mordiéndose uno de los labios, se preguntó cómo sería verlo completamente desnudo y qué sentiría al tocarlo. ¿Le proporcionaría tanto placer como a ella? Se ruborizó ante tal pensamiento. ¿Desde cuándo se había vuelto tan atrevida y descarada? ¿Dónde había quedado su recato? Era una mujer virginal y tímida. No podía ser seducida como una vulgar fulana.

Cuando sintió las manos de él bajo sus faldas recordó dónde estaba el límite. Se daba cuenta de que estaba cometiendo los mismos errores y pecados que las veces anteriores. Se liberó del abrazo y le dio la espalda mientras trataba de recobrar la compostura.

—¡Ciertamente esto es una insensatez! —señaló sin aliento, volviéndose de nuevo y encarándose a él—. Estamos en mitad del camino. Cualquiera que se acercase podría vernos y tus modales son cada vez peores, si acaso los has tenido buenos. Además, nos estamos retrasando. ¿Cuánto crees que va a esperar Johana? —Se arregló el cabello inconscientemente. Se sentía abochornada.

—Lo es —habló él, haciendo referencia a lo de cometer locuras—. En eso siempre estamos de acuerdo, al igual que nuestros cuerpos. Tus labios dicen que no te importo, mientras que nuestros cuerpos bailan un lenguaje distinto.

—¡Qué barbaridad! —balbuceó. ¿De dónde sacaba todas aquellas palabras?

No tuvo tiempo a formular una respuesta. Jason quiso sustentar con pruebas su comentario. Cubrió la mano enguantada con la suya y la acercó hasta sus pantalones, donde un bulto hinchado sobresalía. La retuvo un instante sobre su parte más íntima y varonil. Mientras tanto, él disfrutaba del íntimo contacto.

Ayleen abrió la boca y volvió a cerrarla. Muda de puro asombro. Después retiró la mano como si se hubiera quemado con fuego.

Casi se atragantó. ¿En verdad había...?

—¿Lo ves? —murmuró complacido—. Lo que yo decía. —Hizo una pausa mientras sus ojos se oscurecían—. Y ahora, prométeme una cosa. —Ayleen seguía sin reaccionar y Jason aprovechó la oportunidad—. Encontrémonos esta noche. En la casita.

Ella lo juzgó como una proposición escandalosa. Al igual que su temerario gesto.

Sus mejillas se inflamaron de indignación.

—¡Por supuesto que no! Y de noche. ¿Con qué fin? —Jason la estaba confundiendo. Por supuesto que sabía lo que deseaba.

—Con el que tú quieras. Me rendiré a tus deseos.

—No, por supuesto que no. ¿Crees que saldré a oscuras y a hurtadillas para verme con un hombre? —le preguntó—. Estás loco.

—No a cualquier hombre, sino a mí.

Aquella declaración lo decía todo. Estaba más que dispuesto a arriesgarse por ella. No obstante, Ayleen tenía millones de dudas. No podía salir al abrigo de la noche, a escondidas, como si se tratara de una fugitiva. Si lo hiciera, y solo si lo hiciera, tendría que tomar todas las precauciones del mundo, como no hacer ruido. Además, si se ausentaba demasiado, sus empleados podrían darse cuenta. Eso sin contar con las dificultades añadidas. Debería hacerse con una lámpara de queroseno que alumbrara el camino.

Era un razonamiento desmoralizador, plagado de inconvenientes, pero servía para convencerse a sí misma.

—Eres muy presuntuoso y descarado.

Él sonrió.

—¿Entonces es un sí?

Ayleen iba a decir que no, pero se lo pensó mejor. ¿Por qué? Ella también desearía saberlo, pero era incapaz de actuar con rotundidad. Sus palabras siempre se las llevaba el viento. Así que optó por un:

—Tal vez.

Esa fue la última frase que escuchó de ella. El resto del camino avanzó cabizbaja y silenciosa, llegando a casa como pudo. Jason no había vuelto a insistir, ni siquiera la había rozado accidentalmente, aunque estaba segura de que tan pronto pusiera un pie en el umbral todos se darían cuenta de lo que había pasado entre ambos.

Por suerte, no fue así. Margueritte, Angus y Johana parecían haber volcado su atención en la señora Fraser, o a lo mejor era que ella fingía muy bien. Lo que fuera. El matrimonio Morton se retiró con prontitud y ella al fin pudo respirar en paz. El resto de la mañana se la pasó tratando de hacer descansar a Adele, que a pesar del dolor seguía empeñada en terminar sus tareas de la casa. No fue hasta que amenazó con atarla a una silla que esta cedió y la paz volvió a restablecerse.

Por la tarde decidió hacer frente a la invitación que había sido formulada unos meses atrás, cuando el señor Plumbert vino a cortejarla por primera vez. Aunque no había asegurado la visita, tampoco la había declinado. No fue hasta el día anterior que él volvió a recordárselo, con evidente bochorno, y Ayleen fue incapaz de encontrar una excusa plausible. Eso sí, se aseguró de llevar compañía.

Azuzó las riendas mientras Juliet Been viajaba sentada a su lado. Todavía no se le daba muy bien eso de manejar la calesa. Era algo nuevo y se sentía un tanto dubitativa. Por eso hizo un esfuerzo para que su acompañante no lo notase y se sintiera a gusto.

—Hace una tarde perfecta para contemplar flores. —Juliet sonreía mientras alzaba el rostro para que le diera el sol.

La bondadosa y tranquila joven, aunque pasados los veinticinco años ya no se la consideraba como tal, había aceptado con un vehemente entusiasmo su propuesta de visitar la pequeña finca. Incluso había observado que llevaba un coqueto vestido a conjunto con su *dolman* y un exquisito bonete con plumas negras y un lazo rosa que resaltaba su terso cutis y oscura cabellera. Resultaba extraño contemplarla así cuando siempre había vestido sencilla y sin destacar a pesar de contar con todo el dinero de su hermano. También se podía decir que, si bien su disposición para con ella no era como al principio, tampoco notaba ese frío glacial que se había instalado entre ellas durante el último mes. Quizás la había ofendido sin saberlo.

Resolvió preguntárselo.

—Ya que estamos solas —comenzó— aprovecharé para preguntarle si he hecho algo que merezca su desaprobación.

Su compañera de viaje se sobresaltó, pero Ayleen, pendiente del camino, no lo notó.

—Uh. ¿Por qué cree eso? —No la miraba directamente, sino que ladeó la cabeza hacia su derecha para contemplar los campos de conreo.

—No sé... —titubeó al ver que la otra no afirmaba estar afectada por nada—. La he notado distante y pensé que tal vez se había disgustado conmigo. —Dejó de fijarse en el camino para mirarla—. Nada me afectaría tanto como saber que la he herido de algún modo.

Su tono era tan sincero que su acompañante se removió incómoda.

—No se preocupe. Solo se trata de una mala época, pero se me pasará.

Ayleen no acabó de creer aquella declaración. No resultaba demasiado sincera. En cierta forma había admitido haberla tenido en poca consideración, pero como había aceptado acompañarla y parecía más alegre decidió que lo que fuera que había pasado había vuelto a su cauce. Resolvió dejarlo como estaba y no seguir indagando.

A poco más de una milla del pueblo llegaron a un cruce. Tomaron el de la izquierda y vieron, a lo lejos, una vivienda no mucho más grande que la de la propia Ayleen. Cuando se acercaron contemplaron una casa de techo bajo pintada en tonos terrosos. Tan pronto cruzaron las vallas abiertas y entraron al trote en el amplio patio de entrada, la puerta principal de la casa se abrió dando paso a un acicalado señor Plumbert.

—¡Buenas tardes! —lo saludaron ambas al unísono.

Este cabeceó en señal de saludo y se apresuró a ayudarlas a descender de la calesa.

Ninguno vio la mueca que se impuso en la cara de Juliet Been cuando el anfitrión ofreció primero su mano a Ayleen. Se recompuso con rapidez y esbozó tal radiante sonrisa cuando el hombre le ofreció su mano, que este se mostró desconcertado por un momento.

Haciendo gala de unos modales impecables las invitó a cruzar su casa para descubrir en la parte posterior un precioso y cuidado invernadero. Más tarde, dijo, les servirían el té allí mismo.

Valga decir que tanto Ayleen como Juliet se sintieron impresionadas desde un primer momento. El edificio acristalado era casi tan grande como la casa y a través de ella podían apreciar toda clase de vegetación. No obstante, no fue hasta llegar al interior, donde los vívidos colores y el aroma lo impregnaban todo, que Ayleen tuvo conciencia de la importancia y grandiosidad del proyecto de ese hombre.

—¡Asombroso! —musitó sobrecoyida su compañera.

—Es realmente exquisito —declaró Ayleen después de unos segundos de silencio.

No era un invernadero cualquiera.

Enfrente de ellas, nada más entrar, había tres pasillos llenos de plantas cuyo nombre desconocía. Alguna de ellas incluso no las había visto jamás. Cierlo que no era una amante de la flora del país, pero se podía adivinar sin mucha dificultad el origen extranjero de alguna de ellas.

—Hace mucho calor, ¿no les parece? —Juliet se quitó la prenda de abrigo de inmediato, por lo que Ayleen la imitó.

Había que admitir que, pese a la agradable temperatura del exterior, la del lugar resultaba un tanto excesiva.

—Se trata de un ingenioso invento —explicó un locuaz Horatio Plumbert—. Es una especie de aparato con un mecanismo que genera calor, proporcionando una temperatura estable incluso en las más frías noches inglesas. —Hizo ademán de tomar uno de los pasillos—. Si hacen el favor de seguirme estaré encantado de mostrárselo.

Anduvieron detrás de él, ya que la estrechez de los pasillos no daba para pasear unos junto a los otros.

Ambas miraban a todos lados y sobre sus cabezas. Algunos de los cristales del techo estaban abiertos en paneles dejando entrar la brisa del exterior, pero ellas apenas lo notaban. El pasillo terminó un poco después, desembocando en un espacioso y evidente centro de trabajo situado en el mismo corazón del edificio acristalado. Cuatro mesas de madera ocupaban el espacio, todas llenas de capazos con herramientas variadas, tiestos de diferentes tamaños y sacos de tierra apoyados en sus patas. Tanto Ayleen como Juliet observaron atentas diferentes cachivaches de los cuales desconocían la utilidad. También registraron con cierto placer cómo se habían retirado las plantas más próximas a los lados acristalados para conseguir un efecto más cálido y luminoso. Una mesita se hallaba estratégicamente colocada con varias sillas a su alrededor. Supusieron, y con acierto, que no era el sitio habitual del mueble. Debía haberse puesto con la intención de tomar allí el té.

Se sentía más complacida que cualquier otra cosa que su anfitrión hubiera pensado preparar para impresionarla. No quería pecar de vanidosa, pero tanto el señor Been como el Comodoro hacían todo lo posible para resaltar y parecer más importantes. Con la sencillez que le caracterizaba, Horatio Plumbert había conseguido enternecerla. Era una forma original y deliciosa de pasar la tarde.

No bien lo hubo pensado recordó una tarde similar poco más de tres días antes, en la cabaña. Esa también resultó de lo más deliciosa. Lo inaudito del asunto era lo que sucedió con Jason en la reunión de las damas del club. Se sentía halagada e intrigada porque ese hombre se interesara por sus lecturas. Sabía que el motivo de haber leído *Norte y Sur* era haber recogido su libro perdido. Las otras señoras no lo habían entendido, pero no se le escapó lo que él pretendía decir. Sus respuestas y comentarios eran realistas y nada exagerados, lo cual daba una imagen de él bastante sensata. Nada que ver con la anhelante y desenfrenada que le mostraba a ella, lo cual le recordaba su último comentario. Cualquiera con un mínimo de sensatez lo hubiera achacado a los sentimientos que su esposa despertaba en él. Después de la despedida del matrimonio, en el viaje de vuelta, todas se habían apresurado a comentarlo.

Ayleen había permanecido en silencio sumida en sus pensamientos y solo asentía cuando pedían su opinión. No obstante, sin mirarla directamente ni ella fijando la vista en él supo, sin lugar a dudas, que esas palabras tenían una única destinataria: ella misma. Cabía decir que la emoción había hecho su aparición tan deprisa que necesitó evitar el jadeo repentino. Durante un instante de euforia desmedida había considerado la certeza de sus palabras. Parecía insólito que ese hombre pudiera estar hablando de amor y devoción... por ella. Sí, se habían dado algunos besos. Era verdad también que se habían visto envueltos en una situación bastante íntima la tarde de la lluvia, pero ¿amor? ¿Eso había pretendido decir? Debía estar equivocada. Sí, eso debía ser. Quizás no pretendía decir eso. Quizás se había extralimitado en su entusiasmo por el apasionado amor de los protagonistas del libro. Quizás, quizás, quizás. Demasiados interrogantes sin respuesta que la turbaban y la privaban del sueño.

Pero ¿y ella? ¿Qué sentía hacia él?

Admitía que, cuando estaba en su presencia, la inundaba un hormigueo característico: mitad ardor, mitad desconsuelo. Las palmas se le humedecían y debía hacer un supremo esfuerzo por hilar sus pensamientos y palabras. Cuando sus miradas se entrelazaban, un aleteo en el bajo vientre la obligaba a cerrar las piernas para evitar el temblor. Durante sus últimos encuentros, no obstante, la traspiración se instalaba entre sus pechos y en un lugar muy delicado y comprometedor. Jamás nadie le había explicado que eso era posible, pues su madre había muerto cuando ella era demasiado joven para saber de esas cosas y no tenía parientes del sexo femenino. El temor a que alguien percibiese ese impúdico e incontrolable comportamiento revestía de tensión cada encuentro. ¿Sentirían eso las demás mujeres o era más propio de señoras con una vida más licenciosa? Ella se consideraba una mujer respetable, pero volviendo la vista atrás desde que llegó a Greenville, no podía afirmar que su comportamiento y virtud fueran intachables. Y los pensamientos... estos eran lo peor de todo. Al tocarla él, la piel de su cuerpo se había vuelto sensible al mínimo roce. Mientras se vestía, se imaginaba siendo tocada y besada en todas aquellas partes de su cuerpo que no alcanzaba a ver. Y siempre era su rostro el que aparecía en ellos. Solo reaccionaba cuando se veía a sí misma delante del espejo, a medio vestir y con una mirada perdida y voraz. ¿Era ella realmente? ¿Le deseaba tanto como para vencer todas sus resistencias y entregarse por fin?

—Creo de veras que la señorita Blake se siente acalorada. —La voz del señor Plumbert traspasó la bruma de sus reflexiones, haciéndola sentir torpe, aturullada y culpable.

Juliet la miraba con curiosidad.

—No, no —atinó a decir—. Siga con las explicaciones.

Al parecer, Ayleen se había perdido una larga perorata sobre la *Rosmarinus officinalis*, proveniente de las Islas Canarias, cuya flor era azul violeta pálido y sobre la *Camellia japonica*, traída de la China por un amigo.

—La botánica es mi vida —decía en ese momento, con una mirada perdida que Ayleen interpretó como cariño.

—Tiene que estar muy orgulloso de su trabajo —lo alabó Juliet mirando a su alrededor.

—Lo estoy —contestó Horatio, enrojeciendo.

Durante las dos siguientes horas, el señor Plumbert fue mostrándoles cada flor de aquel invernadero, explayándose en las explicaciones sobre la procedencia, el cuidado o la fragancia. Mostraba una verdadera devoción, si bien Ayleen dejó de estar impresionada desde hacía bastante, reconociendo para sí misma que era mucha más información de la que podía digerir y el tema resultaba excesivo. Para ser un hombre tímido que solo balbuceaba o hablaba en contadas ocasiones, en el invernadero no había cesado con las explicaciones, soltando palabra tras palabra. Se podría decir que jamás lo había visto tan distendido y locuaz. Por suerte, la presencia de Juliet la dispensaba de prestarle toda la atención. La joven era tan educada que lo

escuchaba como si cada palabra suya fuera una moneda de oro. En cambio, Ayleen, que permanecía un tanto retrasada, escuchaba a medias.

Por fin, una mujer con aspecto viejo y cansado se deslizó a través de las plantas con una enorme bandeja. Era la hora del té.

La joven trató de disimular un suspiro de agradecimiento. Aquella interrupción era bien recibida. Para su desgracia, no había visto al hombre que iba a su zaga: el señor Been.

Su asombro fue completo y total, al igual que el del anfitrión. No se lo esperaban. El señor Been solía residir la mayor parte del tiempo en Londres, si bien regresaba a Greenville con más asiduidad de lo acostumbrado.

—¡Hermano! —Juliet se levantó en deferencia. No parecía demasiado sorprendida, pero la imprevista llegada del visitante les impidió notar algo extraño en sus maneras.

—Permítanme disculparme por lo inesperado de mi aparición —dijo a los presentes. Se quitó el sombrero y cogió una silla sin esperar invitación a hacerlo—, pero he sabido de la visita de mi querida hermana y me he tomado la molestia de venir a buscarla. —Besó su mano con una pomposa galantería.

A Ayleen tanto interés por Juliet le resultó sospechoso, sobre todo cuando en ocasiones anteriores había hablado de ella como de una verdadera molestia. La miró tratando de entender ese desatino; no obstante, Juliet Been rehusó cruzar su mirada. Parecía como si hubiera advertido al hermano de que ella estaría allí, pero ¿qué ganaba con ello? ¿Acaso deseaba verla convertida en su cuñada?

No sabía qué pensaría Horatio Plumbert, pero no era difícil llegar a las mismas conclusiones. El pobre hombre estaba absolutamente callado; el mutismo se había apoderado de nuevo de él.

Después de unos segundos hizo un pequeño gesto a la señora que trabajaba para él para que subsanase el error, puesto que el juego de té no estaba pensado para la visita de otra persona más.

—¿Cómo está, señor Been? —preguntó entonces con educación.

—La mar de bien. —Se frotó las manos en un burdo gesto que evidenciaba codicia—. Acabo de cerrar un lucrativo trato con un lord arruinado.

Parecía como si, además de ganar dinero, disfrutara aligerando a la aristocracia de él. Ayleen sospechó que no andaba demasiado desencaminada.

—Me alegro por usted —respondió Ayleen mordaz, que no soportaba esos aires de superioridad.

No hubiera debido decirlo, porque dio una excusa al señor Been para centrarse en ella, ignorando con toda deliberación a su hermana y al anfitrión.

—Es bueno que diga eso, ya que acabo de adquirir una preciosa propiedad, con casa incluida, a menos de una hora de aquí. Harán falta unas pequeñas mejoras aquí y allá, mas pienso mudarme tan pronto esté en condiciones.

—¿Nos vamos de Greenville? —Juliet pareció devastada.

—Tú, por supuesto que no —la desengañó en el acto—. La finca está destinada a la que será mi residencia familiar.

El vello de la nuca se erizó ante su intensa mirada. El verdadero significado de tal anuncio parecía claro como el agua y Ayleen se sintió desfallecer. Ese hombre era un completo presuntuoso.

—Creo que necesito un poco de aire —repuso poniéndose de pie. De repente, necesitaba poner distancia, y rápido.

El señor Plumbert se levantó a la par y los otros dos lo imitaron.

—Si me permite... —empezó el primero.

—¡No! Yo lo haré —le interrumpió el señor Been.

Ayleen cabeceó incrédula. ¿Acaso ese hombre no comprendía que el motivo de necesitar salir era precisamente él? Incapaz de contenerse, se deshizo del brazo que este le ofrecía.

—Creo que no me encuentro demasiado bien —farfulló molesta. Lo cual era cierto. Su presencia, junto con toda su petulante presunción, habían conseguido producirle malestar—. Debo marcharme a casa. De inmediato.

Rechazó con contundencia los intentos de este por ofrecerse a llevarla, pero aludió al hecho que tendría que devolver a su casa a Juliet para evitar que la siguiera.

También se despidió del señor Plumbert asegurándole lo mucho que había disfrutado de la visita. Esta vez, aun a regañadientes, aceptó hacerle una segunda visita debido a la culpabilidad que sentía por la interrupción del señor Been.

A grandes zancadas salió en busca de la calesa y partió con celeridad. Para evitar encontrarse con más gente tomó el desvío que rodeaba Greenville en lugar de cruzar por el pueblo y, al poco tiempo, ya se encontraba en casa.

—¿Una visita agotadora? —le preguntó Angus mientras recogía las riendas y procedía a guardar al caballo.

—Algo parecido, Angus, algo parecido.

Ya en la casa pasó por la habitación de Adele para interesarse por su estado. La mujer contaba con la compañía de Margueritte.

—¿Cómo ha ido? —le preguntó esta antes de poder abrir la boca.

Tanto la mujer como la joven sirvienta hervían de curiosidad. Sin saberlo Ayleen, y del modo más inofensivo, habían lanzado apuestas sobre cuál de ellos conseguiría ablandarla lo suficiente para que ella accediera a dejar la soltería.

Ayleen hizo un resumen bastante extenso de lo sucedido. Alabó al botánico y reprendió con dureza los malos modales y el engreimiento del señor Been.

—Bueno —repuso al fin su ama de llaves—, ya sabíamos que las tres joyas de la corona se disputaban sus favores. Solo que unos utilizan técnicas más agresivas que otros.

—Ese señor Been es todo un personaje. —Margueritte reía por lo bajo—. La mujer que le soporte deberá ser nada menos que una santa —argumentó.

Se pasaron un buen rato enumerando los pros y los contras de cada pretendiente, hasta que finalmente Ayleen aseveró:

—De todas formas, qué más da quién sea mejor partido, pues no voy a casarme con ninguno de ellos.

Las risas cesaron y ambas la miraron con atención.

—¿Por qué dice eso? —La joven parecía extrañada.

—¿Acaso no es obvio después de todo lo malo que les hemos encontrado?

—Bueno... ¿qué hombre no tiene defectos? —Se encogió de hombros—. Hasta mi Perry tiene —confesó—. Y aun así lo quiero mucho y sigo queriendo casarme con él.

—Parecéis como todas las demás —advirtió herida.

Adele suspiró y Margueritte se revolvió en la silla.

—Nadas más lejos de nuestra intención —comenzó diciendo el ama de llaves—. No queremos hacer de casamenteras ni decirle lo que debe hacer, pero yo misma soy testigo de lo pesada y triste que puede llegar a ser la soledad.

—Pero usted se casó —protestó—. No es lo mismo.

—Yo creo que sí. Cuando murió mi esposo yo no era tan mayor. Hubo un par de pretendientes que después del luto me hicieron la corte, pero escogí permanecer sola— La

miró tan directamente que pensó ver a la mujer joven de la que hablaba—. Nunca me he arrepentido tanto de esa decisión como cuando la edad pesa y la soledad invade mi vida.

—Pero usted tiene amigos, vecinos...

—¿Y son ellos los que me consuelan cuando me acuesto? —inquirió con suavidad pero con contundencia—. Hay pocas cosas tan reconfortantes como cuando finaliza la jornada y te sientas con tu marido a hablar. —La nostalgia invadió la habitación y Ayleen casi pudo palpar lo que Adele disfrutó en su matrimonio—. Ser escuchada y hacer lo propio con él mientras recibes una caricia o un beso es lo más hermoso del mundo. —Se recuperó y su mente volvió al presente—. No digo que todo el mundo esté hecho para vivir en pareja, pero la verdadera cuestión, querida Ayleen, es si siente deseos de casarse. —La señora Fraser la miró con ternura.

—Pu-pues —balbuceó— supongo que sí.

—Entonces, ¿a qué vienen tantas dudas?

Sí, ¿a qué venían? No podía negar que se había planteado la soltería. Aun así, dado que deseaba una familia e hijos, también había contemplado la idea de buscar un viudo con hijos.

En cierta forma tenía mucha suerte de que tres solteros, uno de una impresionante belleza, otro con más dinero del que nunca podría a gastar y uno sensible y amante de la flora, se hubieran fijado en ella. Ayleen se sabía una mujer corriente y con una belleza sin grandes estridencias, por lo que no contaba con despertar tanto interés. Debía admitir también que el primordial titubeo se debía a los sentimientos que Jason Morton le despertaba. Sin conocerse en profundidad, ambos habían quedado apresados por unas emociones tan profundas que Ayleen no sabía cómo manejarlas. La magnitud de lo que este le provocaba hacía tambalear sus convicciones más profundas y la hacía cuestionarse cada paso que daba. El ejemplo más cercano había sucedido esa misma mañana y le había abierto los ojos a una verdad tan deslumbrante como aterradora.

Por eso, y solo por eso, había accedido a verse esa noche con él. Las dudas respecto a Jason se habían disipado, pero por eso mismo ya no contemplaba otra posibilidad. Aceptar las atenciones de sus pretendientes quedaba descartado. Porque, si lo que sentía no era amor, ¿qué era entonces?

—Yo... —dudó antes de exponerlo en voz alta—. Siempre soñé en casarme por amor.

Al contrario de lo que pensaba, no oyó burlas ni risas desmoralizadoras. Sus semblantes reflejaban, más que nada, escepticismo.

—¿Amor? —Adele se incorporó apenas—. ¿He oído amor?

Ayleen enrojeció, pero no se echó para atrás.

—Es lo que queremos todas —declaró sin dejarse amedrentar.

—Tal vez —concedió—. ¿Acaso nos está diciendo que siente o puede sentir eso por alguno de los tres hombres que la pretenden?

Ayleen pensó por un momento en todos ellos: uno tan tímido, otro tan osado y el último tan avaro como mezquino.

Se encogió de hombros para no dar una respuesta concluyente. Ellas no debían imaginar el motivo oculto de su siguiente pregunta.

—Solo es que dudo. No obstante, ¿cómo se puede saber que estás enamorada? Es una pregunta hipotética —aclaró.

—Supongo que es diferente en cada persona. —Margueritte levantó la mirada ensoñadora y suspiró—. Por mi parte, cada vez que veo a mi Perry, el corazón se me desboca y siento como mariposas en el estómago.

Ayleen asintió. Era una descripción bastante pobre para lo que ella sentía por Jason, pero intuía que se trataba de lo mismo.

—Quizás cuando deseas estar con esa persona por encima de todo. —Adele pensaba en ella misma, pero Ayleen creyó que se había aproximado a lo que la atormentaba.

A esas alturas ya no parecía tan difícil interpretar las emociones que anidaban en su corazón. Por eso, solo de pensar en salir de la casa cuando ya hubiera oscurecido como si fuera un vulgar ladrona, la ponía tan nerviosa. No por lo que encontraría cuando llegara a su destino. Había algunas cosas de las que no era posible dar marcha atrás.

Por fin había tomado una resolución y la llevaría a cabo hasta las últimas consecuencias.

La temperatura había descendido considerablemente y Jason decidió encender la chimenea. El exterior estaba envuelto en un lienzo oscuro que no dejaba ver ni las siluetas de los árboles.

Se preguntó, no por primera vez, si Ayleen sería capaz de encontrar la casita en la oscuridad, o lo que era peor: si decidiría no venir. Su apresurada propuesta había sido irreflexiva, fruto de la pasión y el ansia que ella despertaba en él. Temía que, teniendo el resto del día para pensarlo mejor, hubiera llegado a la conclusión de que el riesgo era demasiado elevado, que él no valía la pena.

Y eso le afectaba.

Se paseó arriba y abajo con la esperanza de calmar su ansiedad. Aunque la proposición de verse esa noche no había estado meditada, tampoco era algo fruto del azar. Ya no soportaba saberla lejos. Pensaba en ella noche y día mientras que su vida diaria se estaba convirtiendo en un lastre. Quizás no lo había admitido aún, pero no podía estar tan ciego y sordo a tantas señales. Ya no era solo lujuria o pasión. Era algo más intenso y preciso que lo carcomía vivo y amenazaba con consumirlo.

Que se hubiera atrevido a besarla en el camino a riesgo de haber sido sorprendidos le demostraba la necesidad de ella. Sin conocerla siquiera, aunque intuía retazos de su personalidad, su espíritu lo había conmovido como ninguna mujer lo había logrado. Al fin y al cabo, eran unos desconocidos, pero deseaba saber más: conocer cada uno de sus secretos e ilusiones, descubrir los pequeños gestos que delataban su aflicción o alegría, enseñarle la belleza de su país mientras lo recorrían de la mano... En fin, amarla en toda su plenitud. La cuestión era qué iba a hacer con todo ello. ¿Se atrevería a confesarle sus sentimientos? ¿Hasta qué punto estaba Ayleen implicada? ¿Sería capaz de dar un paso más?

Miró de nuevo por la ventana y se pasó la mano por el pelo en un gesto de frustración. La cabaña había adquirido una agradable temperatura, pero Jason pudo sentir el escalofrío que lo recorrió cuando le pareció divisar una pequeña luz titilando entre la oscuridad.

Abrió la puerta para asomarse, pero sin atreverse a llamarla. Si no era ella, sería un error descubrirse.

Había dejado dos de las ventanas despejadas con la intención de orientarla, pero después volvería a cubrirlas para evitar la mirada indiscreta de un posible visitante. Era casi imposible, pero prefería ser precavido.

Cuando la luz llegó al claro, Jason supo, sin lugar a dudas, que Ayleen había dejado a un lado sus reservas y había acudido. El alivio por ello lo sacudió tan fuerte que estuvo a punto de doblarse en dos. Solo ahora podía admitir su miedo. Si ella no hubiera ido, no sabría qué hacer a continuación, pero ya no quería pensar en eso. Ayleen estaba allí.

A pesar del frío, cuando esta llegó ante la puerta, se contemplaron indecisos. Él se hizo a un lado para dejarla pasar y el destino de ambos estuvo sellado.

—Acércate al fuego.

Ayleen obedeció mientras Jason cogía la lámpara de queroseno y la dejaba en un rincón.

Cuando se acercó de nuevo a ella vio que tiritaba. También evitaba mirarlo a los ojos, pero Jason no se molestó por ello. Era una situación tan nueva para los dos que podía resultar violenta, pero con que hubiera venido ya tenía suficiente.

Le sirvió una taza de té caliente de una jarra algo vieja que solía usar en ocasiones e intentó no rozarla, ya que sospechaba que se encontraba tan nerviosa que era capaz de marcharse corriendo si le daba una razón para ello.

Dejó una silla cerca por si quería sentarse y él hizo lo propio cerca del fuego. Se cruzó de piernas y manos y se limitó a esperar que fuera ella la que hablara primero. A su pesar, él también se sentía algo nervioso e intimidado. Nunca había imaginado verse en esa situación y los pasos a seguir le eran tan desconocidos como a ella.

Durante un largo rato permanecieron en silencio. Escuchaban el crepitar del fuego y Jason la observaba de reojo dar pequeños sorbos. Sabía que Ayleen era consciente en todo momento de su presencia. Lo notaba por la evidente tensión que no la abandonaba y por el tremendo esfuerzo que hacía por evitar mirar donde él se encontraba sentado. Quizás en esos momentos se estuviera preguntando qué demonios hacía allí, pero Jason no quería que se arrepintiera de nada, así que se levantó despacio y se acercó con lentitud para darle tiempo a acostumbrarse.

Sin mediar palabra, se colocó frente a ella. Cuando alzó la vista estuvo a punto de ahogar un grito. Al contrario de lo que pensaba, sus ojos le decían que quería estar allí, con él.

Con una infinita ternura, porque ella le inspiraba eso y mucho más, le quitó despacio la taza y la dejó a ciegas en la repisa de la chimenea.

Se dio tiempo para acariciar su mejilla, ya cálida, con el dorso de los dedos. Cuando Ayleen cerró los ojos ante esa muestra de ternura sintió que algo caliente y poderoso lo inundaba. Lo que había entre ellos era ardiente y real, tan real como que el día daba paso a la noche y las estaciones se sucedían una detrás de otra, inmutables a lo largo del tiempo. Con las dos manos abarcó su rostro, tan deseado, tan amado y acercó sus labios para darle el beso que había querido desde el mismo instante en que la conoció: suave, etéreo y con todo el tiempo del mundo. Sin ni siquiera proponérselo se dio a ella. Le ofreció en un casto beso todo lo que ella quisiera y pudiera tomar. Sin preguntas ni dudas entre ellos, se tomaron tiempo para conocerse y decirse sin palabras lo que el otro significaba.

En esa ocasión no hubo prisas ni deseo, solo el instante en que admitían sin reservas que nada era como antes y que sus vidas, lo quisieran o no, estaban ligadas.

Tras disfrutar de ese maravilloso momento, se separaron mientras esbozaban sonrisas temblorosas por lo afectados que estaban.

—Te quiero, Ayleen. —Su declaración, tan sencilla como verdadera, no podía ser pospuesta por más tiempo. Las dudas ya no cabían en su corazón.

Las lágrimas acudieron a los ojos de ella al oír la confesión, pero no se derramaron. En voz baja y calma, puso su mano sobre su corazón y confesó:

—Te amo Jason; por Dios que te amo.

Se besaron. Ahora en cambio, el contacto entre ellos fue por completo diferente.

Jason la estrechó con más fuerza y Ayleen se aferró a sus ropas. Los labios se abrieron ávidos. Su lengua buscó la de ella y, tras un ligero titubeo, ambas se enredaron. El calor del fuego no era nada comparado con el que ellos desprendían. Los muros y corazas desaparecieron como por ensalmo y solo quedaba la pasión.

En un momento de lucidez y con las manos temblando, Jason tuvo la sensatez de detenerse. Si seguían así acabaría tomándola encima de la única, vieja y desgastada mesa que la casita tenía. Separó los labios con la respiración agitada y cerró los ojos para no ver la misma agitación convulsa en Ayleen.

Así permanecieron los dos, de pie, con las frentes pegadas y la respiración entrecortada.

—Calma, calma —repitió, tanto para él como para ella.

Ayleen tragó saliva. Le costaba respirar.

Cuando consiguieron un mínimo de serenidad juntaron las sillas y tomaron asiento. Como por un acuerdo tácito, los dos se cogieron de la mano.

—Lo he dicho de verdad —aseguró Jason.

Ayleen no le preguntó a qué se refería.

—Lo sé, lo sé.

Ambos habían luchado muy duro desde el principio para no verse metidos en esa situación, pero, aun en contra de su voluntad, habían sucumbido al poder de los sentimientos y ya era un hecho consumado.

—Jamás soñé vivir un amor así —confesó—. Los poetas hablan de ello a todas horas, pero creía que yo estaba por encima de todo eso. Pensaba que era demasiado racional para que la pasión y el amor me invadieran de esa forma.

Ella le dio un apretón de mano en señal de comprensión. No es que pensara igual, pero había imaginado que por la edad que tenía, solo podía esperar vivir cierto apasionamiento.

—Sabes que vamos a hacer daño a algunas personas. —Ayleen creía que era preciso decirlo en voz alta y asumir la culpa.

—No puedo dejar de darle vueltas a eso —la culpa seguía estando ahí, agazapada, esperando hacer saltar su vida por los aires—, pero no puedo a renunciar a ti —afirmó con fervor—. No quiero.

Ayleen no pudo evitar estremecerse ante tanto ardor. Sus ojos y expresión no la hacían dudar de lo que este aseguraba sentir, pero no le cabía en la cabeza que fuera ella; precisamente ella.

—¿Cómo puedes quererme así? —preguntó al fin—. No soy ni la más inteligente ni la más hermosa.

—Pero calientas mi alma. Llenas vacíos que ignoraba tener y me llenas de fuerza y energía. Contigo a mi lado me siento capaz de las mayores heroicidades —se detuvo un instante—. Me gusta la persona en la que me convierto a tu lado.

Era imposible no sentirse emocionada por ese hombre ni por nada de lo que dijera.

—Así que admites que no soy ni bella ni lista. —Sus palabras le daban el suficiente coraje para bromear con él. Era una experiencia nueva y fascinante.

Jason se lo tomó en serio.

—Tu mente es curiosa y está tan viva que me inclino a pensar que no tienes un pelo de tonta. En cuanto a tu belleza física... Adoro tu nariz respingona e insolente, esos labios sabrosos que frunces de un modo adorable, los matices del color de tu cabello, que oscilan entre el bronce y la canela, esas pestañas largas que ocultan tus más preciados secretos... —inspiró aire—. Y juro por Dios que deseo más que nada vislumbrar tu cuerpo desnudo y quedarme ciego admirándolo si es necesario.

Tanta vehemencia y las palabras tan gráficas finales la inundaron de rubor.

—Yo... —No fue capaz de hilar sus pensamientos con coherencia.

—Y también amo —añadió con una tierna sonrisa— esos frecuentes rubores. Toda tú, desde la cabeza a los pies, me tienes a tu merced.

Ayleen asintió tratando de deshacer el nudo que se le había formado en la garganta. No sabía si se merecía tantos elogios, pero no pensaba desaprovechar esa oportunidad. Quería ser tan feliz como pudiera.

—Eres maravilloso.

Jason esbozó una sonrisa triste. Nadie lo había calificado como tal, pero que fuera ella quien viera en él algo por lo que sentirse orgulloso hacía que la quisiera más.

—Siento desilusionarte, pero no lo soy tanto. Apuesto a que no pensaste eso las primeras veces que nos vimos.

Ella tuvo el detalle de mostrarse avergonzada.

—No te conocía lo suficiente —replicó—. Aun ahora no lo hago. Solo sé que ni la cuerda más resistente tiraría de mí con más fuerza de lo que lo hace tu presencia. —Lo miró. Quería ser sincera—. No digo que no haya dudado. Incluso esta tarde, a pesar de querer venir, me resistía. Tú ya sabes por qué. Tenía miedo de salir por la puerta y que la señora Fraser me descubriera teniendo que dar explicaciones vergonzosas o, lo que es peor, mentir. Tampoco soy tan ingenua como para no ver que tú te encuentras en más dificultades. Yo, al menos, no tengo a nadie que me espere en casa.

Al menos lo comprendía. Veía que se debatía entre no hacer daño a Johana y el amor que sentía por ella.

—No quiero herirla, pero me es imposible actuar de otra forma. Lo he intentado...

Ayleen asintió. Era consciente de ello. Ambos habían puesto todo su empeño en evitar tales sentimientos. No eran unas criaturas crueles y beligerantes, ni su misión consistía en dañar a los demás. Simplemente se habían visto envueltos en una situación que escapaba a su control, difícil de enderezar. Y en ese momento parecía imposible salir de ella bien parados.

Al final hizo la pregunta que tanto temía.

—¿Y ahora, qué?

—No lo sé. —Su voz sonó frustrada. No tenía las respuestas. Estaba tan perdido como ella.

—Al final acabaré siendo la amante, ¿verdad?

Jason se sintió algo desesperado por el tono resignado de Ayleen. No sabía cómo mejorar la situación.

—No es esa mi intención. —Se mesó el cabello—. Te deseo y me consume la idea de tenerte entre mis brazos, pero no seré capaz de amarte en silencio y de lejos.

—Porque el divorcio queda descartado. —No era una pregunta, pero Ayleen se obligó a exponerlo para que no hubiera malos entendidos. Dolía, y eso solo era el principio.

—No puedo. —Un gemido se escapó de sus labios y le apretó la mano—. El divorcio es imposible. ¿Entiendes por qué, verdad? Dime que lo entiendes.

—Por supuesto —contestó con tristeza. No quería que su amor resultara una carga, pero no podía evitar sentir cierta lástima hacia ella misma; hacia los dos—. Después de robar dos o tres momentos conmigo volverás a los brazos seguros de Johana.

Jason saltó de la silla, furioso y herido.

—¿Por qué me haces esto? ¿Por qué?

Sabía que nada entre ellos sería fácil, pero imaginaba que su mutuo amor bastaría para llenarlos mientras estuvieran juntos. ¡Qué ingenuidad la suya! Se acababan de declarar amor y los problemas ya los alejaban.

Ayleen se indignó.

—¿Hacerte? ¿Qué te hago yo? Explícame. ¿Crees que solo por amarte ya está todo hecho? ¿Debo aguantar que después de estar conmigo vuelvas con tu perfecta esposa y le hables como me has hablado a mí? ¿Que la reconfortes? ¿Que la hagas participe de tus miserias? ¿Que la toques? ¿Que la beses? ¿Que le hagas el am...?

—¡Basta! —Jason se acercó, la cogió por los hombros y la zarandeó—. ¿Me oyes? ¡Basta! No te hagas esto. No nos lo hagas. —Lloró cuando vio sus lágrimas de celos y de repulsa hacia sí misma. Bajó el tono de voz—. ¿Es que no te has dado cuenta, mi amor? ¿Acaso tengo que delectarte? Cuando digo que desde que apareciste en mi vida tú has sido la única dueña de mi corazón, también significa que lo eres de mi mente y de mi cuerpo.

No dijo nada más porque pensó que no hacía falta. El silencio volvió a imperar.

Jason no la soltó, pero mientras asimilaba la magnitud de sus palabras, deslizó las manos por sus brazos hasta alcanzar de nuevo sus manos.

—¿Estás diciendo que tú y ella...? —Parecía incapaz de pronunciarlo en voz alta—. ¿Que no habéis...?

—No desde que nos besamos la primera vez aquí, en el bosque.

—¡Oh! —exclamó, tras un silencio.

—Sé que sientes celos. Es algo comprensible —él los sentía de esa pandilla de bobos que la perseguían—, pero tú eres la única con quien estoy, con quien quiero estar.

—¿Y a ella no le parece extraño que tú...?

—¿De verdad tengo que contarte esto? —la cortó—. ¿Es necesario?

No lo era.

—Siento comportarme como una mujer celosa, pero no sé cómo actuar.

—Yo tampoco Ayleen, yo tampoco —dijo, para a continuación besar la palma de su mano con el fervor de un amante, con los ojos cerrados y disfrutando de la calidez y el aroma que desprendía. Poco a poco, con toda la lentitud que pudo, besó también cada uno de sus dedos, hasta que el quedo gemido que salió de los labios femeninos le indicó lo receptiva que estaba.

Aun les quedaba mucho por decir, por hablar y contarse, pero el tiempo escaseaba y Jason se moría de ganas por besarla una vez más. Solo un beso.

Esta vez, ambos estaban preparados.

Jason le acarició el rostro y el cabello con dulzura mientras su boca la buscaba y la devoraba.

Cuando Ayleen empezó a apretarse más decidió tocarle el pecho.

Ella dio un respingo y apartó su lengua.

Jason cambió de estrategia.

—Déjame ver tu cabello —musitó.

Con el permiso tácito de su amada le fue quitando las horquillas mientras las hebras onduladas caían por la espalda y los hombros.

—Hermosa —declaró conmovido por su inocente y espectacular belleza.

Pasó su mano por la nuca y ella dobló la cabeza como buscando su caricia.

Jason nunca había visto nada tan erótico y que a la vez lo conmoviera en cada fibra de su ser.

—Te amo. —Le besó un punto concreto del cuello—. Te deseo —dijo mientras una estela de besos subían hasta el mentón—. Te adoro.

Las manos de ella bailaban nerviosas sobre su camisa y lanzaba pequeños suspiros de placer.

Jason se estaba excitando por momentos y dudaba tener el suficiente coraje y decisión para detenerse cuando fuera el momento.

—Ayleen. —Ella abrió los ojos y vio la bruma del deseo danzando en ellos. Tuvo que hacer un esfuerzo para dejar que las palabras y los actos honrosos predominaran sobre su lujuria—. Tenemos que detenernos.

—¿Por qué?

La inocente y pastosa pregunta estuvo a punto de hacerle seguir adelante, pero no, ella se merecía saber a dónde conducían todos esos besos y tocamientos.

—Porque te deseo más de lo que he deseado algo en mi vida y tú eres una tentación demasiado fuerte. Si seguimos acabaremos juntos, en la cama. —Jason señaló el camastro que había en un rincón cubierto con una buena manta de lana, pero ella parecía no acabar de comprender—. Con nosotros desnudos y yo tan dentro de ti que no sabremos dónde empieza uno y dónde acaba el otro.

Ayleen abrió los ojos como platos y los labios se entreabrieron.

—Enséñame qué he de hacer —se limitó a decir.

—¿Estás segura? —preguntó cuando entendió que ella estaba de acuerdo en hacer el amor con él. Solo de pensarlo temblaba de puro nervio.

Ella lo miró y lo que vio pareció ser todo lo que necesitaba. Asintió.

—Pues que Dios nos ayude —y la besó con ferocidad.

Aunque inexperta, Ayleen correspondía con el mismo ímpetu y violencia. Una vez decidido su destino, se apresuraba en acariciar, apretar y mordisquear.

Las manos de ambos estaban en todas partes y Jason procuraba no acelerar las cosas para darle tiempo a acostumbrarse a las nuevas sensaciones y a sus cuerpos, que poco a poco iban quedando libres de las ataduras de la ropa. Veía también cómo Ayleen dominaba la vergüenza que sentía por compartir toda esa intimidad. En ese momento le hubiera explicado cómo se sentía él, quien, a pesar de tener más experiencia en estas lides, se sentía tan nervioso como un principiante ante su primera experiencia sexual. En cierta forma era como empezar de cero. No tenía que demostrar nada ni impresionarla, solo ser fiel a sus instintos y amarla como ella se merecía.

Nunca había desatado un corsé. Todas esas cintas que ocultaban el cuerpo femenino había sido una prenda más de vestir hasta ese día. Ahora, de espaldas a ella, se disponía a liberarla mientras mordisqueaba su hombro. Ayleen se dejaba hacer y solo emitía pequeños suspiros entrecortados. Él no estaba mucho mejor.

—Deja que te mire —musitó cuando la última cinta se abrió y la prenda resbaló sobre su nítida piel hasta el suelo. Le siguió la camisola de lino.

Fue entonces cuando se le olvidó cómo respirar. Con la cabellera suelta y sin nada que la cubriera era la visión más embriagadora y excitante que había tenido el privilegio de presenciar. No la dejó dudar ni por un instante que ella era más que perfecta, que lo tenía rendido a sus pies, así que, lo más aprisa que pudo, sin mediar palabra y dejando que Ayleen lo observase a placer, se quitó de un tirón la camisa blanca, hizo malabarismos para quitarse las botas y se sacó los pantalones y la ropa interior quedando ante ella sin más vestimenta que el fino pelo cobrizo que cubría algunas partes de su anatomía.

La vio tragar saliva mientras se olvidaba de su propia desnudez. Las pupilas se le dilataron haciendo que una parte muy concreta de él se endureciese en respuesta. Era imposible permanecer impasible.

—Tócame —pidió con una voz que no reconoció como suya.

Necesitaba que ella se desprendiera de su rigidez a la vez que anhelaba el contacto de su mano tibia en cualquier parte que ella quisiera acariciar. En cualquier parte.

Ayleen se acercó y tocó sus brazos, comprobando cómo los músculos masculinos se tensaban ante el contacto. Hizo lo propio con el pecho y el abdomen, pero se apartó enseguida cuando vio a su virilidad erguirse.

—Es... —carraspeó sin saber qué decir, pero no podía apartar la vista de ese punto en concreto.

Jason pensó que estallaría de placer solo por las miradas atónitas que ella le lanzaba. Cuando la vio sacar la lengua relamiéndose el labio de forma involuntaria supo que el examen visual había concluido. Con un rápido movimiento que la tomó desprevenida se acercó a ella apretándola contra su cuerpo.

La suavidad de Ayleen se acoplaba a la perfección con su tosca apariencia. Jason la cogió por la cintura para evitar que ella se apartase y le dio un profundo y largo beso, en parte para tranquilizarla y en parte porque lo necesitaba con desesperación.

—Ahora estamos lo más juntos que dos personas pueden estar sin que yo esté dentro de ti —declaró cuando el beso los hubo satisfecho lo suficiente. La sintió temblar y se maldijo por no haberse percatado de que podía coger frío. Él estaba tan caliente por ella que no lo notaba.

Se acostaron en la estrecha cama y Jason los envolvió con la manta mientras se besaban de nuevo con un ardor renovado.

Ayleen se dejaba guiar por el instinto o trataba de imitar lo que él le hacía, pues las sensaciones eran tan placenteras que tenía miedo de que todo fuera un sueño. Los músculos de su estómago se contraían una y otra vez y sentía que su cuerpo emanaba más calor que todas las chimeneas juntas de Londres.

Mientras la boca de Jason lanzaba una estela de besos húmedos por su piel, sentía crecer una inexplicable tensión en un punto concreto de su interior. Se debatía y tiraba de su pelo en un intento de comprender de dónde venía esa sensación y por qué la llenaba de placer y frustración al mismo tiempo. Cuando él besó y pellizó sus pezones estuvo a punto de chillar. Era todo tan delicioso y prohibido... Si lo que estaban haciendo era pecado, se imaginaba yendo al infierno, ya que le gustaba cada una de las cosas que le hacía.

Se sorprendió por lo sensible que era su cuerpo. Nunca lo hubiera afirmado, pero era evidente, ya que si Jason acariciaba con los dedos de mariposa un punto inexacto de la curva de su cintura, ella se estremecía por lo delicioso de la caricia. También se le curvaban los dedos de los pies cuando esa lengua incansable se detenía en su ombligo.

Mientras Jason descendía y la calentaba, Ayleen estaba centrada en la bochornosa humedad que ya había sentido en anterioridad en ese lugar íntimo de su cuerpo. Poca cosa pudo hacer cuando la boca de él tanteó, abrió y besó ese mismo punto.

—¡Jason! —gritó. Su cuerpo se convulsionó. El calor se expandió por cada fibra de sus ser llenándola de un júbilo abrumador que jamás había imaginado podía existir.

Jadeando por la impresión y el embriagador estado de satisfacción, pensó que bien podía morir así.

—¿Estás bien? —Jason se colocó de nuevo encima de ella.

—Jamás estuve mejor —repuso sin aliento.

—Pues ahora creo que ya estás preparada para que pueda entrar —la informó entre beso y beso.

—¿Entrar? ¿Entrar en dónde? —preguntó mientras ya notaba una intrusión en su cuerpo. Se tensó en respuesta y jadeó de dolor cuando Jason se introdujo en ella.

—Relájate, Ayleen. —Este tenía la mandíbula apretada por la tensión y el esfuerzo de ir lo más lentamente que pudiera para tratar de hacerle el mínimo daño posible—. Relájate.

—¡No puedo! —lloriqueó.

De un solo golpe, Jason acabó por introducirse en lo más profundo de su cuerpo. Al instante empezó a moverse y Ayleen sintió de nuevo esa tensión en ella. El dolor menguó y pudo disfrutar de las sacudidas cada vez más rápidas de Jason. De forma instintiva, porque supuso que estaría más cómoda, lo rodeó con las piernas, lo que hizo que los cuerpos se unieran más.

—Ayleen, no puedo... no aguantaré mucho más.

En respuesta, ella apretó más el abrazo y, casi al unísono, ambos encontraron la satisfacción.

—¿Cómo te encuentras? —le preguntó él poco después, ya a su lado, abrazándola.

—Agotada —aseguró—, pero deliciosamente satisfecha. —Le sonrió con descaro.

—Menuda sinvergüenza estás hecha. —Jason también sonrió y le dio un tierno beso en los labios—. Estar contigo ha sido.... —no encontraba la respuesta adecuada, porque estar con ella lo había hecho sentirse más vivo de lo que nunca había estado. Se sentía diferente— como haber estado andando toda mi vida sin tener un lugar en el que quedarme y por fin haber encontrado el solaz en tu cuerpo.

Ayleen no dijo nada porque tenía un nudo en la garganta. Era tan maravilloso sentirse amada por un hombre como aquél... no solo por el acto físico en sí. Veía que ella le importaba y que se cortaría una mano antes de dañarla con intención. Por un momento olvidó que su tiempo era precario. Imaginó que estaban en donde tenían que estar, que era correcto hallarse desnudos y murmurarse cosas bonitas al oído. Por un momento soñó que el mundo era un lugar perfecto.

—Te amo —susurró.

—Señora Gordon, déjeme decirle que usted y su esposo hacen una linda pareja. Tan jóvenes y guapos... —comentó Felicity Ferris con naturalidad mientras contemplaba jugar a los niños.

Era una mujer de unos cuarenta años, menuda, rolliza y muy vivaz. A Ayleen le cayó bien desde el primer momento.

Ambas mujeres paseaban por las cercanías de la antigua abadía en ruinas que habían visitado hacía una hora. Jason y Aaron Ferris andaban unos pasos por detrás.

El matrimonio, que provenía de Leeds, había emprendido un largo viaje para visitar a la hermana de la señora Ferris, deteniéndose por un día en la aldea de New Haven.

—Gracias —respondió con rubor. Después de tanto tiempo escondiendo su relación con Jason, le costaba aceptar el cumplido.

—¡Brian, John, dejad de revolcaros sobre las hierba! —gritó con una voz tan enérgica que sus hijos mayores se apresuraron a obedecer—. Son buenos chicos, pero algo revoltosos —musitó antes de volver a dulcificar su rostro—. Y dígame, ¿cuánto hace que contrajeron matrimonio?

Ayleen casi se atragantó al escuchar la pregunta. Incluso le cogió tos, que se apresuró a disimular. Por supuesto, ella no era la señora Gordon ni Jason su esposo. Se trataba de una mentira en la que ambos se habían puesto de acuerdo antes de realizar aquel viaje.

La primera vez que Jason le propuso pasar un día entero juntos, lejos, fuera de cualquier mirada curiosa, ella se negó. La seguridad que le ofrecía la casita del guardabosques era tanta que se horrorizó ante la idea de ser descubiertos. El duque de Redwolf era muy conocido y por ende, Jason, su hermano. Solo con que alguien reconociera su rostro se arriesgaban a que su relación se desmoronara. Por mucho que le tentara la idea, no quería correr el riesgo.

Por supuesto, sabía que Jason tampoco lo quería. Le dijo que la sola idea de perderla le daba náuseas, pero llevaban meses viéndose a hurtadillas, dando excusas, buscando el momento idóneo para hacer el amor y empezaba a hartarse. Solo pretendía pasear con ella a plena luz del sol, tratarla como haría si fuera su esposa legítima. Y sobre todo, necesitaba alejarse, aunque fuera por unas pocas horas del día, de Greenville y de los dominios de Ashton. Por eso ideó un minucioso plan al que ella no pudo poner ninguna objeción. Así la convenció.

Todo empezó con una carta. Una carta de Ophelia Ward, una antigua institutriz de Ayleen que vivía retirada en una pequeña casita de Londres. En ella le relataba que en el último año su salud se había debilitado pidiéndole a su antigua pupila que le hiciera una visita.

Tan pronto la tuvo en sus manos, Ayleen enseñó la carta a Adele y Margueritte. ¿Cómo podía negarse a semejante demanda? Desde bien joven, su querida institutriz había sido una figura de suma importancia en su vida. Era de imperiosa necesidad que la muchacha se trasladase a la capital para averiguar su estado y tratar de mejorar sus condiciones de vida, si se diera el caso.

Todavía recordaba la reacción de las dos mujeres. Por supuesto, sus queridas empleadas estuvieron de acuerdo en aquella visita y no pusieron trabas a que viajara sola, pero ninguna de ellas sabía que dicha institutriz no existía. Era una invención fruto de la viva imaginación de Jason, al igual que la misiva, toda de su puño y letra, enviada desde el mismísimo Londres en uno de sus viajes para que todo el plan cobrara la mayor verosimilitud.

A primera hora de la mañana, Ayleen llegó a la estación de Aylesbury acompañada de Angus y subió al tren que debía llevarla a Londres, aunque en verdad ella se bajaría en New Halen, una aldea a la orilla del río Támesis, entre High Wycombe y Maidenhead. Era el lugar escogido por Jason para su encuentro clandestino por su discreción. Todavía se encontraban dentro de

Buckinghamshire, pero él lo prefería antes de arriesgarse a pisar el Condado Real de Berkshire, pues la Reina Victoria solía residir en el Castillo de Windsor, así como su círculo social. Era bien sabida la amistad de la soberana con su hermano. Y si conocía a Ashton, también lo hacía con Johana. Su esposa y Ayleen no tenían ningún parecido físico.

Para evitar cualquier contratiempo, Jason se arriesgó y esperó hasta el último momento para subir al tren. La seguridad e invisibilidad que le ofrecía su carruaje era demasiado tentadora como para desaprovecharla. Una vez dentro, cada uno permaneció en un vagón distinto, como si se trataran de unos desconocidos. No se buscaron, ni siquiera con la mirada. El viaje hasta Londres duraba unas tres horas, pero ellos se bajarían mucho antes. Era parte del plan.

Solo cuando se encontraron a salvo en la aldea pudieron fundirse en un apasionado beso.

Después de eso, tratando de aprovechar el día al máximo, dejaron atrás la estación de tren, cruzaron un bonito puente de piedra y tomaron el camino que conducía hasta la cima de una loma.

Recordaba haber protestado. Enérgicamente.

Era una actividad que solían hacer por las propiedades ducales en Greenville. A veces hasta que le salían ampollas en los pies. ¿Era necesario montar toda esa farsa de Londres para terminar dando otro paseo?

No pudo evitar decepcionarse. Por alguna razón, esperaba un plan más emocionante.

Jason trató de calmar sus ánimos y le pidió que disfrutara del paisaje, que lo mejor estaba por llegar. Y tenía razón. Aunque la altura no era elevada, las vistas eran espectaculares: la aldea a sus pies se veía diminuta y el río Támesis serpenteaba entre los campos labrados. Pero sin lugar a dudas, lo que más le gustó fue la sorpresa que se encontró en la cima: una abadía de la época medieval en ruinas. Iban a explorarla cuando se encontraron con otros visitantes: la bulliciosa familia Ferris, formada por Aaron y Felicity, los padres y sus cuatro hijos.

Recordó con exactitud la presentación y lo fácil que había sido entablar amistad, aunque para ello tuvieron que fingir que eran los Gordon, un matrimonio de Surrey.

—Tres meses —respondió al fin, haciendo referencia al tiempo de casados. Era irónico que aquella mentira fuera lo más parecido a la verdad, pero era la única alternativa aceptable.

—¿Solo tres meses? Pero si son unos recién casados... —Palmeó su mano con complicidad y echó una mirada hacia atrás, donde estaban los hombres—. Ya decía yo que parecían muy enamorados.

Ante el comentario, las mejillas de Ayleen volvieron a tomar un color rojo intenso. Aunque la mujer estaba siendo muy amable, ella se sentía un tanto incómoda por haber tenido que engañarla.

—¿Usted cree?

—¡Por supuesto! Solo hay que ver la forma tan intensa en la que su esposo la mira. Como si quisiera... —En ese instante se detuvo, justo al darse cuenta de su reacción. Sin embargo, la señora Ferris había malinterpretado el motivo—. Oh, Dios, he conseguido avergonzarla, ¿verdad? Está roja como la grana.

—Yo... —balbuceó—. No, es solo que...

—Pensaba que estaba haciendo una observación obvia. Siendo tan jóvenes es normal estar enamorados, pero no he tenido en cuenta que a usted pudiera incomodarle.

—No es el caso —dijo en un vano intento por reconducir la situación.

No había nada malo en que notase que Ayleen y Jason se querían. Para ella era un motivo de orgullo. Después de tantos meses disimulando ante sus vecinos, tratando de que sus miradas no se cruzaran o que un gesto no la delatara, era un cambio satisfactorio. Por

supuesto, cuando volvieran a Greenville, no podría permitirse el lujo de dejar sus sentimientos en evidencia.

—Sí que lo es —insistió, mientras se esforzaba por elaborar una disculpa—. Es usted una muchacha decente y yo una entrometida. No era mi intención importunarla. Mejor hablemos de otra cosa, ¿le parece?

Iba a responder afirmativamente a Felicity cuando los dos hombres se acercaron. Jason la tomó por la cintura y le dedicó una cálida sonrisa.

—El señor Ferris me estaba contando lo mucho que están disfrutando en este viaje.

—¿De verdad? Pensaba que sería un tanto agotador.

Solo de imaginarse el equipaje, los pasajeros y las millas que tenían por delante, a uno podía entrarle migraña.

—Esa era mi principal preocupación: estar encerrada tantas horas en el carruaje con mi esposo y los niños, pero el paisaje es tan rural que uno se entretiene contemplándolo —explicó—. Surrey está mucho más cerca, pero, ¿no les ha pasado lo mismo?

Ayleen asintió. Bueno, en verdad no venían de ese condado, pero ellos no tenían por qué saberlo. Para la joven, el campo ofrecía una especie de encanto mágico, como el de un antiguo cuadro. Era una mezcla de refugio y libertad. A ella le gustaba la vida sencilla y pacífica. Quizás todo transcurriera con una monótona calma, pero era uno de los grandes atractivos. En cambio, Londres le resultaba una ciudad sin alicientes: áspera y sombría. Bajo su luz solo podía marchitarse. Por eso pidió a su abogado que buscara una casa lejos de la ciudad. Había sido Greenville, pero hubiera podido fijar su residencia en cualquier otro lugar. Inglaterra era muy grande y ella solo pretendía salir de Londres para empezar una nueva vida.

Incluso hubiera podido marcharse a América. Por extraño que le sonase, Ayleen tenía una propiedad al norte de Nueva York, herencia de Geneva, su madre. Se había enterado justo después de la muerte de su padre, cuando el abogado leyó el testamento y le entregó las escrituras. Hasta entonces solo sabía que su madre había nacido en Estados Unidos y que dejó el país para casarse con Arthur Blake, al que conoció durante un viaje de negocios de este. No tenía más familia que la que comenzó a crear en Inglaterra, pero lastimosamente murió joven.

Marcharse a América había sido una opción, tras el fallecimiento de su padre. Al parecer, un abogado americano se encargaba de administrar la propiedad sin dejar que se echara a perder. Esa había sido la voluntad de Geneva Blake. No quería que su hija perdiera sus raíces.

Si Ayleen fuera una mujer de coraje o más decidida, la larga travesía no hubiera resultado un impedimento. Pero por aquel entonces no se sentía preparada para abandonar el país que la había visto nacer y tomó la decisión menos arriesgada.

Jason, que conocía la historia, le dijo que se alegraba de su decisión. Ayleen era inglesa de pies a cabeza y gracias a ello había podido conocerla.

Llegó a preguntarse si la vida en América sería más sencilla que en Inglaterra.

—Cielo, ¿me escuchas?

Sus pensamientos se vieron interrumpidos cuando Jason reclamó su atención. Cuando volvió a repetirle la misma pregunta, se dio cuenta que había estado demasiado abstraída como para comprender lo que quería decirle.

Pestañeó varias veces y levantó el mentón hasta poner los ojos a su altura.

—¿Sí?

Este le dio un ligero beso en la comisura de la boca.

—No me escuchabas.

—Por supuesto que lo hacía —murmuró, consiguiendo hacerlo sonreír.

—No, no lo haces. Ni siquiera te has dado cuenta de que estamos solos.

Ayleen miró a su alrededor. Él tenía razón. Los Ferris no estaban junto a ellos y ni siquiera lo había notado. Los niños habían dejado de jugar, aunque sus risas se escuchaban a lo lejos.

—¿Dónde están todos?

—Un poco más allá de la arboleda —le explicó Jason, mostrándole la dirección con un gesto—. Han traído comida para el almuerzo y nos han invitado.

Sí, recordó. En algún momento la señora Ferris lo había mencionado.

—¿Entonces, has aceptado?

—Son muy amables, pero no. Prefiero tomar una comida ligera en la posada, a solas, y luego... —Su sonrisa fue tan maliciosa que supo muy bien lo que pretendía. Era muy fácil. Una posada tendría habitaciones y estas, camas.

Ayleen decidió que no iba a contradecirle. También deseaba estar a solas con él. No obstante, debían hacer una cosa primero.

—No podemos irnos sin despedirnos. Sería muy grosero por nuestra parte.

Jason chasqueó la lengua. Ella siempre tenía razón.

—Está bien —concedió—. Pero que se trate de una despedida corta.

—¿Eres feliz? —murmuró mucho más tarde Jason cerca de su oído.

La pareja acababa de hacer el amor en una posada de New Halen. La cama era mucho más confortable de lo que estaban acostumbrados y ambos yacían desnudos, con los brazos y piernas enredados.

Ayleen le acarició el rostro con una calidez de la que solo ella era capaz y le sonrió.

—¿Cómo no podría serlo, tonto? —depositó un suave beso sobre sus labios—. Te amo. Estos tres meses han sido los mejores de mi vida.

Y era tan cierto como que respiraba. El Jason que estaba descubriendo era un hombre sencillo, abierto, sincero, maravilloso, que le demostraba día a día cuán importante era para él. No se trataba solo de gozar de un cuerpo, de saciar su pasión. Lo suyo iba mucho más allá. Sus almas estaban unidas.

Durante ese periodo de tiempo, le había hablado sin reparo de sus vivencias, de su infancia y de la familia. Ayleen le hacía todo tipo de preguntas porque lo quería saber todo de él y Jason no le ocultaba ningún secreto. Pensó que ya no podía concebir la vida sin él. Aunque no lo dijo.

—Lo sé —dijo con toda la seguridad del mundo, porque para él también lo habían sido.

Lanzó un breve suspiro de placer.

Aunque tenía montones de recuerdos dichosos en su vida, ninguno podía compararse con los que estaba creando con Ayleen. Eran intensos. Había descubierto que con ella siempre lo eran, pero no necesitaba más para ser feliz. Ni títulos, ni posición social, dinero, ni nada. Cuando la besaba así, tan suave y delicado, dejaba de pensar, su mundo se paralizaba. Dios, la amaba tanto que dolía... y eso estaba mal, muy mal. Pero ¿qué podía hacer por evitarlo, si ya había probado de todo? Al principio, las dudas, celos y culpabilidad no les dejaron un instante de tranquilidad. Los remordimientos habían sido tan fuertes que pensó que llegarían a destruirlo, pero una vez aceptó la traición hacia Johana, se dijo que lo prefería antes de enfrentarse a la idea de perder a su amada. Sin embargo, el estar juntos nunca era suficiente y el tiempo se agotaba con demasiada prontitud. Cambiaría todo por estar con ella, libremente.

—Entonces, ¿no te arrepientes?

—¿De este día? Ni lo sueñes.

Era un recuerdo que siempre llevaría en el fondo de su corazón. Un pedacito de ella.

—Pero no podemos hacerlo más —dijo un tanto agitada—. Mis escapadas están empezando a preocupar a Adele. Dice que andar tanto no puede ser bueno.

—¿Y tú que le dices?

—Que es un modo de evitar a mis pretendientes —contestó—. Si no estoy en casa, ellos no se quedarán. Eso, a su manera, es un consuelo, incluso para ella.

—Debes deshacerte de los tres cuanto antes.

Ayleen le sonrió con cariño. Jason seguía estando celoso de ellos. Aunque sabía que no tenían ni una mínima oportunidad.

—Lo haré —le prometió—. He estado pensando en el tema desde hace mucho tiempo y no me atrevía, pero he llegado a la conclusión de que es lo mejor. Contra mi voluntad, esta situación se ha alargado demasiado. Tenía la esperanza de que con el tiempo se olvidaran de mí, o que por lo menos se dieran cuenta de mi falta de interés, pero creo que ha sido peor.

Ninguno de los tres hombres se había percatado de que en el corazón de la joven no había sitio para ellos. Es más, cuanto más distante se mostraba Ayleen, mucho más interesados parecían los tres. Eso le hizo preguntarse si en verdad no estarían motivados por un espíritu competitivo, porque la rivalidad entre Rupert Clarewood y el señor Been era más que evidente. No obstante, no quería seguir dándoles falsas esperanzas, sobre todo cuando ni siquiera había contemplado la idea.

—Debes ser tajante, de otro modo ni Rupert ni el señor Been se lo tomarán en serio.

—¿Y crees que no lo he intentado? Le dije al Comodoro que quizás no quisiera casarme y se echó a reír. Creyó que estaba bromeando.

Jason alzó una ceja.

—¿De verdad?

Ella asintió.

—Incluso alabó mi sentido del humor.

—No es mal tipo —admitió con cierta reticencia—, aunque pagado de sí mismo.

—Eso no será un problema para la mayoría de mujeres —arguyó—. O por lo menos es lo que tengo entendido. —Ayleen había escuchado numerosas historias sobre sus conquistas, tanto en el país como en el extranjero, y todas venían a confirmar lo mismo: allá por donde iba dejaba montones de corazones rotos—. Creo que su atractivo enmascara sus defectos.

—¿Estás diciendo que lo encuentras atractivo?

—Siendo objetiva, es algo que no puede obviarse. Dios lo ha dotado con un rostro hermoso y un vigoroso cuerpo que complacería a la mayoría de las mujeres, aunque tuvieran que tentar al escándalo. —Jason hizo una mueca de disgusto y Ayleen se apresuró a añadir—. Pero no es lo que busco. Mi impresión sobre él es que se sobrepasa con demasiada facilidad. No me interesa ninguno de los otros —concluyó—. Tengo junto a mí al hombre más hermoso y excitante de todos —dijo mientras deslizaba un dedo por el pecho desnudo de Jason—. No obstante...

Él la miró expectante mientras dejaba que Ayleen dibujara líneas imaginarias sobre su abdomen.

—¿Qué?

Gimió cuando notó la palma de su mano un poco más abajo, a escasos centímetros de su miembro.

—Sería legítimo recibir una recompensa por tanta devoción. ¿No crees?

Jason se dispuso a mostrarle cuán generoso y magnánimo podía llegar a ser. La tomó de los brazos y se los levantó hasta colocarlos en el cojín, justo por encima de su cabeza. Luego, se puso sobre ella.

Iba a besarla cuando de repente se acordó de algo que ella había dicho.

—¿A qué te referías?

Ayleen lo miró sin entender nada.

—¿De qué hablas?

—Clarewood. Has dicho que se sobrepasaba. ¿Es algo que has escuchado en las reuniones del té o... —entornó los ojos— lo has comprobado por ti misma? —Las mejillas de Ayleen se tiñeron de rojo—. Dios, ¿ha pasado alguna cosa más que deba saber?

—Tú mismo te diste cuenta esa noche en casa de los señores Haggens —le explicó. Gracias a Jason se había salvado de una situación comprometida.

—Pero algo me dice que no ha sido todo. —Ella notó un terrible malestar, pero no podía negarlo. No creía en las mentiras. Por lo menos no a las personas que uno amaba—. ¿Te ha besado?

—¿En los labios, quieres decir?

Jason soltó una obscena imprecación. Se incorporó con rapidez y se quedó quieto, pensando.

Ambos seguían estando completamente desnudos, pero apenas parecían notarlo.

—No es tan terrible como imaginas. ¿De acuerdo?

—Déjame juzgar a mí si lo es o no. —Se pasó la mano por el cabello con nerviosismo—. Continúa.

—Me he cuidado de poner distancia. No ha vuelto a suceder.

Ayleen tuvo el atino de omitir el mote que Adele le había puesto. Saberlo no iba a beneficiar a nadie.

—¿Quieres explicarme por qué has puesto tanto cuidado en ello? Solo de pensar que... —ni siquiera pudo terminar. La imagen de Clarewood tratando de aprovecharse de Ayleen le enfermaba. Sintió un sudor frío en las palmas de las manos.

—Un día vino a traerme flores —empezó a relatar, pero Jason parecía empeñado en interrumpirla.

—Sí, todo el maldito condado lo sabe.

—Pues —siguió ella como si nada—, lo acomodé al salón. Es lo que se espera en una visita, ¿no es cierto? —Esa había sido la parte incómoda y menos memorable, pero después el Comodoro le besó los nudillos de la mano y lo remató con un ligero beso de despedida. En los labios.

¡Ah! Se olvidaba de un momento especialmente bochornoso. Cuando había tenido la osadía de afirmar que ella lo deseaba, como si fuera un sentimiento natural. Hubiera querido fulminarlo con la mirada, pero si permaneció quieta en su asiento había sido por educación. O quizás porque estaba demasiado turbada como para rebatirle.

Eso era, en resumen, lo que Jason se había perdido.

Él no se alegró de escucharlo. Los músculos del rostro se contrajeron.

—¿Estás enfadado?

—Contigo no, amor. Contigo no. —Le tomó la mano y la apretó con cariño. Lo que había dicho era cierto. Era con Clarewood con quien deseaba tener unas palabras.

Resultaba imposible, se recordó. Hacerlo significaría enfrentarse a unas preguntas que no podía responder. En teoría, Ayleen no era nada para él más que una simple vecina, por lo que

no tenía derecho a defender su honor. Si en cambio, se hubiera tratado de su prometida o esposa, las cosas serían distintas y no hubiera tenido miedo de enfrentarse a él, incluso con su fama.

Estaba harto de los pretendientes de Ayleen y sus excentricidades. No solo debía ver con sus propios ojos los esfuerzos de los tres por ganársela, sino que además todo el pueblo hablaba de ello. Cualquier conversación derivaba en lo mismo. Y Jason estaba sobrecargado. Su paciencia tenía un límite y no sabía cuánto tardaría en cruzar la línea y ponerlos en su sitio.

¿Desde cuándo tenía ese sentimiento de posesión tan arraigado?, se preguntó. ¿Y desde cuándo pretendía solucionar un conflicto a puñetazos? Él jamás había sido un hombre beligerante, todo lo contrario. Jason creía firmemente en el diálogo y la concordia, pero le dolía no poder reclamarla como suya y que toda la sociedad supiera que tenía su protección. Eso pasaba.

—¿Entonces me perdonas por habértelo ocultado?

—No hay nada que perdonar. —Sabía que lo único que había pretendido Ayleen era apaciguar sus celos, no echar más leña al fuego. Lo había hecho por su bien—. Venga, descansemos un poco, nos vendrá bien.

Jason se recostó otra vez junto a ella y los tapó. En pocos minutos su respiración se volvió más rítmica y pausada hasta que se durmió. Ayleen se asombró por lo poco que le costó hacerlo. En cambio, ella daba vueltas y vueltas sobre el colchón sin poder conciliar el sueño.

Su mente seguía vagando por los acontecimientos de ese día.

Se sentía orgullosa de haber podido pasear con Jason cogida de su brazo. Ojalá fuera un acto normal y cotidiano. Ojalá esa fuera su vida real y pudieran aceptar la invitación de los Ferris.

Tanto Jason como ella evitaban hablar sobre el futuro. Ninguno de los dos se sentía cómodo con ello. A pesar de la felicidad encontrada durante esos tres meses, para Ayleen no era una situación fácil de digerir. La única salida posible para estar juntos era seguir siendo amantes, lo que detestaba. Y para ello debía renunciar a muchas cosas, como formar una familia, que tanto empezaba a anhelar.

Jason le había asegurado que quería estar con ella y de verdad lo creía; sin embargo, no había garantía de nada. Al fin y al cabo Jason era hombre, sus voluntades eran volubles y podía llegar el momento en que la frustración diera paso a la fatiga. Ahora la amaba, pero... ¿lo haría siempre? ¿Qué sería entonces de ella? Por ello y mucho más, nunca podría convertirse en lady Ayleen Morton. Jamás. No mientras Johana viviera.

Si esta no fuera una buena persona, si no se hubiera portado tan bien con ella o si no le tuviera afecto... Pero Johana era amable y considerada. No eran íntimas amigas porque no la había dejado. Por eso no podía desearle ningún tipo de desgracia, ni herirla para poder conseguir su propia felicidad.

Ayleen sintió una presión en el pecho. Era angustiante.

Trató de serenarse, inspirando y expirando lentamente hasta que se le pasó. Miró a Jason, que seguía dormido plácidamente. Parecía tan feliz... Se acurrucó aún más a su lado, para sentirlo, para notar su calor. Iba a intentar retener como fuera esos momentos de felicidad para cuando los necesitase.

Al final, el cansancio pudo con ella. Se durmió, aunque no por mucho tiempo. Jason la despertó poco después.

Le dio un casto beso en la frente y se levantó para vestirse.

—¿Tienes prisa? —preguntó Ayleen estirándose sobre las sábanas—. Vuelve a la cama conmigo.

—No deberíamos.

—¿Por qué? Es nuestro día.

—Ayleen. Si vuelvo a meterme a la cama contigo estaremos hasta mañana.

—¿Y eso es malo? Podría decir que me he quedado en Londres...

—Amor —la interrumpió mientras se subía los pantalones—, Adele y Angus se preocuparían. Dentro de un rato estarán esperándote en la estación. Además, no traemos más ropa...

—No me importa. Jason... —musitó.

—No me lo hagas más difícil —le suplicó. Se acercó a la cama y se sentó en ella—. Por Dios, no es el momento. —Acarició su mejilla y deseó poder quitarle esa tristeza que reflejaban sus ojos.

—Nunca lo será —murmuró con pesadumbre—. Eso es lo que me duele.

—¿Crees que a mí no? Esta situación tampoco es fácil para mí. Odio mentir a Johana, a Ashton, tener que escabullirme para verte, no poder quedarme a dormir contigo ni siquiera una noche...

—¿Es que quieres terminar lo nuestro? —le preguntó de golpe.

Su corazón dejó de latir durante unos segundos que se le hicieron eternos. ¿La habría traído a New Halen para deshacerse de ella? ¿Sería eso? Esperó, impaciente, su respuesta.

—¡No! —contestó al instante—. Yo te amo y deberías saberlo. Te amo más que nada en el mundo y por encima de todo, pero cada día odio más esta situación. Hasta que te conocí creí tenerlo todo y ahora me doy cuenta de que mi vida estaba vacía, que me conformaba con poco. Aun así, estoy haciendo daño a mi esposa y es lo que menos deseo. —Se detuvo un instante para tomar aire—. Últimamente he estado pensando en algo... —confesó—. No me atrevía a decírtelo, pero quizás ahora sea el momento.

—¿De qué hablas? —Él no dijo nada y Ayleen esperó su respuesta.

—Vayámonos —le propuso al fin.

—¿Irnos? ¿A dónde?

—No me importa, pero lejos de aquí —su voz se estremeció—. Ayleen, dejemos todo atrás. Podemos empezar otra vez, tú y yo juntos. —Le alzó un poco la barbilla para que sus ojos estuvieran a la misma altura—. Mírame —susurró. Era muy importante que comprendiera lo crucial de aquella declaración. Podía cambiar sus vidas—. No sabes cuánto anhelo que digas que sí.

Jason se dijo que ojalá la hubiera conocido antes. Entonces nunca hubiera osado casarse con Johana. Pero todavía estaban a tiempo de ser felices. Tenían una oportunidad.

Ayleen trató de no echarse a llorar, pero no pudo contener las lágrimas. Era muy conmovedor escuchar esa propuesta de su boca. Y muy tentador. Por un momento tuvo un brillo de esperanza, sin embargo, duró poco y la cordura terminó por imponerse. Al fin y al cabo era una completa locura.

—No podemos —dijo con todo el dolor de su corazón—. No puedes.

—Ayleen...

—Qué más quisiera que poder decir que sí... pero tienes unas obligaciones con Johana y con tu familia. Debes honrarlos como se merecen y eso significa que no puedes desaparecer por mucho que quieras.

Ella no quería hablarle de ese modo. Era muy duro tratar de comportarse como una persona racional, sobre todo porque estaba traicionando a su corazón. Pero alguno de los dos debía hacerlo.

—Ayleen...

Jason se resistía a dejarse convencer.

—Eres un hombre honrado, lo sé. No me hagas cargar con más culpa de la que ya soporto. No podemos construir nuestra felicidad a costa de la desgracia de otros.

—¿Por qué? ¿Por qué no podemos ser unos malditos egoístas y mirar por nosotros?

—Porque te lo pido.

En ese instante no pudo contenerse más y empezó a llorar desconsoladamente. Ella quería dejar de ser Ayleen Blake, la solterona de Greenville. Lo deseaba con todo su ser. Nunca podría experimentar la sensación de sentirse casada con él, aunque no podía ir más allá. Si ahora lo separaba de su familia, de su vida, de todo lo que conocía, ¿no se lo reprocharía con el paso de los años? Era una carga demasiado grande.

Jason la abrazó con fuerza y trató de limpiarle las lágrimas. No era estúpido ni quería lastimarla innecesariamente. Comprendía su punto de vista. Lo malo era que no quería hacerlo. Como había dicho, prefería ser un maldito egoísta.

—Shhhh, cielo, no llores.

Últimamente pensaba mucho en el futuro. Se preguntaba qué sería de ellos y qué soluciones había. Él era partidario de marcharse porque estaba descubriendo que su actual situación era insostenible, aunque no era una decisión firme. No obstante, eso significaría romper con su familia, con el trabajo que tanto le gustaba y destrozar el corazón a su esposa.

Estaba dispuesto a correr el riesgo, pero ella no y sabía que en parte tenía razón.

Cerró los ojos. Se encontraba al borde del abismo. Dios, cuánto la amaba. Nunca hubiera podido imaginar que llegaría a querer así a alguien. Siempre tan controlado y racional... en eso se parecía a Ashton. Sin embargo, allí estaba, poniendo en jaque su futuro.

¿Qué debía hacer? ¿A quién debía escuchar?, se dijo.

Si antes de instalarse en Greenville alguien le hubiera advertido que los designios del destino la llevarían hasta la actual situación, con toda probabilidad Ayleen se hubiera alejado sin dudar. Era difícil de creer que una mujer tan anodina como ella hubiera acaparado la atención de cuatro hombres a la vez. ¿Qué tendría de especial? Reconocía que era bonita y su refinamiento y educación eran propios de una dama, pero estaba mucho de acercarse a la perfección, en cualquier sentido. Y su fortuna podía despertar interés en un hombre con una situación financiera comprometida. Sin embargo, todos parecían gozar de una buena posición. No era por dinero.

De ahí su turbación.

Dentro de unos días tendría lugar un festivo picnic celebrado entre sus conocidos. Con toda seguridad, el Comodoro y el señor Been querían monopolizarla y no estaba dispuesta a ello. Había decidido que aprovecharía tanta concurrencia para darles un alto y hacerles saber que no se había planteado casarse con ellos, ni ahora ni nunca. Debía de ser rotunda y decidida, de otro modo el mensaje no les llegaría con claridad, pues esos hombres podían llegar a ser muy obtusos.

La situación con el señor Plumbert era distinta. Él era agradable, complaciente y cuando se olvidaba de su timidez resultaba ser un gran orador. Junto a él se sentía relativamente a gusto, aunque sin excesos. Jason no veía con buenos ojos que aceptara pasear con él de tanto en tanto. Decía que le daba falsas esperanzas.

Ayleen se mordió el labio. Tenía razón. Además, le estaba valiendo el desprecio de Juliet Been.

Había tardado bastante en darse cuenta del cambio que se produjo en la mujer y que solo parecía afectar a Ayleen. Cuando estaban con otras personas se mostraba más cauta, amistosa y la obsequiaba con sonrisas artificiosas. En cambio, cuando coincidían ellas dos, aunque fuera brevemente, su carácter se tornaba arisco, casi combativo. La amabilidad desaparecía por arte de magia. Jason le sugirió que tal vez estuviera celosa ante la perspectiva de tener que compartir las atenciones de su hermano con otra mujer. Al fin y al cabo llevaban muchos años conviviendo el uno con el otro y no tenían a nadie más.

Ayleen no estaba de acuerdo con aquella teoría. El señor Been trataba muy mal a Juliet. Si frente a todos la despreciaba y humillaba de un modo tan evidente, no quería imaginar cómo sería en privado. Era imposible querer tener a su hermano solo para sí, a no ser que estuvieran ante una relación malsana. Ella, en su lugar, trataría de escapar de sus garras.

Por eso se propuso averiguar el origen de la animadversión.

Unas semanas atrás, el señor Been, en un alarde de hospitalidad, organizó una merienda en su casa. Tanta generosidad y magnificencia servía para contrarrestar unas palabras del comodoro Clarewood, pero lo importante fue que Ayleen aprovechó para observar con disimulo los pasos de Juliet y analizó su conducta hasta dar con la clave. La joven había levantado una mano para tomar una galleta de calabaza y pasas del plato de porcelana que tenía más cerca cuando su mano chocó con la de Horatio Plumbert, que pretendía hacer lo mismo. La vio pestañear con cierta coquetería y su rostro adquirió un tono rojizo, sin embargo, el hombre no captó el sutil gesto. Murmuró una disculpa y prosiguió con la conversación que tenía entre manos. Había sido un gesto efímero, apenas perceptible, pero fue suficiente para que se diera cuenta de que Juliet Been amaba en secreto al señor Plumbert.

El descubrimiento la dejó un tanto contrariada. ¿Lo había interpretado bien o se trataba más bien de un juicio apresurado? ¿Estaría concibiendo esperanzas? De pronto todo cobró

sentido y se dio cuenta de que el cambiante comportamiento de la joven tenía que ver con ello, pues estaba celosa de las atenciones que el señor Plumbert prodigaba a Ayleen.

¿Estaría él al tanto?, se preguntó entonces. Lo dudaba. No parecía un hombre tan despierto y sagaz, capaz de captar las astucias femeninas. Tuvo que reconocer que ni tan siquiera parecía compartir sentimientos parecidos. No había escuchado ningún tipo de cotilleo que los relacionara y él no demostraba inclinarse por ella. Aun así, las apariencias eran las apariencias y se sentiría terriblemente mal si por su culpa había contribuido a distanciar a la pareja. Si había alguna opción de que terminaran juntos tenía que asegurarse. Justo ese era el momento adecuado.

Aquella cálida mañana de agosto Ayleen había salido a pasear con el botánico. Lo prefería a estar encerrada en el salón, y estaba resultando ser bastante agradable. En realidad, le gustaría que ambos fueran amigos. Con uno al menos le bastaría, porque le resultaba imposible confraternizar con la señora Smith y sus hijas. Era evidente que la consideraban una rival y ahora sabía que Juliet también. A lady Strimble solo la toleraba en las reuniones de las damas del té, la señora Haggens era un tanto estridente y no le gustaban los paseos y Johana... era admirable, pero un hombre se interponía entre ellas.

Ayleenladeó la sombrilla que la protegía del sol y miró a su acompañante de soslayo. Su frente ancha y despejada carecía de atractivo. Sin embargo era afable y bueno. No se detectaba en él ningún signo de maldad y para ella era atributo suficiente.

—Señor Plumbert, ¿puedo hacerle una pregunta?

—Por supuesto —dijo este alisándole el chaleco y mostrándose solícito.

—¿Qué piensa de la señorita Juliet Been?

—Válgame Dios. —El hombre abrió la boca y la cerró. Ayleen temió haber sido demasiado directa—. ¿Qué opino sobre ella? —arrugó la frente—. ¿Por qué lo pregunta?

—Verá... —murmuró dubitativa—. Ella y yo hemos estado pasando tiempo juntas y me gustaría saber qué opinión tiene de ella.

Horatio carraspeó para aclararse la garganta.

—¿Le preocupa que no sea digna de su confianza?

No era precisamente lo que quería decir, pero si con ello conseguía que el señor Plumbert le contestase con sinceridad, le servía.

—Podría ser.

—Ah, ya. Hace bien. Uno no puede estar seguro de con qué clase de persona está tratando, pero yo no diría que su corazón sea traicionero. Tampoco es que lo sepa a ciencia cierta, apenas he tratado con ella. No obstante, es hermana del señor Been, en verdad un hombre antipático y, a mi parecer, mezquino y ruin.

—No creí que le tuviera en tan mal concepto.

Nunca lo había escuchado hablar mal de nadie y aunque ella opinaba del mismo modo era extraño escucharlo de sus labios.

—Trato de no juzgar ni de meterme en asuntos ajenos, pero algunas cosas son obvias —argumentó—. La señorita Been es de la misma sangre, al fin y al cabo. No estaría de más que tomara precauciones —le aconsejó al final.

Ayleen meditó un instante sobre lo que había dicho él de la familia Been. No se atrevía a preguntarle qué opinaba de la belleza de Juliet, puesto que había puesto dudas sobre su carácter. Ella no la creía tan mala como su hermano mayor, pero Horatio tenía razón, no era bueno confiarse. Por suerte, no había llegado a abrirle su corazón ni a revelarle ningún secreto indecoroso. La joven solo sabía de su vida lo mismo que sus demás amistades.

Se prometió que trataría a Juliet con un poco más de comprensión y paciencia que hasta ahora. Aunque iba a ser incómodo podía entender que se sintiera mal. A ojos del señor Plumbert era casi invisible y de un modo u otro tal circunstancia debía entristecerla.

—Gracias por sus palabras. Me ha sido de gran ayuda —dijo con toda la amabilidad que pudo.

Por lo menos había despejado todas sus dudas en cuanto a los sentimientos de su acompañante por Juliet Been.

Entonces se dio cuenta de que había conseguido sonrojarlo.

—¿De-de-ver-dad? —tartamudeó y ella asintió vigorosamente—. Es un honor que confíe tanto en mí.

Aunque el rubor todavía persistía en su rostro, Horatio se mostró un poco más seguro de sí mismo, incluso complacido. Después detuvo el paso y quedó mirando largamente al horizonte, con las manos enlazadas en la espalda, sin pronunciar palabra. Ayleen lo miró con fijeza, mas él no pareció darse cuenta. Estaba ausente, como hipnotizado. Se volteó y miró a Margueritte, que los seguía a cierta distancia para no dar de qué hablar a las malas lenguas. Encogió los hombros sin saber qué hacer. La criada, con un gesto, le dio ánimos.

—Señor Plumbert, ¿se encuentra bien?

Este reaccionó con lentitud y movimientos lánguidos. Esbozó una cálida sonrisa y centró toda su atención en ella.

—Últimamente he estado pensando mucho en mi vida —murmuró con cierta vacilación, obligándola a aguzar el oído. De repente, el botánico volvía a ser tan tímido como al principio, como cuando lo conoció, y aunque miraba un punto indefinido de su rostro, sus ojos no se encontraron. Sintió cierta pena por él, porque se trataba de un hombre bueno y en cierta medida le tenía aprecio—. Tengo treinta y ocho años —continuó él, consiguiendo que todos los sentidos de Ayleen se pusieran alerta. De repente tenía una sensación extraña— vivo con comodidad y satisfecho con mis estudios de botánica. No obstante, todavía no he encontrado una mujer que me inspire la confianza suficiente como para incitarme a formar una familia. Hasta ahora —recalcó.

—¿Qué quiere decir? —preguntó para ganar tiempo mientras su mente se afanaba en buscar una escapatoria que fuera digna para ambos.

No esperaba que Horatio reuniera el valor necesario para expresar los sentimientos que estaba a punto de confesarle. Por lo menos, no tan pronto y con unos rivales tan formidables como el Comodoro y el señor Been. Por supuesto que Ayleen sabía a dónde él quería ir a parar. Por eso quería impedirlo.

—Señorita Blake, déjeme expresarme con más claridad. Creo que usted y yo deberíamos casarnos.

—¿Casarnos? —repitió como una tonta.

La propuesta la dejó estupefacta aun sabiendo que estaba a punto de escucharla. Tanto, que la sombrilla estuvo a un paso de resbalar de su mano. Entonces la asió con fuerza deseando haber escuchado mal, pero su rostro debió contraerse tanto por la sorpresa que el señor Plumbert se afanó en añadir:

—Sé que no puedo compararme a la gallardía del comodoro Clarewood ni acercarme a la fortuna del señor Been. Solo soy un hombre sencillo al que le gusta la vida de campo. —Se quitó el sombrero y empezó a jugar con él, con nerviosismo—. Señorita Blake, la he juzgado como una mujer llana, nada artificiosa, lejos de ambiciones que incluyan fama o reconocimiento. Es más, me atrevería a decir que desea justo lo contrario. Me he dado cuenta que la notoriedad la incomoda. ¿No es así?

Horatio giró levemente el cuerpo y se atrevió a mirarla a los ojos, esperando su respuesta. Ella no tuvo más remedio que responder.

—Sí.

—Lo único que le pido es que me dé una oportunidad. Que piense bien en mi proposición, en cuáles serían las ventajas —habló tenso. Para él debía ser muy difícil expresarse en tales términos—. Yo no la amo, al igual que usted no lo hace conmigo, pero con el tiempo... Ambos tenemos caracteres similares: somos humildes, preferimos evitar los conflictos y sentimos placer en la lectura. Tener alguien a nuestro lado, haciéndonos permanente compañía, nos haría bien.

Ayleen arrugó los labios.

—Su propuesta tiene sentido, señor Plumbert —debía reconocerlo—. Sin embargo...

—¿No desea la seguridad de un esposo? ¿Hijos?

—Sí, por supuesto —se afanó en añadir.

—¿Piensa que desmerezco como hombre en comparación con el comodoro Clarewood y el señor Been?

—¡No! —exclamó. No iba a dejar que pensara que su negativa tenía que ver con su hombría. ¿Pero cómo decirle que su corazón ya tenía dueño? Por mucho tiempo que pasara y por mucho empeño que le pusiera, jamás podría amarlo como se merecía—. Usted tiene mucha más talla que ellos, incluso que los dos juntos. Es bueno, amable y comprensivo. Cualquiera mujer se sentiría afortunada por semejante propuesta. Pero yo...

Vaciló. Sus fuerzas se achicaron. No quería ser cruel con él ni desagradable. No obstante, no podía aceptar.

—Entiendo que sea una decisión importante —señaló con cierto toque de melancolía—. ¿Por qué no lo piensa con calma? Tómese unos días.

Ayleen asintió, aliviada. Agradeció que le diera un respiro, pero todavía tenía una negativa que darle y eso la ponía en un compromiso. Por eso, durante los tres siguientes días no pensó en otra cosa que no fuera en su propuesta y contra todo pronóstico, se tornó un asunto vital que debía analizar. Evitó y disimuló todo lo que pudo para no contárselo a Jason. Sabía que se enfadaría mucho si se enteraba de lo sucedido, por lo que resolvió que la ignorancia sería el mejor remedio para su carácter. Debía reconocer que los celos estaban haciendo mella en él. No poder gritar a plena voz el amor que ambos se profesaban lo mataba y Ayleen no quería darle un motivo para explotar. Tenía miedo de que un día no pudiera controlar su temperamento y terminara dando un puñetazo a cualquiera de sus pretendientes poniéndose en evidencia frente a todos.

Si eso sucedía sería una catástrofe y ya no podrían volver a estar juntos.

Por eso era mejor no tenerlo al tanto de la propuesta del señor Plumbert. Ni tan siquiera había revelado el contenido de la conversación a Adele o Margueritte, y eso que la joven criada insistió. Después del paseo se había dado cuenta de la tensión de su rostro.

Casarse. Un sueño lejano e inalcanzable. Jason Morton no era suyo y nunca jamás lo sería.

¿Qué le quedaba entonces?, se dijo. ¿Una vida extraña y agri dulce, condenada a ser la amante? No era lo que deseaba para sí misma, pero al mismo tiempo no podía romper el lazo que les unía ni dejarle ir. Le amaba demasiado. Tampoco podía fugarse con él; no era una opción realista. Ashton Morton era un hombre de poder y no estarían seguros en ninguna parte del país, ni siquiera en el extranjero. Estaba convencida de que si lo hacían, el duque los perseguiría allá donde fueran y obligaría a Jason a volver con su esposa.

Mientras tanto, a Ayleen solo le quedaría recoger los pedazos de su corazón roto.

Esa noche y las demás que siguieron, en la intimidad de su alcoba, Ayleen lloró con desconsuelo. Sus expectativas eran muy pobres y sus ánimos estaban por los suelos. Sin embargo, no supo en qué momento exacto fue, en algún punto de esos tres días comenzó a aceptar la idea y se dio cuenta de que debía luchar contra el infortunio. Casarse con el señor Plumbert no era la peor solución, más bien todo lo contrario.

Él tenía razón. Ese matrimonio le daría unas ventajas de las que ahora carecía y tener hijos propios sería su mayor consuelo. Se volcaría en ellos y los amaría con todo su ser. ¿Pero sería posible una nueva vida junto a Horatio Plumbert? ¿Soportaría acostarse con él? Ese hombre no era su amado y sus besos y sus abrazos serían forzados, sin una pizca de amor. Con Jason había sucumbido mientras aprendía a ser una mujer y a amar como tal. Se entregó de lleno a él con tanta intensidad y tal grado de compromiso que nunca más sería posible tener lo mismo con cualquier otro.

Una vocecilla en su interior le dijo que debía darse una oportunidad para ser feliz y hacer caso omiso a lo que dictaba su corazón. Con el tiempo se olvidaría del amor que se profesaban y tal vez aprendiera a querer al botánico. O por lo menos a tenerle cariño.

No fue una decisión sencilla o para tomar a la ligera; su vida y la de las demás estaban en juego. Pero cuando supo lo que iba a hacer se convenció de que su posición sería inamovible. Por todo ello buscó a Horatio y, con un intenso dolor en el pecho por tener que renunciar a lo que más quería, aceptó su propuesta.

Le impuso dos condiciones que no pensaba discutir. La primera consistía en no divulgar la noticia de buenas a primeras. Le pedía un tiempo, un tiempo prudencial. Todavía no sabía cómo iba a confesarle su decisión a Jason y temblaba solo de imaginar su respuesta.

Era algo que debía planear con calma.

Mudarse a otro lugar tan pronto estuvieran casados era la segunda de las condiciones. No importaba a dónde, pero que fuera bien lejos. Para Ayleen sería imposible seguir viviendo en Greenville y volcarse en su matrimonio con Jason cerca. Sabía las dificultades que conllevaba el traslado. El invernadero y las plantas de Horatio serían todo un reto, pero ella no pensaba echarse atrás. Tenía motivos de peso, no se trataba de un vulgar capricho. O la aceptaba con todas las condiciones que había impuesto o no se casarían.

Horatio asintió y reflexionó en silencio durante unos segundos. Era un hombre cabal, pero en ningún momento le preguntó los motivos que le empujaban a pedírselo. No sabía si se debía a que confiaba en ella o, por el contrario, prefería seguir sumido en la ignorancia.

—¿Entonces estamos prometidos?

Era una pregunta sencilla y fácil de responder. Ella misma lo había buscado. ¿Entonces por qué sentía un nudo en el estómago?

—Sí. —Su voz apenas sonó audible y pensó que en un futuro no muy lejano debía empezar a manejar mejor ese tipo de situaciones, dejando de lado la angustia, los nervios y la timidez. Santo Cielo, iban a convertirse en marido y mujer. Debían buscar un punto en el que ambos se sintieran cómodos.

—Bien. —Horatio se levantó del sofá sin saber cómo debía actuar en las actuales circunstancias. Dio dos pasos hacia ella y pareció arrepentirse de lo que iba a hacer, porque volvió a sentarse en el mismo lugar que había estado. Después frotó las palmas de sus manos sobre las rodillas—. Esperaremos a que usted se sienta preparada para anunciar el compromiso. ¿Le parece bien? Luego fijaremos una fecha para la boda.

—Sí, gracias.

Eso fue todo. Horatio no trató de besarla; ni tan siquiera tomó su mano. No es que fuera un hombre frío, sino más bien cauto y prudente. Con el acuerdo sellado se daba por satisfecho. Sin

embargo, tanta comprensión por su parte le hacía sentir terribles remordimientos. No quería engañarlo, aunque una total sinceridad quedaba descartada. ¿Debería confesarle que estaba enamorada de otro hombre, aun sin llegar a revelar su nombre? Sería lo justo, pero no se atrevía. Su futuro esposo llegaría al matrimonio creyéndola una mujer honesta, pero era mejor así, se dijo. Ayleen procuraría con todas sus fuerzas ser una buena esposa, pero ello no contribuyó a su paz mental, que debía dar con una solución definitiva respecto a la persona que más quería.

El día del picnic llegó demasiado pronto para su gusto y no se sentía con ánimos para disimular su tristeza ante todos. La tarde anterior estuvo a punto de confesárselo todo a Jason, puesto que desde el día en que Horatio habló de matrimonio y tras su resolución, le costaba encontrar la serenidad suficiente para dormir por las noches. Tanta desazón era debida a la culpa que la carcomía y ya no podía más. Estaba engañando a todo el mundo y así no era como había imaginado su vida. Pero entonces, Jason le habló del regreso de su hermana Claudia a Inglaterra y lo vio tan feliz que no fue capaz.

Estaba atrapada entre el amor, el deber y la lealtad y poco a poco empezaba a asfixiarse. Esperaba que por lo menos su futuro matrimonio le diera la paz que tanto necesitaba.

Ayleen alzó el rostro hacia el cielo, dejando que los rayos del sol acariciasen sus mejillas y le dieran placer. La ligera brisa de la tarde agitaba su cabello, pero al menos disminuía el sofocante calor veraniego. El ligero vestido de algodón en tonos rosados y verdes, con poco volumen, era adecuado para aquel picnic. Práctico y bonito a la vez. La señora Laurens, ya recuperada del parto, la tomó del brazo y sonrió. Habían tenido poco trato en los últimos meses debido a su embarazo, cuando su voluminosa barriga y sus pies hinchados entorpecían sus pasos. Por eso había prescindido de participar en las numerosas actividades organizadas por las damas del té. Era la primera vez, después de dar a luz, que ella y su esposo se tomaban un respiro de ese tipo.

Ese día ambas habían hecho buenas migas y Ayleen agradecía estar en su compañía. Había tratado de ignorar, en la medida de lo posible, a Jason, al señor Been, a Rupert Clarewood y a Johana, pero por distintas razones. En cambio, la señorita Been la ignoraba a ella y centraba toda su atención en Horatio. Al parecer había estado estudiando un poco de botánica y trataba de impresionar a su acompañante con sus recién adquiridos conocimientos, así que no dejaba de cotorrear.

Juliet no era bonita. Tenía el rostro y la nariz más afinados que la señora Laurens, pero lo peor de todo era el ostentoso sombrero que lucía. Estaba cargado de plumas que le daban mucho volumen, poco conveniente para la ocasión. De tanto en tanto debía esquivar las ramas de los árboles para no quedarse enganchada en ellas.

Por lo que había observado en el pasado solía ser una joven sobria y comedida. Ese tipo de coquetería femenina era un gasto superfluo para su hermano, pero se le había ido la mano en su esfuerzo por atrapar al señor Plumbert.

—Veo que usted también adora el verano —comentó la señora Laurens. Sus ojos brillaban de alegría, pero sabía que en el fondo se sentía un tanto culpable por haber dejado a su pequeño hijito con su madre—. Charles prefiere el otoño. Por la caza, por supuesto —añadió.

—¿Es buen cazador?

No pudo evitar echar un rápido vistazo hacia atrás, donde Charles Laurens conversaba con Jason, así como tampoco puedo evitar darse cuenta de la mirada furtiva que le lanzaba este último.

—Ojalá lo fuera menos —bromeó—. ¿Sabe cuántas aves es capaz de traer en una salida? ¡Demasiadas!

—¿Alguna dama estaba hablando de mí?

La abrupta interrupción consiguió desconcertarla brevemente. Ayleen levantó el rostro y se encontró al comodoro Clarewood revoloteando a su alrededor. La tomó del brazo, acercándola a él y distanciándola de la señora Laurens, que finalmente la soltó.

Ayleen no pudo disimular su irritación. Se estaba sobrepasando. Durante los últimos meses había soportado sus acometidas con entereza en nombre de la buena educación, pero no volvería a permitirselo.

—¿Por qué cree que haríamos tal cosa? —le preguntó con los ojos entrecerrados y guardándose para ella una respuesta mordaz. Entonces notó cómo la mirada del Comodoro se detenía en la curva de su cuello y después se humedecía los labios en una evidente muestra de deseo. O así se lo pareció a ella.

Que no fuera capaz de esconder tales sentimientos y los mostrara tan abiertamente hablaba muy mal de él. Por naturaleza, un caballero siempre era refinado y discreto, adjetivos que nada tenían que ver con el Comodoro.

—¿Acaso no es evidente? Mi amor... —dijo con una familiaridad que le desagradaba, pero que al parecer le gustaba atribuirse. A saber qué estaría pensando la señora Laurens de ellos. Era muy embarazoso—. Ahora —continuó él—, queremos estar solos. Señora.... ¡Que pase un buen día!

Clarewood tiró de ella por segunda vez y la hizo avanzar, alejándola del sitio y de la señora Laurens, que se había quedado desconcertada.

—Comodoro... —balbuceó en un fallido intento de resistirse. No entendía que hubiera osado tomarse semejantes atribuciones. ¡Cómo se atrevía!—. Eso ha sido muy grosero.

Él la obsequió con una sonrisa radiante, como si en verdad no hubiera hecho nada malo. Ayleen deseó poder borrarla de una bofetada. No estaba tan desesperada por encontrar marido como para aceptar sus atenciones. Se dio cuenta de que había tardado demasiado en ponerle un alto y ahora pagaba las consecuencias. Se alegraba de haber escogido a Horatio Plumbert entre todos. Era la opción más segura y reconfortante.

—No me agrada que traten de monopolizarla —adujo él como excusa—. Es demasiado bondadosa y se aprovechan de usted.

—No diga esas cosas. Solo estaba teniendo una agradable charla con la señora Laurens —le recriminó con cierto exasperación—. No tenía ningún derecho a dejarla plantada y llevarme a rastras.

—¿Por qué? Pensaba que le hacía un favor. Sea sincera, ¿acaso no prefiere mi compañía?

—¡No! —exclamó alterada, sin poder contenerse. Detuvo el paso.

Al parecer levantó demasiado la voz, porque todos comenzaron a mirarlos con una mezcla de curiosidad y deleite. Los ojos de la señora Haggens reflejaban picardía. No obstante, su grito captó un interés especial en Jason. Desde la distancia pudo ver cómo sus hombros se tensaban y una mueca se dibujaba en su rostro. Los observaba con la cautela de un felino. Sabía que si se lo pedía, correría en su auxilio.

Avergonzada, compuso una sonrisa falsa, bajó la voz y lo instó a continuar. Quería gritar de pura frustración. ¿Por qué no entendía? En ese momento no le encontraba ningún tipo de encanto. Era un hombre muy egocéntrico y ni su atractivo rostro ni su fama al servicio de la

Corona resultaban halagadores. El Comodoro era pura fachada, deslumbrante al principio, vacío después. No deseaba ser grosera ni irrespetuosa, pero no le estaba dejando otra salida. No tenía ánimos para continuar soportándolo.

—Esto ha llegado demasiado lejos —murmuró más bien para ella misma que para él. Luego se recompuso y adquirió un tono mucho más firme y decidido—. Voy a ser bien clara, Comodoro. Piensa usted que somos la pareja ideal. Pues bien, le diré que no lo creo y que entre nosotros nunca sucederá nada, salvo una amistad. No me interesa en sentido romántico —hizo hincapié en aquello para que no quedara ninguna duda

Se dio cuenta de que él no supo muy bien cómo tomarse sus palabras. Por un momento titubeó. Era bien sabido que no estaba acostumbrado a aquel tipo de rechazo, pero Ayleen no podía permitirse el lujo de suavizar sus palabras. Era de vital importancia deshacerse de Rupert Clarewood para siempre. Le había ofrecido su amistad como muestra de cortesía, mas sabía que era un hombre orgulloso y que con total probabilidad no la tomaría.

—¿Bromea o es su forma de conseguir captar la atención de un hombre?

—Por supuesto que no —bramó, dejando traslucir su furia—. No soy tan frívola, ni me gusta que lo insinúe.

—¿Está diciendo que no me ama?

Que fuera tan obtuso venía a confirmar lo poco que tenían en común.

—Eso mismo. Ni una pizca.

Si no hubiera estado tan concentrada en su labor de romper sus esperanzas para con ella, su expresión de estupor le hubiera resultado cómica.

—¿Se ha vuelto loca? Ninguna mujer me ha rechazado nunca.

—Pues cuénteme a mí como la primera.

Clarewood movió la cabeza tratando de aclarar las ideas. Luego esbozó una sonrisa, para terminar transformándola en una sonora carcajada.

No había manera de que la tomara en serio.

—Siempre ha destacado por encima de las demás damas. Siempre —repitió—. ¡Le dije que su sentido del humor me fascinaba!

—Esto no es una competición, Comodoro —replicó categóricamente—. Me importan bien poco las demás porque no hay un usted y yo. Entiéndalo de una vez.

Desearía no estar hablando contra una pared y que de una vez por todas diera un paso hacia atrás.

—¿De verdad cree que va a encontrar un partido mejor? —Su rostro se tornó más frío y formal que de costumbre, como si le estuvieran insultado. Supuso que era inevitable que se lo tomara así.

—Puede que no, pero es mi decisión. Y le aseguro que es irrevocable.

¿Cuántas veces tendría que repetírselo? Su paciencia no era infinita.

—¿Es su última palabra?

—Lo es.

—¿Me deja por el señor Been? —preguntó, tocado por la vanidad masculina.

—¡Por supuesto que no! —Ambos le desagradaban por igual, pero no se lo dijo.

Para alivio de Ayleen, no tuvo que volver a insistir. Al parecer se había dado por enterado y el comodoro Rupert Clarewood, con el rostro circunspecto, la abandonó sin una mísera despedida. Se sentía airado. Sabía que había tocado su orgullo, y en un hombre que tenía mucho, aquel daño infligido era el mismo que si lo hubiera herido con una daga.

Pero Ayleen no se quedó sola por mucho tiempo. El señor Been ocupó el sitio dejado por el Comodoro casi de inmediato.

Había estado atento a la pareja desde el principio. Rezagado de los demás y con los brazos enlazados en la espalda caminaba prefiriendo su propia compañía mientras observaba todo y a todos con cierto aire de superioridad. Con la ausencia del duque de Redwolf se había tomado muy en serio ocupar el papel de regia autoridad. Solo cuando vio que Ayleen se había zafado del tonto de Clarewood se aventuró a tomar ventaja y se posicionó como escolta de la joven. Aunque no la necesitara.

Perfecto, pensó ella cuando lo tuvo a su lado. Para cuando tomaran la merienda ya se habría deshecho de los dos. No habría podido salir mejor ni siquiera planeándolo. Aunque el señor Been era un hueso mucho más difícil de roer y en su compañía se sentía sumamente inquieta. Era el más desagradable de todos y le faltaba la virtud de saber callarse a tiempo.

—Señorita Blake, no he podido dejar de observar el comportamiento de Clarewood. ¿La ha molestado? —preguntó con una estudiada complacencia.

Ayleen se sobresaltó. No esperaba que el hombre fuera tan agudo y perspicaz, pero no iba a darle el placer de la victoria. A lo mejor el Comodoro se había extralimitado. No obstante, no iba a hacerle quedar mal delante de su contrincante.

—En absoluto —dijo con aire descuidado, para no darle ninguna satisfacción—. A veces podemos tener puntos de vista distintos. Solo eso.

—Entiendo. La mediocridad en un caballero es repugnante.

Ayleen arrugó la frente, sin comprender por entero el significado de sus palabras. Solo sabía que había tratado de menospreciar al Comodoro. Por eso había obviado citar el rango de la Royal Navy. La superioridad con la que trataba a los demás no tenía límites. Se dijo que ella merecía a alguien mejor y, si no lo hubiera encontrado, a todas leguas preferiría la soledad antes que arder en el infierno que supondría su compañía.

—Sin lugar a dudas hay cosas peores en el carácter de un caballero y he sido testigo de cada una de ellas: la soberbia, el desdén, la insolencia, la envidia, las injurias y la intolerancia —enumeró—. No sé cuál de ellas prefiero menos, pero le aseguro que la mediocridad me preocupa poco.

—Debe aprender a mostrarse más dura y crítica con los demás —le recomendó—. En esta sociedad, las personas huelen las debilidades y se aprovechan de ellas. Hay que dejar claro que uno está por encima y trabar amistad con los de su misma clase, como vengo haciendo. No me verá relacionándome con sirvientes o tenderos.

Ayleen apretó los dientes al oír tanto menosprecio. ¿Qué mal había en tender ese tipo de relaciones? Ayleen se sentía orgullosa de la unión que había entre Adele, Margueritte y ella. Habían sido un gran apoyo desde su llegada a Greenville. Además, aunque sabía que el señor Been no venía desde muy abajo, tampoco había nacido en una cuna de oro. Su padre había sido un abogado rural y tuvo que valerse de ahorros y préstamos para hacer estudiar a su hijo.

Cierto era que el señor Been había puesto todo su empeño en progresar y lo había conseguido. No obstante, su insufrible carácter desmerecía el esfuerzo. Ayleen llegó a preguntarse a cuántas personas había aplastado en el camino para lograr alcanzar sus desmesuradas ambiciones.

—¿No cree que eso sea cruel? No todos nacemos con las mismas posibilidades y si se puede ayudar a los más necesitados...

Él esbozó una sonrisa fría y despectiva.

—Es la ley de la vida. Solo el más fuerte sobrevive. Si usted me deja, yo le enseñaré el camino correcto.

Ayleen no tenía muy claro lo que el hombre pensaba de ella ni por qué la cortejaba. Ambos eran tan distintos como el día y la noche. La trataba con total condescendencia y la hacía parecer una bobalicona idealista.

—Oh, no, me parece a mí que no —le espetó con sequedad—. No soy un árbol torcido.

Ayleen poseía firmes convicciones y buen juicio. No deseaba transformarse en una mísera mujer víctima de la avaricia y el desdén. ¿Creería él que era fácil de manipular o dirigir, así como con Juliet?

—¿Por qué parece tan ofendida cuando mis intenciones son tan desinteresadas?

—¿Lo son? —preguntó con un deje de ironía. No creía que el señor Been supiera serlo ni aun proponiéndoselo.

—Lo que está queriendo insinuar y su modo de expresarse, me decepcionan —admitió en tono de amonestación. Y Ayleen sintió una ligera punzada de culpabilidad—. Pensé que era una mujer distinta a la que ahora estoy conociendo y aunque agradezco darme cuenta a tiempo, siento cierta tristeza porque nuestras almas no son afines.

—Creo que tiene razón, aunque no debe existir amargura entre nosotros. Al fin y al cabo somos vecinos.

Ayleen lo dijo en modo conciliador, aunque tenía claro que al romper las esperanzas del señor Been se exponía a la exclusión: él pasaría a encontrarla insignificante y a ignorarla, como hacía con la mayoría de las mujeres. Por suerte, cuando se casara con el señor Plumbert se marcharía bien lejos de él y de todos. A ciertas personas las echaría de menos, pero a otras no.

—Entonces, eso es todo.

—Eso es todo —repitió, encontrándose por fin a salvo.

Tras tantos inconvenientes, la tarde avanzó a un ritmo sosegado. Era liberador no tener a los tres caballeros persiguiéndola todo el tiempo. Ayleen se sentía mucho más ligera y no esperaba más sobresaltos. Jason se marcharía a Londres a la mañana siguiente con Johana. Y aunque le echaría de menos, se prometió que cuando su amado regresara a Greenville le confesaría todo y luego anunciaría su compromiso con Horatio. A lo sumo tardaría dos semanas, pero con la vuelta de Claudia era difícil estar segura. Tendrían tantas cosas de las que hablar... y seguro estaría cambiada. Había estado lejos durante muchos meses.

Una parte de ella tenía ganas y curiosidad por conocerla. A pesar de su juventud, puesto que no sería presentada en sociedad hasta la temporada siguiente, todo el mundo parecía coincidir en que era una muchacha muy madura y resuelta. Hablaban mucho y bien de ella. Y Jason le había asegurado que ambas harían buenas migas.

Durante la merienda, Ayleen permitió que Horatio la acompañara y le reveló en confianza que el señor Been y el Comodoro no serían más una molestia, respondiendo el botánico con gran satisfacción.

Era un alivio tanto para él como para ella.

Más tarde le ofreció un vaso de limonada y Ayleen se lo agradeció con una sonrisa discreta. Fue un gesto que pasó desapercibido para todos los presentes, menos para alguien con dotes de observación y olfato para los chismes.

Sentada sobre un cómodo y enorme cojín color púrpura, la señora Haggens notó que el Comodoro volcaba su atención en Jazmin Smith, para deleite de su madre. Venía haciéndolo desde hacía más de una hora y era difícil encontrarle el sentido. Las dos únicas cosas en común en aquella pareja eran que ambos eran rubios e ingleses. Un hombre tan poético y apasionado como Rupert Clarewood no tenía nada que ver con aquella niña hueca. El señor Been, en cambio, se mostraba más serio y retraído de lo habitual y no parecía apreciar la compañía femenina.

Sintió curiosidad. Miró y pensó un poco en ello mientras daba un mordisquito al sabroso bizcocho de fresas. Aquel comportamiento no era normal. ¿Por qué esos tres pretendientes enamorados no estaban peleándose por la atención de Ayleen como hacían siempre? ¿Qué había cambiado? Ella se había esforzado mucho por buscarle a la joven tres pretendientes la mar de adecuados. ¿Y ellos habían dejado de mostrar interés?

Pensó que todos eran unos zoquetes desagradecidos.

El único que parecía poner un poco de empeño era el señor Plumbert. ¿Quién iba a decirlo? Siempre escondido tras tanta timidez había dado un paso adelante. Se mostraba mucho más seguro y confiado ocupando un lugar junto a Ayleen, como si le correspondiera, como si contara con un tácito consentimiento.

Arrugó la nariz. ¿Podría ser lo que se estaba imaginando? ¿Se habría librado una batalla del que había resultado vencedor? ¿El señor Plumbert?

Dejando el bizcocho restante en su plato de porcelana, quiso poner a prueba su presentimiento.

—Ayleen, querida. Señor Plumbert —Henrietta llamó a la pareja con una voz aterciopelada para captar su atención. Solo fue cuestión de suerte que los demás mostraran curiosidad—. Parecen muy bien avenidos. ¿Harán algún anuncio pronto? —trató de sonsacarles.

Su tono se había vuelto jocosos, pero por la reacción de aquel par se dio cuenta que había dado justo en el blanco. No puso sentirse más orgullosa tras haber confirmado sus sospechas. Además, podía atribuirse el mérito de haber contribuido a aquella unión.

Entretanto, Ayleen miró a la mujer con la boca abierta, preguntándose cómo diantres lo había adivinado. Trató de ocultar sus emociones, de no sobresaltarse ni perder la compostura, pero resultó del todo imposible. Sintió palpitaciones, se le reseco la boca y notó la lengua pastosa. Al mismo tiempo se le subió un intenso calor al rostro, señal inequívoca de sofoco. No pudo contestar; no podía. Alarmada, buscó a Jason. Se dio cuenta de que estaba alterado y que esperaba con anhelo a que ella lo negase. Debía tratarse de un juicio precipitado de la señora Haggens, pero en ausencia de respuesta cambió de opinión. Su mirada se tornó dura y penetrante, atravesándola como un afilado cuchillo.

—¿Y bien? —insistió Henrietta, muriéndose de la curiosidad—. Señor Plumbert, no me diga que todavía no se lo ha pedido.

El aludido emitió una tos nerviosa, juzgando si era prudente develar el secreto, puesto que había prometido aguardar durante un tiempo. ¿Qué iba a decir, entonces? No tendría mucho sentido negarlo ahora para anunciarlo unas semanas después.

—En efecto —confesó con la esperanza de que su prometida entendiera que era mejor hacerlo así—, he pedido a la señorita Blake que sea mi esposa y ella ha aceptado.

Por el contrario, Ayleen se sintió desfallecer. Todo estaba hecho ya y esperaba el fatal desenlace.

Maldita fuera. ¿Gritaría? ¿La acusaría de deslealtad en público? Eso no era lo que había planeado y ahora Jason estaría pensando lo peor de ella. Con justicia. Debía habérselo dicho antes y ahorrarle la humillación. En cambio lo había traicionado cruel y vilmente, aunque no había sido su intención herirle.

Se dijo que no era el único que sufriría. Ella sentía que estaba comenzando a morir.

Como un gato enjaulado se paseaba arriba y abajo. Sabía que Ayleen acudiría. Tras la espectacular conmoción que había supuesto el anuncio de su boda con el señor Plumbert, se hacían necesarias algunas explicaciones. ¿Algunas? ¡Muchísimas!

La ira todavía ardía en él. Se sentía engañado, estafado y celoso más allá de toda duda. Tras la sorpresa inicial, en los rostros de todos los participantes del picnic estaba instalada la misma expresión: sorpresa e incredulidad, ya no por el anuncio en sí, sino porque ella hubiera escogido a Horatio.

En cambio, él había tenido que fingir, no los primeros sentimientos, sino los que vinieron después. No se acercó a felicitarla. No pudo. Una cosa era no demostrar cuán afectado se sentía, pero otra muy distinta era plantarse delante y darle la enhorabuena. Ni por todo el oro del mundo.

¿Qué había sentido al escuchar el anuncio? Algo tan sencillo como si una garra arrancara sus entrañas y estrujara su corazón una y otra vez. ¿Acaso podía ser de otro modo? ¿Qué se esperaba de él? ¿Qué esperaba ella? ¿Tomar la noticia como si fuera lo más natural del mundo? ¿Estrechar manos y sonreír como un simple bobo? Jamás.

A punto había estado de responder con toda la ira que era capaz y sacar a la luz todos los trapos sucios. Pero aunque estaba convencido de que Ayleen se había equivocado al tomar esa decisión, no lo pudo hacer. Por ella, solo por ella.

Trataba de mostrarse racional frente a los demás, pero en su fuero interno estaba desbocado. Con pocas ceremonias había abandonado a Johana en casa nada más llegar y había cogido el caballo para dar rienda suelta a su furia y desconcierto. Luego, ya más calmado, aunque no apaciguado, se había dirigido hasta el punto de encuentro que tenía con ella para tratar de encontrarle alguna lógica a ese sinsentido.

Sabía que no tendría que esperar mucho. El sol estaba desapareciendo a marchas forzadas y Ayleen no tardaría en llegar. Tal vez después de despedirse de ese mequetrefe con el que pretendía desposarse, luego de darse algunos arrumacos y besos apasionados.

¡No! Ayleen no le haría eso. Pero tampoco creía que se prometería con nadie y ya veía cómo estaban las cosas.

De una patada lanzó una silla a la otra punta de la casita. No quería pensar en ello. Ni tan siquiera en ella dando a otro lo que tan libremente le ofrecía a él. ¿Acaso significaba tan poco lo que habían compartido? ¿Dónde quedaban las declaraciones de amor?

—¿Por qué lo has hecho? ¿Por qué? —gritó lleno de ira y frustración.

Se pasó una mano por el cabello en lugar de hacer lo que en realidad quería: destrozarlo todo. Miró de nuevo por la ventana con la esperanza de verla parecer. Sabía que vendría. Tenía que venir.

Respiró varias veces en un intento desesperado e inútil de serenarse. Se prometió que en cuanto Ayleen llegase no la abordaría en ese estado. Se mantendría lúcido, coherente y cabal. Le demostraría que sus actos no lo habían afectado —aunque en realidad estuviera a punto de desquiciarse—. Escucharía lo que tenía que decir antes de darle su parecer. Ella no era tonta. Supondría que no estaría contento con el giro de las cosas, si bien decir eso era la forma más suave de referirse a su estado actual.

Por su parte, él tampoco era idiota. Ya desde el principio de su relación clandestina sabía que las cosas no podían seguir de esa forma a perpetuidad, pero Jason había estado barajando distintas posibilidades que podían lograr satisfacerlos a ambos. Por supuesto, Ayleen era la que siempre salía perdiendo por su condición de mujer soltera.

Soltera. Esa era la clave. ¿Debería sentir alivio por las posibilidades que ofrecía el que ella estuviera casada?, se preguntó.

¡Ni siquiera un poco!

Era cierto que el señor Plumbert era un hombre sin carácter y muy ocupado en la botánica. Eso bastaría para no darse cuenta de las escapadas constantes de su esposa, pero Jason no podía imaginar compartir a Ayleen con ningún otro.

La furia le invadía solo con pensar en tal posibilidad.

Él, por su parte, hacía meses que no tocaba a Johana, porque hacerlo, lejos de ser un suplicio, le resultaría extraño, como una imposición. Él amaba a Ayleen, era con ella con quien deseaba estar y su esposa había sido relegada a un triste segundo puesto.

Por eso no entendía que quisiera casarse con el mequetrefe de Plumbert.

En perspectiva, lo único bueno de toda la pantomima de esa tarde eran los rostros del señor Been y Rupert Clarewood. Si por su parte había sabido esconder la reacción que el anuncio había supuesto, ninguno de los otros dos hombres lo había conseguido. No solo habían mostrado incomodidad por el simple hecho de ser los pretendientes derrotados, sino que no habían tomado el perder con un mínimo de galantería. El señor Been, rojo como un tomate, había pronunciado frases para el baúl de los olvidos —sin embargo, sabía a ciencia cierta que Henrietta las sacaría de ese mismo baúl tantas veces como la ocasión lo requiriese—. Rupert, por su parte, se había limitado a balbucear sin control hasta que su madre, para evitar una escena bochornosa, se lo había llevado de allí con cualquier pretexto. Nadie se lo había reprochado.

Y el señor Plumbert... Su expresión azorada y complacida no podía haberle puesto más de los nervios. Incluso ahora le apetecía tener cuatro palabras con él. Si por el camino se enzarzaban en una pelea y este no conseguía levantar su estúpida y patética cabeza del suelo, no sería por su culpa. O quizás sí.

Se permitió esbozar una sonrisa al pensarlo mientras se sentaba en la cama. El fuego estaba apagado y solo iluminaba la estancia la vela que ardía encima de la mesa. Con ojo crítico repasó de un solo vistazo el que era su refugio y nido de amor. Aunque ya no se avergonzaba de ello, sí lamentaba no haber tenido nada más lustroso y bello para ofrecerle a Ayleen, como si fuera el reflejo de lo que había en su relación. Pero no, lo que ambos tenían era algo tan puro y hermoso que trascendía lo material. Tenía la seguridad de haber sido felices en ese preciso lugar. En ese momento lo sorprendió el arranque de melancolía que lo había invadido. Suponía que era por el anuncio y por lo definitivo que parecía todo. El matrimonio era algo sagrado, pero nadie mejor que él sabía lo fácil que podía resultar romper los votos hechos ante Dios. No obstante, no iba a permitir que eso fuera el fin. Ayleen y él disfrutarían de una larga vida juntos, aunque fuera a espaldas del mundo. Si podía evitaría que esa tontería del matrimonio llegase a buen puerto —no dudaba que así sería—. No pensaba renunciar a ella por nada ni por nadie.

La puerta de la casita se abrió sin previo aviso tomándolo desprevenido. Se sobresaltó sin motivo, pues era Ayleen.

—¿Jason? —preguntó dubitativa.

Venía nerviosa y con razón.

—Aquí estoy —replicó con dureza—, esperando. ¿No es eso lo que hago siempre? Esperando a que me des una explicación.

—Eres injusto.

—¿Injusto? ¿Injusto? —repitió incrédulo—. Pero ¿tú sabes lo que has hecho, mujer? ¿Lo que me has hecho? —se señaló con el dedo con fiereza y saltó de la cama para plantarse delante de ella.

Todos sus propósitos de mantenerse tranquilo se fueron al traste en unos pocos segundos.

—No pretendía que las cosas se supieran así —se justificó.

—¿Y qué más da cómo se hayan sabido? Fuera como fuera hubiera tenido el mismo efecto. Lo importante del asunto no es el cómo, sino el porqué. ¡Maldita sea!

Golpeó la mesa con el puño mientras se apartaba de ella para tratar de controlar la furia que había renacido con más fuerza ahora que Ayleen había llegado.

—Comprendo lo que sientes...

—Lo que siento —jadeó anonadado—. No tienes ni idea de lo que siento, así que, ¡no te atrevas a decirme que sabes siquiera acerca de nada en lo que a mí se refiere!

Ayleen se acercó, pálida.

—Si me dejaras explicarte...

—¡Nada! No quiero oír nada salvo que esto es una pesada broma y que enviarás a ese papanatas de vuelta a su casa.

El silencio se impuso y Jason la miró. Ya no había súplica en su mirada, pero sí un dolor tan grande como el que él mismo sentía. Sintió un escalofrío de aprensión.

—No voy a hacer eso, Jason —dijo ella por fin, con toda la tranquilidad del mundo—. Está decidido.

—¿Conque decidido, eh? —Se acercó a ella en dos zancadas y hundió su boca en la de ella, desesperado. Del mismo modo rompió el beso poco después y con la misma brusquedad—. A ver si él consigue darte una mínima parte de lo que yo te ofrezco.

—Oh, Jason —gimió.

Eso lo enfureció todavía más. No quería su lástima. No la quería para nada.

—¡Pues cástate con él de una vez y vive una condenada vida perfecta! —rugió.

—Jason, por favor, hablemos.

—Ya estamos hablando —repuso burlón—. Yo al menos lo estoy haciendo. A saber qué pretendes hacer tú, ya que dices una cosa y luego haces otra muy distinta.

Se apoyó con el brazo en una pared negándose a mirarla. Sentía que le faltaba el aire mientras la congoja y la desesperación lo invadían. No sabía qué hacer o qué decir. A pesar de su supuesta seguridad en poder convencerla de que todo el asunto del matrimonio era una locura, sentía que la felicidad se le escapaba de las manos. Estrelló el puño en la pared frustrado más allá de las palabras. Esta vez se hirió los nudillos, pero el dolor por ello estaba fuera de toda consideración. Estaba total y exclusivamente dedicado a la puñalada que Ayleen le había asestado.

—Jason, te has hecho dañ...

—¡Déjame! —la apartó sin consideración—. ¿Es que no lo ves? Yo te amaba —le gritó—. Te amo.

Vio cómo su declaración encendía la furia femenina.

—¿Y de qué me sirve tu amor? —explotó Ayleen—. Nuestra vida juntos está plagada de mentiras, mentiras y más mentiras.

Jason se quedó sin aliento al verla así. Tampoco contaba con que unas pocas palabras pudieran infligirle tanto daño. Ayleen era toda su vida, aquella que ocupaba todos sus pensamientos y por la que hacía planes. Sabía que la situación no era ideal ni de lejos, pero no imaginaba la ira que ardía bajo su serena y dulce fachada. ¿Acaso había sido tan egoísta? ¿Había pensado más en sí mismo que en ella? ¿Se había vuelto ciego?

Quería decir que sentía haberla puesto en una situación tan difícil. Su cerebro lo comprendía, pero su boca, al parecer con vida propia, soltó algo muy diferente.

—Eso es lo que ocurre por enredarte con un hombre que pertenece a otra mujer. —Tan pronto lo dijo se horrorizó ante su maldad. Él tampoco se quedaba corto a la hora de dañarla y, aunque vio cómo palidecía y se sujetaba a la mesa para no tambalearse, se negó a retirar sus palabras. Estaba demasiado enfadado y dolido con ella.

—Eres un...

Se detuvo antes de soltar alguna barbaridad, un hecho que la honraba más que denigraba. Era una lástima que él no pudiera ponerse a su mismo nivel.

—Soy todo lo que piensas y más —aceptó con fanfarronería—. Pero no digo nada más que la verdad. Cuando aceptaste estar conmigo fuiste consciente de que firmabas un pacto con el diablo.

—Y por lo que parece, ahora he empezado a pagar el precio —aseveró y luego suspiró—. ¿Por qué te muestras así? ¿Por qué no podemos hablarlo como dos personas adultas y civilizadas?

—Lo que tú quieres es olvidarme de un plumazo, como si no hubiera existido —lo dijo con toda la dificultad que suponía saberse prescindible. ¿Por qué él no podía arrancársela de la piel y el corazón con la facilidad que Ayleen parecía estar haciéndolo?

—Eso no es cierto y lo sabes. Yo te quiero. Te amo más de lo que podré amar a nadie.

—Pues vaya forma de demostrarlo —arguyó con todo el sarcasmo que pudo.

—Pero ¿es que no lo ves? Es lo mejor.

—¿Lo mejor para quién? Porque te aseguro que no para mí.

—Por supuesto que no. —Ayleen también parecía estar bastante harta—. Tú eres hombre y, por ende, no tienes que dar explicaciones. Puedes ir y venir a tu antojo sin pensar en tu reputación y, en caso de encontrarte en una situación comprometida, la ignominia no caerá sobre tu cabeza.

Quiso decirle que exageraba, que pretendía salir sin mácula de una relación que ya la incomodaba. No obstante, no hizo nada de eso.

—Es posible —concedió—, pero te olvidas, muy convenientemente por cierto, que mi vida tampoco es fácil.

—No lo olvido.

Se acercó a él y posó su mano en la espalda.

Era una ofrenda de paz y Jason quería aguantar, mantenerse estoico, pero al final sucumbió; se giró y la abrazó con fuerza.

—Oh, Ayleen. Mi Ayleen —musitó contra su pelo. La besó, esta vez sin la intención de dañarla. Ella no se opuso y correspondió con el mismo entusiasmo—. Te quiero, te quiero. Vamos a solucionarlo, ya lo verás. Seguro que el señor Plumbert no monta un escándalo cuando rompas el compromiso. —No notó la tensión que se apoderaba de ella—. Basta que le digas que estabas en un momento del mes muy delicado y que no sabías lo que hacías al aceptar. —Ahora Ayleen casi forcejeaba, pero Jason seguía con su perorata—. En cuanto los demás se enteren habrá algún que otro momento incómodo, pero al final lo olvidarán. Volveremos a estar tranquilos y... jaugh! —Ella se había apartado con brusquedad y lo miraba decidida y molesta—. ¿Qué ocurre?

—Lo siento Jason, pero eso no va a suceder. No voy a decirle a Horatio que no me casaré con él.

—¿Horatio? ¿Ya le llamas por su nombre de pila? ¿Es que también te has acostado con él? —No podía evitar herirla.

—Anda, compórtate como un auténtico patán. Sigue ofendiéndome si con eso te sientes mejor, pero me voy a casar con Horatio y nada de lo que digas me hará cambiar de opinión.

Se dirigió hacia la salida.

—Lo siento, maldita sea, lo siento. —Jason evitó que esta saliera. Temía que si lo hacía ya no la vería más. Además, el enojo y el arrepentimiento lo inundaban. No quería decir esas cosas, pero por Dios que dolía cada cosa que Ayleen le decía—. No te marches. Solo quiero entenderlo. Pensaba que estábamos bien, que el amor que compartíamos era más fuerte que nada ni nadie.

—Y lo es —confirmó Ayleen con la voz estrangulada—. Nadie logrará borrarle de mi corazón. Nunca olvidaré lo que hemos compartido.

—¿Por qué te empeñas en hablar así?

—¿Así cómo?

—Como si estuvieras a punto de dejarme.

La miró bien y su rictus desolado le dijo más de lo que deseaba saber.

—¡No! ¡Te lo prohíbo!

Ayleen empezó a llorar.

—Tengo que hacerlo. Esto nos destruirá.

—¡No lo haré! Encontraremos la manera, nos fugaremos, cambiaremos de nombre. He estado pensando...

—¡Basta, Jason, basta! No estás siendo realista.

La cogió por los antebrazos, suplicante.

—¿Y de qué me sirve ser realista si te pierdo? Eres lo único auténtico en mi vida. Eres más parte de mí que yo mismo. Por favor, no me abandones.

Ayleen ya lloraba sin cesar. Verle así se sumaba al dolor que ya acarreaba. No lograba entender cómo había podido pensar que desligarse de Jason iba a ser solo difícil. Le estaba pareciendo algo hercúleo, casi imposible. No obstante, debía hacerlo por el bien de los dos. Si no resistía eso, jamás podría estar cerca ni afrontar las múltiples súplicas que este pudiera hacerle. Ser fuerte era su mejor opción.

—No te estoy abandonando. Seguiré viviendo en Greenville y nos veremos con asiduidad. La única diferencia es que entonces también yo estaré casada.

Casi se atragantó al decir la flagrante mentira. No era su intención, pero se dio cuenta de que era mejor que creyera que ella seguiría en el pueblo. No deseaba serle infiel a su futuro marido. Este era demasiado bueno y noble como para que le hiciera aquello. Ya había tocado un pedazo de cielo durante el transcurrir de esos pasados meses y pensaba atesorarlo como lo más hermoso de su vida. Pero seguir actuando como hasta ahora le restaría más dignidad de la poca que le quedaba y obligaría a Jason a hacer lo mismo. Al final, y no tenía duda de ello, acabarían pagando las consecuencias. Quizás no los descubrieran, pero las mentiras, secretos y demás menguarían, primero la pasión y más tarde el amor. No, era todo o nada. Johana seguía presente en sus vidas y en un futuro podría quedarse embarazada. No se lo había dicho a Jason, pero si eso sucediese la destrozaría.

Llena de remordimientos, se calló. Cómo dolía dejarlo ir...

Jason tensó los músculos de su rostro mientras hacía esfuerzos por tranquilizarse. ¿Debería complacerle que ella solo utilizaba el matrimonio como forma de evitar un escándalo mayúsculo? ¿Era eso de lo que se trataba? ¿Cómo podía seguir adelante con aquella relación clandestina mientras sabía que en las noches Ayleen compartía lecho con el botánico?

¡Por supuesto que no iba a permitirlo! Evitaría aquel matrimonio a como diera lugar y con cualquier medio que estuviera a su alcance. Pero no era el mejor momento para seguir con la discusión, ya que al día siguiente se marchaba y deseaba pasar las últimas horas con ella en las mejores circunstancias. Así que trató de tragarse los celos y decidió fingir cierto sosiego.

Jason la besó de nuevo, más dispuesto que nunca a entregarle cada pedazo de sí mismo. Ayleen, hasta entonces demasiado confundida, terminaría por comprender que estaban hechos el uno para el otro. Solo entonces recapacitaría sobre el compromiso y la boda. No había tiempo que perder, por lo que usaría cuanta persuasión fuera necesaria.

La besó con avidez ansiando demostrarle cuánto la amaba mientras dejaba que las manos de Ayleen recorrieran su espalda a través de la camisa. Parecía tan ansiosa como él y ello contribuyó a despejar parte de sus temores. Al parecer, nunca tenía suficiente de nada relacionado con ella. Incluso a esas alturas se maravillaba del hecho que lo amase. Todo en ella era tan perfecto...

—Quiero verte desnuda —le susurró en su oreja. Ayleen respondió acercándose más en un tácito consentimiento. Ingenuamente pensaba que Jason terminaría por aceptar lo que el destino les deparaba.

Jason sentía unos inmensos deseos de levantarle la falda del vestido, apretarla contra la tosca pared y entrar en ella de una sola y rápida embestida. No obstante, era una acción demasiado ruda y trató de contener sus impulsos. Por un momento pensó si la pelea había contribuido a hacerle hervir la sangre, ya que sentía una imperiosa necesidad de marcarla como suya para que no tuviera ninguna duda sobre a quién deseaba su cuerpo. Era una actitud impropia en él, aunque era obvio que estaba allí, así que se apartó un poco para darse espacio.

—¿Qué...? —Ayleen se desconcertó ante la separación.

—Te deseo —le aseguró—, pero si no vamos con cuidado, esto acabará mucho antes de empezar.

Ayleen sonrió con ternura ante la sensibilidad de su amante. Siempre se había mostrado atento y considerado a la par que fogoso. Desde el principio había tenido en cuenta su inexperiencia para centrarse en el placer de ella más que en el suyo propio. Por esa razón, esa vez intentaría retribuirle por toda la dicha que le había proporcionado.

Una vez tomada la decisión y, antes de perder el valor, tomó el pañuelo que él siempre llevaba encima y se dispuso a anular su campo de visión.

—Ayleen, ¿qué haces? —protestó confundido.

—Shhh —lo amonestó.

Vendarle los ojos no era tanto por el placer de imaginar tenerle a su merced como por la simple razón que iba a hacer algo nuevo que requería la no observación constante de su parte. Iba poner en práctica cosas que todavía le provocaban cierta vergüenza y que Jason le dispensaba con asiduidad.

Con rapidez se desprendió de todas las horquillas del peinado y soltó su larga melena. A continuación cogió sus manos y las guio a su cabeza. Adoraba sentir las sobre ella, acariciándola.

—Me encanta tu cabello —murmuró Jason con placer—. Creo que lo amo tanto como a ti.

Con una sonrisa en respuesta, Ayleen se dispuso, como pudo, a soltarle los cuatro botones delanteros de su camisa mientras trataba de no gemir. No quería evidenciar lo mucho que le gustaba sentir los dedos masculinos entre las hebras de su pelo. Al menos, todavía no. A continuación, sin tocarle siquiera la piel que se iba descubriendo, quitó los gemelos abrochados en los puños para pasar a besarle las muñecas, primero la derecha y más tarde la izquierda. No pudo evitar algún mordisquito que le hizo saltar.

—Serás mala —jadeó Jason.

En respuesta, Ayleen le dio una ligera palmada en el trasero.

—Te quiero —declaró con ardor. Acto seguido le quitó la camisa por encima de la cabeza.

Seguro que en el mundo había hombres más bien parecidos, más fuertes y varoniles, pero contemplando su torso desnudo, Ayleen se quedó sin respiración, como si lo estuviera viendo por primera vez.

Acarició, besó y mordisqueó cada centímetro de su piel desnuda mientras los gemidos de Jason la inflamaban por igual. Él, a su vez, intentaba tocarla, pero Ayleen se lo impedía. Su propia ropa empezaba a molestarla, pero se negaba a desnudarse antes de haber conseguido su objetivo. Le hizo sentarse en la cama para así sacarle los pantalones. Cuando los hubo tirado al suelo no pudo evitar darse cuenta, a través de los calzones, de lo excitado y dispuesto que Jason estaba. No le tocó allí mismo, aunque sabía que era en donde más lo deseaba. No obstante, puso a prueba su resistencia al acariciar cada trozo de piel a su alrededor sin darle un verdadero alivio. Cuando su respiración fue lo suficientemente rápida, las perlas de sudor inundaban su frente y sus manos agarraban con fuerza las mantas, supo que no podía dilatarlo más.

—Ayúdame.

Entre los dos, estando Jason a ciegas, se deshicieron del polisón, el corsé y los calzones, dejándola solo con la camisola y las medias. Se echaron en la cama, uno al lado del otro.

—Tócame —pidió.

Jason satisfizo sus deseos. Sin el sentido de la vista, el tacto se había agudizado hasta tal punto que cualquier sensación le parecía incrementada, doblando así su placer. Había oído de juegos de cama en los que la pareja dejaba al otro a merced del resto de sentidos y que esto intensificaba las sensaciones. Nunca lo había probado con las pocas amantes que había tenido antes de casarse, ni con Johana. Con Ayleen, dado que era principiante en todo el asunto, hacerlo resultaba inconcebible. Era una sorpresa, pues, que fuera ella la que lo hiciera, tomando la iniciativa.

A oscuras y ciego, los besos resultaban estimulantes. Descubría curvas a cada caricia y su sabor resultaba algo único y maravilloso. Incluso tocar sus medias le parecía un tanto pecaminoso e indecente.

Hacía tiempo que había rebasado la línea de la cordura. Resistía solo a fuerza de voluntad. Era importante para Ayleen hacer eso y él iba a respetarlo aunque muriera en el intento.

Los gemidos de ambos inundaban la habitación. Ayleen parecía haber perdido el control y lo acariciaba y besaba con el mismo desenfreno. Cuando él hizo amago de sacarse los calzones en un evidente intento de llevar las cosas a un terreno mucho más íntimo, tuvo que detenerle.

—No, espera —tenía otra idea en la cabeza que le gustaría hacer realidad—. Quiero tomar las riendas —confesó esperando que Jason no se negara—. Si tú me ayudas a guiarte...

—Lo que sea, haré lo que sea —aseguró él con voz estrangulada.

Se estiró y la ayudó a montar encima de él. Ayleen se sentía un poco patosa y ansiosa. Cuando Jason la sostuvo por la cintura situándola encima de su virilidad, no estuvo segura de poder hacerlo.

—No sé si... —dudó en voz alta.

—Puedes —aseguró él—. Debes continuar lo que has empezado —y se bajó de un solo movimiento su ropa interior.

A esas alturas, ya nada los separaba. Ayleen sentía la presión que Jason hacía en la entrada de su propia intimidad. Sin embargo, le dejaba a ella ejercer la presión definitiva. Tragó saliva y fue bajando con cuidado. Mientras, podía apreciar el rostro amado en toda su plenitud. Le quitó la venda para que la viera.

—¿Así? —preguntó deteniendo el avance.

—Un poco más, un poco más. —Jason levantó la pelvis para profundizar y ella no lo impidió.

Con movimientos rítmicos de subida y bajada dejó por fin que este la llenara. Era maravilloso sentirle en su interior.

—¿Cómo me muevo? —quería hacerlo bien.

—Sigue tu instinto. Lo que te dé placer también me lo dará a mí.

Así que Ayleen mantuvo un compás que amenazaba con hacerla perder el control; primero más suave y después a un ritmo acelerado.

Con los cuerpos sudados y en tensión, se miraban a los ojos, enamorados y asombrados del poder que sus cuerpos ejercían en ellos. Cuando el fin se acercaba redoblaron esfuerzos y, por una vez, la explosión de placer los alcanzó al mismo tiempo, devorando cada ápice de autodominio y control. Poco después, jadeando agotados, Jason la estiró para acercarla a él. Era lo que más les gustaba del acto en sí: yacer exhaustos y abrazados uno al lado del otro mientras la duermevela se apoderaba de ellos.

Ayleen tuvo que hacer un esfuerzo enorme para no sucumbir al sueño. De espaldas a él, lo tenía pegado a la suya mientras este le acariciaba el pelo distraído.

—Ha sido precioso —musitó Jason—. Perfecto, diría yo. —Le besó el hombro desnudo y se lo cubrió con la manta—. Has sido toda una revelación.

—¿Y eso es malo? —Ayleen se esforzaba por disfrutar del momento y no pensar que eran los últimos minutos que estarían juntos.

—En absoluto. Estoy gratamente sorprendido. —La apretó un poco más contra él—. No sabes cuánto me alegra haberte conocido. Nunca imaginé que habría otra mitad mía andando por ahí. Cuando vuelva, planearemos algo especial.

Se esforzó en no derramar lágrimas cuando escuchó el tono esperanzado y los planes trazados. No obstante, no lo consiguió. Intentó que él no las viera y le escuchaba en silencio con una sensación que iba más allá de la nostalgia y el dolor físico. Se sentía como si le estuvieran arrancando una parte vital. Lo que sintió después del accidente de su padre, cuando tuvo que renunciar a sus sueños de jovencita, no era nada comparado con el sentimiento de desolación que la invadía en ese momento. Todavía estaba con él y ya se sentía terriblemente sola y desamparada. Era todo tan injusto...

Pasaron la siguiente hora entre abrazos, besos tiernos y arrumacos. Aprovechaban cada segundo y Jason se sintió más calmado. Ella le amaba y él le correspondía. Siempre había oído decir que el amor lo podía todo y ese era uno de los ejemplos. A la larga conseguirían una unión más perfecta e indisoluble de lo que dos personas unidas en matrimonio pudieran estar. Su unión no estaría bendecida por la Iglesia, pero con fe y constancia, nada ni nadie podría separarlos.

Poco después, cuando la oscuridad ya se había cernido sobre el bosque, se levantaron dispuestos a despedirse. A Jason le parecía que tanto tiempo separado de ella le supondría un suplicio, pero no había excusa posible para no ir a Londres. Además, hacía tiempo que no veía a Claudia y tenía muchas ganas de abrazarla.

—Te echaré de menos. —Le robó un beso en el quicio de la puerta. Por un instante le pareció que su rostro reflejaba dolor en lugar de pesar. Quiso reconfortarla—. No te preocupes. El tiempo pasará volando y antes de lo que esperas estarás de nuevo en mis brazos.

Ella esbozó una sonrisa triste y, tras una breve vacilación, le dio un impulsivo abrazo.

—Te quiero, te quiero. No lo olvides.

—Eh, tranquila, que no me marchó para siempre. —Le besó la sien para tranquilizarla—. Si te preocupa que me fije en otras mujeres, te prometo que tú serás la única que ocupe mi corazón.

—Oh, tonto —le besó y se apartó en cuanto él se lo devolvió con entusiasmo—. Venga, márchate ya antes de que te echen en falta. Es tarde.

Ayleen se ajustó la capa y se alejó dejando tras de sí una estela de un ligero perfume a flores. Jason pensó que tenía suerte de haberla encontrado. Cuando desapareció incluso el resplandor de la lámpara que ella llevaba consigo, cerró bien la puerta y montó a su caballo.

A pesar de lo que dijera Ayleen, esa hora era similar a la que había estado acudiendo a su casa en los últimos tiempos. Ahora casi ni quería llamarlo hogar. Cuanto más tarde llegaba, menos preguntas y rostros preocupados debía afrontar. Harto de descargar el malhumor por el acoso normal al que era sometido por Johana, cuyo motivo sabía, era la preocupación por él, había tomado la costumbre de llegar a la vivienda cuando ella ya estaba acostada; así se ahorra hacerla sufrir. Además, evitaba también tener que seguir alargando el momento de buscar su cama. Se habían acabado los besos y gestos cómplices con ella y su matrimonio sufría las consecuencias.

Cuando entró por la puerta, el silencio de la casa era absoluto. Los sirvientes estaban acostados y esperaba que Johana también. Sin hacer ruido subió las escaleras y cruzó el pasillo. Al entrar en su cuarto, se sacó la ropa con rapidez y se refrescó la cara con el agua de la jofaina. Solo entonces se percató del ruido de la habitación contigua. Le pareció ver luz a través de la rendija de la puerta y se apresuró a meterse en la cama, chocando antes con el pie desnudo en una mesilla adyacente. El gemido se escapó y se cubrió los labios con rapidez pocos segundos antes de que Johana abriera la puerta que separaba las dos habitaciones.

—¿Jason? —La pregunta fue apenas susurrada, pero Jason se mantuvo inmóvil y con los ojos cerrados esperando que diera por bueno su fingido descanso.

Sintió sus pies descalzos deslizarse por la gran alfombra y, a través de los ojos cerrados, notó cómo ella se deslizaba a la parte derecha de su cama, en donde Jason fingía dormir, a través de la sombra que proyectaba la vela que esta llevaba.

—¿Jason?

Por suerte, no lo tocó. Si lograba convencerla, aunque fuera un instante, de que estaba dormido, ella pensaría que había llegado tiempo antes, saltándose las preguntas molestas que no estaba dispuesto a contestar.

Al final, ella desistió y volvió como un fantasma a su habitación. Cuando estuvo seguro de que la puerta estaba cerrada y estaba a solas, soltó un suspiro de alivio. No obstante, sabía que era temporal. Solo rezaba para que su viaje a Londres no llegara a ser un infierno. De momento, solo sabía lo mucho que echaría de menos a Ayleen.

Iba a ser una noche muy larga.

Estaba embarazada.

Se estiró en la cama, pero las náuseas no remitieron. Trató de hacer cálculos y supo, sin ninguna duda, que aquel malestar, presentado cada mañana durante los pasados cinco días, no eran fruto de una indisposición pasajera. Lo suyo iba a durar un máximo de nueve meses y no necesitaba de ningún médico que se lo confirmara.

Se tocó el vientre, todavía liso, con la mano. En esos momentos se debatía entre el miedo y la euforia. Su vida se había complicado más de lo que un ser humano racional pudiera pensar. Primero perdía su juventud haciendo de enfermera y, a la muerte de su padre, al punto de haber alcanzado su tan ansiada libertad, se enamoraba de un hombre casado, una elección sin futuro. Además, aceptaba casarse con un hombre que no amaba y marcharse del lugar que había elegido como residencia definitiva. ¿Tenía que rematarlo con un embarazo? Al parecer, sí.

¿Qué iba a hacer? Una mujer soltera no podía quedarse embarazada, mucho menos de su amante casado. Perdería toda su respetabilidad siendo relegada al margen de la sociedad. Pero la cosa se complicaba todavía más al estar Horatio de por medio. ¿Debía decírselo? ¿Cancelaba el compromiso? Hiciera lo que hiciera, las consecuencias caerían, no solo sobre ella, sino sobre su hijo.

¡No! No consentiría que su hijo sufriera o fuera estigmatizado por un error cometido por ella. Tenía que pensar y rápido.

Los ojos se le llenaron de lágrimas mientras el pánico la invadía. ¿Por qué, por qué, por qué? se preguntaba con desesperación. ¿Qué había hecho tan mal para que Dios le enviara pruebas tan duras? ¿No había sido siempre buena, velando siempre por todos? ¿Acaso tendría que haber ignorado lo que había entre Jason y ella? Sabía que la respuesta era afirmativa, pero se merecía un poco de felicidad, cosa que él le proporcionaba.

Notó cómo la histeria le subía por la garganta amenazando con ahogarla. Se puso de pie y empezó a andar de un lado al otro buscando alivio, pero no era un remedio que ayudara: se sentía asfixiada. Tuvo que apoyarse en la pared mientras empezaba a dar bocanadas de aire muy despacio. Finalmente, se deslizó con la espalda hasta quedar sentada en el suelo, aun estando frío.

Pasados los primeros minutos su respiración se normalizó. Se dijo que era una reacción provocada por la ansiedad. Resultaba imposible asimilar la noticia con rapidez. Solo entonces empezó a sollozar.

—No es justo, no es justo, no es justo.

Se dejó llevar y lloró por sus años perdidos, sus planes de futuro —ahora irrealizables—, por un amor que era lo que siempre había soñado, pero que era imposible y un embarazo no deseado.

Al instante se sintió culpable por pensar eso último y se tocó el vientre.

—Lo siento, lo siento... —No dejaba de llorar—. No quise pensar eso. Es solo que... —alzó las manos con impotencia— no esperaba tu llegada. Tu mamá se encuentra en una situación difícil —se acarició de nuevo el vientre y se maravilló por el milagro de la vida que llevaba dentro— y está asustada, aunque eso no significa que no te quiera. Siempre deseé una niña o niño para malcriar. Casi había renunciado a la esperanza de que eso sucediera. —Hasta que llegó Horatio, pensó—. Pero te prometo que te quiero, que el embarazo llegará a buen puerto y... —dudó— viviremos felices.

Se levantó con dificultad y se acercó a la jofaina para lavarse la cara, pero antes necesitaba sonarse la nariz.

—¡Oh, vaya, perfecto! —exclamó en voz alta— Nunca encuentro pañuelos cuando los necesito. —Abrió con rabia los cajones y no los encontró. Al final cogió un trapo suave de hilo que utilizaba para los bordados y se sonó.

Minutos después, solo la ligera rojez de su nariz delataba su llanto. Se sentía más calmada y eso era lo que necesitaba, calma. Pensar con la cabeza embotada no le serviría, ya que Adele podía llegar en cualquier momento y comenzar a hacer preguntas, cosa que no era bueno, no fuera a contárselo todo en un arranque de desesperación.

Se sentó en el tocador y se miró en el espejo obligándose a ser dueña de sí misma de nuevo. Empezó a pensar que lo principal era no hablarle a nadie de su estado y mucho menos dar algún indicio de que algo no marchaba bien. Lo más difícil sería ocultárselo a Adele o Margueritte, ambas demasiado perspicaces y atentas a todo lo que la concernía. Ante cualquier signo evidente de cambios en la alimentación, falta de sueño, náuseas y demás, las preguntas no se harían esperar; y era imposible responderlas. La visita a un médico quedaba descartada, al menos uno de los alrededores —pues en estos casos la discreción brillaba por su ausencia—. Ir a Londres era la mejor opción, pero por el momento no era factible. Quizás esperaría algunos días. Lo mejor sería hacerlo ella lo mejor que pudiera. No tenía experiencia, pero nada indicaba que algo no marchaba bien, por lo que no suponía demasiados riesgos. Comería lo más saludable que pudiera y pasearía a menudo. Preguntarle a Clarisse Laurens, aun de forma discreta, también quedaba descartado. Se las arreglaría sola.

La puerta de la entrada se abrió anunciando la llegada de su ama de llaves. Venía del mercado acompañada por Angus. La incipiente charla con Margueritte se oía a murmullos desde su habitación. Se decidió a bajar después de vestirse.

Encontró a las dos mujeres guardando víveres mientras parloteaban.

—Ah, ahí está. —Adele la vio en el vano de la puerta—. La señora Wallock tenía una ternera estupenda y he comprado un poco pensando en hacer un delicioso y humeante estofado para hoy.

Como si hubiera conjurado el plato ante ella, Ayleen sintió que nada le apetecía menos, solo la simple idea estuvo a punto de provocarle arcadas. Negó con la cabeza.

—¿Y un poco de verdura fresca? —sugirió esperanzada—. Hace días que no la prepara y la echo de menos.

La sugerencia desestabilizó a la señora Fraser. Margueritte la miró con curiosidad por el simple hecho de que nunca la había observado rechazar una comida que el ama de llaves hubiera pensado preparar. Retuvo el aire en espera.

Solo respiró aliviada cuando la vio asentir sin asomo de duda en su rostro.

—Tiene razón, querida. Un poco de verdura nos sentará de maravilla... si luego lo acompaño con un budín de frambuesas de postre —añadió con un guiño.

—Eso sería estupendo —sonrió—. No puedo esperar a probarlo.

No había nada más cierto.

—Bien, así puede aprovechar para dar un paseo y traerme un poco de menta.

Aliviada de verse libre del escrutinio de las dos mujeres salió al exterior. Así tendría tiempo para meditar a solas sobre las posibles soluciones a su terrible dilema.

En el primero que pensó fue en Jason. Suponía que no tardaría en volver de Londres, porque las dos semanas habían pasado. Lo había echado tanto de menos... Que hubiera decidido dejar de verle no menguaba esas ansias. Necesitaba de su presencia a todas horas, escuchar su risa, sentir su pasión y oírle decir cuánto la amaba. También quisiera ser su esposa

legítima para poder decirle con libertad que llevaba un hijo suyo en el vientre. Sabía que eso lo haría inmensamente feliz, pero comenzaba a entender que, aunque tenía derechos sobre el bebé, contárselo haría que el problema se hiciera más grande, si cabe. No, darle la noticia era impensable. Un hijo lo ligaría a ella de un modo que podría provocar una reacción inesperada por su parte. Jason no querría mantenerla como amante, ni le compraría una casita para que criara a su hijo con discreción, de eso estaba segura. Él no sabría cómo ocultar la alegría y el orgullo que le produciría ser padre. Que el hijo o hija no hubiera sido concebido dentro del legítimo matrimonio ni concebido por su esposa no lo frenarían. Es más, no iba a dejar que alguien de su sangre fuera criado como hijo de otro. Todas las demás alternativas que quedaban implicaban escándalo y gente sufriendo. Ya cargaba demasiada culpa sobre sus espaldas, no iba a agregar una más.

Eso le dejaba por resolver su incipiente compromiso con Horatio. El hombre era una buena persona, pero dudaba que la aceptara si descubría su embarazo. Además, cabía la posibilidad de que este exigiera saber el nombre del padre, en cuyo caso ella se negaría. No se atrevía ni a arriesgarse, ya que, una vez dicho el secreto de su estado podía llegar a saberse con suma facilidad. Solo faltaría que alguien sumara dos más dos y el resultado fuera el acertado. No, el compromiso debía romperse.

Casi se le saltaron las lágrimas de nuevo cuando se percató de la escasez de opciones que le quedaban. En realidad, solo había una viable: marcharse. El corazón le dolió solo de pensarlo. Allí había hecho amigos y se sentía a gusto. No obstante, sabía que, al igual que en ese momento contaba con su amistad, dejaría de contar con ella tan pronto se le abultara el vientre. Su condición de soltera, así como la secreta identidad del padre, lograría el rechazo total. Se veía encerrada en casa para evitar la repulsa en los ojos de la gente. ¿No sería como estar en prisión? ¿Como si su padre no hubiera muerto? Incluso si lo consiguiera, pasados los nueve meses daría a luz a una personita indefensa sin culpa alguna de los pecados de la madre. ¿Con quién jugaría cuando creciera? ¿Cómo soportaría ella tanta crueldad? También temía la reacción de Adele, Margueritte y Angus. Si solo alguno de ellos le daba la espalda no podría soportarlo. ¿Qué le quedaría entonces?

Con el alma en los pies se agachó para recoger la hierbabuena para Adele y regresó a casa con la ineludible misión de dar los pasos necesarios para cerrar otra etapa en su vida. No podía siquiera darse el lujo de perder el tiempo, puesto que, no solo Jason regresaría en breve, sino que además calculaba que su embarazo rondaba ya los tres meses. Si seguía allí más tiempo del indispensable, todos lo descubrirían, incluido él, y entonces sabía que removería cielo y tierra para encontrarla.

El día pasó con la mitad de él encerrada en su habitación. Había alegado dolor de cabeza y se había atrincherado en la confortable estancia que había decorado con tanto mimo y esmero. Parecía increíble pensar que en breve la abandonaría.

Sentada en el escritorio miraba por la ventana a la vez que intentaba redactar una carta a su abogado.

El primer y lógico paso era ponerse en contacto con él. Después de mucho pensar había dado con el destino exacto e ideal. Se marchaba no solo de Greenville, sino de Inglaterra. Su intención era dirigirse a tierras americanas en busca de la herencia materna; por lo que sabía, las normas allí eran menos rígidas. Sin embargo, lo importante era aparecer como una desconocida con un pasado que ella hubiera moldeado. Nadie podría comprobar nada y podría al fin vivir una vida tranquila disfrutando con ver crecer a su hijo. Vivir tan lejos también evitaba el posible intento por su parte de ponerse en contacto con Jason. Y evitaría que él también la encontrara. Por eso instaba a Oliver Harris, su abogado, a realizar con premura todos los

trámites necesarios para su marcha. Ordenaba también la compra de un pasaje para el barco que zarpase antes.

El tiempo estipulado para desaparecer de Greenville era de menos de tres días. Se aseguraba que su abogado le encontrara una pensión barata y discreta para permanecer mientras tanto, así evitaba la posibilidad de toparse con Jason y que este descubriera la verdad.

Uno de los problemas que debía resolver era qué hacer con la casa y, por lo tanto, con Adele y Margueritte. Las dos eran unas mujeres encantadoras y serviciales a las que echaría muchísimo de menos, y Angus... Iba a extrañar la presencia de ese hombre tan educado, tranquilo y metódico que se desvivía por ayudarla. Sentía una gran pena por tener que dejarles. Además, no podría despedirse de ellos tal y como le gustaría, así que debía idear una mentira creíble para no despertar sospechas. Una vez en Londres ya arreglaría con el señor Harris la mejor manera de vender la casa y hacerles llegar una pequeña cantidad, aunque sabía que eso no los consolaría.

Se acostó agotada de tanto pensar. No le apetecía leer nada y aplazó la carta que debía escribir para Horatio.

A la mañana siguiente, el día amaneció tan nublado y deprimente como tenía el ánimo. No le apetecía salir, pero tenía que ir al pueblo para llevar la carta al servicio postal. Para evitar riesgos innecesarios no podía mandar a Angus con el encargo.

Durante el corto paseo por las calles de Greenville saludó a amigos y vecinos con la cabeza. Memorizaba cada rostro para recordarlos después, incluso cuando se topó de frente con Juliet Been y esta, con todo descaro y deliberación, se cambió de lado para no tener que saludarla. Aunque le afectó el desaire, la disculpó. Sabía qué era estar a merced de los sentimientos. No le cabía ninguna duda del afecto que esta profesaba a Horatio y debía de considerarla una rival. Ella sentía lo mismo por Johana, pero tenía la desventaja de no poder mostrar sus emociones. Aunque ya estaba por marcharse, dudaba que ese par pudiera llegar a tener una relación; por esa razón procuró no olvidar mencionar a Juliet en la carta de despedida a Horatio. Era lo máximo que podía hacer.

La mañana siguiente se sentó a contar la historia que había inventado para explicar su repentina marcha. Se limitó a utilizar la que ya hizo servir en anterioridad, cuando se marchó con Jason.

—Tengo que volver a marcharme —anunció en el desayuno.

Los tres la miraron con desconcierto. Adele dejó la cocina para acercarse a una silla y tomar asiento.

—¿Qué ha sucedido?

—He recibido una carta en la que me informan que la salud de mi institutriz ha empeorado. —Evitó secarse las manos sudorosas para no delatar su nerviosismo—. Como carece de familiares, me he ofrecido a cuidarla.

—¿Durante cuánto tiempo? —preguntó Margueritte, adelantándose a otra explicación.

—No lo sé.

—¿Y qué pasará con el señor Plumbert, con la boda?

Ayleen estaba preparada para el planteamiento de esa pregunta.

—Ya lo he hablado con Horatio. —Era mentira—. Me esperará lo que haga falta.

Lo que tenía pensado para él era algo mucho más cobarde. Estaba pasando por mucho. ¿Acaso no podía facilitarse las cosas?

—Habla como si se marchara para un largo tiempo.

Las palabras de Angus la sorprendieron.

—No creo que sea tanto... —dudó.

Ayleen no quería seguir hablando de ello. Cuanto más se explayase, más enredada quedaría.

—¿Y qué haremos nosotros? —Adele la miraba sin pestañear, como si conociera el motivo ulterior que la movía, pero era imposible.

¿Cómo decirles que sus puestos de trabajo tenían su conclusión final en breve? ¿Qué explicación podía darles que no pusiera en peligro su marcha? Se sentía una completa traidora. Los tres le habían ofrecido lo mejor de sí mismos y ella les pagaba con deslealtad. Pero ¿qué otra opción tenía?

—Es cierto que sus quehaceres diarios se verán drásticamente limitados. —Eso era decir poco—. Con limpiar el polvo y pasar la escoba ya estará todo más que listo. —Una casa en aceptables condiciones ayudaría a venderla con más rapidez.

Tampoco se atrevía a decirles que lo mejor para ellos era empezar a buscar un nuevo empleo. Lo único que podía hacer era compensarles de forma económica y con una carta de recomendación en caso de ser necesaria.

—¿Y cuándo tiene previsto marcharse? —Angus apoyó sus grandes y callosas manos en la mesa, esperando la respuesta.

—En un par de días —barbotó. Se levantó—. Ya he terminado de desayunar, así que terminaré la lista que pensaba darles de todas las cosas que quedan por hacer. Si me disculpan...

Salió de la cocina dejando a los tres empleados mirándose con cara de perplejidad.

—Qué extraño me ha parecido todo esto —musitó Margueritte—. Desde su inesperado compromiso con el botánico ese, se ha comportado de un modo insólito. —Dejó su plato en el fregadero—. A lo mejor se ha arrepentido de haber aceptado la propuesta y no sabe cómo salir del atolladero. Si estuviera en su lugar, no sé qué haría.

—Pues yo sí, pequeña chismosa —declaró el ama de llaves—. En tu lugar me apresuraría a terminar las tareas previstas. En los próximos días tendremos mucho que hacer.

Cuando la joven hubo salido también, Adele se giró hacia Angus, que no había movido un solo músculo.

—Dice que ha recibido una carta de su institutriz. ¿Sabe usted algo de esto, Angus?

El hombre negó con la cabeza de forma pensativa.

—Le traigo el correo todos los días, pero o el mensaje llegó hace días y no lo ha dicho hasta ahora o no me explico cómo la misiva está en su poder. No recibe nada desde hace, por lo menos, seis días.

Adele miró la puerta por la que Ayleen había desaparecido.

—Margueritte tiene razón. Su comportamiento es muy extraño.

Ajena a las elucubraciones y dudas que su repentina marcha suscitaba, pasó los siguientes dos días preparando baúles y enseres que se ajustaran a su indefinida ausencia. Aunque una parte de ella quería confesarse ante los que consideraba, no solo sus empleados, sino también sus amigos, la prudencia siempre acudía en su rescate. Lo más fácil hubiera sido pedirles que todo fuera embalado en cajas, pero no se atrevía. A la larga, el señor Harris ya se encargaría de hacerlo por ella y de enviarle cada una de aquellas cosas a su nuevo destino. Lo único que

añadía, aparte de ropa, eran algunos efectos personales que no quería dejar allí por ningún motivo; cosas de alto valor sentimental perteneciente a sus padres o a Jason, como aquel pañuelo con sus iniciales bordadas que le obligó a quedarse y que guardaba en el fondo de un joyero escondido de la vista accidental de Margueritte o Adele. En cuanto al mantenimiento de la casa, pensaba dejar a Adele al cargo. Esperaba que no se sintiera muy decepcionada cuando recibiera la carta con las escasas explicaciones que pretendía darle. Por supuesto, todo eso sería escrito desde la capital, mientras se mantenía escondida a la espera de marcharse del país.

A cada hora que pasaba se sentía más ansiosa. Por las mañanas permanecía encerrada en su habitación hasta que las náuseas desaparecían, lo cual quería decir que no salía de ella hasta pasadas las once. Como nadie le preguntó, no se vio en la obligación de inventar una mentira más. Además, Jason podía regresar en cualquier momento y estropearlo todo. No quería tener que mentirle también y desaparecer en la noche como una fugitiva. Despedirse de las integrantes del club de las damas del té quedaba descartado. Daba gracias a Dios por la semana entera que quedaba para su próxima cita con ellas. Temía que, si las veía antes, pudieran llegar a descubrir lo que la carcomía. A la hora de sonsacar información secreta eran tan hábiles como el mejor de los abogados.

El problema más grande que tenía que sortear, sin embargo, era la presencia de Horatio. La tarde anterior se había presentado para invitarla a un agradable paseo. Había tanto trabajo que hacer, que no podía perder el tiempo, pero cuando lo pensó mejor, se dio cuenta que su presencia hacía parecer que todo era más o menos normal. Como lo más sensato era alejarlo de la casa para que ninguno de sus empleados llegara siquiera a sospechar que Horatio era ajeno a su inmediata marcha, eso fue lo que hizo. Con la mejor de sus sonrisas lo acompañó a dar una vuelta con la calesa. Durante más de una hora lo escuchó hablar, ¡sí, hablar! sobre un envío de plantas que esperaba desde hacía meses. Tampoco escatimó palabras en lo referente a su compromiso. Se le encogió el corazón cuando le anunció que ya lo había notificado a sus padres y demás parientes. Como era normal deseaban conocerla. Le preguntó si ya había considerado una fecha adecuada para celebrar la boda —dejando insinuar que prefería que fuera cuanto antes—, si prefería casarse en Greenville o en otro lugar y finalmente, pero no menos importante, qué lugar de Inglaterra prefería para vivir.

En su afán egoísta, Ayleen no había considerado todas esas cosas. Más aún, ni siquiera había imaginado lo que supondría encontrar un lugar para vivir en el que él pudiera construir un invernadero como el que tenía. Tal como le dijo, «era más difícil trasladar toda su colección floral que el resto de su casa».

La salida, lejos de venirle bien, la llenó de una aprensión todavía mayor. Su partida acabaría dañando a muchas más personas de un modo que ella no alcanzaba ni a comprender. Por eso, esa misma noche se dispuso a redactar la misiva de despedida para él. La releyó de nuevo para asegurarse de dejar claras las cosas sin que transluciera el más mínimo signo de lo que sucedía en realidad.

Estimado Horatio.

Me apena tener que darle tan malas noticias. Sé que cuando acabe de leer estas líneas se sentirá dolido y profundamente decepcionado. No obstante, confío en que sepa perdonar este corazón inconstante y no me guarde un resentimiento demasiado severo.

Muy a mi pesar, no puedo cumplir con la promesa que le hice de casarme con usted. Las razones son variadas y las he sopesado con mucho cuidado. También es cierto que debería haberlo pensado mejor antes de aceptar, pero deje esgrimir en mi defensa que, cuando acepté, estaba convencida de ello.

Durante un tiempo en adelante he de viajar por motivos personales que nada tienen que ver con usted, así que este es el último contacto entre los dos durante un tiempo. En el caso que se le ocurra esperarme, no lo haga; mi decisión es firme y nada cambiará. Es más, aprovecho estas líneas para instarle a buscar una nueva compañera de vida. Si me permite un atrevimiento más, quisiera que tuviera en consideración a la señorita Juliet Been. A pesar del ineludible parentesco que la une con su hermano, creo con firmeza que es la mujer idónea para usted. La joven no es desagradable a la vista, es dulce y tranquila y posee una impecable educación. Sería una excelente esposa y madre; y lo que es más importante, tiene dote propia. Así pues, en caso de que sus atenciones fueran bien recibidas —y no dudo que así sean— y, en el caso que su hermano le negara el permiso, la señorita Been tiene ya el poder de decidir por sí misma. Espero que sepa darse otra oportunidad y que con el tiempo me recuerde con media sonrisa en los labios.

*Siempre suya,
Ayleen Blake.*

No le explicaba nada de la institutriz, ni que no tenía intención de regresar. Que supusiera lo que quisiera del viaje. Era evidente que a la larga todos darían por sentado que no regresaría. Decir de más suponía un riesgo demasiado elevado, no porque imaginara que la buscaría, sino porque la información llegaría a Jason de una forma u otra y este podía encontrarla antes de haber zarpado rumbo al otro continente.

Se tocó la barriga imaginando la vida que ya se estaba gestando.

—Ya queda poco, mi amor. Mañana dejaremos esta casa y daremos un paso más hacia nuestro incierto y nuevo futuro. —Le hablaba a su hija o hijo mientras guardaba las últimas cosas. La sensación de soledad ya se había apoderado de ella y era consciente de que ese sentimiento la acompañaría allá donde fuere. Cuando estaba segura de que no la oía nadie le explicaba cosas de su padre, los preparativos del viaje y lo que encontrarían en tierras americanas con la seguridad de ser escuchada. Hacerlo le proporcionaba consuelo y tranquilidad—. Las pocas personas que me han hablado de América dicen que es una tierra dura y agreste, llena de salvajes y gente incivilizada. Por supuesto, no será así en todos los sitios, pero me asusta un poco, no te voy a mentir. A partir de ahora deberemos ser fuertes. Nuestras vidas no serán fáciles, pero mientras estemos juntos podremos vencer cualquier obstáculo—. «O al menos eso espero», se dijo intentando no perder la esperanza.

Miró por la ventana y contempló el bosque que había llegado a querer como suyo. Tantos paseos y buenos momentos quedaban grabados en su mente. A primera luz del alba del día siguiente partiría hacia Londres para seguir poco después con rumbo desconocido.

Imagino la casita del guardabosques, allá a lo lejos y escondida entre la espesura. De repente sintió la imperiosa necesidad de ir a echar un último vistazo, decirle su último adiós al lugar en el que se había enamorado y en el que se había convertido en una mujer. Parecía que había transcurrido toda una vida.

—Ayleen, querida, la cena ya está lista.

Adele la llamaba a través de la puerta, pero la necesidad de salir era tan urgente que prefería saltarse la última comida en su casa. El repentino recordatorio de la vida que crecía en su interior la hizo recapacitar. Ahora ya no podía solo pensar en ella, ya eran dos.

—Enseguida bajo —contestó mientras abría la puerta.

—Angus debería bajar los baúles al recibidor antes de que se marche —le comunicó esta—. Es preferible que estén abajo, preparados.

Margueritte ya se había marchado a media tarde, cuando era evidente que nada quedaba por hacer. La despedida le supo agrídulce. La joven pensaba que volverían a verse, lo cual nunca sucedería.

Durante la cena permaneció silenciosa. Adele respetó su silencio y dio cuenta de ella sin abrir la boca. Angus ya había hecho el trabajo y se había marchado a su casa a descansar con la promesa de estar al día siguiente temprano con el carruaje.

Había decidido tomar el ferrocarril como medio de transporte, así evitaba un viaje largo y pesado lleno de paradas y con la angustia de temer toparse con Jason. En la estación de la capital la esperaba un ayudante contratado por el abogado y la llevaría a su propia casa, donde la esposa la recibiría. El día antes había recibido su respuesta y la tranquilizaba al respecto. En cuanto al alojamiento, el señor Harris se negó en redondo a dejarla en una pensión. Sus hijos ya no vivían en casa, por lo que su esposa y él la aceptarían encantados en su hogar durante el corto período antes de embarcar.

—Adele, voy a dar un paseo —informó mientras esta recogía.

—¿A esta hora? Pero si está oscuro...

—No se preocupe. El cielo está despejado y hay luna llena. Me verá bien.

—No estoy segura... —La duda era comprensible.

Si supiera las veces que había hecho lo mismo en los últimos seis meses...

—Usted acuéstese y no se preocupe por mí. Por si acaso me llevaré una lámpara de queroseno y regresaré enseguida.

—No se aleje demasiado —la previno mientras no dejaba de mirarla de un modo que la incomodó.

Sin olvidar la capa y los guantes salió por la puerta trasera dispuesta a recorrer un camino que se sabía de memoria. A la luz de la luna caminó absorbiendo los sonidos y olores propios de la campiña inglesa mientras se obligaba a vaciar su mente de cualquier pensamiento negativo.

Sin duda alguna su decisión era la correcta, por eso deseaba marcharse en paz, dejando los remordimientos y la pena enterrados en lo más profundo de aquellos campos. Si quería vivir una vida nueva debía conseguir que cada recuerdo y pensamiento no la llenaran de aflicción. Nunca olvidaría a Jason por mucho que lo intentara, pues una parte de él estaba grabada a fuego en su corazón. Sin embargo, quería recordar cada momento con él con una sonrisa. Mejor haberlo conocido y vivido la plenitud a su lado, que no conocer la dicha de ser amada por un hombre excepcional. Se limpió las lágrimas con el dorso de la mano cuando las notó deslizándose, saladas, por la comisura de su boca. Suponía que un día, a buen seguro lejano, las lágrimas dejarían de aparecer para verse suplantadas por la sonrisa melancólica. Era más de lo que podía desear, más de lo que podía esperar.

Ya en el claro no tuvo problemas para reconocer la estructura de madera que se camuflaba entre la vegetación. Aunque en un principio solo pretendía contemplarla desde fuera había cambiado de opinión; necesitaba entrar por última vez.

Al abrir la puerta, a pesar de la luz clara de la luna, no tuvo más remedio que encender la lámpara que llevaba. El aire estaba cargado de polvo —acumulado en las dos semanas de ausencia—, pero su cerebro no tardó en registrar el olor de su amado. Sin pretenderlo siquiera, se acercó a la cama y se enrolló encima. Cuando los sollozos acudieron no hizo nada para contenerlos. Toda la pretendida fortaleza se desvaneció ante la enormidad de lo que estaba a punto de hacer. El miedo hizo acto de presencia y lloró hasta caer rendida.

Los sueños no acudieron a ella y descansó libre de toda angustia. Cuando despertó, el piar de los pájaros le indicó que el sol no tardaría en hacer acto de presencia, por lo que se apresuró

a salir. Antes de desaparecer por el recodo del camino echó una última ojeada. Se despidió en voz baja. Era el adiós definitivo.

—Adiós, amor mío. Nunca te olvidaré. Sé feliz.

Cuando llegó a casa subió de puntillas para no despertar a Adele. No tuvo suerte, esta salía de su habitación.

—He llamado y no contestaba —dijo a modo de explicación. Se fijó en la ropa que llevaba y Aileen supo el momento exacto en que advertía que había pasado toda la noche fuera.

Resultaba irónico que advirtiera esa ausencia —cuando no había hecho nada malo— y no las otras tantas veces que había salido para reunirse con Jason. Al menos, al estar ausente, nadie la relacionaría con él, ni siquiera Adele. Tal vez pensara incluso que se trataba de un último encuentro con su prometido.

Eso le hizo recordar la carta que debía darle para que se la entregara.

—Antes que se me olvide —dijo sin dar ninguna explicación—. Debe prometerme que le dará esto al señor Plumbert.

Entró en la habitación seguida de Adele y se acercó al primer cajón del secreter, de donde sacó una carta sellada que le tendió. La mano tembló al hacerlo.

El ama de llaves lo percibió y dudó ante la prudencia de hablar de más.

—No regresará, ¿verdad?

La pregunta la paralizó. Era algo totalmente inesperado.

—¿Por qué lo dice? —Trató de aparentar extrañeza, si bien su corazón iba demasiado deprisa como para conservar la serenidad.

—No trate de negarlo. No sé el motivo, pero una parte de mí sabe que esta es la última vez que nos vemos.

Aileen trataba de pensar a toda velocidad. Necesitaba esgrimir algo, lo que fuera, con tal de demostrar lo contrario.

—No —mintió una vez más—. No sé de qué está hablan...

—¿Es el señor Plumbert? —preguntó la otra a bocajarro, sin escucharla—. ¿Ha hecho o dicho algo que la obligue a marcharse? Porque si no la ha tratado con el respeto que merece, yo...

—¡No! Por supuesto que no.

—A veces los hombres se impacientan cuando no obtienen de inmediato lo que desean. Tal vez se haya tomado demasiadas libertades y usted...

—Adele, Adele... —debía detener la diatriba. Tampoco podía dejar que pensara mal de un hombre tan íntegro y honorable como Horatio—. El señor Plumbert siempre se ha portado con total corrección. Su único defecto es esa timidez innata. Mi institutriz me necesita.

El ama de llaves no había dudado de la historia la primera vez, pero la segunda no resultaba clara. Toda esa prisa resultaba sospechosa y así se lo dijo. Su mirada, antes franca y directa, resultaba esquiva. Se la veía nerviosa por todo y su sonrisa resultaba artificial. Además, la ausencia de la carta de la institutriz era reveladora. Tampoco había dejado de notar las cosas que se llevaba. Si su verdadera intención era regresar, no tenía sentido alguno que cargara con tanto equipaje. Los objetos sentimentales que había guardado bajo llave en el arcón no hacían sino reafirmar sus suposiciones. Que no se hubiera atrevido a decírselo o despedirse de ellos la llevaban a pensar en algo grave que le impedía seguir residiendo en Greenville.

—Al fin y al cabo, si su intención era irse, lo hubiera logrado de igual forma con su boda. Por eso he pensado que el señor Plumbert era el causante.

No había sido tan discreta como pensaba y Ayleen se maldecía por saberse tan transparente. Adele le tendía una mano de confianza, pero el miedo seguía presente.

—Oh, Adele, no puedo.

—Tiene que confiar en alguien, querida, confiar. Hábleme, muchacha. ¿Qué le sucede?

Le acarició el rostro con un gesto de asombrosa ternura, tal y como lo haría una madre. Lo que más deseaba era haber tenido un apoyo como lo sería Geneva Blake en caso de seguir viva. Ella la habría escuchado, consolado y dado los consejos que tanto necesitaba para no tener la sensación de ir a la deriva. En ese instante se vio a sí misma como una niña inexperta al que el mundo le viene demasiado grande.

Sin soportarlo un segundo más se desmoronó. Cayó de rodillas mientras unos sollozos incontrolables la sacudían de pies a cabeza. Al parecer, no había derramado lágrimas suficientes para agotarse ni sucumbido al dolor. Necesitaba desahogarse. Adele se sentó a su lado y la abrazó. La dejó llorar mientras le murmuraba palabras de consuelo y le acariciaba el pelo de forma rítmica.

Cuando las lágrimas dieron paso a los sollozos habían pasado pocos minutos, pero Ayleen tenía la sensación de que habían sido horas. Agotada, se enfrentaba a una importante disyuntiva.

—Oh, Adele. Mi vida es un desastre —declaró por fin, vencida.

—No puede ser tan grave. Estoy aquí para usted, para ayudarla —aseguró en un intento de alentarla.

—Estoy... esperando un bebé.

Admitirlo en voz alta ante alguien supuso un alivio enorme. La momentánea sorpresa de Adele fue sustituida enseguida por otra mucho más circunspecta.

—Comprendo.

—¿Cómo puede hacerlo si ni yo misma lo entiendo?

A continuación pasó a regalarle su historia de un amor imposible. No dio detalles de quién era él ni nada que pudiera ayudar a reconocerlo. A grandes rasgos explicó su primer encuentro y el beso que ella le dio.

Sí, solo ahora, después de tanto tiempo, podía admitir que fue la propia Ayleen la que provocó la situación en la que ahora se encontraba. Antes de eso siempre había sido más cómodo culparle a él.

También aseguró no arrepentirse de nada. Cada paso, excepto los primeros, habían sido dados consciente de lo inmoral de su situación. Solo podía achacar al amor cada una de las locuras.

—Por eso no puedo quedarme —aseguró—. Es completamente imposible.

Adele, que hasta ese momento se había limitado a escuchar, no estaba nada sorprendida. Sí de que le hubiera pasado a Ayleen, pero el desenlace era lógico. Durante el relato le habían pasado decenas de rostros masculinos intentando casar lo que ella le explicaba con algunos de ellos. No le había quedado claro si era rico o pobre. Lo único cierto era su estado matrimonial —lo cual incluía a muchísimos más hombres de los que ella llegaba a conocer—. Por supuesto, el matrimonio con el señor Plumbert quedaba descartado. Era una pena que tuviera que marcharse. Sí, lo comprendía. Lo comprendía muy bien.

—Lo sé. Y la echaré muchísimo de menos.

—Yo también Adele, yo también.

Ambas se fundieron en un inesperado y reconfortante abrazo.

Justo en ese instante se oyó abrirse la puerta de la casa. Angus acababa de llegar y no tardaría en dejar la carga lista.

El ama de llaves la instó a refrescarse y ponerse un vestido limpio mientras ella bajaba a la cocina a empaquetar un tentempié frío para el viaje.

Más tarde Adele le entregó un pequeño paquete.

—Aquí tiene.

—Gracias. —A su vez, le extendió un sobre—. ¿Haría el favor de hacérselo llegar al señor Plumbert?

La mujer asintió en silencio.

—No se lo he dicho, Ayleen —empezó esta—, pero quiero que sepa que no la juzgo. Cada persona es libre de tomar sus propias decisiones si al final acarrea con las consecuencias que estas provocan.

Los ojos de Ayleen se humedecieron de nuevo, pero no soltó ni una lágrima. Pocas cosas quedaban por decir.

—Cuídese mucho —se limitó a decir.

—Usted también, muchacha. —Le puso la mano en el vientre con discreción—. Los dos. Y sea feliz.

—Lo intentaré.

El ama de llaves la abrazó de nuevo.

—No se olvide de escribirme, ¿eh?

—Lo haré, lo prometo.

Ayleen subió al carruaje. Angus la llevaría hasta la estación y allí abandonaría para siempre Greenville. Se sentía triste, pero confesarse a Adele había menguado su angustia. Ahora sabía que ella no la traicionaría, ni ante Jason.

Echó un último vistazo a la casa que había sido su hogar durante poco menos de un año y saludó al ama de llaves por última vez. Mientras se alejaban, mantuvo su mirada al frente. Su vida allí había finalizado.

Tras tres semanas en Londres rodeado de toda su familia, Johana, Jason y sus hermanos pusieron rumbo a Buckinghamshire. Aunque Claudia se encontraba muy a gusto en la casa de su tía en Londres y con la compañía de sus primos, no podía dejar de extrañar su casa, su hogar. Tantos meses en el extranjero habían menguado sus ansias de aventura y ahora solo parecía querer dedicar todo su tiempo a preparar su debut en la próxima temporada social.

Su esposa Johana era la persona adecuada para encargarse de todo y asesorar a la joven: tenía mucha experiencia organizando fiestas, eligiendo vestidos y sabía relacionarse con los aristócratas más importantes. Además, Ashton les había advertido que no pondría reparos en gastos.

Como punto discordante, tanto él como su hermano recelaban del evento por dos motivos. El primero se debía al hecho que a ninguno de los dos les hacía gracia tener que trasladarse meses enteros a Londres para dedicarse al ocio y el segundo, y más importante, porque odiaban la idea que alguien les arrebatara a su pequeña hermana. Era cierto que era muy terca y capaz de agotar su paciencia, pero ambos la querían con locura y a menudo la sobreprotegían demasiado.

Al igual que Claudia, Jason también deseaba ardientemente llegar a Carmine's Place. Tras su discusión y reconciliación con Ayleen temía pensar en cómo estaban las cosas entre ellos y si durante su ausencia el señor Plumbert habría aprovechado para estrechar lazos. Y lo peor de todo, si ella se habría dejado.

¿Cómo podía recuperarse de semejante traición y seguir amándola tanto? Todavía le hervía la sangre al recordar el anuncio en el picnic y la determinación de ella. Su relación había sido pura tragedia desde un comienzo. Parecían destinados a no estar juntos y cada vez más se sumía en un estado total de desesperación.

Barajó la idea del divorcio o la anulación de su matrimonio, aunque era improbable que pudiera hacerlo. Jason había estudiado leyes y sabía que no cumplía ninguno de los requisitos. Si la infidelidad se hubiera cometido al revés tendría una posibilidad, pero Johana nunca sería capaz. Si era sincero consigo mismo reconocería que aun pudiendo hacerlo sería como clavar un cuchillo en el corazón de su esposa. Ante la sociedad quedaría estigmatizada.

Era un daño que no podía infligirle.

En su estancia en Londres había estado bebiendo cada noche hasta tarde. No es que llegara a emborracharse —nunca lo hacía—, pero el licor le daba consuelo. Tampoco tenía a dónde ir después de cenar en casa de su tía o salir al teatro. Si se acostaba temprano tenía miedo de que Johana empezara a exigirle cumplir con sus deberes maritales, puesto que en la ciudad compartían cama y habitación. No había modo de esquivarla, así que terminó pegado a una copa de whisky.

Jason cerró los ojos y dejó que la animada voz de Claudia aligerara el viaje. Ashton se empeñaba en hacerlo todo más difícil y había insistido en tomar el carruaje en vez del tren. Debía encontrar poco placer en compartir espacio y ruidos con desconocidos, pero al menos contaban con la rapidez.

Ese día no podía decir lo mismo.

—Es impensable que Robert se fuera de Londres con tantas prisas —señaló Claudia, esperando que los demás le dieran la razón—. Y solo dos días después de nuestro regreso a Inglaterra. ¿En qué estaría pensando?

La joven lanzó un largo suspiro mientras tamborileaba con los dedos sobre el cristal de la ventana del carruaje.

Ashton, sentado a su lado, levantó una ceja con cierta apatía. Las conversaciones superfluas le molestaban. Si no fuera porque quería tanto a Claudia y la había extrañado, con seguridad la habría cortado de raíz.

—Tendrá asuntos pendientes —indicó con displicencia. Era lo normal tras tantos meses en el extranjero.

Sabía a dónde quería llegar su hermana con su alegato, pero no contaría con su complicidad. Ashton no se sentía a gusto hablando de temas del corazón. Sencillamente, no iba con él.

—¿Y por qué no se ha despedido de Angy? —insistió ella, empeñada en reprobar la conducta de Robert—. Nuestra prima ha quedado destrozada.

—¿Por qué tanto dramatismo? Lo superará. Al igual que tú —puntualizó. Que ambas muchachas estuvieran tan unidas podía llegar a ser un incordio.

—No te das cuenta, ¿verdad? Todavía no ha pedido su mano.

—Concédele tiempo —intercedió Johana, que viajaba sentada frente a su cuñada—. Lo hará.

Antes de partir de regreso a Greenville hablaron largamente con su tía Mildred y con su yerno, Edward Fillon, marqués de Hansberg y hermano de Robert. Sabían que el joven pretendía pedir la mano de Angeline Morton, Sin embargo, todos estaban de acuerdo en que debía esperar hasta la primavera siguiente.

Precisamente, si había salido de la ciudad era para evitar una situación que los comprometiera. Era un modo de andar sobre seguro. Quedaban muchos meses para la próxima temporada social y los implicados todavía podían cambiar de opinión.

Aunque Ashton no intervino en la decisión, estaba de acuerdo.

Fue un error que el joven hubiera viajado al continente con ellos. Sobre todo, si su tía sabía que este albergaba sentimientos por la más pequeña de sus hijas. Nada había sucedido, al menos nada que se supiera y que no tuviera remedio, pero las cartas de Claudia indicaban un claro acercamiento que debía ser estrictamente vigilado. En su misma situación, Ashton jamás lo hubiera permitido. Por lo que a él respectaba, el decoro y la prudencia no podían pasarse por alto.

—Pero es un fastidio que dos personas que se aman tengan que esperar por puros convencionalismos sociales.

Molesta apartó la vista del rostro de su hermano mayor y volvió a concentrarse en el paisaje. Ashton era demasiado exasperante como para comprenderla.

Y demasiado frío.

Y parecía hastiado.

No creía en el romanticismo ni en la esperanza. Era absurdo, según su punto de vista, y se negaba a ser seducido por algo tan banal.

—Si no fueras tan inmadura y caprichosa comprenderías las implicaciones.

Claudia se lo tomó como un insulto. Podía ser joven, pero no tonta. Su hermano no podía tratarla como una pieza de juego a la que intercambiar. Jason había escogido una esposa libremente, sin coacciones. En apariencia, movido por el raciocinio, pero no había pareja más hermosa y bien avenida que él y Johana. Así que Claudia no iba a renunciar a un sentimiento tan genuino como el amor.

—Por más que insistas voy a casarme con quien yo elija. —Su hermano podía pensar lo que le diera la gana. Ella era dueña de sí misma.

Inmediatamente, Ashton se opuso.

—Te casarás con quien sea más conveniente.

Ella arrugó la nariz en un adorable mohín.

—¿Conveniente? ¿Para ti o para mí?

—Para ti, por supuesto.

No estaba dispuesto a entregar a su hermana a un donnadie. Los Morton eran una familia con rango y abolengo. Descartaría al instante cualquier pretendiente que no considerada digno, aun contradiciendo los deseos de su hermana. Y ella no tendría más remedio que acatarlo. Era el cabeza de familia.

—¿Y qué elegirás para mí? —preguntó con mofa—. ¿Un marqués, un duque? ¿Tal vez un príncipe?

—Claudia...

La advertencia de Johana llegó tarde; la joven parecía dispuesta a irritarlo.

—Tal vez podrías venderme a un mercader. Por un buen precio...

Jason se dio cuenta de que su hermano estaba sintiendo coraje. Su rostro parecía sereno e inexpresivo, pero una minúscula mueca en la comisura de los labios lo delataba. En cualquier momento podía llegar a perder la paciencia. Su hermana era muy fastidiosa si se lo proponía y no iba a dejar de insistir hasta que Ashton explotara. Tenía una habilidad especial para hacerlo. Y él no quería estar presente cuando eso sucediera. Debía intervenir si no quería que se formara un desastre.

—¿Podemos relajarnos un poco? —le preguntó con un brillo especial en los ojos. Ella lo captó al instante—. Claudia, sé que te encana fastidiar a Ashton pero ¿no puedes esperar a poner los pies en Carmine's Place?

Ella entornó los ojos y lo miró seria.

—¿Lo dices para poder marcharte corriendo?

Jason esbozó una sonrisa ligera. Había dado de pleno.

—Por supuesto.

Meditó un instante sobre la propuesta.

—Entonces, prométeme algo y te aseguro que guardaré silencio. —Jason asintió, paciente—. Llegado el momento, no dejes que Ash decida solo sobre mi futuro esposo. Aconséjale y lucha por mis intereses, si es necesario. Me aterra que su idea de idoneidad sea un matrimonio con un hombre mayor que podría tener la edad de mi padre.

—¡Yo no haría eso! —exclamó un Ashton indignado.

Jason se dio cuenta que ya había empezado a suceder: Claudia estaba consiguiendo sacarle de sus casillas. Por el bien de todos, ella debía comprender que su hermano mayor quería lo mejor para su futuro. Era su deber elegir bien. Sin embargo, nunca impondría una unión tan desigual. Se dijo que más adelante tendría una charla privada con la joven. De otro modo, la próxima temporada iba a convertirse en un infierno.

—Está bien, te lo prometo. Estaré ahí para ti y te apoyaré siempre que pueda.

—¿Qué diantres significa eso? ¿Te dejarás convencer fácilmente?

—No —contestó tajante—. Seré un contrincante difícil. ¿Satisfecha?

Sus palabras debieron convencer a la joven, porque al instante comenzó a hablar de lo mucho que iba a descansar durante los próximos días.

Menos de una hora después ya estaban en Greenville. Jason aguardó hasta que su hermano y hermana entraron en la casa, se dio la vuelta hacia su esposa y le hizo saber que volvía al trabajo.

Johana lo miró con recelo. El carruaje con los sirvientes y el equipaje aguardaba a escasos pasos. Ella debía decidir a dónde iba cada baúl, mandar a limpiar los vestidos usados por su

cuñada en el extranjero y montones de cosas más. Estaría bastante ocupada y no tenía tiempo para discutir, pero Jason todavía no había puesto un pie en el suelo y ya pretendía deshacerse de ella. Es más, parecía urgirle.

Eso le molestó. Estaba harta de los problemas financieros que nunca se arreglaban y de un esposo casi invisible y malhumorado. Convivir con él en los últimos meses se había tornado un reto descorazonador. No había modo de llegar a él, por lo que se sentía sola e incomprendida. ¿Dónde estaba el Jason que la enamoró? Siempre tan paciente y gallardo. Parecía no quedar rastro de él y tenía la desagradable sensación de estar perdiéndole a pasos agigantados.

—¿Ahora mismo? ¿No estás cansado?

Jason le contestó que no y antes de marcharse la ayudó a bajar del carruaje. Después pasó por su despacho para hablar con Tim y preguntarle si en su ausencia había ocurrido algún contratiempo. Todo estaba bien, así que le prometió que en breve se pondría al corriente. Tenía en mente compartir parte de su día con Ayleen, por lo que con seguridad sería ya a la mañana siguiente.

Con un repentino buen humor y una ansiedad acuciante se encaminó a los establos y pidió que le prepararan su caballo.

No había nada que le impidiera ir a su encuentro. Se moría por verla, por abrazarla. Era la primera vez, desde que se habían convertidos en amantes, que pasaban tanto tiempo distanciados. Necesitaba despejar los nubarrones que se cernían sobre ellos; escucharla decir que lo amaba, que no había otro hombre ni que jamás lo habría; que lo suyo con Plumbert no era más que un contratiempo y que lo solucionarían juntos. No podía permitir que se casara con el botánico. Jamás. Se le helaba la sangre solo con pensar que pudieran compartir lecho. No lo consentiría. Estaba dispuesto a lo que fuera, a todo lo que ella le pidiera, menos eso. Ahora debía hacerle comprender que nadie la juzgaría por echarse atrás. Era mejor darse cuenta del error a tiempo. Rogó porque Ayleen dejara de ser tan cabezota y lo escuchara. Le daba igual parecer un patán celoso e insensible. El sentimiento de posesión era cada vez mayor e iba a recurrir a cualquier astucia con tal de tenerla para sí, porque Ayleen le pertenecía del mismo modo que Jason lo hacía con ella. Si era preciso, se la llevaría a la fuerza.

Lanzó una carcajada al aire que se escuchó por toda la casita. ¿En qué diantres estaría pensando? Y lo peor, ¿en qué diantres se estaba convirtiendo? Fuga, anulación, divorcio... ¿Y ahora secuestro? ¿Esos eran sus grandes planes? ¿Por qué de una vez no se sinceraba con todos y admitía que prefería perder su honor antes que a ella?

Tras esas reflexiones que solo servían para abrumarlo más esperó impaciente durante cuatro horas. No hacía más que observar la puerta. Era desquiciante no poder comunicarse con su amada y hacerle saber de su regreso, mas no podía enviar una nota y mucho menos llamar a su puerta.

No había mucho que pudiera hacer en ese aspecto salvo esperar. Sin embargo, aquel día resultó del todo infructuoso, puesto que Ayleen no acudió.

Ante una evidente decepción por el fracaso resurgió ante él una nueva determinación. Por eso todas las mañanas se levantaba temprano, trabajaba durante las primeras horas en su despacho y después, provisto de comida, licor y documentos a los que debía echar un vistazo, se trasladaba a la casita hasta bien entrada la noche.

Tuvo la prudencia de esperar durante dos semanas enteras antes de pensar en cometer alguna locura. Después de ese tiempo empezó a pasear a diario por el pueblo en la búsqueda de alguna noticia referente a Ayleen o a su compromiso. Por ello, sus obligaciones se veían cada vez más descuidadas, incluso la familia se quejó de que apenas le veían. A Jason le dio igual, estaba demasiado ocupado tratando de comprender qué ocurría con la relación que mantenía

con Ayleen. En el fondo de su corazón todavía alimentaba la esperanza de que apareciera en cualquier momento.

Pero ella nunca lo hizo y llegado a ese punto era un volcán a punto de estallar. Echaba humo y no había nadie en Carmine's Place que no hubiera probado el sabor de su cólera.

Aquel martes se le ocurrió una idea, una forma de poder ser recibido en la casa de la señorita Blake sin levantar demasiadas suspicacias. De ese modo le sería mucho más sencillo acceder a ella y pedirle explicaciones, porque tenía bien claro que su ausencia era fruto de la premeditación. Bajó a las cocinas de la mansión y le pidió a la señora Potts que le hiciera una tarta, la que ella prefiriera. No iba a ponerse quisquilloso con el sabor o la decoración. Tampoco le importaba que la petición sonase extraña. Solo quería tener una excusa y aquel postre se la ofrecía.

La señora Potts lo miró con extrañeza. Con seguridad se estaría preguntando el motivo por el cual Jason no había recurrido a su propia cocinera, una mujer muy capaz de hacer una tarta. Ella no tenía por qué saber que no quería que su esposa se enterara.

Así que esa misma tarde, con una sensación apremiante, se dirigió a la casa de Ayleen.

Sus ojos verdes escudriñaron las ventanas delanteras de la planta baja buscando algún signo que indicase vida. Después, se acercó a la puerta de color verde y reprimiendo un suspiro llamó a la sencilla aldaba.

Debían haberlo visto llegar, porque tardaron muy poco en abrirle. Se trataba del ama de llaves, Adele Fraser, a la cual conoció unos meses atrás por un incidente en el camino. Sin embargo, sabía mucho de ella por todo lo que Ayleen le había contado.

Vio una chispa de reconocimiento en los ojos de la mujer, aunque parecía contrariada.

—Buenas tardes, lord Jason. ¿En qué puedo ayudarle?

Este carraspeó sin poder evitarlo. Estaba nervioso y se sentía un poco tonto sosteniendo la tarta envuelta. En ese instante se arrepintió por haber meditado tan poco sobre las consecuencias de aquella visita con tan poco peso y de cómo estas podían repercutirle.

Tuvo que recordarse que lo hacía por Ayleen, o sea, por los dos. Necesitaba hablar de inmediato con ella.

—Buenos días, señora Fraser. Estoy buscando a la señorita Blake.

—¡Oh! —exclamó despacio—. ¿De qué se trata?

—Preferiría hablarlo, si es posible, con la señorita Blake. Le traigo un simple dulce, pero lady Johana ha insistido en que debo entregárselo.

Llegado a aquel punto, Jason ni siquiera se percató de lo endeble que resultaban sus explicaciones. No iba a marcharse sin descubrir dónde rayos estaba metida Ayleen, porque ni siquiera se le pasaba por la cabeza que pudiera esconderse de él.

Ella pareció reacia a hablar.

—Su esposa es muy amable, pero lamentablemente, la señorita Blake no está en casa.

—Qué pena —murmuró con cierta melancolía. ¿Habría salido con Horatio Plumbert? Porque la simple posibilidad de saberlos juntos le alteraba—. ¿Es posible saber cuándo regresará?

—Siento no poder informarle de ello. La señorita Blake se ha marchado por una temporada.

—Lo siento, no sabía... —se obligó a decir. La confusión se había apoderado de él.

—No se preocupe. Nadie lo sabe.

Su corazón dio un vuelco. Por un momento se limitó a mirarla, sin verla en realidad. Trataba de desentrañar qué diantres significaba «marcharse por una temporada». Pensamientos lúgubres cruzaron por su cabeza. Notó una fuerte opresión en el pecho y en la garganta.

¿Estaría Ayleen enferma y necesitaba reposo? ¿Habría decidido tomarse un descanso, por ejemplo, cerca del mar para meditar sobre su situación? Porque ella no tenía ningún pariente al que visitar.

Era todo tan extraño...

—¿Puedo preguntar por qué? Lady Johana insistirá en saberlo. —Ni mucho menos le preocupaba lo que su esposa opinara. Estaba hecho un verdadero lío y solo trataba de obtener información precisa para sus propios fines, como por ejemplo, llegar al fondo de la cuestión.

—Su antigua institutriz ha enfermado y ella se ha visto en la obligación de ir a Londres para cuidarla.

Jason frunció el ceño con severidad. No sabía qué decir; se sentía sobrecogido por la sorpresa. Los últimos días habían sido un calvario y ahora le salían con aquello. Conforme lo pensaba, más absurdo lo encontraba. Ayleen no tenía ninguna institutriz en Londres ni en ningún otro lugar. Era una historia que él mismo inventó para poder escapar de Greenville. ¿Se le estaría tornando la mentira en contra? ¿Por qué Ayleen la había vuelto a usar? ¿Sería acaso un mensaje cifrado para él?

Si así era, no se sentía capaz de extraerle el significado.

—Siento que haya hecho el viaje en balde —prosiguió la señora Fraser—, pero no puedo serle de más ayuda.

Jason aceptó sus palabras. No merecía la pena insistir, puesto que sería imposible conseguir sonsacarle más. A lo mejor era de verdad lo único que sabía, o pudiera ser que simplemente estuviera siendo precavida. Daba igual. Por lo que a él concernía, todo estaba dicho; no tenía más que hacer en aquella casa.

—No se preocupe. Lo comprendo.

Adele se mantuvo en el umbral de la puerta mientras veía desaparecer a lord Jason Morton por el camino. Era él, sin lugar a dudas. El hermano del duque de Redwolf era el hombre que había conquistado el corazón de Ayleen y, por tanto, el que la había dejado embarazada.

Si no fuera por aquel pastel, jamás hubiera podido imaginarlo.

¡Cielo Santo! Era un descubrimiento demasiado perturbador como para poder analizarlo bien. No parecía un tipo que se viera envuelto en aventuras pasajeras, sobre todo cuando su matrimonio con Johana Morton recibía elogios en todo el condado. Aunque a veces, las apariencias engañaban y ella sabía que hasta el más honesto y noble caballero podía convertirse en un despreciable y vil sinvergüenza.

No pudo evitar preguntarse si en verdad estaría enamorado de Ayleen. Las implicaciones eran tan grandes... Lord Jason no tenía hijos y su hermano tampoco. Si naciese un niño se postularía como heredero del ducado, por detrás de su tío y de su padre. Eso en un contexto normal, no en ese. Ayleen no era la esposa legítima y por lo tanto, el niño jamás podría ocupar ese puesto.

Se sintió terriblemente mal por tener que guardar aquel secreto. En esos momentos, la joven necesitaría de toda la ayuda posible y aunque él estuviera casado, por lo menos debería poder contar con un respaldo financiero. Estaba segura de que el hermano del duque se haría cargo de la educación y manutención de su hijo, aunque para ello tuviera que esconderlo ante su familia y la sociedad.

Si el embarazo llegaba a oídos de los demás, la pobre Ayleen se encontraría en un verdadero aprieto y sería despreciada por todos y cada uno de los que ahora se consideraban amigos suyos. Su hijo sería considerado un bastardo y ella una ramera o peor. No había cabida para ella en Greenville. Estaba tratando de evitar el escándalo, la humillación, el estigma y el ostracismo. Por eso entendía sus motivaciones, pero ¿era necesario marcharse tan lejos? ¿Escondérselo a él? ¿Cómo se las apañaría sola y con un bebé? Tenía más opciones y a ella le hubiera encantado poder ayudarla a decidir.

La noticia de su marcha se difundiría por el pueblo tarde o temprano y quizás lord Jason no se conformara con la explicación que ella le habría ofrecido. Por lo menos si el amor que sentía era tan grande y sincero como Ayleen había descrito.

Se preguntó qué haría si él regresaba, inconforme. ¿Pondría por delante su lealtad hacia su patrona, o por el contrario, preferiría velar por sus intereses y revelar la verdad?

Jason regresó a su despacho como un autómata y se encerró en él durante el resto del día. Estaba ausente y le era imposible concentrarse en lo que llevaba entre manos, pero tenía que quedarse. Cerca de las seis de la tarde mandó un mensaje a Johana y sus hermanos para avisarles que no estaría presente en la cena. Dos horas después pidió un poco de comida y una botella de whisky. Picoteó de los platos que había en la bandeja de plata acompañándola con generosos sorbos de licor.

Se sentía confuso, perdido y trastornado. Empezó a reír con una risa grave y amarga. ¿Por qué habría desaparecido tan repentinamente y sin hablar con él? Descartando alguna devastadora enfermedad llegó a pensar que Ayleen se estaba riendo de él, que su relación no había sido más que un juego cruel, y llegado el punto en que lo tenía sometido a su entera voluntad, se deshacía de él con una facilidad pasmosa. ¿Podría ser? Se estiró en el sofá con la copa en la mano tratando de encontrar un poco de lucidez a aquella situación que estaba atravesado. El tiempo fue pasando y mientras vertía las últimas gotas de la botella de whisky — que estaba prácticamente llena cuando empezó a beber—, su mente embotada por el alcohol no dejaba de pensar en lo que iba a ser de él. Ayleen lo había abandonado con una crueldad incommensurable.

Esas preguntas y algunas más le martirizaban, pero estaba demasiado borracho para pensar con claridad.

Una de las sirvientas se lo encontró dormido en el sofá a la mañana siguiente. Iba cargada con una cesta de carbón para encender el fuego cuando unos ronquidos le hicieron darse cuenta que la estancia no estaba vacía. Corrió a avisar al mayordomo, el señor Lonkstow, y este dudó sobre si debía despertarlo o no.

Al final lo hizo de todas formas. La noche anterior no había acudido a la cena y ese debía ser precisamente el motivo, pero el duque no tenía por qué saberlo.

—Lord Jason —murmuró despacio, pero no obtuvo ninguna respuesta por su parte—. Lord Jason —repitió. Tuvo que zarandearle con fuerza para que abriera los ojos—. ¿Está usted bien?

—¡No grite, por Dios!

Jason sentía que las sienas le iban a explotar y notaba la boca pastosa.

—No he levantado la voz, lord Jason —susurró Lonkstow. Jason farfulló por lo bajo e intentó levantarse sin éxito. El mayordomo tuvo que cogerle para ayudarlo y evitar una caída bochornosa—. ¿Me permite un consejo?

No se sentía con ánimos de escuchar un sermón a aquellas horas de la mañana y sobre todo cuando le estaba costando tanto concentrarse. Pero sabía que Lonkstow iba a terminar diciéndoselo de todas formas, así que era mejor terminar cuanto antes.

—Hable.

—Su esposa no se sentirá muy feliz si lo ve en este estado. Por suerte, todavía es temprano. ¿Quiere que le preparemos un baño? Mandaré a un lacayo a su casa para buscar un poco de ropa limpia.

—¿Con agua caliente?

De repente la idea le parecía más que apetecible.

—Bien caliente —afirmó, conciso—. Para cuando termine, le espera un delicioso desayuno.

Con una sola mirada, el mayordomo dio una orden silenciosa al lacayo que aguardaba en la puerta mientras ayudaba a Jason a avanzar.

Cuando llegaron a una de las habitaciones del piso de arriba que servía para el aseo, el baño estaba preparado.

Meterse en el agua aromatizada y humeante hizo relajar los músculos doloridos por haber dormido de cualquier manera en el sofá. Un tiempo después, Lonkstow volvió a entrar con un vaso lleno de un líquido que olía sumamente mal.

—Tómeselo de un trago —le advirtió—. Le aliviará la borra... ummm —se interrumpió por precaución—, el dolor de cabeza.

—Ecss. —Jason hizo una mueca en cuanto probó el brebaje—. Esto está asqueroso. ¿Qué diantres es?

—Un remedio necesario. Ya verá cómo le alivia.

Se quedó de nuevo solo y se lo tomó todo. Cerró los ojos relajándose durante unos minutos hasta que la puerta se abrió y apareció Johana, pulcramente vestida y con cara de pocos amigos. Llevaba sus ropas bajo el brazo.

—¿Qué ha ocurrido? —preguntó sin llegar a acercarse. Su mirada se tornó acusatoria.

—Nada.

Tenía suerte de estar levantada y vestida cuando llegó el lacayo de Carmine's Place. Estaba segura que de otro modo no se hubiera enterado. No dormir en casa era la culminación de las excentricidades a las que Jason venía sometiéndola. Había soportado muchas de ellas: sus tardías llegadas, sus ausencias injustificadas, su mal carácter... Pero pasar toda la noche fuera era un acto que no le iba volver a permitir.

—Tienes un aspecto horrible. Dime, ¿dónde has estado? ¿Emborrachándote en algún tugurio mientras coqueteabas con mujeres de moral ligera?

—En Greenville no hay ningún tugurio, a lo sumo una taberna. Y no he salido de Carmine's Place.

—Mientes.

—¡Por Dios, Johana! He estado bebiendo, sí, pero en mi despacho. Me quedé dormido en el sofá. Puedes preguntarle a Lonkstow. Él me ha despertado.

—Entonces, te has emborrachado. —Él asintió—. ¿Por qué?

—¿También tengo que darte explicaciones sobre esto? Me apetecía y ya está.

Ella le lanzó una mirada herida, cargada de reproches silenciosos. Su matrimonio se estaba desmoronando ante sus ojos y no había forma de detenerlo. Era de vital importancia actuar cuanto antes, ¿pero cómo?

—Eres un desagradecido —le espetó con impotencia y se dio la vuelta para marcharse. Era la primera vez que le hablaba así, puesto que había conseguido sacar su mal carácter. Lo que necesitaba en ese momento era alejarse de su esposo y pensar. Iría a Greenville a ver al párroco y buscaría su consejo.

Necesitaba desahogarse.

—¡Espera!

Johana se detuvo con la esperanza de que Jason se hubiera arrepentido por hablarle como lo hizo.

No podía estar más equivocada.

—Te comunico que mañana mismo parto hacia Londres.

Lady Johana Morton sintió cómo la sangre le hervía. Ella, siempre tan controlada y correcta, estaba a punto de perder los nervios.

—¡Estás imposible! —le gritó mientras le lanzaba con furia la ropa para cambiarse que todavía llevaba en la mano—. Vete a donde quieras, pero cuando vuelvas vamos a hablar largo y tendido.

Se marchó cargada de resentimiento y frustración.

En ese momento Jason había tomado una determinación. Tenía un mal presentimiento en cuanto a Ayleen y no podía dejarlo pasar. Iba a averiguar a dónde había ido y por qué. Y como única alternativa tenía el bufete de abogados que Ayleen había mencionado.

Lleno de premoniciones funestas, se marchó con una sensación de frenética urgencia.

Jason llegó al despacho del abogado de Ayleen en Londres a media mañana. No creía que se mostrara muy dispuesto a ayudarlo, pero necesitaba cuanto menos intentarlo. El sigilo con el que Ayleen dispuso su marcha le atormentaba cada día. Iba a volverse loco si no conseguía respuestas, así que era la última esperanza que le quedaba. De otro modo sería imposible dar con ella.

Tuvo que esperar unos minutos antes de poder ver al abogado. El señor Harris, sentado tras el escritorio, le hizo un gesto para que tomara asiento en una butaca tapizada en verde. Se trataba de un hombrecito de baja estatura, con escaso cabello, gran bigote y enormes e inquisidores ojos.

Sinceramente, no era lo que se había imaginado.

—¿En qué puedo ayudarlo? —preguntó amable mientras se inclinaba hacia adelante, apoyando las dos manos sobre el escritorio de roble.

Jason se sintió incómodo. No quería dar demasiadas explicaciones, aunque mucho se temía que serían necesarias.

—Usted no me conoce, pero soy amigo de una clienta suya, la señorita Ayleen Blake.

Se detuvo un instante y se fijó en cómo el rostro del abogado se transformaba al escuchar el nombre. Su expresión se tornó adusta.

—¿Debo entender que me encuentro ante lord Jason Morton?

Ahora fue el turno de Jason de sorprenderse. Que conociera su identidad venía a confirmar sus sospechas: Ayleen recurrió a él tras su marcha de Greenville. Se preguntó hasta qué punto de su vida le había contado.

—Verá —continuó este—, soy el abogado de la señorita Blake al igual que lo fui de su padre, así que comprenderá que la conozca bien y le tenga aprecio. —Jason asintió brevemente—. Sé todo lo que sufrió con la enfermedad del señor Blake y lo ilusionada que estaba al emprender su propia vida lejos de la ciudad. No digo que no quisiera a su padre, todo lo contrario, pero la joven no disfrutó de su juventud como debiera. Tengo que confesarle que no estoy nada contento con la forma en que se ha interpuesto en su vida y su comportamiento para con ella —admitió con brusquedad.

Jason enderezó la espalda cuando oyó el reproche. No contaba con que le juzgaran. Sin embargo, el abogado tenía razón. Hasta la llegada de Ayleen había sido un hombre sensato. No era propio de él enredarse bajo las faldas de una mujer. Nunca antes había faltado a su matrimonio, pero no contó con enamorarse.

Lo miró atentamente, nada satisfecho y trató de explicarse.

—Escuche... —dijo con firmeza.

—No, no —le interrumpió el señor Harris, retomando el hilo de la conversación—, escúcheme usted a mí. Le profeso un sincero afecto a la señorita Blake. Ella es buena y dulce y entiendo que pueda causarle tiernos sentimientos. Si las circunstancias fueran otras... pero tengo entendido que es usted casado. ¿Comprende que la ha comprometido?

—Yo solo quiero hablar con ella —masculló, nada dispuesto a dejarse amedrentar. Era consciente como nadie de los pecados que había cometido—. Quiero estar seguro de que no ha huido.

El abogado esbozó una sonrisa irónica.

—Si le parece que ha huido será porque lo ha hecho.

Se reclinó en su butaca y esperó en silencio hasta que el hombre asumiera lo que había dicho.

Tardó por lo menos un minuto.

—¿Qué? —preguntó Jason. Mientras, su corazón había empezado a martillar a un ritmo frenético—. Pero si... Ella no... —Se aferró con fuerza al apoyabrazos de la butaca y miró al señor Harris, desorientado—. No lo entiendo.

Este asintió, compasivo. Rebajó la dureza en su voz e hizo un esfuerzo por mostrarse complaciente. Era un asunto delicado y para nada agradable. Debía ir con tacto al mismo tiempo que le transmitía el mensaje claro y los deseos de su clienta.

—Se ha marchado —anunció con cautela.

Sospechaba que el hombre no se tomaría muy bien sus palabras. Si algo había aprendido tras años de experiencia era que a las personas les costaba aceptar la derrota.

—¿Marchado? —repitió, confuso.

Su cerebro se negaba a procesar semejante noticia.

—Sí, lord Jason —aseveró—, para siempre.

La conmoción pudo con él. ¿Qué pérfidas mentiras eran esas? ¿A qué engaños quería someterlo? Ayleen le amaba. No le abandonaría voluntariamente.

—¡No, ella no puede dejarme! —gritó con desesperación al tiempo que se levantaba.

El abogado no movió ni un músculo ante el estallido. Había estado acertado al pronosticar que el caballero se resistiría a aceptar la verdad.

Jason se acercó a la ventana y apoyó la cabeza en el frío y desgastado cristal. Desde aquel primer piso se podía escuchar el sonido de la calle y los transeúntes, aunque él estaba inmerso en su propio dolor.

—Puede que usted la ame —escuchó decir a sus espaldas—. Lamentablemente, su situación le impide hacer lo correcto. No hay futuro para ustedes. ¿Lo comprende? Por eso la señorita Blake se ha alejado definitivamente de su vida. Había que ser fuerte para hacerlo. Es lo mejor para ambos.

No podía ser cierto, pensó con angustia. ¿Por qué Ayleen lo había abandonado? ¿Acaso no sabía que sin ella no era más que una triste sombra?

Enterró la cabeza entre sus manos mientras empezaba a sentir una incipiente furia. Necesitó de un férreo control para no perder los estribos.

—¿Quién es usted para decidir lo que es mejor? —replicó.

—No lo he decidido yo, sino ella. Y me ha dejado una carta para usted en la que seguramente le aclarará lo que necesite. —El abogado no esperó su respuesta y sacó un sobre del cajón. Lo deslizó por encima de la superficie de madera y se puso de pie—. Le daré un poco de intimidad.

Jason solo decidió tomarla cuando escuchó la puerta cerrarse. Se acercó al escritorio y alargó la mano para tomar el sobre, pero temblaba. Respiró profundo un par de veces para calmar los nervios. No quería leerla. Le aterraba la idea de lo que pudiera haber escrito en su interior.

Su corazón dio un salto en cuanto reconoció la letra.

Jason, mi amor:

Si estás leyendo estas líneas ya sabes que no me encuentro a tu lado y que no volveremos a estar juntos. Sé que estarás sorprendido y dolido como nunca. Discúlpame por mi forma de proceder, por no haber sido capaz de sincerarme, pero era necesario. Temía que trataras de hacerme cambiar de opinión.

He decidido marcharme lejos, donde no puedas encontrarme. Aunque diré, para aliviarte, que lo he hecho sola. Fue un error haber aceptado la propuesta del señor Plumbert. La idea de empezar de cero me seducía, sí. Solo ahora comprendo que no era posible. Él nunca hubiera conseguido hacerme feliz y yo a él tampoco.

A lo mejor todavía no puedes verlo, pero la decisión que he tomado es la correcta. Lo nuestro no puede ser y me niego a seguir siendo tu amante. Es demasiado doloroso para mí. Por eso prefiero que nos separemos ahora. Nadie sabe de lo nuestro y nunca lo sabrán. De este modo no lastimaremos a Johana, que tan bien se ha portado conmigo. Tal vez con el tiempo dejes de quererme —yo voy a poner mucho empeño en ello— y me recordarás con una indolora nostalgia.

¿No lo ves? Eso sería lo mejor.

También hago esto por ti y por tu familia. Así tu matrimonio volverá a ser el de siempre. Antes de despedirme quiero que sepas que nunca amaré a otro hombre como he hecho contigo. A pesar de ello, esto es un adiós. Procura ser feliz; por mí. Y sobre todo, no me odies.

Ayleen.

Eso fue todo. Menos de una página. Ella desaparecía de su vida y le rompía el corazón con solo unas pocas líneas. Se sintió furioso con Ayleen y con todo. Apretó los puños. ¿Con qué derecho lo dejaba? Si tanto lo amaba, ¿por qué no demostrárselo luchando por su amor, hallando una salida? Porque debía ser muy tonta para elegir una vida cargada de soledad antes que todo lo que Jason podía ofrecerle. Y eso de olvidarse... Venía a ser un sueño, una quimera: el amor que se tenían nunca moriría.

Una mancha mojó el papel, y luego otra y otra hasta que se percató de que eran lágrimas, las suyas. No estaba muy seguro de por qué lloraba, si por el destino cruel, por la vida en general, o por las restricciones de una sociedad en las que el amor y el afecto no eran valores a tener en cuenta. Y lo que más odiaba era tener que aceptarlo así, por las buenas. Entendía la situación en la que se encontraba mejor que nadie. Ayleen le facilitaba las cosas, pero ¡maldición! él no deseaba que las cosas fueran fáciles, solo la quería a ella; abrazarla, hacerla reír, tener un poco de paz y alegría a su lado ¿Era tanto pedir?

Se limpió el rostro y cuadró los hombros. No iba ni a desmoronarse ni a rendirse. Lo sentía si con ello decepcionaba a todos, pero debía ser fiel a sí mismo: iba a encontrarla. Por eso esperó a que el señor Harris regresara.

—¿Todo bien?

—Sí —masculló—, perfecto. Ahora escríbame la dirección de la señorita Blake y le dejaré en paz.

El abogado lo miró de hito a hito debido a su insistente cabezonería.

—¿Acaso no ha escuchado lo que le he dicho? Ella no quiere que la busque.

—Está equivocado —replicó cortante y con los nervios encrespados—. Ella quiere que lo haga y lo haré. Si hace el favor...

Señaló uno de los papeles que había sobre el escritorio, esperando que el abogado actuara.

El semblante del señor Harris se petrificó y Jason tuvo la sospecha que le sería imposible obtener el paradero de Ayleen.

Eso le enfureció más.

—Es usted un necio. Se niega a comprender. Los deseos de mi clienta...

—¡Me importa un bledo lo que su clienta o usted deseen! ¡Deme la maldita dirección! —bramó, haciendo que el abogado retrocediera.

Jason comprendió que asustándolo y atosigándolo no estaba obteniendo ninguna reacción positiva ni servía para hacerle hablar. Era frustrante que todo su futuro estuviera en sus manos.

—Se está poniendo muy desagradable conmigo. Solo soy el encargado de transmitirle un mensaje y llegados a este punto, lord Jason, voy a tener que pedirle que se marche de mi despacho.

—¡Y un cuerno!

Era él quien decidiría cuándo marcharse.

—Insisto, es mi deber. Y por su bien, no haga las cosas más difíciles. Me temo que no voy a darle lo que tanto ansía.

Dominado por las emociones lo asió con fuerza del chaleco dispuesto a zarandearle. Estaba perdiendo la poca paciencia que le quedaba.

—Hable —le exigió con rabia.

En un primer momento, aquel hombrecito pareció asustado y su rostro se contrajo. No había medido bien al caballero y parecía dispuesto a cometer cualquier barbaridad.

—Con violencia no va a conseguir nada —le respondió con cuidado—. ¿Qué va hacer? ¿Darme un puñetazo?

No es que quisiera darle ideas, pero algo en su interior le decía que toda aquella rabia era fruto del despecho y que en realidad no era tan colérico. Era un riesgo intentar provocarle, pero debía hacerle reaccionar.

—No me tienta.

—¿No lo ve? Todo lo que me cuentan mis clientes es confidencial y usted no está haciéndole ningún bien a la señorita Blake. Piense en ella un poco, para variar. Si no está dispuesto a darle una salida honorable, déjela marchar, no la busque.

—La encontraré, con o sin su ayuda. Se lo prometo.

Jason reprimió las intensas ganas de estrangularle gracias a un férreo control y se marchó del despacho furioso, con la sensación de que el abogado era un auténtico cretino.

Tomó el carruaje que le esperaba y le pidió que le llevaran de regreso a Morton's House, la casa familiar, dejando atrás Fleet Street. Le dolían las sienes y lo único que le apetecía en aquellos momentos era recostarse en la cama con un vaso de whisky. En los últimos tiempos encontraba reconfortante refugiarse en el alcohol. Por lo menos olvidaba, aunque fuera un período breve, lo solo y vacío que se sentía, porque todas aquellas semanas sin verla eran demasiado.

Cuando el carruaje se detuvo en Oxford Street a causa de una congestión decidió cubrir a pie el tramo que le faltaba. Le iría bien un poco de aire fresco para aclarar sus ideas. Sin embargo, cuando llegó a Cavendish Square todavía se sentía confuso. Se apoyó sobre la reja de hierro forjado que rodeaba la casa de ladrillo rojo y miró hacia el otro lado de la plaza, donde se encontraba la mansión de su tía Mildred. Ella solía residir la mayor parte del año en Londres y solo visitaba la propiedad rural en Somerset de vez en cuando.

Barajó sus opciones. Seguramente estaría en casa y ella agradecería la visita, pero entonces empezaría a pedir explicaciones sobre su viaje a Londres y hablaría de la buena de Johana, por lo que Jason terminaría molesto. También podía quedar con su primo Ryan e ir al club Fortuna para beber juntos. Eso último le tentaba, pero no sabía si estaba en la ciudad y al final decidió ceñirse al plan original, que consistía en estar solo.

Necesitó de una copa de licor para caer rendido. Como le pasaba con la comida, últimamente dormía poco y mal, por lo que no tuvo un sueño tranquilo. Ayleen se instaló en su subconsciente. La veía ruborizarse, reír, abrazarle... pero la felicidad apenas duró unos momentos porque su adorable rostro se transformó en una horrible máscara de granito negro.

Entonces comenzó a mofarse de él, a arañarle mientras repetía una y otra vez que no lo amaba y nunca lo hizo. Jason alargó el brazo para retenerla y evitar que se alejara. El miedo que sentía por perderla lo inundó. Le gritaba, a su vez, que no le abandonase, que se quedara a su lado.

Se despertó a mediodía con un grito desgarrador. La pesadilla parecía tan real que sobrecogía. Al parecer, sus angustias y temores estaban colándose en sus sueños, porque perder a Ayleen para siempre le aterraba. Estimó que era inútil volver a tratar de dormirse y menos si la pesadilla podía volver a reproducirse. Además, todavía estaba a tiempo de ir a la estación y coger un tren de regreso a casa.

Lo primero que hizo cuando llegó fue dirigirse directamente a los establos para que le ensillaran un caballo. Aunque sabía que Ayleen no estaba iría a la casita de todos modos. Los recuerdos de ella eran arrolladores y sentía una necesidad que le impulsaba a regresar una y otra vez. Para él era como un lugar sagrado, porque era donde habían podido disfrutar de su amor bajo una intimidad

Tuvo que cambiar de planes al encontrarse a su hermano Ashton cepillando a Baviera, su semental favorito.

El duque alzó una ceja a modo de bienvenida.

—Vaya, estás en casa. ¿Cómo ha ido el viaje?

—Bien —repuso con una desmesurada reserva.

Ashton parecía relajado y despreocupado, o por lo menos más de lo que solía estar. Se había quitado la chaqueta del traje que usaba para montar. Incluso con camisa y chaleco su apariencia seguía siendo impoluta.

Tomó una zanahoria de un cesto y se la dio a Baviera.

—Johana no sabía que asuntos tan urgentes te traías en la ciudad. Con seguridad, yo tampoco. —Ahí estaba. Bajo un manto de serenidad y de intrascendencia, no podía evitar ser directo e ir hasta el fondo de sus preocupaciones. Su hermano puso mala cara y por unos segundos evitó responder—. ¿Jason? —Ashton volvió a insistir.

Apretó los dientes. No iba mentirle o inventarse una vaga excusa. Tampoco iba a decirle la verdad. Por supuesto, eso descartado.

—Te he oído —dijo sin ofrecer ninguna explicación.

Ashton era bueno intimidando a los demás. A veces solo tenía que alzar una ceja para conseguirlo. Estaba acostumbrado a que sus órdenes se siguieran al instante y no solía encontrar resistencia. La mayoría del tiempo él no era una excepción. Aunque era Jason quien controlaba la parte financiera, cualquier negocio o movimiento arriesgado siempre era aprobado por Ashton; él tenía la última palabra. Eso no quitaba que pudieran discutir por el modo de ver las cosas, o que se burlara de su actitud.

Ese día no estaba dispuesto a darle el placer. No era asunto suyo.

Tras comprobar que no llegaría a ninguna parte, Ashton decidió cambiar de tema.

—Ya que estás aquí, te comunico que parto inmediatamente hacia Escocia.

—¿Y será...?

Ashton esbozó una sonrisa cínica.

—Digamos que en menos de una hora. Solamente estoy esperando a que todo quede dispuesto.

—¿Qué ha ocurrido?

Tenía que ser un asunto urgente para que Ashton decidiera partir cuando el sol empezaba a ponerse y arriesgarse a viajar de noche.

—Tengo en mi poder una carta de un sacerdote que vive en mis tierras. Al parecer, alguien está quemando casas, incluida la mía.

—¡Dios Santo! ¿Toda la casa?

—No lo sé con certeza. Por eso me marché tan apresuradamente. He tenido la propiedad descuidada por demasiado tiempo.

Escocia quedaba demasiado lejos como para frecuentarla y tenía otros asuntos que requerían su atención. Por eso siempre terminaba postergando el viaje.

—¿Y cuándo has recibido la misiva?

—Esta mañana —contestó. Cogió otra zanahoria por el tallo y se la dio al caballo. Después se limpió las manos en el pantalón y se puso la chaqueta. Debía cambiarse antes de partir—. Me hubiera gustado discutirlo contigo, saber de más opciones, pero no estabas.

—¿Es un reproche?

Su hermano le dirigió una mirada glacial.

—Es una simple observación. Si no te pusieras tan irascible notarías la diferencia.

—Soy lo suficientemente mayor para actuar por mi cuenta, y aun así todo el mundo se siente con derecho a juzgarme. Nunca te he dado explicaciones y tú siempre has confiado en mí. ¿Por qué ahora es distinto?

Ashton lo estudió durante un instante. Su mirada se agudizó.

—Claudia llegó apenas hace unas semanas y no has pasado tiempo con ella.

—He estado ocupado —se excusó.

Sabía que llevaba razón. Estaba tan disperso que no encontraba tiempo para nada más que no fuera compadecerse de sí mismo. No era una actitud positiva y estaba llegando al límite. Se sentía exhausto, tanto física como mentalmente. Si no encontraba pronto a Ayleen, no sabía qué iba a suceder con él.

—Hermano, ¿tienes algún tipo de problema? —Jason volvió a notar unas molestias en el estómago—. Deja que me explique correctamente. Te marchaste con precipitación a Londres y sin dejar ni una nota. Creí que se trataba de un asunto que yo podía solucionar, pero hablé con Tim y me aseguró no saber de qué se trataba. Parecía bastante sincero, menos cuando me aseguró que todo estaba bien en ti. Porque es obvio —alzó la mano y lo señaló— que no es cierto.

—¿Estás enfadado porque Tim no te ha dado la respuesta que buscabas? —le preguntó burlón, tratando de desviar la atención.

—¡No digas estupideces! Me preocupo por ti y me lo pagas comportándote como un auténtico idiota. Es imposible hablar contigo —trató de hacerle ver, mas su hermano no parecía dispuesto a colaborar.

—Tengo derecho a reservarme ciertos asuntos personales.

—Personales. —Ashton pronunció la palabra con lentitud, como si la masticara. ¿Qué podría ser tan personal como para mantener a su familia al margen? No había hablado con Johana, pero se daba cuenta de que últimamente había perdido parte de la seguridad que acostumbraba y aunque trataba de disimularlo, en sus ojos se reflejaba cierta tristeza. ¿Desde cuándo había problemas? ¿Sería un asunto de la pareja o había algo más que se le escapaba? Siempre tan observador y hasta ahora se le había pasado por alto. Se dijo que el regreso de su hermana lo había distraído, sino se hubiera percatado antes—. Si tienes algún problema, sabes que puedes confiar en mí, ¿verdad?

Jason asintió. Ashton hablaba de corazón y sería de ayuda si estuviera metido en algún lío de tipo monetario o legal. Entonces encontraría en él un gran apoyo. En cambio, si descubría que tenía una amante, que esa era su falta, no lo aprobaría. Más bien se pondría de parte de

Johana. ¿Y qué podía esperar? Se preguntó. Ella era la esposa perfecta, la cuñada admirable. Se había ganado el corazón de todos. En cambio Jason sería el traidor, quien perdería la honorabilidad ante los ojos de la familia. No podía culparles por apoyar a Johana. Y además, su hermano mayor nunca entendería lo que significaba enamorarse.

—Déjalo correr, ¿de acuerdo? —pidió hastiado. Se dio la vuelta y se alejó de los establos.

No fue buena idea dejarse ver por la casa grande. Debió haber previsto que podía encontrarse con alguien de la familia. Además, no llevaba las botas de montar, así que al final decidió ir andando hasta la casita, dándose prisa antes de que la oscuridad lo envolviera.

Cuando entró, un torbellino de recuerdos lo inundó y la aplastante verdad lo asaltó de tal forma que se encogió por el dolor. Empezó a sollozar por la impotencia. Ella era su vida, su alma. Sin Ayleen no le quedaba nada y ante sí veía un futuro tan vacío como desolador. Se odió a sí mismo por permitirse perderla, por dar por sentado que siempre la tendría a su lado. Ella lo llenaba como nunca jamás soñó y estar solo lo estaba matando.

—¡Ayleen! —gritó con una intensa angustia, mientras cerraba los párpados y se dejaba llevar por las sensaciones—. Regresa, regresa a mí. Te amo —se lamentó.

Tratando de descargar la tensión que llevaba acumulada, le dio con los puños a la pared, causándose un leve dolor. Se masajeó los nudillos, aunque no llegó a lastimarse de verdad. Se sentía furioso e impotente por la marcha de Ayleen, pero también porque no había sido capaz de despedirse de él. Y ahora se encontraba perdido como nunca. ¿Cómo iba a hacer para regresar a su vida anterior?

No se sentía capaz.

Para cuando consiguió calmarse ya era de noche y con seguridad Ashton se habría marchado a Escocia. Todavía no había informado a Johana de su regreso y si su hermano no había abierto la boca, ella desconocería el hecho.

Encendió el fuego y se acurrucó en la cama, hecho un ovillo. Así pasó las horas hasta la mañana siguiente, cuando su estómago rugió. Estaba hambriento. No había tomado nada desde el día anterior, antes de coger el tren hacia Buckinghamshire. Decidió que era la hora de regresar a casa.

La virulenta tormenta lo atrapó cuando iba de camino. La temperatura había descendido considerablemente aquella mañana y no había ningún sitio en el que cobijarse, salvo árboles que no le ofrecían mucha protección. En lugar de dar la vuelta y esperar a que amainara la lluvia siguió andando, exponiéndose a los elementos. Tras una hora, exhausto, hambriento, empapado y vacío por dentro, Jason llegó a la casa sintiéndose desfallecer. Un frío horroroso se instaló en su interior. No dejaba de tiritar y solo consiguió acostarse con la ayuda de los sirvientes. Entró en un sueño febril y semiinconsciente que duró horas. A pesar del fuego que ardía en la chimenea y las múltiples mantas, no conseguía entrar en calor. Agitado, se revolvía en la cama murmurando incoherencias.

Johana estaba tan preocupada por el estado de salud de su esposo que aquella noche no durmió en su habitación. O más bien no durmió. A las cuatro de la mañana advirtió un empeoramiento. El cuerpo de Jason ardía y como era obvio que tenía fiebre mandó a llamar al médico. Ni siquiera se molestó en esperar su llegada. Debía actuar con rapidez, así que junto con el ayuda de cámara de su esposo y un lacayo de su confianza despojaron a Jason de toda la ropa de cama y lo desnudaron. Tomaron paños de agua fría y refrescaron su cuerpo. Luego se cambiaron las sábanas y volvieron a taparlo. Fue una operación que el médico aprobaría más tarde, por lo que la repitieron varias veces durante los siguientes dos días. No había otro modo de bajarle la fiebre.

Johana veló día y noche por él, hasta que al tercer día Jason empezó a volver en sí. Apenas podía mover el cuerpo, debilitado, y sentía la cabeza aturullada. Pidió agua. No sabía si podían

oírle, pero sentía una sed terrible. Entonces notó cómo le acercaban un vaso a los labios y mientras los mojaba pudo escuchar la voz de su esposa.

—Tranquilo —murmuró Johana con calma—. Bebe despacio.

Tras el esfuerzo, volvió a dormirse.

Una de las muchas veces que despertó empezó a ser consciente de lo que le rodeaba. El sol entraba a raudales por la ventana y le molestaba. Cerró los ojos un momento hasta acostumbrarse al resplandor mientras trataba de mover brazos y piernas. Se notó falto de energía. Las extremidades le pesaban e incluso le costaba darse la vuelta. Al girar con dificultad la cabeza hacia su izquierda se sobresaltó al encontrar a Johana en una butaca, junto a la cama. Tenía los párpados cerrados y respiraba rítmicamente.

No quiso despertarla. En un nuevo esfuerzo trató de incorporarse, pero el movimiento debió alertarle, porque abrió los ojos de golpe y se incorporó.

—Jason, mi amor. —Se inclinó sobre él tocándole la frente con su suavísima mano y en su rostro apareció una sonrisa de alivio. Por fin la fiebre había desaparecido—. ¿Cómo te encuentras?

Jason se sentía como si le hubieran dado una paliza.

—Ayúdame a levantarme.

Estiró la mano para que tirara de él. En cambio, Johana se sentó en la cama, más dispuesta a entablar una conversación que a obedecerle.

—¿Tienes prisa por ir a algún sitio?

—No, solo quiero levantarme.

Era incapaz de pensar en nada en concreto y seguía aturdido. Actuaba y se movía por un impulso.

—Pues no puedes. Has estado muy enfermo. Llegaste a casa empapado después de recorrer el campo bajo una fuerte lluvia. Por la noche empezaste a gritar y a delirar. Tenías mucha fiebre y tuve que llamar al médico. ¿Te acuerdas de algo? —Él negó con la cabeza. No conseguía acordarse de nada. Tenía un vago recuerdo de la tormenta y de haberse mojado, pero eso era todo.

Tomó la mano de su esposa y la apretó en señal de consuelo. Era evidente que había estado preocupada.

—Ahora me siento bien. No te preocupes más.

—Tuve mucho miedo. Estuviste tan mal que temí perderte.

Jason no sabía si Johana exageraba o en verdad había estado tan cerca de la muerte, pero el doctor lo corroboró poco más tarde, ordenándole también que guardara cama durante los siguientes días. Lo más importante era que comiera y recobrara fuerzas. Seguía durmiendo muchas horas y recibía brevemente las visitas de su esposa Johana y su hermana Claudia.

Conforme pasaban los días empezó a sentirse más animoso. Por fin podía pensar con claridad y su cuerpo respondía a las órdenes. Empezó a revisar la correspondencia atrasada que Johana le subía a la habitación para evitar el aburrimiento y Tim le mandaba documentos legales a los que debía echar un vistazo. Ayleen seguía en sus pensamientos noche y día, pero con menos intensidad, puesto que Jason trataba de concentrarse en su recuperación.

Estaba revisando una carta cuando su hermana apareció vestida con un juvenil traje azul y blanco. Una cascada de rizos caía por su espalda y sus ojos verdes apenas tenían chispa.

Se sentó a los pies de la cama y balanceó las piernas.

—¿Qué haces? —preguntó sin mucho interés.

Él alzó la vista y señaló lo obvio.

—Leyendo. ¿Y tú?

Claudia se encogió de hombros. Estaba terriblemente aburrida.

—Acabo de regresar del pueblo —dijo a modo de explicación.

Jason reparó en que para una joven de su edad la vida en el campo debía resultar tediosa. Sí, en un principio se sintió feliz por regresar a Carmine's Place con la familia y planear los eventos de la próxima temporada, pero la euforia pasó tras unos días de descanso. Cuando quería, Claudia podía llegar a ser muy voluble. Además, con un hermano ausente y el otro enfermo y malhumorado no le quedaban más opciones que la compañía de Johana. Si por lo menos Claudia hubiera sido presentada en sociedad, podría asistir a las meriendas que organizaban las damas del té. Incluso a alguna cena, pero en esos momentos no le era posible. A ojos de los demás seguía siendo una chiquilla.

Pensó que tendría que haber invitado a su prima y mejor amiga, Angeline.

—¿Nada interesante?

Ella suspiró teatralmente.

—Me he encontrado con la señora Smith, que no ha dejado de parlotear ni un segundo de cosas de las que ni siquiera entendía.

Jason esbozó una sonrisa. Era la primera vez que lo hacía tras tantas semanas de angustia.

—¿Ah, sí? ¿Y tú que le has dicho? —preguntó con cierta suspicacia.

—He hecho gala de mi paciencia y mis modales, por si estás insinuando lo contrario. Soy hija de un duque.

—Por supuesto —afirmó sin mucha convicción, porque a veces, el temperamento de su hermanita podía convertirla en una muchacha muy vulgar.

—La señora Smith está preocupada por el señor Horatio Plumbert. Al parecer, se niega a recibir visitas.

Eso atrajo la atención de Jason. Súbitamente estaba interesado en conocer todos los detalles de la conversación que había mantenido su hermana con la señora Smith.

—¿Qué quieres decir?

La vio encogerse de hombros mientras Jason daba gracias al cielo porque Claudia fuera tan inocente. La joven no se dio cuenta de su impaciencia, porque se estaba preguntando si aquella información tendría que ver con la marcha de Ayleen.

—No lo sé con certeza. Yo solo quería hablar de mi viaje al continente —añadió con acritud—. Tengo muchas anécdotas que contar al respecto, pero al parecer en este pueblo no están interesados. —Se puso de rodillas sobre la cama y acercándose a su hermano le quitó la carta que llevaba en la mano—. ¿De quién es, de otro aburrido arrendatario?

Ahora fue el turno de Jason para suspirar. Él estaba interesado en por qué el señor Plumbert se negaba a recibir visitas, si bien su hermana tenía ideas distintas.

Como no quería levantar sospechas, lo dejó estar.

—Es de Zachary McGlaton —respondió en referencia a la consulta de su hermana.

Claudia arrugó el ceño al pensar en el amigo de su hermano. Tenía una memoria perfecta y recordaba las veces que había visitado Carmine's Place, cuando ella era solo una niña.

—¿Ese grandullón escocés? ¿No estaba perdido en América o algo así?

Jason contuvo una sonrisa. Su hermana tenía una forma muy peculiar de expresarse. Eso por no mencionar que solía sacar conclusiones apresuradas. Era un mérito y motivo de orgullo haber dejado atrás su tierra para progresar en un país tan distinto. Zachary era un ejemplo de progresión. De condición humilde, gracias a su padre y al conde de Ward, había conseguido estudiar Derecho en Oxford.

—Perdido no es la palabra que yo usaría. Más bien está trabajando.

—¿Y por qué te escribe? —preguntó con curiosidad.

—Léelo tú misma.

Claudia se concentró en las palabras escritas. No era una carta demasiado larga, más bien parecía un mensaje. Zachary estaría poco tiempo en Inglaterra y lo emplazaba a encontrarse.

—Quiere verte en Londres —murmuró, mirando a su hermano a los ojos. De repente, estaba seria—. ¿Vas a ir a la cita? Porque no estás en muy buena forma que digamos —chasqueó la lengua—. Y Johana no lo verá con buenos ojos. Créeme.

Jason la miró con una expresión pensativa. Acababa de leer la carta justo antes de la aparición de Claudia y todavía no había decidido si se desplazaría a Londres o no. Pensó sobre qué sería más acertado. Su hermana tenía razón; le costaba andar, mantenerse en pie y se cansaba con facilidad. Por todo ello se toparía con una férrea resistencia por parte de su esposa. Sin embargo, le apetecía volver a ver a su amigo de estudios. Eran muy pocas las ocasiones en las que solían coincidir y sería un soplo de aire fresco. Zachary no conocía a Ayleen ni tenía nada que ver con ella. A lo mejor su compañía le hacía bien. Sería un aliciente y por una vez dejaría de pensar en ella.

De improvisto tomó una decisión. Sí, iría a Londres, aunque significara iniciar una nueva discusión con Johana.

El carruaje se detuvo a escasos pasos de la entrada del Fortuna, el club de caballeros del que era miembro y al que pocas veces acudía. Cuando lo hacía, solía permanecer en una de las salas de descanso del lujoso local mientras charlaba con conocidos, socios o amigos. No frecuentaba las mesas de juego, instaladas al fondo del edificio de dos plantas. A pesar del sugerente nombre —con toda probabilidad haciendo referencia a la diosa romana de la suerte—, Jason no veía en ello estímulo alguno; todo lo contrario. Mejor confiar en la suerte que cada uno se procuraba a tener que depender de una buena mano de cartas o dados.

Entregó el sombrero y el abrigo en la entrada mientras se dirigía en busca del hombre que le había hecho abandonar Greenville.

Todavía ahora se sentía cansado y un tanto débil, lo cual jamás habría admitido ante Johana. El viaje le había resultado tan agotador como ella vaticinó, pero después de días desencantado e inquieto, la carta de Zachary había sido providencial. A esas alturas, el trabajo no lo distraía; Claudia y su compañía no le resultaban tan amenas como solían ser y su relación con Johana había alcanzado cotas decadentes. ¿Que era culpa suya? En efecto. ¿Que no podía hacer nada por remediarlo? También era cierto. Aun así, estaba cansado de pelearse con ella. No era tanto como eso, pero su última charla sobre la conveniencia de ir o no a Londres había tomado un cariz que se acercaba mucho a una pelea. ¿Quién lo hubiera esperado de alguien tan tranquilo? Tampoco la culpaba por ello.

Con la visita de Zachary y el permiso del médico, Jason se había lanzado en pos del camino para alejarse de un lugar que lo torturaba y ahogaba por momentos. El recuerdo de Ayleen y su traición eran algo difícil de digerir. Al menos, en Londres gozaría de la libertad de hacer lo que se le antojara. Además, una visita de su amigo siempre era un motivo de celebración.

Cuando llegó a la ciudad se había dirigido de inmediato a Morton's House. La casa, que había pertenecido a la familia durante generaciones, tenía un aspecto imponente y regio. Rafael, el mayordomo, no pareció sorprendido de verle. En las últimas semanas había viajado más de lo acostumbrado. Con su librea oscura ribeteada en oro y botones dorados, una altura de más de un metro ochenta, abundante cabello negro y unos ojos negros como el carbón, el mayordomo era el parangón del ideal español. Todavía, de vez en cuando, le gustaba hablar con el acento de su país natal, aunque dominaba perfectamente el suyo.

—¿Cómo está, lord Jason?

El mayordomo llevaba al servicio de la familia en Morton's House desde hacía más de treinta años y sentía una especial debilidad por su hermano mayor.

—Cansado —dijo respondiendo a su pregunta.

—Ya lo veo —soltó mientras le echaba un vistazo de arriba a abajo.

Tan eficiente como siempre, le preparó un baño al que le siguió un sueño reparador, no antes de enviar una nota a Zachary acordando una cita en Fortuna esa misma noche. Después se sintió más descansado y animado que en mucho tiempo.

Mientras lo buscaba entre la multitud de caras desconocidas y otras no tanto, se detuvo a saludar a algunos de ellos. Al final lo encontró en un rincón de la sala charlando con otro hombre.

Sonrió al verle. Aún con los ojos cerrados sería capaz de distinguirlo. Su voz grave y profunda era inconfundible, pero todavía más su apariencia: recia y firme. Redondeaba el aspecto la impresionante espalda cuadrada, lo cual le hacía parecer un hombre rudo y temible, justo lo que se esperaba de un escocés. Sin embargo, la realidad era bastante diferente.

Todavía recordaba su juventud y a las jovencitas que, a pesar del miedo que les provocaba su aspecto, se sentían irremediabilmente atraídas hacia él.

Había estudiado leyes con él, pero al contrario que el propio Jason, este sí ejercía de abogado. A pesar de ser un escocés de pura cepa había elegido vivir en América, más en concreto en Filadelfia. Trabajaba para Richard Smuth en la compraventa de bienes raíces por los países anglosajones, lo cual le obligaba a viajar bastante a menudo y parecía no importarle.

Esperó sentado a la vista de su compañero hasta que este terminó de hablar. Solo entonces se levantó para ir a su encuentro. Se estrecharon las manos.

—Los años te tratan bien, «roca escocesa». —Jason lo saludó con el sobrenombre que le impuso cuando todavía estaban en Oxford—. Además, cada vez que te veo pareces más temible.

—Pues es una lástima que no pueda decir lo mismo de ti, «rosa inglesa» —le devolvió el golpe con su mote preferido—. Sigues tan enjuto y debilucho como siempre. —Meneó la cabeza de un lado a otro fingiendo pesar—. Siempre dije que el aire inglés no le sentaba bien a tu cutis.

—¡Enjuto! —se ofendió—. Yo nunca he sido enjuto. Aunque claro, si me comparas contigo, que pareces un ropero de tres puertas, es normal que pienses así.

Se miraron a los ojos y empezaron a reír mientras se fundían en un amistoso abrazo.

—Antes de ponernos al día, ¿por qué no pedimos unas bebidas? —preguntó Zachary de buen humor—. Un buen whisky escocés nos irá de perlas.

—Perfecto. Gracias a tu influencia, cuando bebo, siempre lo hago con whisky.

—Escocés, espero —puntualizó su amigo.

—Por supuesto. ¿Qué hay mejor que un buen whisky escocés? —preguntó sarcástico.

—Nada amigo mío, nada. Todavía hoy no dejo de sorprenderme cuando la gente bebe brandy. ¡Brandy! —soltó con desprecio—. ¡Pero si es bebida de mujer!

Jason se rio con él. Siempre le había parecido un hombre gracioso, aunque eso fuera motivo de ofensa para él y pretendiera ser todo lo contrario.

—¿Dónde has estado este tiempo? —le preguntó Jason—. Hace mucho que no nos vemos.

—Es cierto. Ya casi un año. —Suspiró y dio un trago a la bebida que acababan de traer—. En Estados Unidos cada día hay más trabajo.

—¿Y no te sientes extraño en un país diferente del tuyo? —le preguntó. No sabía por qué nunca le había preguntado aquello.

—¡Bah! Estar allí es lo mismo que estar aquí, con la única diferencia de que hay más libertades. Pero de todas formas, nada puede compararse a los páramos escoceses —aseveró con nostalgia.

—¿No has ido a ver a tu padre?

—Ya me gustaría, pero no tengo tiempo, en unos días regreso.

Jason también dio un buen trago de su vaso y la bebida le produjo un dulce calor que agradeció.

—Claudia te envía recuerdos. —Lo acababa de recordar.

—¿Esa pequeña? ¿Cómo está? Llevo siglos sin verla.

—Bueno, para disgusto mío ya no es tan pequeña como la recuerdas. En cuanto a cómo está... bien, aunque incordiando por lo de su próxima presentación en sociedad.

—¿Tan pronto? —Pareció pensarlo un momento—. Dios, cómo pasa el tiempo. La última vez que la vi llevaba trenzas y se escondía debajo de las mesas para escuchar lo que los adultos decían. En una ocasión, estando de visita en tu casa, me confesó que su vida era aburrida y

predecible. Dijo también que las conversaciones de los adultos eran algo digno de estudio. —Se palmeó el muslo y soltó una risotada—. ¡Chiquilla desvergonzada!

—Todavía lo sigue siendo, te lo aseguro. Me da miedo pensar en los líos que pueda llegar a provocar una vez hecha su presentación.

—A tu hermano y a ti os saldrán canas antes de tiempo —vaticinó.

—Lo sé, créeme, lo sé.

Hablaron de otras muchas cosas poniéndose al día. A medida que la noche avanzaba, Jason se sentía más y más distendido. La compañía y la conversación eran buenas, pero en cierto momento se percató de que su amigo había callado y le observaba.

—¿Qué? —preguntó. La voz le sonó ronca y empezó a notar la boca pastosa.

—Pensaba que bebías poco —declaró.

—Y lo hago. —Alzó la copa para pedir que se la rellenaran.

—No tengo nada en contra de que un hombre beba, pero teniendo en cuenta eso, ¿no crees que ya ha sido suficiente por esta noche? Tu cuerpo no está acostumbrado a ello.

—Nooop —balbuceó—. Quiero meter tanto alcohol en mi cuerpo como pueda. —Jason siguió haciendo aspavientos al camarero, que no le hacía caso—. Hoy no tengo por qué esconderme, ya que Johana no lo verá. Así, esta noche podré conciliar el sueño. ¡Otro vaso de whisky! —llamó a gritos—. ¿Por qué no me hace caso? ¿No oye que le estoy llamando?

—Sí lo hace. Creo que después de esto, todos lo han hecho. Lo que ocurre es que ya hace un rato que le he ordenado que deje de servirte —le contestó con tranquilidad—. Si sigues bebiendo así, mañana te sentirás como un saco de mierda.

—¿De verdad lo crees? —Jason se burló de Zachary—. Nada puede hacerme sentir peor de como ya me siento: una basura, una piltrafa, un desecho...

—De acuerdo, está bien. He captado el mensaje. —Hizo una pausa—. ¿Qué sucede, Jason? ¿Quieres contármelo?

—¿De qué serviría? —se lamentó. Trató de levantarse pero se tambaleó, cayendo de nuevo en el sofá—. Lo único que quiero es olvidar; y si la bebida me ayuda, que así sea. ¡Maldita sea, quiero otra copa! —gritó.

—Jason —se inclinó hacia él y le puso una potente mano en su hombro, reteniéndolo—. Nadie va a ponerte otro vaso, así que haz un esfuerzo por tranquilizarte.

—¡No! Quiero mi vaso ya. —Lo señaló con el dedo, pero temblaba—. Y no creas que solo porque en el pasado me ganaras en una pelea cuerpo a cuerpo, ahora sucedería lo mismo. Soy un adulto y soy capaz de tumbarte... si quiero.

Zachary se repantigó en el sofá cruzando los brazos, observándole. Su amigo tenía problemas y él quería ayudarlo, al igual que él lo hizo otras tantas veces en su juventud, pero sabía que en ese estado Jason era imprevisible. Así que mejor sacarlo de allí antes de que armara un escándalo.

A pesar de su bravuconería ebria sabía que no podría tumbarle ni aunque quisiera. Él sí lo haría, y en cuestión de segundos, pero no quería herirle, no cuando en realidad todo era producto de la bebida. Estaba seguro de que estando sobrio jamás le habría dicho semejante estupidez. Además, se veía a leguas que solo era una forma de controlar un dolor interior que no era capaz de ver. Siempre había creído que la vida de Jason era lo más parecida a la perfección que alguien conseguiría tener, así que, ¿qué diantres debía ocurrirle?, se preguntó con preocupación.

Jason hizo otro torpe intento por levantarse, pero se tambaleó peligrosamente, así que su amigo tuvo que cogerle con rapidez, evitando así que se tumbara encima de la mesita que tenía

colocada delante. Su cabeza le pesaba y se sentía bastante mareado, pero al menos, el alcohol hacía desaparecer el rostro de Ayleen.

El agradable y reconfortante sopor que lo envolvía se disolvió un poco cuando el aire frío lo golpeó en el rostro. Por alguna razón se encontraba en la calle y no recordaba cómo había recorrido el corto camino hasta allí. El coche de alquiler parecía esperarlo y alguien trataba de izarlo. Giró la cabeza cuarenta grados y se encontró con que era su amigo quien lo hacía. Trató de sonreírle, pero falló y se puso a llorar. No vio el rostro de sorpresa de Zachary ni notó que el coche se movía. Tampoco cómo, en el transcurso del recorrido hasta su casa, comenzó a relatar la experiencia que le había cambiado la vida en los últimos ocho meses. Por supuesto, no vio la estupefacción en el rostro de Zachary ni cómo este lo cargaba al hombro mientras Rafael lo guiaba escaleras arriba.

Para variar, y en contra de lo que pensaba, no tuvo un sueño tranquilo, pero sí más agradable que los otros que lo habían acosado esas últimas semanas. Vivió cada uno de los momentos que había compartido con Ayleen. Cada palabra o gesto se había grabado en su corazón y sintió que la esperanza lo invadía. Al despertar a media mañana, un poderoso y lacerante dolor de cabeza golpeaba su cabeza con la fuerza de un martillo. Aun así, se sentía más lúcido de lo que se había sentido en mucho tiempo. No podía sentirse más vivo ni más decidido; por fin sabía dónde estaba su amada.

Después de beberse un café cargado que le trajo personalmente Rafael bajó a la biblioteca para organizarse mientras esperaba la visita de Zachary. El mayordomo le había comunicado la intención de este de pasar para cerciorarse de su estado.

Estaba en el escritorio escribiendo concentrado cuando llamaron a la puerta.

—El señor McGlaton ha venido de visita. ¿Le hago pasar? —preguntó Rafael.

—Sí. Pero hágame un favor y deje de gritar.

—No lo estoy haciendo, lord Jason. Por si no se ha dado cuenta, estoy rayando el susurro.

—Bien —refunfuñó—, pues no es suficientemente bajo.

El mayordomo hizo una inclinación sin dignarse a responder e hizo pasar a Zachary.

—¿Cómo estás? —preguntó su amigo mientras se disponía a sentarse en una mullida silla.

—Fatal y maravillosamente bien.

—Lo primero no me extraña, pero ¿y lo segundo?

—Cosas mías —respondió con vaguedad. Todavía no quería poner sus sospechas en voz alta ni ante él—. Sobre lo que hablamos ayer...

—Querrás decir sobre lo que hablaste —subrayó sin tratar de hacerse el tonto—. ¿Qué sucede con eso?

—Te agradecería mucho si no se lo contaras a nadie.

—Solo por lo que acabas de decir te mereces un puñetazo en tu bonito rostro aristocrático. ¿Realmente crees que haría algo que pudiera perjudicarte? —dijo alzando la voz.

Zachary se pasó toda la noche pensando en ello. No podía alegrarse por las nuevas circunstancias de su amigo porque era evidente que le producían dolor. Aun así, qué envidia sentía porque hubiera logrado encontrar una mujer que le sacudiera el alma por completo. Cosas así no sucedían a menudo. En la sociedad en la que vivían más bien parecía un milagro. ¿Qué hubiera hecho él? Quizás lo mismo. Lo único que podía esperar para sí mismo era una joven educada que le hiciera compañía el resto de sus días. Amor, pasión, compañerismo, lealtad, fe... No creía ser de esos pocos afortunados.

—¡No grites! —Jason se llevó las manos a las sienes tratando de parar el odioso repiqueteo.

—Si después de tantos años te atreves a ofenderme con esas dudas gritaré todo lo que se me antoje.

—Está bien, está bien. Me retracto. Siento haber dudado de ti. No te lo mereces y me siento mal por haberlo dicho. Discúlpame, por favor, pero baja la voz.

—Lo haré si accedes a compartir una cena conmigo esta noche —le invitó más calmado.

—No podrá ser. Mañana a primera hora vuelvo a casa. Esta noche debo terminar con unos asuntos que tengo entre manos y después me acostaré pronto —dudó—. Quizás en otra ocasión.

—Como quieras. ¿Estarás bien? —Zachary quería cerciorarse de su estado anímico. No fuera a cometer alguna locura.

—Sí, por supuesto. Lo de anoche no se volverá a repetir.

Jamás había estado tan seguro de algo.

—¿De verdad? —preguntó Zachary con escepticismo.

—¿A qué vienen esas dudas?

—Pareces... no sé... Pareces ansioso, por decirlo de alguna manera.

—Será que este dolor de cabeza me mata y tengo ganas de que desaparezca.

—Sí, por supuesto, será eso —respondió. No le creía. Había algo en él; una actitud postiza, tal vez una determinación que le decía que algo nuevo había pasado. Ignoraba qué podía ser, pero no iba a preguntarle. Ya tenía en su conciencia mucho más de lo que deseaba. No iba a añadir un pecado más—. ¿Cuándo volveremos a vernos? —preguntó tras unos instantes de silencio.

—No lo sé; espero que pronto.

Ambos sabían que se trataba más de un deseo que de un hecho.

Zachary se levantó y Jason le imitó.

—No es necesario que lo hagas. Descansa.

Jason no le hizo caso. Se puso de pie y se acercó a él. Le tendió la mano y después se dieron una palmada en la espalda.

—Me alegra saber que cuento contigo.

—A mí también. Que tengas suerte —y con esa críptica despedida se marchó.

Pudiera ser que su amigo viera en él más de lo necesario.

Se prometió que ese era el fin de su efímera relación con la bebida. Zachary no había hecho mención alguna, pero aun sin saber todo lo que había revelado, este debía de saber a grandes rasgos lo que había pasado. Sin el alcohol de por medio, eso jamás habría sucedido. Una indiscreción ante alguien poco propicio habría sido algo catastrófico. Había descubierto a las malas cómo la bebida podía causarte más problemas de los que uno pudiera pensar. Había tenido más suerte de la que merecía y era justo no volver a probarlo más. Prometido.

Una vez en su habitación recordó el sueño. Recordó una conversación que mantuvo con Ayleen en cuanto a la herencia que recibió de su madre. Era justo pensar que si quería alejarse de él, lo mejor sería marcharse lo más lejos posible. Esa mujer que tanto amaba podía llegar a ser tan minuciosa y concienzuda como cualquier general de tropas. Ahora tenía la seguridad de que no la encontraría en Inglaterra, pero por muy difícil que pareciera la empresa no cejaría en el empeño: la buscaría. No tenía ni idea de cómo haría para encontrarla ni lo que tardaría, pero lo más difícil estaba por llegar.

A media tarde de ese mismo día ya sabía cuáles serían sus próximos pasos: se marchaba. Para siempre.

Johana se retrasaba. Observó una vez más el reloj de bolsillo mientras paseaba por el salón de su casa. Ya hacía una hora que la estaba esperando y, aunque ella no sabía que había regresado, se estaba impacientando.

El viaje de vuelta le había resultado corto. Los planes lo habían mantenido ocupado durante todo el trayecto. Se sentía mejor, tanto de ánimo como de cuerpo. Una vez tomadas las decisiones ya no había marcha atrás. Resultaba irónico que esa firmeza infranqueable le diera las fuerzas para afrontar el gran dilema de su vida: Johana. Iba a dañar a una de las personas más buenas y nobles que había tenido la fortuna de conocer. Con ella había compartido momentos que siempre atesoraría, pero muy a su pesar, su mente solo pensaba en Ayleen. La echaba tanto de menos... ¿Qué estaría haciendo? ¿Cómo se encontraría? ¿Pensaría en él y lo añoraría tanto que su alma se partía en dos? Toda esa situación lo estaba matando con una lentitud paralizante. Su única opción era la que había tomado. Ahora solo tenía que echar valor y decírselo a Johana.

Se había quedado en Londres unos días más de lo que había afirmado ante Zachary. Necesitaba arreglar todos los documentos que aseguraran la vida de Johana, al menos en lo referente a la parte económica. También se había hecho comprar un pasaje para embarcar unos días después desde Liverpool. El destino final era Estados Unidos. Una vez allí contrataría los servicios de quien fuera necesario sin escatimar en gastos, ya que su misión consistía en dar con el paradero de Ayleen.

Sabía que las murmuraciones inundarían Greenville muy pronto y que se extenderían hasta llegar a Londres. Ashton tardaría un poco más en enterarse, pero desconfiaba de su reacción. No es que le tuviera miedo, pero su poder se extendía a las más altas esferas y podía utilizar sus influencias para obligarle a hacer lo más honorable y quedarse. Prefería no pensar en esa posibilidad. Además, dejaba muchas cosas en el aire, como por ejemplo, sus inversiones. Entendía que si empezaba a recoger sus ganancias de cada proyecto o negocio en el que participaba suscitaría perplejidad y quizás un poco de caos. Ya vería si, con el tiempo, lo podía recuperar. Lo único que había hecho era apartar una considerable suma de dinero para sus gastos hasta que la encontrara. Por eso había hecho que su banco abriera otra cuenta en uno americano y lo trasladara. No hizo caso de las preguntas insinuadoras acerca del motivo de tal orden, pero no le cabía la menor duda de que pronto se sabría. Todo lo demás se lo había dejado a Johana. Con eso tendría para vivir cómodamente durante dos vidas enteras.

Oyó un sonido y se asomó con rapidez por una de las ventanas del salón, pero no vio a nadie. Había dado el resto del día libre a todos sus sirvientes: los dos lacayos, su ayuda de cámara que había regresado con él de Londres, doncellas, fregonas, la cocinera... Aunque era una orden muy precipitada, Jason no deseaba espectadores en lo que estaba por venir. La única excepción había sido el cochero, puesto que lo necesitaba para llegar hasta la estación de tren.

Mientras esperaba había aprovechado para recoger unas pocas pertenencias y ropa para llevar. La ausencia de Johana lo había hecho todo más fácil.

—¡Maldita sea! —exclamó en voz alta—. ¿Dónde estás, Johana?

Sin querer metió la mano en el bolsillo de la chaqueta y tocó las cartas. Sacó la mano como si le hubieran quemado.

Había escrito dos, una para Claudia y otra para Ashton. La de la joven la dejaría al lado de la de su hermano. Era mejor para él que la leyera después de hacerlo el primogénito y no antes. Había sido muy difícil escribirlas. Al tomar esa decisión era consciente del escándalo que caería sobre los Morton. Su hermano, como duque, debería lidiar con todo ello. Suponía que al

hacerlo se cortarían todo vínculo con ellos. Quizás, al fin y al cabo, Claudia no terminara odiándolo, pero sabía a ciencia cierta que Ashton sí.

Había meditado largo y tendido. La balanza sobre riesgos y beneficios se inclinaba sobre su nueva postura. Como hombre de negocios hubiera optado por no actuar tal y como lo estaba haciendo, pero el corazón le decía que era su mejor opción, su única opción. Los nervios, la culpa y la ansiedad estaban acabando con él. No sabía si en realidad estaba actuando como un héroe o como el más miserable de los cobardes. Temía que fuera eso último.

—Jason, querido, ¿qué haces aquí? ¿Y qué sucede?

La súbita aparición de Johana lo sobresaltó, arrancándolo con brusquedad de tan torturadores pensamientos. No la había oído llegar. Se aclaró la garganta, pues de pronto la notaba seca.

—¿Por qué crees que sucede algo? —preguntó tratando de ganar tiempo.

—Creo que es obvio que alguna cosa anda mal. ¿Dónde están los lacayos o la señora Lamb? No había nadie en la puerta, ni han venido a recibirme.

—Yo...

No sabía por dónde empezar. Observó a la que hasta entonces había sido su mujer. Llamarla esposa ya no le parecía correcto. No se la merecía. Ella era una criatura etérea, bondadosa, noble... Sus delicados rasgos mostraban un rictus de preocupación. Había aguantado cada uno de sus arranques y su malhumor y él estaba a punto de hacerla pedazos destrozando sus sueños y esperanzas. ¡Dios! Se odiaba tanto por ello...

—Jason, tu silencio me asusta. Paseas como un león enjaulado. Estás lívido, más bien parece que estuvieras esperando una sentencia de muerte. ¿Qué ocurre? ¿Le ha sucedido algo a Ashton?

—No se trata de mi hermano —soltó al fin, tras un suspiro—. Se trata de mí.

—¿De ti? —musitó con el rostro lleno de expectación. No podía evitar pensar en la muerte de alguien y se estremeció.

—Por favor, tengo algo que decirte. Me gustaría que te quitaras la capa y nos sentáramos. Te explicaré.

Ella le obedeció con ademanes rápidos y ambos se sentaron en el sofá de nogal. Puso la mano en su rostro y con lágrimas en los ojos y voz entrecortada preguntó...

—¿Te... estás... muriendo?

—¡No! —exclamó horrorizado—. ¿Cómo se te ha ocurrido semejante idea? —Aunque no debería extrañarle tanto.

—No lo sé —gritó, cosa que sorprendió a ambos. Johana era una persona controlada en su temperamento, si es que tenía—. Solo quiero que me expliques este comportamiento tuyo, porque me asustas. Hace demasiados meses que no pareces tú mismo. Haces cosas extrañas, te enfadas por nada cuando antes no lo hacías... Bebes —recalcó como si eso lo explicara todo—. No sé. —Aspiró para recuperar aire—. Pareces frustrado e infeliz. No puedo evitar pensar que es culpa mía. Si he hecho algo que te disgustara...

—Johana, yo... —la interrumpió, sin saber muy bien qué decirle. Fuera lo que fuera, iba a romperle el corazón.

—¡Déjame terminar! —Johana estaba sofocada—. Dios sabe que intento ser una buena esposa, hacer lo que se espera de mí. Y llegas tú, con la angustia pintada en el rostro y no me cuentas nada. Estoy preocupada Jason; por ti, por nosotros. Y ahora dime lo que tengas que decir y acabemos de una vez.

Jason dejó pasar unos minutos para dejar que se tranquilizara. Empezaba a entender que eso se le escapaba de las manos. Ya había empezado a dañarla desde mucho antes y la culpa lo destrozaba. Una carga más que añadir sobre sus hombros.

—¿Estás mejor? —le preguntó con suavidad.

—Sí, lo siento. No sé qué me ha pasado —indicó.

—No te disculpes. Esas cosas pasan.

Ella le miró extrañada ante la repentina comprensión que mostraba hacia ella, como si de pronto le hubieran salido dos cabezas.

—A mí no —aseveró mirándole a los ojos—. Ya estoy tranquila; te escucho.

—No sé muy bien por dónde empezar. Lo tenía todo pensado. He ensayado las palabras tantas veces durante el camino de regreso que me las sabía de memoria —declaró con pesar—. Al parecer, es más fácil pensarlo que decirlo.

—Cuanto más rápido mejor —sugirió ella, dispuesta a encajar cualquier golpe que estuviera dispuesto a asestarle. Un cierto sentido le indicaba que no saldría nada bueno de todo aquello—. Suéltalo ya.

—Bien, la cuestión es... Lo que ocurre... Lo siento mucho, yo... ¡Dios! —exclamó frustrado. Después se dio valor—. Estoy enamorado de otra persona —barbotó. Se quedó quieto esperando su reacción, pero pasaron los segundos sin obtenerla—. ¿Has escuchado lo que te he dicho?

—Estás enamorado. —Johana parecía estar asimilando semejante majadería.

—Sí —respondió, puesto que no se atrevía a decir nada más.

—¿De otra mujer, quieres decir? —parecía una pregunta absurda, pero necesitaba que su esposo lo confirmara. Cuando Jason asintió, algo se quebró en el fondo de su ser—. ¿Cómo, cuándo, dónde, quién...? —fue lo único que Johana pudo articular en aquel instante. Hizo un esfuerzo por asimilar lo que su esposo estaba tratando de contarle, pero su mente era un completo caos y le estaba costando racionalizarlo. Esperaba cualquier noticia devastadora menos eso. Enterró el rostro entre las manos y durante unos segundos reinó un inquietante silencio en el salón—. Dime de quién estás enamorado. —Su voz, apenas audible, denotaba angustia y dolor. Temía escuchar de sus labios cómo había estado engañándola, cómo se habían burlado de ella, pero al mismo tiempo necesitaba saberlo todo. ¿Qué le habría ofrecido aquella mujer que había caído rendido a sus pies?

—Johana... —Jason se interrumpió. No se sentía preparado para responder la pregunta. Su esposa no podía saber que se trataba de Ayleen; ya le estaba haciendo demasiado daño.

—¡No! Me estás engañando. Esto es una broma cruel de tu parte y exijo que acabes con ella de inmediato.

Jason se sorprendió. No hubiera imaginado que ella negara la realidad. Eso le indicaba hasta qué punto iba a destrozarla.

—No es una broma —intentaba mantener la calma—. Nunca jugaría contigo de ese modo.

—No puede ser, no puede ser —recitó como en una cantinela. No lo miraba a los ojos. Parecía estar en otro lugar; más segura y ajena al dolor que él le estaba asentando.

—Johana, escúchame.

Ella se impacientó. Se sentía humillada y traicionada como nunca. Jason había faltado a sus votos y mancillado su matrimonio. No sabía si podría perdonarle.

—¡Dímelo! —exigió sin previo aviso. Su rostro mostró una determinación inusitada—. Dime su nombre. Tengo derecho a saberlo.

—Hacerlo no supondrá ninguna diferencia.

—¿Y qué sabrás tú? —chilló—. Si mi marido se acuesta con una fulana quiero saber su nombre.

—¡No la llares así! —escupió Jason a su vez, sin pensar—. Ayleen es tan dama como tú. — Abrió los ojos tan pronto verbalizó las palabras en voz alta. Había cometido un tremendo error.

—¿Ayleen? —preguntó medio paralizada por la impresión—. ¿Nuestra Ayleen?

No tuvo que responderle. El rostro desencajado de su esposo lo decía todo. Un intenso sentimiento de ira se apoderó de ella y se lanzó hacia él. Quería hacerle sufrir tanto como lo estaba haciendo ella.

—¿Por qué? ¿Por qué? —Fuera de sí le pegó con los puños cerrados en el torso, una y otra vez, mientras su hermoso rostro se veía bañado de lágrimas. Jason no quiso detenerla, puesto que se merecía cada uno de esos golpes—. ¡Eres un malnacido! ¡Ingrato! ¡Sinvergüenza!

Jason la tomó de los codos y musitó una disculpa cargada de arrepentimiento.

—Lo siento. —Y lo decía de verdad—. No pretendía hacerte daño.

—¿Y qué diantres me importa eso? —Ella se detuvo, jadeante. Se le habían soltado diversos mechones del otrora impecable recogido y su rostro tenía un color rojizo—. Me has traicionado. Has traicionado nuestros votos. —Se alejó de él y se acercó a la ventana, sin ver. Necesitaba recuperar el control de sí misma y dejar de llorar. No iba a permitir que le tuviera lástima—. ¿De verdad la quieres? —preguntó de espaldas y con dolor en la voz.

Él dudó antes de contestar.

—No creo que saber eso te beneficie.

—Y ella, ¿te corresponde? —preguntó de nuevo sin hacerle caso. Nadie habló durante unos instantes—. ¡Contéstame!

—Sí, ella me ama.

—¿Por eso has estado yendo a Londres tan a menudo, para veros? —Se le ocurrió en aquel momento. No era una hipótesis tan descabellada al fin y al cabo. Su esposo la había tomado como amante y ambos necesitarían privacidad.

Notó un intenso dolor en el pecho, fruto del peso de la traición.

—No, no ha sido por eso.

—¿Y dónde os veías? ¿En su casa? ¿Aquí? —Solo de pensarlo se le revolvía el estómago—. Si no me lo dices tú, la obligaré a que me lo cuente de una forma u otra.

—No vas a tener suerte en ese aspecto —se sentó, cansado—. Ayleen se ha marchado. Y antes de que me lo preguntes, no, no solo de viaje. Ha sido para siempre.

—¿Dónde? —Johana se sentía obligada a preguntar. Quería saber cada detalle, pues la vida le estaba demostrando lo ciega que podía llegar a ser al no comprender el extraño comportamiento de Jason. En cuanto a Ayleen... mejor no pensar demasiado en ella.

—No lo sé.

—¿Te ha abandonado? —Era la única conclusión posible. No obstante, ¿para qué contarle algo que ya había pasado si ella ya no era un obstáculo?—. Si tanto te amara estaría aquí, contigo —sentenció.

—¿Y seguir siendo mi amante? ¿Y traicionar todavía más sus principios? ¿Para que acabara sabiéndose y avergonzarte? —rebatió.

—Bueno, eso ya lo ha hecho. Un poco más no supone diferencia alguna.

Jason la miró, sorprendido por el veneno de sus palabras. De todas maneras, no podía culparla, no podía.

—¿Habéis tenido relaciones...? —parecía avergonzada solo de pensarlo.

—¿Por qué te torturas así? ¿Por qué haces preguntas que solo lograrán lastimarte más y hacerte infeliz?

—Porque no soy una cobarde. Si he sido traicionada y mi mundo va a desmoronarse voy a enfrentarme a ello con los ojos bien abiertos. Quiero conocer el alcance de tu traición, así que vuelvo a preguntarte... ¿Habéis tenido...?

—Sí, sí, maldita sea. ¿Por qué me obligas a decirte eso? —El rostro pálido y desencajado de Johana le produjo náuseas. No quería hacerle más daño, pero ella lo estaba llevando al límite—. Te lo suplico —se aproximó a ella y se arrodilló a su lado—, no te castigues así.

Fue a tomar sus manos, pero ella las apartó con brusquedad y se levantó de golpe.

—¡Atrás! ¡No me toques! —No podía evitar imaginarlo besándola y acariciándola como lo había hecho con ella, como le correspondía por derecho propio. Si la tuviera cerca le arañaría la cara—. ¿Cómo quieres enmendar esto? ¿Por qué tenías que hablar? —exclamó con voz desgarrada—. Ella se ha ido, tú lo has dicho ¿Necesitabas descargar tu culpa envenenando mi vida? ¿Sientes placer al dañarme? Dime qué necesidad tenías de contármelo, porque no parece un patético intento de redimirte. —Quizás fue el silencio opresivo que le siguió o simple intuición femenina, pero cuando Johana clavó su mirada en él, su cara le dio la respuesta—. Madre Santísima —rezó al tiempo que se tapaba la boca con la mano—, no estás descargando culpas.

Jason no lo desmintió. Veía que la comprensión se abría paso. Como el cobarde que era, lo prefirió así antes que decírselo él mismo.

Su esposa abrió mucho los ojos como si acabara de ser golpeada en el estómago y abrió la puerta del salón mientras subía corriendo las escaleras. No la detuvo. Sabía lo que iba a encontrar: su armario y escritorio vacíos. La siguió con lentitud mientras la oía abrir puertas y cajones con violencia. Cuando llegó al marco de la puerta de su habitación vio a su dulce Johana observando perdida cada rincón. Trataba de registrar su peor pesadilla sin conseguirlo. A continuación cayó de rodillas derrotada, presa de terribles e inesperadas arcadas. Jason cogió una toalla y la mojó. Cuando se acercó, Johana sollozaba en silencio. Eso le destrozó.

—Lo siento tanto...

Sabía que eso no le serviría para mitigar la angustia actual y todo el sufrimiento venidero. La tomó en brazos y la sentó en el diván. Ella se dejó hacer, casi ausente. Refrescó su cara y cuello. Había dejado de llorar, pero sus ojos carecían de vida.

—Te vas. —Su tono monocorde no dejaba adivinar si le preguntaba o si se trataba de una afirmación.

—Sí —declaró tras una pausa—, me marcho.

—¿Tanto la amas?

Le suplicó con la mirada que no le obligara a contestar eso.

—Necesito saberlo. Saber qué hice mal para que dejaras de quererme.

—Johana, no se trata de eso. Tú nunca has hecho nada mal.

—¿Entonces qué es? ¿Qué tiene ella que no tenga yo?

—No lo sé —suspiró con pesadez y se pasó una mano por el rostro, cansado—. Me lo he preguntado millones de veces y sigo sin respuesta. Simplemente pasó. Simplemente es.

—Cómo debisteis reiros de mí a mis espaldas —soltó con amargura—. La tonta de Johana, que no sospecha nada.

—¡No digas eso! No lo pienses siquiera. Intentamos detener lo que sentíamos. Incluso nos evitamos, sobre todo por respeto a ti, pero fracasamos. Por eso tengo que irme; es lo mejor.

—¿Lo mejor para quién? —replicó.

—Para todos. Tú misma has dicho que llevo meses extraño, de malhumor. ¿De verdad quieres vivir así el resto de tu vida? ¿Con un hombre que no te merece? A partir de este momento seríamos como dos conocidos que viven en la misma casa. Yo sería incapaz de tratarte como mi esposa. Entonces terminarías por odiarme y serías cruel, acabando también con mi paciencia y obligándome a tratarte igual. No podríamos disimular ante nadie. Mi familia estaría dividida entre el amor que me profesan y el aprecio y cariño que te has ganado a pulso. El pueblo entero hablaría sobre nosotros...

—Oh, ¿y crees que ahora no lo harán? —rebatí con sarcasmo—. Seré compadecida, repudiada y burlada. La patética mujer que llegó al extremo de hacer huir al marido. ¿Por qué no pides el divorcio y así terminas de rematar la faena?

—No lo voy a pedir. Jamás llegaría a ese extremo, ya que tú serías la más perjudicada por ser mujer. Sé que a partir de ahora tu vida no será fácil, por eso he dispuesto todo para que te entreguen todas mis posesiones.

—Dinero, patrimonio... ¿Por qué crees que mi vida se compra con eso?

—No estoy intentando comprarte. —El enojo empezaba a apoderarse de él, aunque sabía que toda la ira y reclamos de Johana estaban plenamente justificados—. Solo quiero que después de desaparecer, tu vida resulte un poco más liviana. Además, Ashton cuidará de ti.

—¡Tu hermano! —exclamó rayando en la histeria—. ¿Qué dirá de mí? ¿Qué pensará Claudia? Oh Dios, qué vergüenza tan grande.

—No dudes ni por un instante del apoyo de cualquier miembro de mi familia. —Al menos era algo de lo que podía estar seguro—. Al que odiarán será a mí. Recuerda que a ojos de la Iglesia y la ley siempre serás mi esposa, una Morton; y por ende, la cuñada del duque de Redwolf.

—¿Estás seguro de vivir así, con ella? —Hizo un intento más—. Nunca podrás casarte y vivirás al margen de todo y de todos.

—Lo estoy —afirmó con convicción. Jamás había estado tan seguro de algo.

Se quedaron en silencio unos minutos. Cada uno pensando en su propia desgracia.

Johana empezó a llorar de nuevo. Lágrimas amargas se derramaban por el rostro de la que un día fue su mujer perfecta. Sabía que ya no lloraba por la pérdida de un marido y una vida estable, sino por la pérdida del hijo que ya nunca tendría; y todo por su culpa. Él le había arrebatado toda posibilidad.

—Con tu marcha me quitas la dicha que toda mujer espera tener. —Los sollozos resultaban estremecedores—. ¿Qué he hecho yo para merecer esto? Has roto mi vida en mil pedazos. Me abandonas, me dejas sola y me echas a los lobos. ¡No! No finjas que no lo sabes —le gritó cuando vio que iba a protestar—. Soy yo la que se queda a recoger lo que has sembrado; y encima me robas lo único que me hubiera dado un poco de paz. —Se levantó del diván con tal fuerza y rapidez que casi lo tira al suelo—. ¿Cómo puedes mirarte al espejo y seguir llamándote hombre?

—¿Y qué quieres que haga? —le espetó, cansado—. Si tienes una idea mejor me gustaría escucharla —esperó—. ¡Vamos, di algo!

Johana le miró y siguió llorando con todo el dolor de su corazón.

Él le devolvió la mirada, impotente. Quería abrazarla y consolarla, pero no se atrevía.

Los sollozos eran tan fuertes que las rodillas no la sostuvieron por más tiempo y cayó sentada en la cama. Jason no lo soportó más y se sentó junto a ella, abrazándola. Primero lo hizo con suavidad y, al ver que no lo rechazaba, más fuerte para compensarla por todos los días venideros en los que ella se vendría abajo y no tendría a nadie para consolarla y reconfortarla.

Lloró con y por ella; por la ingenuidad de ambos, que pensaron que su amor sería indestructible; por los cambios que les esperaban y las ilusiones compartidas que ahora se rompían. Cuando los sollozos remitieron la tendió sobre la cama. Le quitó los zapatos y la cubrió con la colcha.

«Parece tan pequeña», pensó desconsolado. Aun así le seguía pareciendo tan hermosa como cuando se enamoró de ella. ¿Cómo se despedía? ¿Cómo le decía adiós? Dudaba sobre si marcharse o esperar a que despertara. La verdad era que prefería la opción más cobarde.

—¿Qué harás ahora? —La inesperada pregunta lo sobresaltó.

—Pensaba que te habías quedado dormida.

Johana se incorporó.

—¿Hacia dónde te diriges?

—No lo sé. —No quería dar indicación alguna. Era evidente que ella no le creía—. Antes de irme pasaré por Carmine's Place. He escrito una carta a Ashton. Espero no encontrarme con Claudia.

—Así que te vas sin despedirte de tu familia —declaró reflexiva.

—Cuanto antes me marche mejor para todos.

—Miéntete tanto como desees, pero no quieras hacerme pasar por tonta en ese sentido. Sabes que tus actos son moralmente reprochables y prefieres que ninguno de ellos lo sepa. ¿Temes que te hagan reflexionar y que te hagan cambiar de opinión?

—Quizás —admitió—, pero no porque me hagan cambiar de opinión; sería imposible. Lo único que lograrían sería retenerme a la fuerza, y eso, ¿qué bien haría a ninguno de los implicados?

Ella le miró como intentando desentrañar los secretos de su alma.

—Bueno —dijo al fin—, entonces esto es una despedida.

—Sí, eh... —carraspeó— te deseo lo mejor, Johana. Que seas feliz.

—Qué fácil es decir esas palabras en tus circunstancias —soltó ella con amargura—. Aun así, y para evitar tu sentida preocupación, te diré que tal vez feliz no, pero sobreviviré a ello. Y ahora —se levantó sin amago de acercarse— vete con tu querida Ayleen y déjame a mí cargar con tus pecados.

Jason la contempló. Sabía que era la última vez en su vida que la vería. Incluso yendo mal las cosas y sin lograr encontrar a Ayleen, no volvería a pisar ese país. Se veía tan rígida, orgullosa y altiva como una reina. Esperaba de corazón que tuviera la fuerza necesaria para labrarse un nuevo futuro. Atisbaba en ella un coraje que ninguno de ellos había visto antes; solo le faltaba el empuje necesario para sacarlo a la luz.

Cuando Johana se acercó a la puerta pasó sin mirarle. La abrió y se quedó esperando a que se marchara, sin decir nada. Era una escena triste, muy, muy triste. La echaría de menos, pero eso no era sorprendente. Nadie podría olvidarla nunca después de haberla conocido. Nadie.

Con la voz cargada de emoción se despidió.

—Adiós, cuídate.

Cruzó la casa en completo silencio. Al salir de ella tenía la sensación de estar viviendo un sueño ajeno. No vio a Johana asomada tras los cristales de su habitación. Su mente estaba puesta en las cartas que debía entregar en Carmine's Place procurando que Claudia no lo viera.

El camino a Liverpool lo hizo tan rápido como pudo. Una vez allí prefirió no dejarse ver. Si alguien lo acusaba de esconderse, le parecía bien. El día del embarque amaneció lloviendo, pero prefirió no creer que eso le traería mala suerte. Su equipaje ya estaba cargado desde el día anterior, pero no subió a bordo hasta que estuvieron a punto de zarpar. Mientras el barco se iba separando con una lentitud exasperante del muelle, permaneció en cubierta a pesar de la

llovía. Oteaba el horizonte. Cuando ya nada se podía hacer para detener su viaje respiró con una mezcla de alivio y pena. Lamentaba no haberse podido despedir de sus hermanos. Sabía a lo que estaba renunciando, pero no por ello era menos doloroso.

Cuantos más días pasaba en alta mar, alejándose de Inglaterra y acercándose a América, su impaciencia crecía. Sabía que la búsqueda de Ayleen era una misión casi imposible, pero no cejaría en el intento. Aunque tuviera que recorrer todo el continente, aunque tardara mil años, no desistiría de la búsqueda de su mujer; porque eso era ella para él: su mujer, la mujer de su vida.

Un carruaje con el emblema del ducado de Redwolf se aproximaba por el sendero que llevaba a la puerta principal de Carmine's Place. Ya estaba oscuro. Un lacayo abrió la puerta del carruaje para permitir que Ashton descendiera.

—Buenas noches, Su Gracia —saludó el mayordomo—. Nos alegra tenerle de vuelta.

—Gracias, Lonkstow. Yo también estoy contento de regresar. Voy a estar en la biblioteca, así que hágame llevar una cena ligera.

—¿Su Gracia no piensa refrescarse antes? —aventuró este.

—No, será más tarde. ¿Dónde está lady Claudia?

—En sus aposentos. ¿Le informo de su llegada?

—Todavía no. Lo haré yo mismo después.

Ashton saludó a la servidumbre que encontró a su paso mientras se quitaba los guantes y el abrigo. En el norte, como siempre, había hecho frío. Sabía que tardaría en volver a entrar en calor, por lo que nada mejor para hacerlo que sentarse al lado del fuego en compañía de una copa de brandy. Ahora ya estaba en casa, por lo que se podía relajar. Carmine's Place era el mejor lugar del mundo para él, donde controlaba todo. En Escocia algunos se habían atrevido a cuestionar sus órdenes y a menospreciar su título, pero él se había encargado de demostrarles el alcance de su poder. No soportaba que nadie le dijera qué hacer, aunque estuvieran en lo cierto. Él hacía las cosas a su modo; era el que mandaba.

Estaba a punto de sentarse cuando vio dos sobres marcados con el sello de los Morton. Uno era para él, mientras que el otro iba dirigido a su hermana. Ambas habían sido escritas por Jason. La abrió con descuido y empezó a leer, hasta que sus ojos se abrieron por la incredulidad.

—Qué demonios...

... por eso me marchó. Vivir aquí sin ella es un infierno. Sé que creerás que estoy demente, pero me siento más cuerdo y vivo que nunca.

Siento con toda mi alma las consecuencias que traerán mis actos, pero espero y confío en que sepas capearlo lo mejor posible. También te dejo en la obligación de entregar la otra carta a Claudia. Sé que es egoísta por mi parte, pero es uno más de mis tantos pecados.

Te pediría perdón por todo lo que he provocado, pero sé que resultaría en vano. Te sentirás traicionado y sé perfectamente cómo reaccionas ante eso, aunque sea tu hermano. Solo espero que no me aborrezcas tanto como imagino. ¿Espero demasiado quizás si te pido que te pongas en mi lugar e intentes comprenderme?

*No intento defenderme, pero ¿acaso no merezco ser feliz?
Cuida de Johana, que a partir de ahora te necesitará más que nunca.
Te voy a echar de menos, Ashton, más de lo que imaginas. No me odies.*

*Tu hermano que te quiere,
Jason.*

El duque de Redwolf se acercó a la ventana incapaz de ver nada. Su rostro se transformó en una máscara de granito mientras que con la mano estrujaba la carta como se estruja un corazón. No había dilema posible. Jason había muerto para él.

Región de Litchfield Hills.

Era una mañana deliciosa. No había nubes, el sol calentaba con fuerza y una ligera brisa lo envolvía todo. Ayleen, sentada en una de las mecedoras del porche, trataba de remendar una antigua colcha de colores. De vez en cuando desviaba la vista de la tela hacia la cuna de madera donde su hija dormía plácidamente.

Era un bebé perfecto con sus manitas pequeñas y su adorable rostro. Le encantaba contemplarla dormir y comérsela a besos. Jaqueline era su vida entera desde la primera vez que la sostuvo en los brazos; su tesoro máspreciado. Pese al agotamiento derivado del parto, no pudo dejar de contemplar aquel ser diminuto, fruto del amor. Había reído y llorado a la vez. Y todavía se emocionaba al recordarlo.

Por la esquina de la casa apareció Mae con su gran delantal blanco, que había terminado de tender la colada en la parte posterior.

—Ayleen, ¿por qué no aprovechas ahora que la niña está dormida para dar un paseo? Dios sabe que después no tendrás tiempo. Yo me quedaré con ella —se ofreció amablemente.

Mae siempre estaba dispuesta a echar una mano. Con las tareas de la casa, con el huerto que habían construido o con la niña. Bendecía el momento en el que entró a formar parte de su vida. Sin ella, sus comienzos en esas tierras hubieran sido mucho más difíciles de lo que fueron en realidad.

—Gracias, Mae. Iré a buscar el sombrero —dijo mientras entraba en el recibidor y cogía un ancho sombrero que colgaba de la percha.

Ayleen decidió pasear hasta la portezuela de madera ensamblada en la valla que servía para delimitar su propiedad. Justo a la derecha crecía un rosal silvestre desde principios de primavera que la tenía cautivada. Siempre que podía llenaba su hogar con pequeños jarrones llenos de rosas.

Su hogar. Sintió, y no por primera vez, que esa propiedad en pleno corazón de Connecticut lo era. La casa de madera constaba de tres plantas y un porche que la rodeaba. Estaba pintada de blanco y llena de ventanas, con las contraventanas de un verde oscuro. Estas permitían que el sol entrara a raudales durante todo el día, calentándola, lo cual suponía un agradable cambio en comparación con Inglaterra. Por dentro estaba muy bien distribuida y llena de alfombras y tupidas cortinas para paliar el frío del invierno, ya que este podía ser tremendo, tal como comprobó tan solo unos meses atrás.

¡Tenía tanto para ser feliz! Una hija a la que adoraba, una maravillosa propiedad y ahorros que le permitirían vivir con tranquilidad. La casa de Inglaterra ya había sido vendida y con ello se desligaba para siempre de su país natal. El señor Harris la había ayudado mucho con ello, al igual que con otras cosas, incluso antes de partir hacia Estados Unidos. Ayleen todavía no había pensado en las consecuencias de instalarse a un país que le era desconocido, sola y embarazada. ¿Cómo se enfrentaría a las habladurías? Por eso, el abogado creyó conveniente proporcionarle un certificado falso de matrimonio que la ayudara.

Ella nunca preguntó cómo o de dónde lo había sacado. Era un hombre de ley, de recta moral. Incluso así, estaba dispuesto a ayudarla. Le estaba muy agradecida por todo. Y a pesar de aceptar su propuesta, solo le pidió que el nombre de su esposo fuera el de Jason.

Así, Ayleen Blake se convirtió en Ayleen Morton.

La elección no fue un capricho ni fruto del despecho. Estaba meditada a conciencia pese a saber que el documento carecía de legalidad. Pero quería que su hija creciera sabiendo quién era su padre, no con un nombre inventado en un papel.

Sus vecinos, a diferencia de lo sucedido en Greenville, no se inmiscuyeron en su vida y la aceptaron tal cual, sin juzgarla. Solo sabían que su esposo estaba trabajando en Inglaterra y, aunque Ayleen era consciente que a la larga la mentira resultaría un problema, en esos momentos era lo más cómodo y sencillo. La comunidad rural estaba formada por gente agradable y colaboradora. Venían de distintos lugares del mundo y se habían hecho a sí mismos, por lo que tenían sus propios asuntos con los que lidiar.

Pese a toda la dicha, Ayleen sentía que le faltaba una parte de su alma.

—Oh, Jason, amor mío. Cuánto te echo de menos...

Se enjugó una solitaria lágrima que le rodó por la mejilla.

A pesar del tiempo transcurrido, cada día y cada minuto pensaba en él, en sus momentos juntos, en las pequeñas cosas que se lo recordaban. Se preguntaba qué estaría haciendo en aquellos instantes. Quería a Jacqueline con todas sus fuerzas, pero era un doloroso recordatorio de lo que no pudo ser. No sabía con seguridad cuándo dejaría de sufrir, si bien sospechaba que sería para siempre. Solo le quedaba ser fuerte y aprender a vivir con dolor en el corazón. Se imaginó a Jason en Carmine's Place solo y triste, pues sabía que no la olvidaría fácilmente. Esperaba de todo corazón que llegara a ser feliz. Al menos, así lo intentaría ella.

Lanzó un suspiro y se caló bien el sombrero de paja adornado con una cinta, pues corría el riesgo de que el sol le coloreara demasiado la piel. Sacó las tijeras que traía consigo y se puso los guantes para evitar pinchazos. Debía llevar ya una docena de ellas cuando oyó el galope de un caballo. Dirigió su mirada hacia el polvoriento camino y hacia el visitante. Tan solo estaba a una milla del pueblo, mas aquel tramo era poco transitado.

Sintió curiosidad. No reconocía el rostro de quien se acercaba, aunque no lo veía demasiado bien...

—Oh, Dios mío —exclamó conmovida segundos después—. Dios mío, Dios mío, Dios mío... Jason —musitó sin dar crédito. ¿Sería una visión fruto de su intensa imaginación?

Observó cómo este posó sus ojos sobre ella y, reconociéndola, espoleó el caballo hasta detenerlo casi a su altura.

Se sintió aturdida y un dolor punzante se instaló en la boca su estómago. No pudo evitar enmudecer. Tenía miedo de que si decía cualquier cosa terminaría despertándose de aquel maravilloso sueño.

Jason la contempló mientras descendía del caballo. Le costaba creer que la hubiera encontrado, ya que, durante esos eternos y penosos meses, más de una vez estuvo a punto de renunciar a la búsqueda. Las dificultades fueron muchas. Tuvo que instalarse en Nueva York y contratar a diversos investigadores. Algunos dijeron que era un hombre osado, algunos hasta loco. Estados Unidos era un país enorme y Ayleen podía estar en cualquier parte. Solo unos pocos se atrevieron y solo uno dio con las pistas correctas que lo llevaron hasta ella.

Sonrió para sí. ¿Quién hubiera dicho que la mayor dificultad residía en su apellido? Él estaba centrado en la búsqueda de Ayleen Blake y resultó que no podía estar más equivocado.

Se fijó en ella. Estaba más hermosa de lo que recordaba; tanto, que quitaba el aliento.

—Ayleen —susurró. Por fin volvía a tenerla a su lado. Ella no dijo nada y se le hizo un nudo en la garganta por la aprensión. De repente tenía ganas de llorar de puro alivio y de abrazarla muy fuerte para no soltarla jamás—. Ayleen —repitió. Y entonces empezó a hablar, sin poder contenerse, porque tenía muchas cosas que contarle—. La he dejado —dijo con voz rápida y un

poco entrecortada—. He dejado a Johana, a mi familia, mi país, mis responsabilidades... —se detuvo para tomar aire—. Lo he dejado todo atrás por ti, por mí, por nuestro amor.

Ella siguió enmudecida y Jason temió haberse equivocado de lleno.

A su vez, Ayleen sentía los latidos de su corazón golpeándole el pecho. Quería ser capaz de responder para aliviar el rostro angustiado y exhausto de su amado, pero sentía que sus cuerdas vocales estaban paralizadas.

—Traté de seguir con mi vida tras tu marcha, de verdad —continuó él—. Pero cada maldito día desde que te fuiste era una agonía. Me volví arisco, insoportable, malhumorado... Nadie me entendía, ni tan siquiera yo. Solo cabía la certeza de que tu ausencia provocaba un vacío en mi vida. Soy adicto a ti, pues de otra forma me siento muerto en vida. Lo arriesgué todo por buscarte porque te amo más que a nada y porque no puedo, ni quiero —puntualizó—, vivir esta vida sin ti a mi lado —confesó, antes de extender sus brazos hacia ella con toda la humildad que fue capaz de expresar—. Por eso, este hombre te suplica que le dejes compartir lo que le queda de vida y el resto de la eternidad.

Las lágrimas de Jason y la desesperación que traslucían sus palabras la conmovieron hasta lo más hondo de su ser, pero no necesitaba toda esa parrafada para convencerla, pues ella sentía lo mismo. Habían sufrido mucho por vivir un amor que no podía ser. Quizás ahora tenían una nueva oportunidad para ser felices. Acto seguido y sin mediar palabra se lanzó a sus brazos y Jason la estrechó bien fuerte, como si no quisiera que se le escapara.

Este suspiró de alivio y gozo. Había renunciado a mucho, sí, pero estaba seguro de que nunca se arrepentiría de su decisión, pues su amor lo valía todo.

—Oh, mi vida, te amo, te amo —susurró entre lágrimas—. Te he echado tanto de menos... —Besó sus ojos, su boca, las mejillas...—. Todos estos meses han sido un infierno para mí. Casi un año sin tenerte a mi lado. ¿Cómo he podido aguantar tanto?

Ayleen lloraba y respondía a sus besos. Por fin empezaba a librarse de la conmoción de su inesperada aparición.

—¡Yo también te amo, Jason! —exclamó entre sus brazos, medio aturrida por tanta felicidad.

Estuvieron de pie, juntos en medio de la entrada susurrándose palabras de amor y alivio hasta que lograron tranquilizarse. Él le estaba limpiando las lágrimas con un pañuelo limpio que se sacó del bolsillo de la chaqueta cuando ella le sonrió.

¡Oh, Dios!, pensó. Su sonrisa le llenaba en sitios que creía muertos. La besó con reverencia en la mejilla. Cuánto la había echado de menos.

—¿Qué te parece? —Jason esbozó una sonrisa cargada de picardía. Por fin se había deshecho de la tensión acumulada durante más de año—. ¿Tienes sitio para un hombre que te necesita más que a su vida y que aparece con las manos vacías?

Los ojos de Ayleen brillaron de alegría.

—Todo lo mío es tuyo, ahora y siempre. —Le acarició el rostro con ternura mientras seguía disfrutando de su cercanía. No pensó que volvería a ser tan feliz—. Pero ahora hay alguien más en mi vida que me necesita más que tú.

Lo tomó de la mano y tiró de él en dirección a la casa. A un lado habían quedado los guantes, las tijeras, las rosas... y el caballo.

Mientras la seguía a través del camino, Jason pensó en lo que le acababa de decir. ¿De qué estaría hablando? ¿Habría conocido a alguien? No, no podía tratarse de otro hombre. Ella le amaba. Su mente le hacía malas jugadas fruto de la inseguridad y el desasosiego que le había

provocado la marcha de Ayleen. Trató de ignorar la punzada de angustia y clavó fuertemente los pies en el suelo.

—¿Por qué te detienes? —preguntó ella sorprendida. Se dio la vuelta y le apretó ambas manos—. Detrás de estos árboles está la casa.

—No creo que pueda compartírte con nadie —afirmó con la voz estrangulada. Después de todo lo que había sacrificado, dejando atrás a su familia y su honor, no podría soportarlo. No era tan fuerte.

—¿Con nadie? —Ella sonrió con benevolencia, como si sus temores fueran una rabieta de niños—. Lo siento amor, pero no te queda más remedio. Confía en mí.

Cuando la casa apareció ante sus ojos, Jason tuvo tiempo de admirarla por unos instantes. Era una edificación distinta a las que se encontraban en Inglaterra, con mucha madera y nada de piedra. Evidentemente, nada podía compararse con la opulencia de Carmine's Place, pero no importaba. Esta desprendía un encanto y sencillez al que uno podía acostumbrarse. No necesitaba una mansión para ser feliz.

En el porche se encontraron a una mujer madura y flaca. Se levantó nada más verles.

—¡Mae, ven! —la llamó Ayleen, preguntándose Jason si sería la persona que quería presentarle. Esperaba que sí, pero no pudo deshacerse de sus temores.

Mae llegó hasta ellos e hizo una inclinación a modo de saludo, sonriendo ampliamente cuando Ayleen le presentó como su esposo. Él le correspondió, si bien no dejaba de observar alrededor del porche buscando la presencia de alguien más. Y lo encontró. Vaya si lo encontró. Había una cunita balancín al lado de la mecedora donde segundos antes había estado sentada la mujer. Estaba decorada con lazos y de ella sobresalía una sábana blanca.

Se le escapó un jadeo por la impresión y sintió cómo el corazón se le detenía. Notó cómo Ayleen volvía a tirar de él con suavidad, justo hacia la cuna.

No fue consciente de cómo Mae desaparecía con discreción. Al subir los dos escalones del porche comenzó a temblar y cuando se inclinó se topó con unos ojos verdes idénticos a los suyos que lo miraban con atención. Se trataba de una niñita con abundante cabello negro que balbuceaba mientras se movía agitando manos y pies.

—Jason... —lo llamó Ayleen interrumpiendo su estupor—. Te presento a Jacqueline Morton. —Entrelazó sus dedos con los de él, sin dejarse dominar por la emoción que la embargaba—. Tu hija, nuestra hija.

Jason dio un espontáneo grito de alegría. La atrajo hasta sí con cierta brusquedad y la besó con todo el amor y devoción del que fue capaz. Era lo que esa maravillosa mujer le provocaba. Se lo había dado todo, todo lo necesario para ser feliz.

—No sabía... —dijo emocionado tras finalizar el beso.

Una parte de él no podía dejar de observar a esa hermosa criatura. Su hija. ¿Cómo podía imaginar siquiera que estaría esperándolo? Era el regalo más maravilloso del mundo.

Por fin todo cobraba sentido.

—Lo sé. Ese fue el principal motivo que provocó mi marcha. Estaba embarazada y no podía quedarme. ¿Estás contento?

—Dios Santo, ¿cómo no podría estarlo? Me has dado más de lo que jamás podría haber deseado —afirmó sin dudar ni un segundo—. Lo que no sé es si merezco tanta felicidad —murmuró junto a la comisura de su boca.

—Sí la mereces. Eres un buen hombre, humano, pero bueno. Te amo. Las dos te amamos.

Jason sonrió mientras Ayleen le enseñaba a tomar a su hija en brazos. Dio gracias al cielo por haber podido encontrarlas y prometía que a partir de aquel momento, nunca jamás volvería a separarse de ellas.

Ayleen abrió los ojos con lentitud al notar que Jason se levantaba para atender la llamada de su hija. Le parecía muy tierno las ganas que ponía por cuidarla. Se había volcado tanto en ella que ya en una semana la tenía totalmente consentida. Jaqueline, a pesar de ser tan pequeña, aprovechaba la debilidad de su padre. Era como si a esas alturas supiera que se trataba de una persona tan importante como su madre. La mayoría de veces se calmaba solo con tomarla en brazos.

Jason se sentía muy orgulloso de ser su consuelo y a Ayleen eso la divertía.

Se estiró mientras disfrutaba de su momento preferido del día. Ahora ambos vivían como marido y mujer, y aunque su unión nunca estaría legitimada, preferían obviar este hecho y concentrarse en lo que verdaderamente importaba: su familia. Ella no consideraba que estuviera cometiendo pecado. Ahora podían hacer el amor sin esconderse, jugar como niños, reír por las cosas más tontas y llorar con él cuando hablaba de su familia. Incluso habían paseado por el pueblo tomados del brazo. Eso le hacía sentir mejor y más libre de lo que jamás hubiera imaginado.

Ayleen dejó de escuchar los suaves murmullos de Jason y de la niña, provenientes de la otra habitación. A pesar de sus objeciones habían decidido trasladar a la pequeña a otro cuarto, pues Jason se sentía muy incómodo con su presencia mientras trataban de intimar.

Era un hombre tonto, pero lo amaba.

Al cabo de pocos minutos Jason regresó con Jaqueline en sus brazos. Sonreía de oreja a oreja.

—Nuestra hija está hambrienta.

Se sentó en la cama con cuidado, sobre la colcha, y le pasó a la criatura. Después le dio un ligero beso. Le encantaba verla amamantar. O más que encantarle, le fascinaba. Era afortunado por tener esa familia. Ambos lo eran. Tras tanto sufrimiento y penalidades, la vida les ofrecía una nueva oportunidad que no iban a desperdiciar. Podría ver crecer a su hija y seguir amando a la mujer que estaba a su lado.

Era todo lo que quería, todo lo que necesitaba.

Epílogo

Buckinghamshire, 1877

Querido hermano:

¡Qué contenta estoy de volver a recibir noticias tuyas!

Me alegro mucho por el nacimiento de mi sobrinito. Suerte que en este embarazo has estado con ella. Quién iba a decir que Ashton Jr. daría tantos problemas al nacer. Por cierto, me enloquece y me parece muy acertado ponerle el nombre de nuestro hermano mayor. Además, las fotografías que me has mandado de tu familia me han emocionado mucho. ¡Parecéis tan felices! Y Jaqueline... ¡Oh! Es una niña preciosa. Ojalá pudiera conocerla en persona.

Dile a Ayleen que me encanta escribirme con ella. Si tú fueras igual de constante...

Aquí, como ya te he contado con anterioridad, las cosas están un poco difíciles, así que ni me atrevo a decirle nada sobre venir a verte, porque tendría que dar explicaciones que quiero evitar, como por ejemplo, el quebrantamiento de la prohibición que pesa sobre tu persona.

De todas formas opino que es un crimen tener que ocultarle a nuestro hermano estas maravillosas fotografías. Toda esta situación es un terrible error que podría limarse, pero Ash es tan firme y testarudo que dudo que se produzca. Lo siento si esperabas otra cosa. También siento ser la portadora de malas noticias. Lo único seguro es que tu marcha le ha afectado profundamente. Espero que con el tiempo pueda asimilarlo y su opinión se suavice.

La tía Mildred habla de ti a veces sancionando tu conducta. En público frunce el ceño de esa forma tan suya, pero sé que, en su fuero interno, aprueba el triunfo del amor, aunque sea a costa de... Lo siento, no pretendía mencionarla, pero no quiero empezar una carta de nuevo. Si nuestra querida tía no te hubiera perdonado por el escándalo, jamás habría consentido en recibir las cartas que tanto tú como Ayleen me enviáis a escondidas y se habría visto en la obligación de informar a nuestro hermano.

No quiero que te aflijas, ni por mí ni por los demás. Sé que debes extrañarnos mucho, pero espero que estas líneas sean capaces de arrancarte una sonrisa, aunque sea ligera. Por eso te desvelaré que la semana pasada asistimos a la boda de Horatio Plumbert con la señorita Juliet Been. Todo un acontecimiento en Greenville. No se reparó en gastos y eso que corrían a cargo del señor Been. ¿Quién iba a decir que tuviera un corazoncito bondadoso bajo esa capa tan espesa de tacañería?

En fin, sigo inmersa en la vorágine de mi segunda temporada social, aunque lo considero toda una frivolidad. Nuestro primo Ryan sigue asegurándome que encontraré al hombre que caiga rendido a mis pies. ¿Te imaginas que dentro de poco te escriba para anunciarte mi compromiso? Qué maravilloso sería que encontrara un amor como el tuyo con Ayleen. Pero ¿cómo sabré cuándo haya encontrado al amor de mi vida?

Bueno, me despido hasta pronto.

*Con cariño,
Claudia.*

Notas de las autoras

Como escritoras, pero sobre todo como lectoras, nos encantan los finales felices.

Esta historia ha sido creada por y para Jason y Ayleen, sin embargo, es posible que algunas de vosotras hayáis experimentado sentimientos encontrados con respecto al desenlace de Johanna. Por ello, queremos aseguraros que todos los Morton tendrán su final feliz. Prometido.